

# Lecciones del Antiguo Testamento

**Autor: C. H. Mackintosh**

"Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza" (Romanos 15:4). Estas breves palabras confieren al cristiano, de manera clara e inequívoca, un título que lo habilita a recorrer el vasto y magnífico campo de las Escrituras del Antiguo Testamento y a recoger de allí instrucción y consuelo según la medida de su capacidad y el carácter o la profundidad de su necesidad espiritual.

## **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Introducción.....	5
David - La vida de la fe.....	6
1 Samuel 3.....	7
1 Samuel 4 .....	8
1 Samuel 5 y 6 .....	10
1 Samuel 7.....	13
1 Samuel 8 .....	15
1 Samuel 9 a 13 .....	16
1 Samuel 14.....	17
1 Samuel 15 .....	19
1 Samuel 16 - David es ungido rey .....	22
1 Samuel 17 - El valle de Ela.....	27
1 Samuel 22 - La cueva de Adulam.....	41
1 Samuel 25 - Nabal y Abigail .....	51
1 Samuel 27 a 30 - Siclag .....	61
2 Samuel 6 - El regreso del arca .....	74
2 Samuel 7 - La casa de David y la casa de Dios .....	83
2 Samuel 11 a 19 - La conspiración.....	95
2 Samuel 22 a 23 - Cántico y últimas palabras de David.....	111
El profeta Elías.....	120
Primer mensaje del profeta .....	122
El profeta en el retiro.....	128
La casa de Acab.....	145
El profeta en el monte Carmelo.....	150
El profeta en el monte Horeb .....	161
El arrebatamiento del profeta .....	176
Breve exposición sobre el carácter celestial de la Iglesia .....	187
El ministerio de Elías: imagen de la Iglesia como familia celestial .....	187
Estado de la doctrina del carácter celestial de la Iglesia.....	188
La naturaleza del evangelio de Pablo.....	196
La forma de gobierno de la Iglesia más conforme con las Escrituras .....	200
Josafat - Peligros y consecuencias de las asociaciones mundanas.....	202
Josafat - 2 Crónicas 17 a 20 .....	202
Job y sus amigos.....	219
Prosperidad de Job.....	219

El orgullo de Job .....	220
Discursos de los amigos de Job .....	232
Elifaz y la experiencia .....	232
Bildad y la tradición .....	233
Zofar y el legalismo .....	233
El acertado ministerio de Eliú .....	236
Caracteres del ministerio de Eliú .....	250
La disciplina de Dios .....	253
Retractación de Job .....	255
<b>Daniel - El discípulo en un tiempo malo .....</b>	<b>258</b>
Motivos de desaliento en el pueblo de Dios .....	258
La actitud del hombre de fe es superior a las circunstancias .....	258
Resultados de la fidelidad .....	261
Los tiempos de la paciencia de Dios .....	267
Los tiempos de la gloria .....	268

## Introducción



Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza (Romanos 15:4).

Estas breves palabras confieren al cristiano, de manera clara e inequívoca, un título que lo habilita a recorrer el vasto y magnífico campo de las Escrituras del Antiguo Testamento y a recoger de allí instrucción y consuelo según la medida de su capacidad y el carácter o la profundidad de su necesidad espiritual. Hay otra porción inspirada que, si fuera necesario, también avala esto mismo con igual claridad: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Corintios 10:11). Por cierto que, cuando leemos el Antiguo Testamento, así como el Nuevo, hace falta una continua necesidad de vigilancia, de despojamiento de nosotros mismos y de dependencia de la enseñanza directa del Espíritu Santo, por quien toda la Escritura ha sido inspirada. No debemos dar rienda suelta a la imaginación, para no caer en nociones groseras e interpretaciones fantasiosas, que no sirven para nada, sino para debilitar el poder de la Escritura sobre el alma e impedir nuestro crecimiento en la vida divina. Pero nunca debemos olvidar que en Romanos 15:4 tenemos el estatuto divino: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron”.

## David - La vida de la fe

Es fácil seguir los sucesivos pasos que llevaron a establecer un rey en Israel, pues todos aquellos que estudiaron con cierta atención la historia humillante del corazón humano, tal como se presenta en ellos mismos o en otros, se darán fácilmente cuenta de este hecho.

El comienzo del primer libro de Samuel presenta un muy solemne e instructivo cuadro de la condición en que se hallaba el pueblo de Israel. El escritor sagrado nos muestra, en la casa de Elcana, un ejemplo notable de Israel según la carne y de Israel según el Espíritu: Elcana tenía “dos mujeres; el nombre de una era Ana, y el de la otra, Penina. Y Penina tenía hijos, mas Ana no los tenía” (1 Samuel 1:2). Así pues, vemos desarrollarse en el círculo familiar de este hombre efrateo, escenas semejantes a las acontecidas mucho tiempo antes, bajo las tiendas de Abraham, entre Sara y Agar. Ana era la mujer estéril, y sentía profundamente su estado, porque “su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola, porque Jehová no le había concedido tener hijos” (v. 6).

La mujer estéril, en la Escritura, es siempre el tipo de la condición natural del hombre arruinado y sin fuerza, sin ninguna capacidad de hacer nada para Dios, sin la menor energía para llevar fruto, presentando por doquier la muerte y la esterilidad: esta es la verdadera condición de todo hijo de Adán. Nada puede hacer para Dios ni para sí mismo, en cuanto a su destino eterno. Es, en toda la extensión de la palabra, “débil” (Romanos 5:6), un “árbol seco” (Isaías 56:3), una “retama en el desierto” (Jeremías 17:6).

Pero el Señor hizo sobreabundar su gracia en la flaqueza e impotencia de Ana, y puso en su boca un canto de alabanza. La hizo capaz de exclamar: “Mi poder se exalta en Jehová; mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salvación” (1 Samuel 2:1). Plugo al Señor alegrar de manera especial a la mujer estéril, puesto que él solo puede decir: “Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada, ha dicho Jehová” (Isaías 54:1). Ana vio estas palabras hechas realidad en ella y, en breve, Israel, ahora desolado, las verá también hacerse realidad, como lo dice el profeta: “Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel” (Isaías 54:5). El magnífico cántico de Ana es la acción de gracias del alma que reconoce los caminos y los hechos de Dios respecto de Israel. “Jehová empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece. El levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor”

(1 Samuel 2:6-8). Es lo que tendrá lugar para este pueblo en los días venideros, pero es lo que disfruta hoy toda alma que, por gracia, es arrancada de su condición pecaminosa, de ruina y perdición, y llevada a gozar de la bendición y la paz en Jesús.

El nacimiento de Samuel llenó un gran vacío, no solo en el corazón de Ana, sino también, sin lugar a dudas, en el de todo fiel israelita que tomaba a pecho los intereses de la casa de Jehová y la pureza de sus ofrendas, todo esto sometido al menosprecio por parte de los profanos hijos de Elí. En el deseo de Ana de tener “un *hijo varón*” no vemos simplemente el corazón de *la madre*, sino también el de la verdadera israelita. Indudablemente, ella había contemplado la ruina de todo lo que atañía al templo de Jehová, y había gemido por ello. Los ojos oscurecidos de Elí, las acciones culpables de Ofni y Finees, la lámpara que estaba por apagarse, el templo profanado, los sacrificios menospreciados, todo contribuía para decir a Ana que el pueblo experimentaba una necesidad real y apremiante, a la cual podía tan solo responder el don preciado de un hijo varón de parte de Jehová.

Por esta causa, ella dijo a su marido: “Yo no subiré hasta que el niño sea destetado, *para que lo lleve y sea presentado delante de Jehová, y se quede allá para siempre*”. ¡Quedar allá para siempre! Nada más que esto podía satisfacer el corazón anhelante de Ana. No era meramente el hecho de que su oprobio había sido quitado lo que volvía a Samuel tan precioso a los ojos de ella. No, Ana deseaba ver “un sacerdote fiel” (1 Samuel 2:35) delante de Jehová, y, por la fe, su mirada se detenía en aquel que debía quedar allá para siempre. ¡Qué fe admirable! ¡Qué santo principio que eleva el alma por encima de la influencia abrumadora de las cosas visibles y temporales, remontándola a la luz de las cosas invisibles y eternas!

## 1 Samuel 3

**En el capítulo 3** se halla la predicción del terrible derrumbe de la casa de Elí: “Y aconteció un día, que estando Elí acostado en su aposento, *cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver*, Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová, donde estaba el arca de Dios; y antes que la lámpara de Dios fuese apagada, *Jehová llamó a Samuel*” (1 Samuel 3:2). Todas estas palabras tienen un alcance serio. Los ojos oscurecidos de Elí y el llamado de Jehová al niño, representan, en otros términos, la desaparición de la casa de Elí y la entrada en escena del “sacerdote fiel”. Samuel corre hacia Elí, pero, ¡ay!, todo lo que este puede decirle es: “*Vuelve y acuéstate*” (v. 5). No tenía ningún mensaje para el joven. Abrumado por la edad y los ojos oscurecidos, podía pasar su tiempo en el sueño y las tinieblas, mientras que la voz de Dios se hacía oír muy cerca

de él. ¡Qué advertencia solemne! Elí era sacerdote de Jehová, pero le faltaba vigilancia en su andar, orden en su familia, firmeza para contener a sus hijos; de ahí su triste fin. “Y Jehová dijo a Samuel: He aquí haré yo una cosa en Israel, que a quien la oyere, le retiñirán ambos oídos. Aquel día yo cumpliré contra Elí todas las cosas que he dicho sobre su casa, desde el principio hasta el fin. Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado” (1 Samuel 3:11-13).

“Lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7). ¡Cuánta demostración tiene esta verdad en la historia de todo hijo de Adán, y particularmente en la de cada hijo de Dios! Segaremos según lo que hayamos sembrado. Esta fue la experiencia de Elí, y es lo que experimentaremos tú y yo, querido lector. Hay en esta declaración divina una realidad mucho más práctica, mucho más seria de lo que algunos, sin duda, imaginan. Si nos dejamos arrastrar por una corriente de malos pensamientos, si adoptamos malos hábitos de conversación y usamos palabras ligeras y vanas, si proseguimos una indecorosa línea de conducta, tarde o temprano segaremos los frutos. ¡Que la consideración de esta verdad nos conduzca a una mayor vigilancia en nuestros caminos, y a ser más solícitos en sembrar “para el Espíritu”, a fin de segar también del Espíritu “vida eterna” (Gálatas 6:8)!

## 1 Samuel 4

**El capítulo 4** presenta un cuadro humillante de la condición de Israel, en relación con la casa culpable de Elí: “Por aquel tiempo salió Israel a encontrar en batalla a los filisteos, y acampó junto a Eben-ezer, y los filisteos acamparon en Afec. Y los filisteos presentaron la batalla a Israel; y trabándose el combate, Israel fue vencido delante de los filisteos, los cuales hirieron en la batalla en el campo como a cuatro mil hombres” (v. 1-2). En ese momento, pesaba sobre Israel la maldición inherente a la infracción de la ley (Deuteronomio 28:25). No podía hacer frente a sus enemigos; su desobediencia lo privaba de toda fuerza.

Notemos ahora la naturaleza y la base de su confianza, en ese instante de apremiante necesidad: “Cuando volvió el pueblo al campamento, los ancianos de Israel dijeron: ¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos? Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos” (v. 3). ¡Qué motivo pobre para confiar! No contiene una palabra acerca de *Jehová*. No piensan en él como la fuente de toda fuerza; no es para ellos su “escudo y adarga”. No; confían en el arca e imaginan vanamente que *ella* puede librarlos. ¿De qué podía servirles, si no iba acompañada de la presencia de “Jeho-



vá de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel”? Él no estaba allí; había sido contristado por los pecados no confesados ni juzgados del pueblo. Y ningún símbolo, ni ninguna ordenanza, podía reemplazarlo.

Sin embargo, Israel, en su vana esperanza, se imaginaba que el arca bastaría para todo, y grande fue el regocijo del pueblo –aunque fundado– cuando ella entró en el campamento, acompañada, no por Jehová, sino por los dos sacerdotes profanos, Ofni y Finees: “Aconteció que cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló” (v. 5). Todo esto, a juzgar por lo exterior, podía parecer imponente, pero, ¡lamentablemente, era algo hueco! Las voces de triunfo de los israelitas no tenían fundamento ni tampoco convenían. Debieron haberse conocido mucho mejor a sí mismos antes de desplegar semejante escenario vacío. Sus algazaras armonizaban mal con su miserable estado moral delante de Dios. Pero ocurre siempre así: los que menos se conocen a sí mismos, son los que tienen las más altas pretensiones y los que asumen la posición más elevada. El fariseo miraba con orgullosa indiferencia al publicano; se figuraba muy alto y al publicano muy bajo, en la escala moral; pero ¡cuán diferentes son los pensamientos de Dios! El corazón contrito y humillado es siempre el lugar donde tiene a bien habitar Aquel que es “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo” (Isaías 57:15). ¡Loado sea su nombre! Sabe levantar y consolar a los corazones abatidos. Esta es su peculiar obra, y en ella se complace.

Pero los hombres de este mundo atribuyen siempre importancia a las elevadas pretensiones. Es algo que les gusta, y generalmente asignan un alto lugar en sus pensamientos a los que afirman ser algo, mientras que, por otra parte, procurarán rebajar aún más al que realmente se humilla. Así pues, en la instructiva escena que tenemos ante nosotros en este capítulo, vemos que los filisteos no concedían poca importancia a los gritos de los hombres de Israel. Como en esto no eran diferentes, era una cosa que comprendían y apreciaban. “Cuando los filisteos oyeron la voz de júbilo, dijeron: ¿Qué voz de gran júbilo es esta en el campamento de los hebreos? Y supieron que el arca de Jehová había sido traída al campamento. Y los filisteos tuvieron miedo, porque decían: Ha venido Dios al campamento” (v. 6-7). Suponían naturalmente que el grito de triunfo estaba basado en una realidad. No veían lo que estaba debajo de la superficie: un sacrificio manchado, un sacrificio despreciado y un templo profanado. Miraban el símbolo exterior, y se imaginaban que el poder lo acompañaba; de ahí su temor. Ignoraban que su temor y el triunfo de Israel eran también infundados. “Esforzaos, oh filisteos” decían “y sed hombres, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; sed hombres, y pelead” (v. 9). Tal era el

recurso de los filisteos: *¡Sed hombres!* Los israelitas no podían decir esto. Si el pecado los privaba de los recursos de Dios, eran más débiles que los demás hombres. Su única esperanza estaba en Dios, y si Dios no estaba con ellos, si se trataba de un combate de hombre a hombre, un israelita no era rival para un filisteo. El resultado del combate demostró plenamente esta verdad: “Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido” (v. 10). ¿De qué otra forma iba a ser? Los israelitas no podían sino ser derrotados, y huir delante de sus enemigos, ya que su “escudo y adarga”, es decir, Dios mismo, no estaba en medio de ellos. Fueron derrotados, la gloria los dejó, el arca fue tomada; se vieron privados de su fuerza; sus gritos de triunfo se convirtieron en gemidos de dolor, su porción fue la vergüenza de la derrota; y el anciano Elí, a quien podemos considerar como el representante del sistema de cosas existente, cayó con este sistema, y fue sepultado bajo sus ruinas.

## **1 Samuel 5 y 6**

**Los capítulos 5 y 6** abarcan el período durante el cual “Icabod” (privado de gloria) fue escrito sobre la nación de Israel. Durante este tiempo, Dios dejó de actuar públicamente en favor de Israel, y el arca de su presencia fue llevada de ciudad en ciudad entre los filisteos incircuncisos. Este período está lleno de instrucción. El arca de Dios entre extranjeros, e Israel, durante este tiempo, puesto a un lado, son circunstancias que no pueden dejar de interesar al espíritu y cautivar la atención de toda persona que estudia la Escritura con cuidado e inteligencia.

“Cuando los filisteos capturaron el arca de Dios, la llevaron desde Eben-ezer a Asdod. Y tomaron los filisteos el arca de Dios, y la metieron en la casa de Dagón, y la pusieron junto a Dagón” (1 Samuel 5:1-2). Vemos allí el triste y humillante resultado de la infidelidad de Israel. Con manos descuidadas y con corazones incrédulos, no supieron guardar el arca de Dios y evitar que fuese tomada y colocada en el templo de Dagón. ¡De qué manera había faltado Israel!: dejaron caer todo de sus manos; abandonaron lo más sagrado, y dejaron que fuese profanado y blasfemado por incircuncisos. Y nótese que estos consideraron que la casa de Dagón era suficientemente sagrada para el arca de Jehová, la cual pertenecía al lugar santísimo. La sombra de Dagón fue sustituida por las alas de los querubines y los rayos de la gloria divina. Los pensamientos de los príncipes de los filisteos eran el triunfo de Dagón sobre Jehová, pero no eran esos los pensamientos de Dios. Si los israelitas no supieron defender el arca, porque habían olvidado la gran verdad de que el arca jamás podía separarse de la presencia de Dios en medio de ellos; si, por otra parte, los príncipes de los filisteos habían presumido insultar el símbolo sagrado de la presencia divina, asociándolo de una manera impía con su dios Dagón; si, en una palabra, los israelitas se habían

mostrado infieles y los filisteos profanos, el Dios de Israel seguía siendo fiel a sí mismo –fiel a su propia santidad– y Dagón cae delante del arca de Su presencia. “Y cuando al siguiente día los de Asdod se levantaron de mañana, he aquí Dagón postrado en tierra delante del arca de Jehová; y tomaron a Dagón y lo volvieron a su lugar. Y volviéndose a levantar de mañana el siguiente día, he aquí que Dagón había caído postrado en tierra delante del arca de Jehová; y la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos estaban cortadas sobre el umbral, habiéndole quedado a Dagón el tronco solamente” (1 Samuel 5:3-4).

Difícilmente podemos concebir algo más humillante y deprimente, en apariencia, que el estado en que se encontraba Israel en ese momento de su historia. El arca había sido arrebatada de en medio del pueblo; ellos demostraron ser indignos e incapaces de ocupar el lugar de testigos de Dios ante las naciones vecinas; y en cuanto a los motivos de triunfo que tenían sus enemigos, bastaba con decir: «el arca está en la casa de Dagón». Desde cierto punto de vista, esto era verdaderamente terrible; pero, desde otro punto de vista, ¡qué gloria maravillosa vemos estallar! Israel había faltado, había perdido todo lo que era sagrado y precioso para él, había dejado que el enemigo arrastrase su honor en el polvo y pisotease su gloria; pero Dios estaba por encima de todo. Allí se encontraba la fuente profunda de consuelo para todo corazón fiel. Verdaderamente Dios estaba allí, y él mismo se mostró en su maravilloso poder y gloria. Si Israel no fue capaz de defender el arca de Dios, Dios actuará por sí solo. Los príncipes de los filisteos habían vencido a Israel, pero los dioses de los filisteos caen prosternados delante de esta arca que, en otro tiempo, había hecho retroceder las aguas del Jordán. Tal era el triunfo divino. En las tinieblas y la soledad de la casa de Dagón, allí donde no había ningún ojo para ver, ningún oído para oír, el Dios de Israel obraba para defender estos grandes principios de verdad que su pueblo de Israel no había sabido mantener. Dagón cae, y su caída proclama el honor del Dios de Israel. Las tinieblas del momento solo proveen a la gloria divina una ocasión de brillar con todo su esplendor. La escena estaba tan vacía de la criatura, que el Creador podía desplegar todo Su carácter. Como reza el refrán: «*La extrema necesidad del hombre es la oportunidad de Dios*». La falta y la caída del hombre dieron lugar a la fidelidad de Dios. Los filisteos demostraron ser más fuertes que Israel, pero Jehová era más poderoso que Dagón.

Todo está repleto de instrucción y aliento para el tiempo presente, cuando, en el pueblo de Dios, se advierte una tan triste decadencia en relación con la devoción y la separación que deberían caracterizarlo. Podemos bendecir al Señor por la seguridad que nos da de su fidelidad: “El no puede negarse a sí mismo”. “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el

Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:13, 19). Por eso, hasta en los tiempos más sombríos, él mismo mantendrá su verdad y suscitará un testimonio para sí, aunque sea en la casa de Dagón. Los cristianos pueden abandonar los principios de Dios, pero los principios permanecen. Su pureza, su poder, su virtud celestial, en nada se ven afectados por la inconstancia y la inconsecuencia de profesantes infieles; y, finalmente, la verdad triunfará.

Los filisteos querían guardar en medio de ellos el arca de Dios, pero sus esfuerzos resultaron ser un completo fracaso. No podían hacer que Dagón y Jehová permaneciesen juntos: era una tentativa impía. “¿Qué concordia *tiene* Cristo con Belial?”. Absolutamente ninguna. La medida de Dios nunca puede rebajarse para adaptarse a los principios que gobiernan a los hombres de este mundo; y querer tener a Cristo de una mano y al mundo de la otra, no puede sino terminar en vergüenza y confusión de rostro. Sin embargo, ¡cuántas personas hay que intentan seguir este camino! ¡Cuántos hay, para quienes la gran cuestión consiste en saber lo que podrán retener del mundo sin sacrificar el nombre y los privilegios de cristianos! Es uno de los males más peligrosos, una trampa de Satanás, y, con toda propiedad, bien puede ser caratulado como el más refinado egoísmo. Es bastante triste por cierto ver a los hombres andar en la iniquidad y corrupción de su propio corazón; pero asociar el mal con el santo nombre de Cristo, es la cima de la perversidad. “Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel:... He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, ¿vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones?” (Jeremías 7:3, 8-10). Y leemos también, como uno de los caracteres particulares de los últimos tiempos, que los hombres “tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:5). La *forma* o apariencia conviene al corazón mundano, porque sirve para guardar la conciencia comfortable, mientras que el corazón goza del mundo con todos sus atractivos. ¡Qué ilusión! ¡Cuán necesaria es la exhortación del apóstol: “*Apártate también de los tales*” (2 Timoteo 3:5, V. M.)! La obra maestra de Satanás consiste en amalgamar las cosas exteriormente cristianas con las que son decididamente profanas, y él seduce mucho más por este medio que por otros. Necesitamos una gran sagacidad espiritual para descubrir esta trampa. ¡Quiera el Señor concedérmola, pues él sabe lo mucho que la necesitamos!

## 1 Samuel 7

Sin detenernos más en las valiosas enseñanzas de los capítulos 5 y 6, pasaremos a considerar brevemente la feliz restauración de Israel, bajo el ministerio del “sacerdote fiel”.

Israel tuvo que lamentar la ausencia del arca y hacer el duelo durante varios días; los espíritus languidecían bajo la influencia desecante de la idolatría, y, por fin, los afectos comenzaron a volverse hacia Jehová. Pero, en este mismo despertar, podemos ver hasta qué punto el pueblo había descendido. Siempre ocurre así. Cuando, en otro tiempo, Jacob fue llamado a salir de en medio de las contaminaciones de Siquem y a ascender a Betel, no tenía sino poca idea de cuánto él y su familia se habían dejado atrapar en las redes de la idolatría. Pero el llamado de Dios: “*Sube a Bet-el*”, despierta sus energías adormecidas, reaviva su conciencia y agudiza su percepción moral. Por eso dice a su casa: “Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos” (Génesis 35:2). La sola idea de Betel (donde Dios le había aparecido) en contraste con Siquem, ejerció una influencia revitalizadora en el alma de Jacob y, vuelto a despertar, puede conducir a los demás con renovado poder.

Lo mismo ocurre con la posteridad de Jacob, en el capítulo que estamos considerando. “Habló Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y *preparad vuestro corazón a Jehová, y solo a él servid*, y os libraré de la mano de los filisteos” (1 Samuel 7:3). Vemos aquí, hasta dónde habían descendido los israelitas en relación con la casa de Elí. El primer paso en el mal, es poner su confianza en una forma religiosa, dejando de lado a Dios, dejando de lado también los principios que dan a la forma su valor. El paso siguiente es erigir un ídolo. Por eso vemos que Israel dice primero sobre el arca: “Para que... *esta nos salve*”, y luego, por boca del profeta, leemos: “Quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros” (1 Samuel 4:3, V. M.; cap. 7:3).

Lector, ¿no hay en todo esto una solemne advertencia para la iglesia profesante? Ciertamente que sí. Los días actuales son, de manera particular, un tiempo de forma sin poder. El espíritu de un formalismo frío y sin influencia, se mueve en la superficie de las turbulentas aguas de la cristiandad, y pronto todo se reducirá a la calma de muerte de una profesión falsa, que solo se romperá por “la voz del arcángel y con trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:17, V. M.).

Pero la actitud de Israel en el capítulo 7 forma un contraste perfecto con la escena del capítulo 4. “Y Samuel dijo: Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová. Y se reunieron en Mizpa, y sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová” (una expresión de su débil y desvalida condición), “y ayunaron aquel día, y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado” (1 Samuel

7:5-6). Era una obra efectiva, y podemos decir: “*Dios estaba allí*”. No vemos allí la confianza en un mero símbolo o en una forma sin vida, ninguna pretensión ni vana presunción, ningún ruido ni ninguna jactancia, todo es real y profundo. Sus lamentos, el agua que derraman, el ayuno, la confesión, todo indica el gran cambio que se produjo en la condición moral de Israel. Ahora recurren al “sacerdote fiel”, y, por él, al mismo Jehová. No hablan ahora de ir a buscar el arca, no; su palabra es: “Entonces dijeron los hijos de Israel a Samuel: No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios, para que (*él*) nos guarde de la mano de los filisteos. Y Samuel tomó un cordero de leche y lo sacrificó entero en holocausto a Jehová; y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová le oyó” (1 Samuel 7:8-9). Allí estaba la fuente de la fuerza de los israelitas. El cordero de leche ofrecido enteramente a Jehová, daba a las circunstancias de ellos un nuevo aspecto, era un nuevo punto de partida en el curso de su historia.

Y obsérvese que los filisteos parecen haber ignorado por completo todo lo que había pasado entre Jehová e Israel. Se imaginaban, sin duda, que, al no oírse gritos de triunfo, los israelitas estaban, si es posible, en una condición más miserable que antes. No hicieron que la tierra temblara nuevamente a causa de sus gritos, como en el capítulo 4, pero, ¡ah, había una obra silenciosa, que el ojo de un filisteo no podía ver y que el corazón de un filisteo no podía apreciar! ¿Qué podía conocer un filisteo de las lágrimas de arrepentimiento, del agua derramada o de un cordero ofrecido en holocausto? Nada. Los hombres de este mundo solo pueden tomar conocimiento de lo que yace en la superficie. El mundo comprende bien la grandeza exterior y las apariencias, la pompa y el deslumbramiento, el despliegue de la fuerza en la carne, pero nada sabe de los ejercicios profundos del alma delante de Dios. Y, sin embargo, es esto último lo que el cristiano debería buscar con más ardor. Un alma ejercitada es algo de lo más precioso a los ojos de Dios; y con ella Él se complace en permanecer en todo tiempo. No pretendamos ser algo; tomemos simplemente nuestro verdadero lugar delante de Dios, y seguramente él será nuestra fuerza y nos dará la energía según la medida de nuestras necesidades.

“Y aconteció que mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel. Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó, y fueron vencidos delante de Israel” (1 Samuel 7:10). Tales fueron los felices resultados de la confianza en Dios y de la espera en “el Dios de los escuadrones de Israel”. Fue algo semejante al glorioso despliegue del poder de Jehová en las orillas del mar Rojo. “Jehová es varón de guerra” cuando su pueblo necesita de él, y cuando su fe puede contar con él para hallar ayuda “en tiempo oportuno” (Hebreos 4:16, V. M.). Cuando los israelitas dejaban que Jehová combatiese

por ellos, él siempre estaba dispuesto a aparecer, espada en mano, a favor de ellos; pero *toda* la gloria debe pertenecerle. Los vanos gritos de triunfo de Israel deben dar paso al silencio, a fin de que la voz de trueno de Jehová pueda oírse claramente. ¡Qué bueno es permanecer en silencio, y dejar que Jehová hable! ¡Qué poder en su voz! Es el poder que trae la paz al alma de su pueblo, y que infunde terror en el corazón de sus enemigos. “¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?” (Apocalipsis 15:4).

## 1 Samuel 8

Tenemos aquí un paso decisivo en el establecimiento de un rey sobre Israel. “Aconteció que habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel... Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho” (1 Samuel 8:1, 3) ¡Triste cuadro! Es el del hombre en cada época. El hombre, en todo tiempo, se corrompió a sí mismo y corrompió todo lo que le fue confiado a su cuidado a la primera oportunidad. Moisés y Josué vieron de antemano el alejamiento de Israel después de su partida (Deuteronomio 31:29; Josué 23:15-16). Y Pablo pudo decir a los ancianos de Éfeso:

“ Yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño (Hechos 20:28).

Pues bien, apenas Israel se recuperó de los efectos de la inmoralidad de los hijos de Elí, sintió los tristes resultados de la avaricia de los hijos de Samuel, y fue así empujado a la senda que finalmente condujo al rechazo de Jehová y al establecimiento de Saúl como rey. “Habiendo Samuel envejecido, (*él*) puso a sus hijos por jueces sobre Israel”. Algo muy diferente, por cierto, de un llamado de Dios. La fidelidad de Samuel no garantizaba de ningún modo la de sus hijos. Es lo que se pudo ver en la tan alabada teoría de la sucesión apostólica. Y ¿qué clase de sucesores hubo? ¿Se parecieron en algo a sus predecesores? Pablo podía decir: “Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado” (Hechos 20:33). Sus pretendidos sucesores, ¿pueden decir lo mismo? Samuel podía decir: “Aquí estoy; atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno, o si de alguien he tomado cohecho para cegar mis ojos con él” (1 Samuel 12:3). ¡Pero, lamentablemente, los hijos y sucesores de Samuel no podían decir esto!; para ellos, las “ganancias deshonestas” eran el principal móvil de sus acciones.

Ahora bien, vemos, en este capítulo, que los israelitas se aprovecharon de esta perversa conducta de los hijos de Samuel, como una razón aparente para demandar un rey. “He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, *como tienen todas las naciones*” (1 Samuel 8:5). ¡Qué decadencia! Israel consiente en descender al nivel de las naciones que lo rodean, y eso porque Samuel era viejo y porque sus hijos se habían vuelto “tras la avaricia”. Jehová es excluido. Si los israelitas hubiesen levantado los ojos hacia Él, no habrían tenido ninguna razón para procurar ponerse bajo la tutela de un pobre mortal, semejante a sí mismos. Pero la capacidad de Jehová, para guardarlos y guiarlos, tenía poca cabida en sus pensamientos. No ven nada más allá de Samuel y sus hijos; si no podían obtener ninguna ayuda de parte de ellos, entonces de inmediato habrán de descender de su alta posición como pueblo que tiene a Jehová por Rey, y hacerse semejantes a las naciones vecinas, las cuales tienen una cabeza humana. Para el viejo hombre, es demasiado difícil mantenerse mucho tiempo en la posición de fe y dependencia; solo el sentimiento efectivo de una necesidad apremiante puede mantenernos apegados a Dios. En el capítulo 7, no es de ninguna manera cuestión de un rey: Dios era todo y en todos para Israel. Pero ahora no es así: Dios es excluido, y un rey es el objeto predominante. Pronto veremos a qué triste resultado conduce todo esto.

## **1 Samuel 9 a 13**

Estos capítulos nos dan a conocer el carácter de Saúl, su unción y el comienzo de su reinado. No nos detendremos mucho tiempo en esto, dado que nuestro principal objetivo en esta introducción, es llamar la atención del lector respecto de los pasos que condujeron al establecimiento de un rey en Israel.

Saúl era muy particularmente el hombre según el corazón de Israel. Tenía todo lo que la carne desea: era “joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombres arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo” (1 Samuel 9:2). Todo esto era muy imponente para los que miran solo la apariencia; pero ¿qué había debajo de este atractivo exterior? Toda la conducta de Saúl lleva la huella del más profundo egoísmo y del más grande orgullo, arropados bajo el manto de la humildad. Cuando Saúl se esconde, es solo con el fin de aparecer luego de una manera más imponente. Con el corazón lleno de pensamientos de realeza, guarda a este respecto el más profundo secreto hacia su tío; con todos sus pensamientos vueltos hacia la corona, se esconde entre el bagaje, a fin de convertirse en el objeto de mayor atención de toda la asamblea. En cada ocasión donde lo vemos aparecer, podemos solo reconocer en él a un hombre profundamente egoísta, lleno de su propia importancia y completamente insumiso. Es verdad



que el Espíritu viene sobre él, como sobre alguien puesto aparte para ocupar un cargo en medio del pueblo de Dios; pero Saúl era en todo una persona que solo buscaba su propio interés, y empleaba el nombre de Dios solo para sus propios fines, y las cosas de Dios como un pedestal para realzar su propia gloria.

La escena que tiene lugar en Gilgal es muy característica y hace resaltar el principio que hacía actuar a Saúl. Impaciente de esperar el momento fijado por Dios, “se esforzó” y “ofreció el holocausto” (1 Samuel 13:12); pero debe oír de los labios de Samuel estas solemnes palabras: “Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó” (1 Samuel 13:13-14). Es el resumen de todo, en lo que toca a Saúl: “Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová... tu reino no será duradero”. ¡Solemnes verdades! Saúl, el rey según el corazón del hombre, es puesto a un lado, para dar lugar al hombre según el corazón de Dios. Los hijos de Israel tuvieron numerosas ocasiones de poner a prueba el carácter de aquel que habían escogido para conducirlos y combatir en sus batallas. La caña en la cual tanto habían deseado apoyarse, se había roto, e iba a perforarles la mano. El rey según el hombre, ¡Ay!, ¿qué era y qué podía hacer? ¿Qué resulta en una circunstancia difícil? ¿Cómo actuará? La agitación y el sentimiento de su propia importancia caracterizan todas sus acciones. Ninguna dignidad, ninguna santa confianza en Dios, ninguno de sus actos que esté regido por los principios de la verdad. Todo es el «yo» por donde se lo vea, y esto, en las ocasiones más solemnes, actuando al mismo tiempo, en apariencia, para Dios y para su pueblo. Tal era el rey que agradaba al hombre.

## **1 Samuel 14**

Este bello capítulo presenta un contraste sorprendente entre la eficacia de lo que Israel había deseado y obtenido para ser conducido, y la del *antiguo principio* de una fe simple en Dios. Saúl se sienta debajo de un granado, símbolo, podemos decir, de un vano despliegue de grandeza sin el menor poder real. Su hijo Jonatán, al contrario, actuando en un espíritu de fe, se convierte en el feliz instrumento de salvación para Israel. Israel, en su incredulidad, había pedido un rey para conducir sus guerras, y se imaginaba, seguramente, que, habiendo obtenido el objeto de sus deseos, ningún enemigo podría hacerle frente. Pero ¿era así? Una palabra del capítulo 13 nos dará la respuesta: “y todo el pueblo iba tras él *temblando*” (v. 7). ¡Qué cambio! ¡Cuánto diferían de ese ejército poderoso que en otro tiempo había seguido a Josué, marchando contra las fortalezas de

Canaán! Ahora, tenían a su cabeza al rey deseado, pero Dios no estaba allí, y por eso tiemblan. Que el hombre tenga la apariencia más imponente, sin el sentimiento de la presencia de Dios, es la debilidad misma; pero que Dios esté en su poder allí, y nada le puede resistir. En otro tiempo, Moisés, con una simple vara en su mano, había realizado milagros; pero ahora, Israel, que tiene delante de sí al hombre según su corazón, no puede sino temblar delante de sus enemigos: “Todo el pueblo iba tras él temblando”. ¡Qué humillación! “No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y *saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras*” (1 Samuel 8:19-20). He aquí lo que habían dicho los hijos de Israel. Pero verdaderamente “mejor es confiar en Jehová que confiar en príncipes” (Salmo 118:19). Jonatán lo experimentó de una manera bendita. Marcha contra los filisteos en el poder de esta palabra: “No es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos” (1 Samuel 14:6). Era “Jehová” quien llenaba su alma, y, teniéndolo a Él, “muchos o pocos” no hacía ninguna diferencia. La fe jamás toma en cuenta las circunstancias; para ella es: o Dios o nada.

Y nótese el cambio que se produce en las circunstancias de Israel desde el momento que la fe comienza a actuar entre ellos. Son, ahora, los filisteos quienes tiemblan: “Y hubo temblor en el campamento, en el campo y entre toda la gente; y la guarnición y los merodeadores también temblaron; la tierra también se sacudió; de modo que vino a ser un temblor muy grande” (1 Samuel 14:15, V. M.). La estrella de Israel brillaba de nuevo, simplemente porque Israel actuaba sobre el principio de la fe. Jonatán no miraba a su padre Saúl para la liberación, sino a Jehová; sabía que “Jehová es varón de guerra”, y en él se apoyaba para ver a Israel librado de sus enemigos en el día de la angustia. ¡Feliz dependencia! No hay nada semejante. Las ordenanzas humanas perecen, los recursos humanos se desvanecen, pero

“ Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre (Salmo 125:1);

“vino a ser un temblor muy grande” porque Dios mismo estaba provocando el terror en los corazones de los filisteos y llenaba a los israelitas de gozo y de triunfo. La fe de Jonatán fue reconocida por Dios; los mismos israelitas que habían huido anteriormente del campo de batalla a las montañas, se sintieron reafirmados, y se pusieron a perseguir a los filisteos. Así ocurre siempre; no podemos marchar en el poder de la fe sin dar un impulso a los demás, y, por otra parte, un solo corazón cobarde basta para detener a un gran número. La incredulidad, además, desvía siempre a uno del campo de batalla o de servicio, mientras que la fe, de seguro, conduce a él.

Pero ¿qué hace Saúl en todo esto? ¿Cómo coopera con el hombre de fe? Era absolutamente incapaz de actuar sobre este principio. Se sienta debajo de un granado, sin fuerza para inspirar ánimo a los corazones de aquellos que lo habían elegido como su jefe y, cuando se pone en movimiento, o más bien cuando se agita, no hace otra cosa que entorpecer, por su locura y precipitación, los preciosos resultados de la fe.

## 1 Samuel 15

**El capítulo 15** nos da a conocer la prueba final y el rechazo del rey según el corazón del hombre. “Ve, pues, y *hiere a Amalec*” (1 Samuel 15:3), tal es la palabra de Jehová, y la piedra de toque que realmente va sacar a luz el estado moral del corazón de Saúl. Si hubiera sido recto delante de Dios, su espada no habría sido envainada antes de que la simiente de Amalec hubiese dejado de existir. Pero el resultado mostró que Saúl tenía demasiadas cosas en común con Amalec, para ejecutar hasta el final la sentencia divina. ¿Qué había hecho Amalec? “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo castigaré lo que hizo Amalec a Israel al oponérsele en el camino cuando subía de Egipto” (1 Samuel 15:2). En una palabra, el pensamiento espiritual ve a Amalec como el primer gran obstáculo en la marcha de los redimidos que suben de Egipto a Canaán, y sabemos lo que actúa de la misma manera con respecto a aquellos que, ahora, salen del mundo para seguir al Señor Jesús.

Ahora bien, Saúl acababa justamente de mostrarse como un obstáculo en el camino del hombre de fe. En realidad, toda su marcha estaba en oposición a los principios de Dios. ¿Cómo pues habría podido destruir a Amalec? Era imposible. Saúl perdonó “a Agag” (v. 9). Saúl y Agag encajaban demasiado bien el uno con el otro, y Saúl no tenía la fuerza para ejecutar el juicio de Dios sobre el gran enemigo de su pueblo. Y obsérvese la ignorancia de este desdichado hombre y cuánto se complace a sí mismo. “Vino, pues, Samuel a Saúl, y Saúl le dijo: Bendito seas tú de Jehová; *yo he cumplido la palabra de Jehová*” (v. 13). ¡Qué tristes son estas palabras! “He cumplido la palabra de Jehová” —dice—, ¡y Agag, el rey de los amalecitas, todavía vivía! ¡Oh, qué terribles ilusiones se hace un alma que no anda rectamente con Dios! “¿Qué balidos de ovejas son estos *que resuenan en mis oídos?*” dice Samuel (v. 14, V. M.). ¡Solemne pregunta, que escudriña el corazón! Estas palabras debían de haber llegado al fondo del corazón de Saúl. Pero no; busca un recurso vano en un hecho que puede parecer plausible al corazón natural: “*para ofrecer sacrificios a Jehová*”: pobre recurso para el corazón desobediente. Como si Jehová pudiese aceptar un sacrificio de uno que

anda en abierta rebelión contra su mandamiento. Hay más de uno que, desde los días de Saúl, procuró ocultar su espíritu de desobediencia bajo el manto de «un sacrificio a Jehová». También la respuesta de Samuel a Saúl es siempre de aplicación universal:

“ ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación.

No importa de qué valor sea el sacrificio, un solo acto de obediencia a la voz del Señor le es infinitamente más precioso. El Señor no busca las ofrendas, sino la obediencia: un corazón sumiso y un espíritu dócil lo glorifican más que el sacrificio de “los ganados *que pacen* sobre mil colinas” (Salmo 50:10, V. M.).

¡Qué importante es que este gran principio se grabe profundamente en nuestras conciencias, en estos días cuando tantos encubren todo tipo de desobediencia bajo las palabras: «¡Sacrificio! ¡Sacrificio!»! “*Obedecer es mejor que los sacrificios*”. Es infinitamente preferible que la voluntad esté sometida a Dios, que cargar el altar con los sacrificios más preciosos. Cuando la voluntad está sometida, todo toma su verdadero lugar; pero para aquel cuya voluntad está en oposición a la de Dios, hablar de sacrificios no es sino una vana decepción. Dios no mira la cantidad de sacrificio, sino el corazón de donde proviene. Veremos siempre que todos aquellos que, en el espíritu de Saúl, hablan de sacrificar a Jehová, esconden en el fondo del corazón algún interés egoísta –algun Agag– “lo mejor de las ovejas y del ganado mayor”, algo que agrada a la carne y que tiene más influencia que el verdadero servicio y el verdadero culto de Dios.

¡Que todos aquellos que leen estas páginas procuren conocer la verdadera bendición que se encuentra en una voluntad enteramente sometida a Dios! Allí se experimenta el precioso reposo que el manso y humilde Salvador prometió a todos aquellos que están cansados y cargados, el mismo reposo del que él mismo gozaba cuando decía: “¡Gracias te doy, oh Padre... *porque así pareció bueno a tu vista!*” (Lucas 10:21, V. M.). El inquieto y ambicioso Saúl no conocía nada de todo esto. Su voluntad no estaba de acuerdo con la de Dios respecto a Amalec. Dios le había dicho que destruyese enteramente ese pueblo, pero su corazón quería reservar una parte que, *para él*, al menos, parecía buena y deseable; estaba dispuesto a cumplir la voluntad de Dios respecto a “todo lo que era *vil y despreciable*”, pero pensaba poder hacer ciertas excepciones, como si la línea de demarcación entre lo que era “despreciable” y lo que era “bueno”, debía ser trazada por él, y

no según el infalible juicio de Aquel que veía a Amalec desde su verdadero punto de vista, y no consideraba, en la refinada delicadeza de Agag, nada que no fuese vil y despreciable. Dios veía en Agag a aquel que, con todo su refinamiento, se opondría a Israel más fuertemente que nunca. Este era el fundamento de su controversia con Amalec, y que Saúl era absolutamente incapaz de comprender y apreciar.

El fin del capítulo muestra claramente cuál era la corriente de los pensamientos y los deseos de Saúl. Recién acababa de oír el solemne llamado de Samuel y las declaraciones de Dios contra él; declaraciones que concluían con estas solemnes palabras: Entonces Samuel le dijo: “Jehová ha rasgado hoy de ti el reino de Israel, y lo ha dado a un prójimo tuyo mejor que tú” (v. 28). Estas palabras fulminantes todavía resonaban en sus oídos, pero tan lleno estaba de sí mismo que puede decir: “Te ruego que *me honres* delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel” (v. 30). Tal era Saúl. “El pueblo”, alega, “perdonó” lo que debía ser destruido (v. 15), la falta fue de ellos, pero, a mí, «hónrame». ¡Qué vanidad! ¡Un corazón sumido en la iniquidad y que busca el honor de parte de gusanos como él! Rechazado por Dios en cuanto al cargo que le había sido confiado, se aferra al pensamiento de ser honrado delante de los hombres. Parece que, con tal de conservar su lugar en la estima de su pueblo, poco importa lo que Dios piensa de él. Pero Dios lo había desechado, y el reino había sido desgarrado de él; no importaba demasiado que Samuel volviese con él y estuviese presente, mientras Saúl cumpliera sus formas de culto a Jehová, a fin de no perder su rango e influencia a los ojos del pueblo.

“Después dijo Samuel: Traedme a Agag rey de Amalec. Y Agag vino a él alegremente. Y dijo Agag: Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte. Y Samuel dijo: Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así tu madre será sin hijo entre las mujeres. *Entonces Samuel cortó en pedazos a Agag delante de Jehová en Gilgal*” (v. 32-33). La finura de Agag no podía engañar a aquel que fue enseñado por Dios. ¡Qué notable también es ver a Samuel cortando en pedazos a Agag *en Gilgal!* Era el lugar donde el oprobio de Egipto había sido quitado de Israel (Josué 5:9); y, recordando la historia del pueblo, encontramos a Gilgal asociado con el poder sobre el mal. Y allí el amalecita encuentra su fin bajo la mano del justo Samuel. Esto es muy instructivo. Cuando el alma realiza su plena liberación de Egipto, por el poder de la muerte y la resurrección, se encuentra en la mejor posición para obtener la victoria sobre el mal. Si Saúl hubiese conocido algo del espíritu y del principio de Gilgal, no habría perdonado a Agag. Había estado dispuesto a ir a Gilgal para renovar “allí el reino” (cap. 11:14-15), pero no con la intención de quebrantar y poner de lado allí

todo lo que agradaba a la carne. Pero Samuel, actuando con la energía del Espíritu de Dios, trata a Agag según los principios de la verdad, porque está escrito: “Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación” (Éxodo 17:16). *El rey de Israel debería haber sabido esto.*

## **1 Samuel 16 - David es ungido rey**

Ahora vamos a nuestro tema, tan rico y variado: la vida y los tiempos de David, rey de Israel. En toda la Escritura, podemos ver cuán maravillosamente el Dios de gracia supo sacar siempre el bien del mal. Para Israel fue un pecado rechazar a Jehová su Rey, con el fin de tener un hombre a su cabeza; y, en este hombre, que fue el primero en llevar el cetro en medio del pueblo, habían aprendido cuán vana es la ayuda del hombre. Pero Jehová iba a hacer salir de la insensatez y del pecado de su pueblo, una rica cosecha de bendición.

Saúl había sido rechazado, según los designios de Dios. Había sido pesado en la balanza y hallado falto; el reino iba a ser arrebatado de su mano y entregado a un hombre según el corazón de Dios. Este hombre debía ocupar el trono, para la gloria de Dios y la bendición de Israel. “Dijo Jehová a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?” (1 Samuel 16:1). Estas palabras nos introducen en el secreto del dolor de Samuel con respecto a Saúl durante el largo período de su separación de él. En el último versículo del capítulo 15, leemos: “Y Samuel no volvió a ver más a Saúl, hasta el día de su muerte; Samuel empero lamentaba a Saúl” (V. M.). Era natural. En la triste caída de este desdichado hombre, había muchas cosas susceptibles de afectar profundamente el corazón. En otro tiempo, hizo brotar de la boca del pueblo este grito: “¡Viva el rey!” (cap. 10:24). Más de una mirada, sin duda, más de un corazón lleno de entusiasmo, se había detenido sobre este varón “joven y hermoso”, y ahora, todo esto se esfumó. Saúl fue rechazado por Dios, y Samuel se había visto forzado a tomar respecto de él un lugar de entera separación. Era la segunda persona que Samuel veía despojada de su cargo. Al principio de su carrera, había sido portador de malas noticias para Elí; y, ahora, al término de su curso, había sido encargado de anunciar a Saúl el juicio de Dios sobre su conducta. Sin embargo, Samuel fue llamado a entrar en los pensamientos de Dios con respecto a Saúl. “¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado?”. La comunión con Dios nos conduce siempre a estar conformes con Sus caminos. El sentimentalismo puede llorar por las grandezas perdidas, pero la fe echa mano de la gran verdad de que el infalible consejo de Dios debe permanecer, y que él hará todo cuanto quiera (véase Isaías 46:10). La fe no podría derramar una sola lágrima por Agag, ni por un Saúl rechazado, porque siempre está en armonía con el pensamiento

de Dios, ya sea que a Él le plazca rebajar o elevar a alguien. Hay una inmensa diferencia entre el sentimentalismo y la fe: mientras el primero se sienta a llorar, el otro se levanta y llena su cuerno de aceite.

Es bueno examinar bien este contraste. Somos muy propensos a dejarnos llevar por el mero sentimiento, lo que es a menudo extremadamente peligroso. En la medida en que proviene de la naturaleza, habrá de fluir en una corriente diferente de la corriente de los pensamientos del Espíritu de Dios. Ahora bien, el remedio más eficaz contra la nefasta actividad del sentimiento, es una firme, profunda, cabal y permanente convicción de la realidad del propósito de Dios. En presencia de esta convicción, el sentimentalismo se marchita y muere, mientras que la fe vive y florece en la atmósfera de los pensamientos de Dios. La fe dice: “Yo te alabo, oh Padre”, para los acontecimientos y las circunstancias, los propósitos y los consejos, que asestan el golpe mortal a las emociones del sentimentalismo. Este importante principio está puesto ante nosotros de manera muy notable en el primer versículo del capítulo 16: “¿Hasta cuándo estarás lamentando?... Llena tu cuerno de aceite, y anda, *que* yo te enviaré a Isaí betlehemita; porque de entre sus hijos me he provisto de rey” (V. M.). Sí; “¿hasta cuándo te estarás lamentando?”, es la cuestión. El dolor humano se hace sentir hasta que el corazón haya encontrado el reposo en los abundantes recursos del Dios de bondad. Todos los vacíos que dejan en el corazón los acontecimientos humanos, pueden ser llenados solamente por el poder de la fe en estas preciosas palabras: “*He provisto*”. Esto realmente lo resuelve todo, seca las lágrimas, alivia los dolores, llena los vacíos. Desde el momento que el espíritu reposa en los recursos del amor de Dios, se pone fin a todas las murmuraciones. ¡Ojalá que todos podamos conocer el poder y las diversas aplicaciones de esta verdad! ¡Que podamos saber lo que es tener nuestras lágrimas enjugadas y nuestro cuerno lleno de la convicción del tierno amor, la sabiduría y los recursos de nuestro Padre! Es una bendición rara; es difícil elevarse completamente por encima de la región de los pensamientos y los sentimientos humanos. Hasta un Samuel aparece objetando el mandamiento divino, y manifestando lentitud para correr en el camino de la simple obediencia. Jehová dice: “Ve”, y Samuel responde: “¿Cómo iré?”. ¡Extraña pregunta! Pero ¡qué bien muestra la condición moral del corazón humano! Samuel había estado lamentándose por Saúl, y ahora que es enviado para ungir a otro en su lugar, dice: “¿Cómo iré?”. La fe jamás habla así. No hay ningún «cómo» en su vocabulario. No; tan pronto como el mandamiento divino traza la senda, la fe se apresura a emprenderla, en voluntaria obediencia y sin tener en cuenta las dificultades.

Sin embargo, Jehová, en su bondad, viene para despejar la dificultad de su siervo: “Jehová respondió: Toma contigo una becerro de la vacada, y di: A ofrecer sacrificio a Jehová he venido” (1 Samuel 16:2). Así pues, con un sacrificio y con su cuerno lleno de aceite, sube a la ciudad de David, donde un joven desconocido y de quien ignoraba los designios de Dios para con él, apacentaba algunas ovejas en el desierto.

Entre los hijos de Isaí, parece haber habido algunos bellos ejemplares de la naturaleza humana, sobre los cuales Samuel, si se hubiese dejado llevar por su propio juicio, habría fijado los ojos, para darles la corona de Israel. “Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante de Jehová está su ungido” (v. 6). Pero no fue así. Los dones naturales y lo que llama la atención del hombre, no tienen nada que ver con la elección de Dios. Él mira lo que hay debajo de la superficie dorada de los hombres y de las cosas, y juzga todo según Sus infalibles principios. El capítulo 17 nos hace conocer algo del espíritu altivo y autosuficiente de Eliab. Pero el Señor no pone su confianza en la estatura de un hombre; Eliab no era aquel que había escogido. Es una cosa notable, en este capítulo, ver a Samuel errar tan a menudo. Su duelo por Saúl, su negativa o más bien su vacilación cuando se trata de ir a Belén a ungir a David, su error en lo tocante a Eliab, todo muestra cuán extraviado estaba de los caminos de Dios. La palabra que Jehová le envía es muy seria:

“ No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón (v. 7).

He aquí la gran diferencia, *la apariencia exterior, y el corazón*. Samuel mismo habría estado muy cerca de ser seducido por la primera de estas cosas si Jehová no hubiese intervenido para enseñarle el valor de la segunda. “No mires a su parecer”. ¡Memorables palabras!

“Entonces llamó Isaí a Abinadab, y lo hizo pasar delante de Samuel, el cual dijo: Tampoco a este ha escogido Jehová. Hizo luego pasar Isaí a Sama. Y él dijo: Tampoco a este ha elegido Jehová. E hizo pasar Isaí *siete hijos suyos* delante de Samuel; pero Samuel dijo a Isaí: Jehová no ha elegido a estos” (v. 8-10). Así pues, la perfección de la naturaleza humana, por decirlo así, pasa delante del profeta, pero en vano; la naturaleza no puede producir nada para Dios ni para su pueblo. Y lo que es notable en todo esto, es que Isaí no piensa en absoluto en David. El joven rubio estaba en la soledad del desierto con las ovejas, y ni siquiera se le pasó por la mente a Isaí, mientras este hacía pasar delante del profeta lo más selecto de su familia. Pero, ¡ah!, los ojos de Jehová esta-



ban puestos en este joven olvidado, y contemplaba en él a aquel del cual, según la carne, debía venir Cristo, para ocupar el trono de David y reinar para siempre sobre la casa de Israel. “Jehová no mira lo que mira el hombre”; porque “lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Corintios 1:27-29). Si Eliab, Abinadab, Sama o algún otro de los siete hijos de Isaí hubiera sido ungido, la carne habría podido vanagloriarse delante de Dios, pero desde el momento que David, el joven olvidado, aparece en la escena, reconocemos en él a aquel que le dará toda gloria al Dios que iba a poner el cetro en su mano. David se presenta ante nosotros como el tipo del Señor Jesús que, cuando estuvo entre los hombres, fue despreciado y olvidado; y a medida que avancemos en la instructiva historia del hijo más joven de Isaí, veremos cuán sorprendentemente prefigura al verdadero amado de Dios.

“Entonces dijo Samuel a Isaí: ¿Son estos todos tus hijos? Y él respondió: Queda aún el menor, que apacienta las ovejas. Y dijo Samuel a Isaí: Envía por él, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga aquí. Envió, pues, por él, y le hizo entrar; y era rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer. Entonces Jehová dijo: Levántate y úngelo, *porque este es*” (v. 11-12). “Queda aún el menor”, decía Isaí, quien seguramente pensaba: no puede ser él el elegido. El hombre no puede comprender los pensamientos de Dios. El instrumento del que Dios va a servirse, es ignorado y despreciado por los hombres. Pero Dios ha dicho: “Levántate y úngelo, *porque este es*”: la respuesta perfecta que Dios da a los pensamientos de Samuel y de Isaí.

Es interesante también observar la ocupación de David. “Apacienta las ovejas”. A esto se refiere luego Jehová, cuando le dice a David: “Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel” (2 Samuel 7:8). Nada podría ilustrar más dulcemente los pensamientos de Dios acerca del oficio real, que el trabajo de un pastor. Si el rey no desempeña su oficio en el espíritu de un pastor, su propósito se verá frustrado. El Rey David había captado perfectamente este punto, como puede observarse en estas conmovedoras palabras: “*Estas ovejas, ¿qué han hecho?*” (2 Samuel 24:17, V. M.). El pueblo eran las ovejas de Jehová, y David, como su pastor establecido sobre ellas por Jehová, las guardaba sobre los montes de Israel, de la misma manera que había guardado las ovejas de su padre en los lugares apartados cerca de Belén. No cambió su carácter cuando fue del redil al trono y cuando cambió el cayado por el cetro. No; todavía era el pastor, y sentía la responsabilidad de proteger a las ovejas del Señor contra los leones y los osos que merodeaban siempre alrededor del rebaño. La alusión del profeta al

verdadero David es muy bella y conmovedora, cuando habla de Israel en los días venideros: “Yo salvaré a mis ovejas, y nunca más serán para rapiña; y juzgaré entre oveja y oveja. Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado” (Ezequiel 34:22-24). En el capítulo 10 de Juan, el Señor se presenta como el fiel y buen Pastor, que ama y cuida a su rebaño; y no podríamos dudar de que las palabras del Señor en el capítulo 6 del mismo evangelio, hacen más o menos referencia a su carácter de pastor: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero”. Tenemos aquí un importante principio de verdad. Independientemente de su amor personal por las ovejas, amor tan maravillosamente demostrado por su vida y su muerte, el Señor Jesús, en el pasaje que acabamos de citar, se presenta como responsable –voluntariamente, sin duda– hacia su Padre, de guardar cada oveja de su preciado y amado rebaño a través de todas las vicisitudes de su curso, e incluso en la muerte, y de presentarla en el día postrero en la resurrección en gloria. Tal es el Pastor a quien la mano del Padre nos confió; y ¡cómo nos ha provisto para el tiempo y para la eternidad, colocándonos en tales manos, en las manos de un Pastor siempre vivo, todopoderoso, que siempre nos ama, cuyo amor las muchas aguas no pueden apagar, cuyo poder ningún enemigo puede resistir, que tiene en su mano las llaves de la muerte y del Hades, y que adquirió su derecho sobre su rebaño poniendo su vida por él! Podemos decir de verdad: “Jehová es mi pastor; nada me faltará”. ¿Cómo podríamos estar necesitados, cuando es Jesús quien nos apacienta? Esto es imposible. Nuestros corazones insensatos pueden desear alimentarse a menudo de pastos malsanos, y nuestro Pastor puede tener que mostrarnos los cuidados de su gracia en nosotros privándonos de los tales, pero una cosa es cierta: que aquellos a los que Jesús apacienta “no tendrán falta de ningún *bien*” (Salmo 34:10).

Hay, en el carácter de pastor, algo que parece estar completamente en armonía con el pensamiento divino. Encontramos, en efecto, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, actuando en este carácter. El Salmo 23, en su primera aplicación, puede considerarse como la experiencia de Cristo, complaciéndose en la seguridad de que su Padre lo conduce y vela por él como un pastor. Luego, el capítulo 10 del evangelio de Juan, nos muestra al Hijo como el buen Pastor. Y, por último, en Hechos capítulo 20, y en 1 Pedro 5, vemos al Espíritu Santo actuando como tal, suscitando y dotando para su obra, a los pastores subordinados. Es edificante para el alma, observar cómo nuestro Dios se nos presenta en las relaciones que implican los más tiernos cuidados, y que son las mejor calculadas para atraer nuestros afectos y ganar nuestra confianza. ¡Bendito sea su nombre para siempre! Sus caminos son todos perfectos: nadie hay semejante a él.

Fijemos nuestra atención en el contraste que existe entre las circunstancias en las cuales Samuel encontró a David, y aquellas en que encontró a Saúl. Recordemos que Saúl había ido a buscar las asnas de su padre, cuando entró en contacto con Samuel. No interpreto el hecho, solamente lo menciono. Creo que tiene un significado en cuanto a los futuros caminos de Saúl, así como la ocupación de David en el redil de las ovejas anunciaba su futura carrera como pastor de Israel. Cuando vemos a David cuidando las ovejas de su padre en el desierto, despreciado o poco considerado en el círculo de su familia, somos conducidos a ver en el futuro algo que corresponderá a lo que era entonces, y no nos equivocamos. Asimismo, cuando consideramos a Saúl yendo en busca de las asnas de Cis, no podemos dejar de suponer que habrá en su carácter y sus costumbres subsiguientes, algo que recordará esta circunstancia. Los pequeños detalles a menudo llevan con ellos una gran enseñanza. Los afectos de David y su tierna solicitud para con el rebaño del Señor, junto con su abnegación, pueden verse ya en las circunstancias donde se encuentra introducido ante nosotros; y, por otra parte, podemos entrever ya el espíritu ambicioso y personal de Saúl en el objeto de sus pretensiones, cuando se encuentra con Samuel. No hago hincapié en estos hechos, dejando al lector el cuidado de considerarlos con la luz que el Señor le de. Solamente recordaré, que nada puede ser insignificante de lo que, a lo largo de las Escrituras, el Espíritu Santo apuntó respecto de hombres que presentan un contraste tan sorprendente, y que, tanto uno como otro, ocupan un lugar tan importante en la historia del pueblo de Dios.

Lo que vemos sobre todo, es la gracia que toma, por conductor del pueblo de Dios, a aquel en quien se manifestaban los rasgos de carácter tan bien adaptados a la obra que debía cumplir. “Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David” (1 Samuel 16:13). David está pues ahora ante nosotros como el ungido de Jehová, y tenemos que seguirle en las vicisitudes de su vida errante, mientras es rechazado por los hombres y espera el reino.

## **1 Samuel 17 - El valle de Ela**

Tan pronto como el aceite de la unción de parte de Jehová fue derramado sobre David, este es llamado a dejar su lugar de retiro y a presentarse ante Saúl, el rey desechado por Dios y atormentado por un espíritu malo. Este pobre hombre necesitaba los dulces sonidos del arpa de David para neutralizar la influencia de este espíritu que, día tras día, lo atormentaba. ¡Miserable hombre! ¡Triste resultado al que condujo una vida llena de la búsqueda de sí mismo!

David no vacila en tomar la posición de *siervo*, en la casa misma de aquel que pronto se mostrará como su más encarnizado enemigo. Poco le importaba dónde servía o lo que tenía que hacer: proteger las ovejas de su padre de los leones y los osos, o expulsar al espíritu malo de Saúl. De hecho, desde el momento que su historia se inicia, David es visto como siervo, dispuesto a cumplir todo tipo de trabajo; y en el valle de Ela se manifiesta de manera muy sorprendente su carácter de siervo.

Saúl parece no haber podido ni imaginar quién era aquel que estaba ante él, cuyos armoniosos acordes refrescaban su turbado espíritu; ignoraba que tenía ante sí al futuro rey de Israel. “Y él le amó mucho, y le hizo su paje de armas” (v. 21). El egoísta Saúl estaba contento de usar los servicios de David en sus necesidades, aunque dispuesto a derramar su sangre en cuanto comprendiera quién y qué era.

Pero fijemos la mirada en las escenas tan interesantes que se desarrollan en el valle de Ela. “Los filisteos juntaron sus ejércitos para la guerra” (1 Samuel 17:1). Llegamos a algo muy apropiado para hacer resaltar el verdadero carácter y el valor respectivo de Saúl y de David, del hombre de la forma y del hombre del poder. Es la prueba que pone en evidencia lo que hay de real en los recursos de un hombre. Saúl ya había sido probado, pues “todo el pueblo iba tras él temblando”, y difícilmente estaba en condiciones de mostrarse, en esta nueva ocasión, como el jefe adecuado para animar y sostener los corazones. Un hombre abandonado por Dios y afligido por un espíritu malo, no era el más apropiado para estar a la cabeza de un ejército delante del enemigo, ni para combatir cuerpo a cuerpo con el poderoso gigante de Gat.

El conflicto en el valle de Ela está caracterizado de una manera muy especial por la propuesta que hace Goliat de dirimir la cuestión en un combate singular. Era el verdadero medio de conocer el valor de un *individuo*. No se trataba, como en los casos ordinarios, de combatir ejército contra ejército, sino de saber qué hombre de todo el ejército de Israel querría aventurarse contra el terrible enemigo incircunciso. De hecho, era evidente que Dios quería hacer sentir una vez más a Israel que, como pueblo, estaba absolutamente sin fuerza, y que, al igual que en los días pasados, su único recurso para ser librado era el brazo de Jehová, dispuesto todavía a mostrarse y a actuar como “varón de guerra”, siempre que la fe se dirigiera a él como tal.

Durante cuarenta días, el filisteo se acercó y se presentó a los ojos del desdichado Saúl y de su ejército sobrecogido de terror. Y obsérvese qué amargo insulto les lanza a los israelitas: “¿No soy yo el filisteo, y *vosotros los siervos de Saúl?*” (1 Samuel 17:8). ¡Lamentablemente, esto era demasiado cierto! Habían descendido de su alta posición como siervos de Jehová, para convertirse en

meros siervos de Saúl. Samuel les había advertido acerca de eso. Les había dicho que el rey y amo a quien escogían haría de ellos sus guardias, amasadores, cocineros y perfumistas (1 Samuel 8); y esto en lugar del servicio de “Jehová, el Dios de Israel”, al cual habrían podido considerar como su único Amo y Rey. Pero nada instruye mejor al hombre, que las dolorosas lecciones de la experiencia; y los sangrientos ultrajes de Goliat debían, sin duda, enseñar de nuevo a Israel cuál era su verdadera condición bajo el aplastante yugo de los filisteos. “Escoged de entre vosotros *un hombre* que venga contra mí”, dice el gigante (cap. 17:8). ¡Qué poco sabía acerca de quién iba a ser su antagonista! En la fuerza brutal y totalmente *carnal* de la que se vanagloriaba, se imaginaba que ningún israelita se atrevería a medirse con él.

Y aquí, podríamos preguntarnos: ¿dónde aparece Jonatán en esta escena? El que vimos actuar con una fe tan simple y con tanta energía, en el capítulo 14, ¿por qué no está dispuesto ahora para salir a luchar contra el gigante? Si observamos de cerca sus acciones, en el capítulo que acabamos de citar, podemos ver, me parece, que su fe no tenía ese carácter completamente simple e independiente de las circunstancias, que hace pasar a uno a través de todo tipo de dificultades. El defecto en su fe se muestra en estas palabras: “*Si* nos dijeren así” (cap. 14:9). La fe jamás dice “*si*”; ella tiene que ver solo con Dios. Cuando Jonatán dijo: “No es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos” (cap. 14:6), enunció un bello principio que debía haber seguido hasta el final, sin mezclarlo con un “*si*”. Si la fe de Jonatán hubiera reposado más simplemente en el poder de *Dios*, no habría buscado una señal. Es verdad que, en su bondad, Jehová le da una, tal como en otro tiempo lo había hecho con Gedeón, porque Dios siempre supe las necesidades de sus siervos. Pero Jonatán no aparece en el valle de Ela; parece haber cumplido su obra y actuado según su medida. En la escena que tenemos ahora ante nosotros, hacía falta algo más profundo que todo lo que Jonatán había conocido.

Jehová preparaba en secreto un instrumento para esta obra nueva y más difícil. ¿No es así como actúa siempre nuestro Dios? Forma en el secreto a aquellos a quienes va a utilizar en público. En la íntima solemnidad de su santuario, se da a conocer a sus siervos, y hace pasar ante ellos Su grandeza, a fin de hacerlos capaces de contemplar, con una mirada fija y segura, las dificultades del camino. Así ocurrió con David. Había estado a solas con Dios, mientras pastoreaba el rebaño en el desierto; su alma estaba llena del pensamiento del poder de Dios, y ahora hace su aparición en el valle de Ela, con toda la sencillez y la dignidad del propio renunciamiento que caracteriza a un hombre de fe. Los cuarenta días durante los cuales Goliat había desafiado a Israel, habían demostrado la incapacidad total del hombre. Saúl no habría podido hacer nada contra el gigante;

los tres hijos mayores de Isaí no habían salido a su encuentro para combatir con él; más aún, Jonatán mismo se hallaba sin fuerzas; todo estaba perdido, o parecía estarlo, cuando el joven David entra en escena, revestido de la fuerza con que iba a poner en el polvo la gloria y el orgullo del feroz filisteo.

Las palabras del filisteo llegan a oídos de David, y este en seguida reconoce en ellas un blasfemo desafío al Dios viviente. “¿Quién es este filisteo incircunciso”, dice, “para que provoque a los escuadrones *del Dios viviente?*” (1 Samuel 17:26). La fe de David ve en el ejército tembloroso que está delante de él a los escuadrones del Dios viviente, y, en seguida, reduce el hecho a una cuestión entre Jehová y el filisteo. Tenemos aquí una gran enseñanza. Ningún cambio de circunstancias puede privar a los ojos de la fe de la dignidad de que está revestido el pueblo de Dios. Este pueblo puede ser rebajado al juicio del hombre, como era el caso de Israel en esta ocasión, pero la fe jamás puede perder de vista lo que Dios le comunicó; y esta es la razón por la cual David, al ver a sus pobres hermanos desfalleciendo a los ojos de su temible enemigo, los reconoce sin embargo como aquellos con los que el Dios viviente estaba identificado y, por consiguiente, como aquellos que no debían ser desafiados por un filisteo incircunciso. Cuando la fe está en ejercicio, pone al alma en relación directa con la gracia y la fidelidad de Dios, y con Sus propósitos para con su pueblo. Es verdad que Israel, por su infidelidad, había atraído sobre sí toda esta dolorosa humillación; no era según el Señor que se desalentara frente a un enemigo; era el resultado de sus propios actos, y es también lo que la fe comprende y reconoce siempre. Pero para la fe permanece aún la pregunta: “¿Quién es este filisteo incircunciso?”. No es el ejército de *Saúl* el que ocupa las miradas del hombre de fe. No; son los escuadrones del *Dios viviente*: un ejército bajo el mando del mismo Jefe que había conducido sus ejércitos a través del mar Rojo, a través de aquel “desierto grande y espantoso”, y que, finalmente, los había hecho pasar el Jordán para entrar en Canaán. Eso era lo que veía la fe, lo único que podía satisfacerla.

Pero ¡qué poco son comprendidos y apreciados los juicios y las acciones de la fe, cuando el estado espiritual de las almas es bajo entre el pueblo de Dios! Lo vemos en cada página de la historia de Israel y, podemos decirlo, en cada página de la historia de la Iglesia. La senda de una fe simple e infantil está totalmente fuera del alcance de la vista humana, y si los siervos del Señor llegan a caer en un estado carnal, si el nivel de sus pensamientos desciende, no pueden comprender más el principio de poder que se encuentra en el alma de aquel que realmente actúa por la fe, y este seguirá siendo incomprendido de diversas maneras; le serán atribuidos malos motivos, será acusado de ponerse adelante o de actuar según su propia voluntad, de manera independiente.

Es lo que debe esperar aquel que «se pone en la brecha», en un tiempo de decadencia espiritual general. En medio de la falta de fe de la mayoría, el hombre de fe queda solo, y, cuando es conducido a actuar de parte de Dios, puede estar seguro de que sus actos serán mal interpretados.

Esto fue precisamente lo que ocurrió con David. No solamente fue dejado solo en el momento de la dificultad, sino que tuvo que sufrir los reproches y los sarcasmos de la carne que salen de la boca de Eliab, su hermano mayor. “Y oyéndole hablar Eliab su hermano mayor con aquellos hombres, se encendió en ira contra David y dijo: ¿Para qué has descendido acá? ¿y a quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? *Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón*, que para ver la batalla has venido” (1 Samuel 17:28). Tal fue el juicio que Eliab pronunció sobre David y sus actos. “David respondió: ¿Qué he hecho yo ahora? ¿No es esto mero hablar?” (v. 29). David fue impulsado por una energía totalmente desconocida para Eliab, y no se preocupaba por defender su conducta delante de su altivo hermano. ¿Por qué Eliab no había actuado en defensa de sus hermanos, el pueblo de Israel? ¿Por qué Abinadab y Sama no lo habían hecho? Porque les faltaba fe; esta era la sencilla razón. No solo estos tres hombres estaban sin fuerza, sino que toda la congregación estaba sobrecogida de terror en presencia del enemigo, y ahora que aparece en la escena aquel por el cual Dios iba a actuar de manera maravillosa, nadie lo comprende.

“Y dijo David a Saúl: No desmaye el corazón de ninguno a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo” (1 Samuel 17:32). Tal es la fe. Ninguna dificultad la intimida; nada la puede detener. ¿Qué era el filisteo para David? ¡Nada! Su prodigiosa estatura, su formidable armadura, no eran sino meras circunstancias, y *la fe jamás mira las circunstancias; mira directamente a Dios*. Si el alma de David no hubiera estado llena de energía por la fe, jamás habría podido decir estas palabras: “Tu siervo irá”; porque, oigamos las palabras de aquel que tendría que haber sido el primero en enfrentar al terrible enemigo de Israel: “Dijo Saúl a David: No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él” (v. 33). ¡Qué lenguaje para un rey de Israel! ¡Qué contraste entre el hombre simplemente revestido de un cargo y el hombre que actúa en el poder de la fe! Seguramente, Saúl habría debido tomar la iniciativa de defender el rebaño confiado a sus cuidados. Pero Saúl no se preocupaba por Israel, a menos que Israel se relacionara con su persona, y por eso podemos afirmar que exponer su vida para defender al pueblo, era algo que jamás habría tenido cabida en su corazón egoísta. Y no solamente no podía ni quería actuar él mismo, sino que habría querido paralizar las energías de aquel que manifestaba los frutos del principio divino implantado en él, y que demostraría ser absolutamente capaz de cumplir la tan elevada función que el propósito de Dios le había asignado y para la cual había sido ungido.

“No podrás tú”. Era verdad; pero Jehová era capaz, y David se apoyaba simplemente en la fuerza de Su brazo. Su fe echaba mano del poder de Aquel que apareció a Josué bajo los muros de Jericó, con una espada desenvainada en su mano, el “Príncipe del ejército de Jehová” (Josué 5:13-14). David sentía que Israel no había dejado de ser el ejército de Jehová, por más decaído que estuviese si se lo compara con lo que era en los días de Josué. Sí, Israel todavía era el ejército de Jehová, y la batalla también era la batalla de Jehová de la misma forma que lo era cuando el sol y la luna fueron detenidos en su curso, a fin de que Josué pudiese ejecutar el juicio de Dios sobre los cananeos (Josué 10). La simple fe en Dios es lo que sostenía el espíritu de David, aunque Eliab lo acusara de orgullo y Saúl hablara de su incapacidad.

Querido lector, nada da más energía y poder para perseverar, que la conciencia de que se actúa *para Dios* y de que Dios actúa *con nosotros*. Esto quita todo obstáculo, eleva el alma por encima de toda influencia humana, y la introduce en la región de la omnipotencia. Tengamos solamente la plena seguridad de que *estamos* del lado del Señor y de que su mano actúa con nosotros, y nada podrá hacernos salir de la senda del servicio y del testimonio, adondequiera que nos conduzca: “Todo lo puedo”, dice el apóstol, “en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13); y también:

“ Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo (2 Corintios 12:9).

El más débil de los santos lo puede todo por Cristo; pero si el ojo de la carne se fija en este débil santo, puede parecer presuntuoso hablar de poder hacerlo todo. Por eso, cuando Saúl mira a David y lo compara con Goliat, juzga sanamente cuando dice: “No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud” (1 Samuel 17:33). Es una comparación entre la carne y la carne, y, bajo esta perspectiva, es totalmente justa. Si se compara a un joven con un gigante, toda la ventaja está del lado de este último; pero Saúl habría debido comparar la fuerza de Goliat con la del “Dios de los escuadrones de Israel”. Es lo que hace David. “David respondió a Saúl: Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y lo mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente” (cap. 17:34-36). Tal era el argumento de la fe. La mano que había librado a David de una dificultad, lo libraría de otra. No hay ningún “si” en todo esto. David no esperaba ninguna señal; simplemente dice: “*Tu siervo irá*”. David



había sentido el poder de la presencia de Dios con él en el secreto, antes de presentarse en público como siervo de Dios y de Israel. Él no se había jactado de su triunfo sobre el león y el oso. Nadie parece haber oído de esto antes; y él, sin duda, jamás habría hablado de eso tampoco, de no haber sido con el expreso propósito de mostrar sobre qué base sólida reposaba su confianza en cuanto a la gran obra que iba a emprender. Quería mostrar claramente que no daba ese paso en su propia fuerza. Así ocurrió con Pablo cuando fue arrebatado al tercer cielo. Durante catorce años, este secreto había permanecido sepultado en el corazón del apóstol, y jamás lo habría divulgado, si no fuera porque los razonamientos carnales de los corintios lo habían obligado a ello.

Estos dos ejemplos están llenos de instrucción práctica para nosotros. La inmensa mayoría de nosotros, somos demasiado propensos a hablar de nuestros pobres hechos o, por lo menos, a pensar en ellos. La carne tiene una fuerte tendencia a vanagloriarse en todo lo que exalta al *yo*; y si el Señor, a pesar de lo que somos, ha realizado algún pequeño servicio por nuestro medio, ¡cuánto estamos dispuestos a comunicarlo a los demás, en un espíritu de orgullo y autocomplacencia! Es bueno y conveniente hablar de la gracia del Señor, y tener el corazón lleno de gratitud y alabanzas, porque esta gracia se dignó servirse de nosotros; pero esto es muy diferente de la jactancia respecto de cosas que se relacionan con uno.

David guardaba en su corazón el secreto de su triunfo sobre el león y el oso, hasta el momento en que se presentó la ocasión adecuada para hablar de ello; incluso entonces, no habla de sí mismo como de aquel que realizó la hazaña, sino que simplemente dice: “Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de la mano de este filisteo”. ¡Preciosa fe que cuenta con Dios para todo y que no confía para nada en la carne; que introduce a Dios en cada dificultad, y nos conduce, con un corazón lleno de gratitud, a ocultar el *yo* y a dar al Señor toda gloria! ¡Ojalá que nuestras almas puedan conocerla más!

Pero a menudo hace falta mucha espiritualidad para descubrir la profunda diferencia que existe entre el lenguaje de la fe y el lenguaje de las frases repetidas y las expresiones formularias de la mera religiosidad. Saúl asume la vestimenta y la fraseología de la religiosidad; pudimos verlo más de una vez en su historia, y lo volvemos a ver en su entrevista con David. La *religiosidad* y la *fe* son vistas aquí en marcado contraste. Cuando David declaró su fe de forma clara e inequívoca en la presencia y el poder de Jehová, Saúl añadió: “Ve, y Jehová esté contigo” (v. 37). Pero ¡qué poco comprendía lo que implicaba el hecho de tener a Jehová consigo! *Parecía* confiar en Jehová, pero, *en realidad*, confiaba en su armadura. Si hubiese comprendido bien el alcance de sus palabras,

¿cómo habría pensado en vestir a David con su armadura? “*Jehová esté contigo*”, era, en boca de Saúl, una mera expresión de uso común y formularia. De hecho, esto no significaba nada, porque no tenía la más remota idea de lo que era para David ir *simplemente* con el Señor.

Es bueno detenernos un momento a considerar, y señalar claramente, el mal que hay en el hecho de emplear palabras que, en lo que se refiere a nosotros, no significan nada, pero que, en el fondo, toman el nombre y la verdad del Señor con ligereza. Cuán a menudo hablamos de confiar en el Señor cuando, en realidad, nos apoyamos en alguna circunstancia o en un conjunto de circunstancias. Cuán a menudo hablamos de vivir día a día en la simple dependencia de Dios, cuando, si juzgáramos delante de él la verdadera condición de nuestras almas, encontraríamos que en realidad íbamos en busca de recursos humanos o terrenales. Se trata de un serio mal, contra el cual debemos guardarnos muy cuidadosamente. Es justamente lo que manifestó Saúl, cuando, habiendo hecho uso de la aparentemente piadosa expresión: “*Jehová esté contigo*”, comenzó a vestir “a David con su armadura, y le puso un yelmo de bronce sobre la cabeza, y vistióle su lorica” (v. 38, V. M.). No tenía idea de que David combatiría de una manera diferente de la habitual. Sin duda, *hacía profesión* de que era en el nombre de Jehová, pero pensaba que David *debía emplear medios ordinarios*. Sucede a menudo que al hablar de emplear medios, en realidad uno excluye totalmente a Dios. Profesamos emplear medios en la dependencia de Dios cuando, en realidad, solo empleamos el nombre de Dios mientras dependemos de los medios. Esto, prácticamente, y según el juicio de la fe, es hacer un Dios de los medios. ¿Qué es sino idolatría? ¿En qué tenía más confianza Saúl? ¿En Jehová, o en su armadura? En su armadura evidentemente; y lo mismo se puede decir de todos aquellos que no marchan verdaderamente por la fe: ellos se apoyan en los *medios*, y no en Dios.

Notemos qué sorprendente relación tiene todo esto con el título de este artículo *La vida de la fe*, el cual es puesto de relieve por la interesante escena que estamos considerando. En ella, vemos al hombre de fe y al hombre que recurre a los medios, y podemos ver hasta qué punto el primero hace uso de los medios. Sin duda, podemos servirnos de los medios, pero es necesario que estén en perfecta armonía con la actividad de la fe y con la intachable gloria del Dios de toda gracia y poder. Pues bien, David siente que la armadura de Saúl y su cota de malla no son medios que la fe pueda emplear y, por tanto, rehúsa utilizarlos. Si se hubiera servido de ellos, la victoria no habría sido tan manifiestamente del Señor, y David había profesado su fe en el poder de Jehová

para librar al pueblo, y no en la armadura humana. Es cierto que debemos emplear medios, pero tengamos cuidado de que no excluyan a Dios. La fe espera en Dios, deja que él se sirva de los medios que quiera, y no le pide bendecir aquellos medios que escogeríamos *nosotros*.

“Y ciñó David su espada sobre sus vestidos, y probó a andar, porque nunca había hecho la prueba. Y dijo David a Saúl: Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué. Y David echó de sí aquellas cosas” (v. 39). ¡Feliz liberación de las trabas humanas! Se ha hecho observar con razón que la prueba de David no fue su encuentro y su combate con el gigante, sino la tentativa de vestirlo con las armas de Saúl. Si el enemigo hubiese tenido éxito en persuadirlo de ir a combatir con esta armadura, todo habría estado perdido; pero, por la gracia, la rechazó y se entregó así enteramente a las manos de Jehová. Sabemos qué seguridad encontró allí. Así es como la fe actúa siempre; ella deja todo en manos de Dios solamente. No se trata de Jehová y la armadura de Saúl, sino de Jehová solo.

¿No podemos aplicar esto al caso de un pobre pecador perdido y sin fuerza, y que tiene necesidad de que sus pecados le sean perdonados? Satanás se esforzará por inducirlo a procurar añadir algo a la obra de Cristo con vistas a este perdón; algo que disminuya la gloria del Hijo de Dios como *único* Salvador de los pecadores. Querría decirle a tal alma: si usted añade *lo que sea* a la obra de Cristo, hará que no sea de ningún provecho. Si se hubiese permitido añadir algo, ciertamente habría sido la circuncisión, puesto que era de institución divina, y, sin embargo, el apóstol dijo: “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:2-4). Así pues, Cristo *solo* es todo lo que nos hace falta; no Cristo y nuestras obras, sino simplemente Cristo, porque él es plenamente suficiente. No necesitamos nada más; y nada menos podría bastarnos. Deshonramos la suficiencia de su obra expiatoria, cuando procuramos relacionar con ella algo que sea de nosotros, así como David habría deshonrado a Jehová si hubiese ido a enfrentar al guerrero filisteo vestido con la armadura de Saúl. Sin duda, los hombres prudentes del mundo no podían sino condenar en él lo que les parecía la temeridad y la precipitación de la juventud; de hecho, cuanto más versado era un hombre en la práctica de la guerra, más debía considerar una locura la conducta del hombre de fe. Pero ¿qué importaban estos juicios? David sabía a quién había creído; sabía que no era imprudencia lo que lo hacía actuar, sino su fe en la voluntad y el poder de Dios para ayudarlo en el momento de la necesidad. En todo el ejército de Saúl, ninguno conocía la debilidad de David más de lo que él mismo la sentía en ese momento crítico. Aunque los

ojos de todos estaban fijos en él, como alguien que tenía mucha confianza en sí mismo, nosotros, no obstante, sabemos lo que sostenía su corazón y afirmaba sus pasos, mientras iba al encuentro de su temible enemigo. Sabemos que el poder de Dios estaba allí de una manera tan manifiesta como el día en que las aguas del mar fueron divididas, a fin de dar paso a los redimidos; y cuando la fe introduce el poder de Dios, nada puede, ni por un momento, interponerse en su camino.

El versículo 40 nos muestra la armadura de David. “Y tomó su cayado en su mano, y escogió cinco piedras lisas del arroyo, y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y tomó su honda en su mano, y se fue hacia el filisteo”. Vemos, pues, que David emplea medios, pero ¡qué medios! ¡Qué menosprecio no arrojó sobre la poderosa armadura del filisteo! ¡Qué contraste entre su honda y la lanza del gigante, cuya asta era como el rodillo de un telar! ¡David no podía infligir herida más profunda al orgullo del filisteo que viniendo contra él con tales armas! Era decir lo poco que tenía en cuenta todo su equipamiento guerrero. Goliat lo sintió: “¿Soy yo perro?”, dice (v. 43). Era poco importante, para el juicio de la fe, lo que era, un perro o un gigante; era un enemigo del pueblo de Dios, y David iba a enfrentarlo vestido con las armas de la fe. “Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano... y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel. Y sabrá toda esta congregación que *Jehová no salva con espada y con lanza*; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos” (v. 45-47). Vemos aquí cuál es el verdadero objeto del hombre de fe, a saber, que Israel y toda la tierra puedan tener un glorioso testimonio del poder de Dios y de Su presencia en medio de su pueblo. Nunca lo habrían tenido si David hubiese utilizado la armadura de Saúl. No habrían sabido que “Jehová no salva con espada y con lanza” si David la hubiera empleado; su combate habría sido similar a cualquier otro, pero la honda y la piedra, si bien daban poca prominencia al que las usaba, daban toda la gloria a Aquel de quien provenía la victoria.

La fe honra siempre a Dios, y Dios honra siempre a la fe. David, como ya ha sido observado, se puso en las manos de Dios, y el feliz resultado es una plena y gloriosa victoria. “Así venció David al filisteo con honda y piedra; e hirió al filisteo y lo mató, sin tener David espada en su mano” (v. 50). ¡Qué magnífico triunfo! ¡Precioso fruto de una fe simple en Dios! ¡Cómo debería animar nuestros corazones a echar de nosotros toda confianza carnal y a aferrarnos a la única fuente verdadera de poder! David se convirtió en el instrumento de la liberación de sus hermanos. Los sarcasmos y las amenazas del filisteo incircunciso llegaron a su fin. El joven pastor, ignorado y

despreciado, aunque siendo el rey ungido de Israel, vino del fondo de su retiro y se hizo presente en medio de los suyos; se enfrentó solo contra el enemigo de su pueblo; lo derribó e hizo de él un espectáculo a los ojos de todos; y todo esto, notémoslo bien, lo hizo como *siervo* de Dios y de Israel, y por la energía de una fe que las circunstancias no podían sacudir. ¡Maravillosa liberación operada por un solo golpe, sin maniobras militares, sin la destreza de los generales, sin que los soldados hayan realizado ninguna hazaña! Una piedra tomada del arroyo y lanzada por la mano de un pastor, bastó para tumbar en el polvo al hombre fuerte de los filisteos. Fue la victoria de la fe. “Y cuando los filisteos vieron a su paladín muerto, huyeron” (v. 51). ¡Qué vana es la esperanza fundada en los perecederos recursos de la carne, hasta cuando parecen llenos de fuerza y energía! Los que veían al gigante y al muchacho entablar el combate, no podían sino temblar por el último. ¿Quién habría pensado que esta maciza armadura que cubría a Goliat no sería más que paja ante una honda y una piedra? Y, sin embargo, el paladín de los filisteos cae y, con él, todas las esperanzas que los filisteos abrigaban. “Levantándose luego los de Israel y los de Judá, gritaron, y siguieron a los filisteos hasta llegar al valle, y hasta las puertas de Ecrón” (v. 52). Podían, en efecto, dar gritos de júbilo, porque Dios había actuado manifiestamente en su favor, para librarlos del poder de sus enemigos. Había obrado con poder por la mano de uno al que no conocían, ni reconocían como el rey ungido sobre ellos, pero cuya gracia moral era capaz de atraer todos los corazones.

Pero, entre los millares de israelitas que habían contemplado la victoria obtenida sobre el filisteo, se encontraba uno cuya alma entera se vio cautivada de un ardiente afecto por el vencedor. El más irreflexivo no podía menos que quedar impresionado y admirado ante semejante hazaña; todos los presentes, sin duda, se vieron afectados, en distintos grados y de diferente manera. Podemos decir, en cierto sentido, que fueron “revelados los pensamientos de muchos corazones” (Lucas 2:35). En algunos, puede que prevaleciera la envidia, en otros la admiración; unos se detenían en la victoria, y otros en el instrumento del que Dios se había servido, mientras que, en otros, el corazón se elevaba lleno de reconocimiento hacia “el Dios de los escuadrones de Israel”, que había venido de nuevo en medio de su pueblo con la “espada desenvainada en su mano”, contra sus enemigos. Pero había, entre todos ellos, un corazón devoto, que fue poderosamente atraído por *la persona* del vencedor: era Jonatán. “Aconteció que cuando él hubo acabado de hablar con Saúl, *el alma de Jonatán quedó ligada con la de David*, y lo amó Jonatán como a sí mismo” (1 Samuel 18:1). Jonatán se unía, sin duda, a la alegría general producida por el triunfo de David; pero experimentaba más que esto. No era meramente la victoria obtenida lo que atraía los profundos y ardientes afectos de su alma, sino la persona del vencedor. Saúl mismo, movido por un

interés personal, podía desear guardar al valiente David cerca de él, no por afecto, sino simplemente para vanagloriarse. Jonatán, por el contrario, amaba realmente a David, y no sin razón. David había llenado un gran vacío en su corazón, y había quitado un gran peso de su alma. Una gran necesidad había sido sentida. El desafío del gigante, que cada día repetía sin hallar respuesta, había puesto de manifiesto la extrema pobreza de Israel. El ojo, recorriendo todas las filas del ejército, había buscado en vano a alguien que diera un paso al frente para responder al orgulloso filisteo. No había nadie. Cuando las altivas palabras de Goliat se hacían oír, “*todos los varones de Israel que veían aquel hombre huían de su presencia, y tenían gran temor*”. “*Todos*” ellos, sí, todos huían cuando oían la voz y veían la prodigiosa estatura de este temible enemigo. La necesidad de una liberación era extrema, y no había nada para responder a ello. Así pues, cuando aparece el hombre que abate el orgullo del enemigo y salva a Israel, ¿ha de sorprendernos el hecho de que el alma de Jonatán se ligue a él con un afecto puro y sincero? Y cabe recordar que es David mismo, y no su obra, lo que toca el corazón de Jonatán. Admiraba la victoria que obtuvo, sin duda; pero mucho más aún al vencedor. Si es interesante observar esto, ¡cuán precioso es para nosotros hacer la aplicación al verdadero David, a Aquel de quien el pastor de Belén era un sorprendente tipo!

No cabe duda de que la escena entera es la imagen de una liberación infinitamente más grande. En Goliat, vemos el poder por el cual el enemigo mantenía cautivas a las almas, poder del cual ningún medio humano podía liberar. El enemigo podía seguir viniendo en actitud de reto día a día, año tras año, sin que nadie fuese capaz de responderle. De generación en generación, podía oírse la solemne sentencia contra la posteridad caída del Adán pecador: “*Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*” (Hebreos 9:27), y, al igual que Israel en el valle de Ela, la única respuesta del hombre frente a esta sentencia era el más aterrador espanto. “*Por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre*” (Hebreos 2:14). Había una profunda necesidad sentida e insatisfecha, un enorme vacío imposible de llenar. El corazón del hombre suspiraba ardientemente por algo, pero en vano. Los derechos de la justicia divina no fueron satisfechos, ni podían serlo; la muerte y el juicio fruncían el ceño a la distancia y, ante esta perspectiva, el hombre solo podía temblar. Pero, bendito sea el Dios de toda gracia, un Libertador apareció, el único que podía salvar: el Hijo de Dios, el verdadero David, el Rey ungido de Israel y de toda la tierra. Respondió a las necesidades, llenó el vacío y satisfizo plenamente los ardientes deseos del corazón. Pero ¿dónde, cómo y cuándo?: En el Calvario, por su muerte, en esa hora terrible cuando toda la creación sintió la solemne realidad de lo que se llevaba a cabo. La cruz fue el campo donde la batalla fue librada y la victoria obtenida. Allí, el

hombre fuerte fue despojado de todas sus armas, y su casa saqueada. Allí, todos los derechos de la justicia fueron plenamente satisfechos, y “el acta de los decretos que había contra nosotros”, fue quitada y clavada en la cruz. Allí también, por la sangre del Cordero, las maldiciones de una ley violada fueron borradas para siempre, y los gritos de una conciencia culpable, apaciguados para siempre.

“La sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19), arregló todo para el alma creyente. El pobre pecador tembloroso puede contemplar la lucha y su glorioso resultado. Puede ver todo el poder del enemigo quebrantado con un solo golpe del todopoderoso Libertador, y sentir, por ese mismo golpe, su alma liberada de toda carga. La corriente de la paz y el gozo divinos puede fluir en su corazón, y puede seguir su camino en el pleno poder de la liberación adquirida para él por la sangre de Cristo, y proclamada en el Evangelio.

Y uno que es el objeto de tal liberación, ¿no amará a *la Persona* misma del Libertador? ¡Ah!, ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Puede alguien que ha sentido la verdadera profundidad de su miseria, y gemido bajo la insoportable carga de sus pecados, dejar de amar a Aquel que satisfizo lo primero y quitó lo último? La obra de Jesús es ciertamente excelente, perfecta e infinitamente preciosa; ningún pensamiento humano podría sondear su extensión y valor. Es más, es Su obra la que, en realidad, satisface las necesidades del pecador, e introduce al alma en una posición en la cual puede contemplar su Persona, apreciarle y gozarse en ella. En una palabra, *la obra* del Salvador –lo que *hizo* y adquirió–, es para el *pecador*; *la Persona* de Cristo –lo que él *es*–, es para el santo.

Pero observemos bien esto. Podemos desarrollar con mucha exactitud la obra de Cristo para el pecador, y tener, a la vez, el corazón frío, los afectos apagados y los sentimientos muy poco desarrollados con respecto a su Persona. En el capítulo 6 del evangelio de Juan, vemos a una multitud de personas que siguen a Jesús por motivos puramente personales, de modo que se ve obligado a decirles: “De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (v. 26). Lo habían buscado, no por lo que *era*, sino por lo que tenía. Por eso, cuando les presenta esta declaración: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Juan 6:53), vemos que “desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66). Entonces, comer su carne y beber su sangre, es, en otros términos, el alma que encuentra su alimento, su satisfacción, en la ofrenda de Sí mismo en sacrificio por nosotros.

Todo el evangelio de Juan es el desarrollo de la gloria personal de la Palabra o el Verbo hecho carne, quien se nos presenta como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Pero el corazón natural no podía recibirlo como tal, y por eso “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”. La mayoría de los discípulos no podía soportar que se les insistiera acerca de esta verdad; pero escuchemos el testimonio de uno que fue enseñado por Dios:

“ Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Juan 6:68-69).

Tenemos dos cosas en estas palabras del apóstol: primero, lo que Cristo *tenía* para ellos: la vida eterna que daba; y, en segundo lugar, lo que *era* para ellos, esto es, el Santo de Dios. Mediante lo primero, el pecador es atraído a Él, y mediante lo segundo, el santo es ligado a su Persona. No solo satisface por su obra todas las necesidades de nuestras almas, como pecadores, sino que, por su Persona, también satisface todos nuestros afectos y deseos, como santos.

Esta sucesión de pensamientos es claramente sugerida por la tan interesante y conmovedora entrevista entre David y Jonatán, una vez finalizado el combate. Los millares de Israel y de Judá, con gritos de triunfo, habían perseguido a los filisteos y recogido los frutos de la victoria, mientras que Jonatán se ligaba a la persona del vencedor. “Y Jonatán se quitó el manto que llevaba, y se lo dio a David, y otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y su talabarte” (1 Samuel 18:4). Esto era amor, un amor puro y simple, sin afectación, ocupado únicamente con el objeto querido. El amor se despoja de todo por la persona amada. David se había olvidado de sí mismo y había expuesto su vida por Dios y su pueblo, y ahora Jonatán se olvida de sí mismo por David.

Recordemos, querido lector, que el amor por Jesús es el resorte del verdadero cristianismo. El amor por Jesús hace que nos despojemos de nosotros mismos, y podemos decir que despojar el *yo*, para honrar a Jesús, es el más bello fruto de la operación de Dios en el alma. Como lo expresó el poeta:

*¿Hablan ellos de moral? Oh, Tú, Cordero sangrante,  
Amarte a ti, es la mejor acción moral.*



Muy diferentes eran los sentimientos de Saúl con respecto a la persona de David y a la hazaña que había llevado a cabo. Él no había aprendido a olvidarse de sí mismo y a regocijarse de ver la obra hecha por otro. Solo la obra de la gracia es capaz de producir esto. Todos nosotros naturalmente quisiéramos ser algo o hacer algo para ser admirados o tenidos en estima. Tal era Saúl; importante a sus propios ojos, no podía soportar oír a las mujeres de Israel cantar: “Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles” (1 Samuel 18:7). No podía tolerar la idea de ser el segundo. Olvidaba que él, como otros, había temblado ante la voz de Goliat, y, ahora, después de haber mostrado su cobardía, quería ser contado como luchador y valiente. “Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David” (1 Samuel 18:9). ¡Terrible mirada! Era la mirada de la envidia y de los “celos amargos” .

A medida que avancemos, tendremos la oportunidad de ver el desarrollo del amor de Jonatán y del odio de Saúl. Ahora debemos seguir al hombre de fe a través de otras escenas.

## **1 Samuel 22 - La cueva de Adulam**

Del glorioso campo de batalla del valle de Ela, David pasó a través de escenas muy diferentes en la casa de Saúl. Allí solo encontró miradas envidiosas y atentados contra su vida, en respuesta a los dulces acordes de su arpa y a sus valientes hazañas. Después de Dios, Saúl debía la conservación de su trono a David, y, a cambio, un par de veces quiso perforarlo con su jabalina (1 Samuel 18:8-11). Pero Jehová, en su misericordia, guardó a su querido siervo en medio de todos los obstáculos de una posición extremadamente difícil. “Mas David se manejaba en todas sus cosas con prudencia, y Jehová era con él. Y vio Saúl que se conducía con gran prudencia; por lo cual se recataba de él. Pero todo Israel y Judá amaban a David, porque salía y entraba delante de ellos” (1 Samuel 18:14-16, V. M.).

Así pues, David, ungido rey de Israel, era llamado a soportar el odio y el oprobio de parte del poder reinante, aunque era amado por aquellos que sabían apreciar su valor moral. Era imposible que Saúl y David siguiesen estando juntos. Sus principios eran totalmente diferentes: una separación debía, pues, tener lugar. David sabía que había sido ungido para ser rey, pero, mientras Saúl ocupaba el trono, estaba contento de esperar, en mansedumbre, el tiempo fijado por Dios, cuando todo lo que era verdad de él en principio sería cumplido. Hasta ese momento, el Espíritu de Cristo lo condujo a tomar su lugar como exiliado. La senda del exilado, del peregrino y del extranjero, del viajero sin hogar, estaba delante del rey de Israel, y entró en ella de inmediato. Su camino para llegar al trono debía pasar por muchos dolores y dificultades. Como su divino an-

titipo, debía sufrir primero, antes de llegar a la gloria. David habría servido a Saúl hasta el final; lo honraba como el ungido de Jehová. Si un simple movimiento de su dedo lo hubiese colocado sobre el trono, no habría sacado provecho de eso. Lo sabemos con certeza, por el hecho de que dos veces perdonó la vida de Saúl, cuando todo indica claramente que Jehová la había entregado en sus manos (1 Samuel 24 y 26). Pero David esperaba simplemente en Dios. En esta entera dependencia estaban su fuerza y su grandeza. Podía decir: “Alma mía, en Dios *solamente* reposa, porque de él es mi esperanza” (Salmo 62:5). Y por eso pasó felizmente a través de todas las trampas y peligros de su servicio en la casa y el ejército de Saúl. El Señor lo libró de toda obra mala, y lo preservó para el reino que le había preparado y que quería darle, después que haya “padecido un poco de tiempo”.

David, por decirlo así, había salido por un momento del lugar oculto donde había sido ejercitado y formado en secreto, para aparecer en el campo de batalla, y, habiendo cumplido allí su obra, fue llamado a tomar de nuevo su primer lugar para aprender allí algunas lecciones más profundas en la escuela de Cristo.

Las lecciones del Señor son a menudo difíciles y penosas, a causa de la obstinación y la indolencia de nuestros corazones; pero toda nueva lección aprendida, todo nuevo principio asimilado por nuestra alma, nos hace más aptos para cumplir todo lo que está puesto delante de nosotros. Es verdaderamente precioso ser discípulos de Cristo y someternos a la disciplina y a la educación de su gracia. El fin nos mostrará el precio de este lugar de sumisión; pero no necesitamos esperar el fin: ahora mismo, el alma encontrará su mayor felicidad en el hecho de estar sujeta, en todas las cosas, al divino Amo: “Venid a mí”, dice, “todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. *Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga*” (Mateo 11:28-30). La Escritura nos habla de tres descansos. En primer lugar, hay un descanso que, como pecadores, encontramos en la obra perfecta de Cristo cumplida en la cruz; en segundo lugar, el descanso presente del que, como santos, gozamos al estar enteramente sujetos a la voluntad de Dios: este descanso se opone a la inquietud del alma. Y, por último, está el descanso que queda “para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9).

David conocía mucho este segundo descanso, al haber estado enteramente sometido al consejo y a la voluntad de Dios, con respecto al reino. Estaba dispuesto a esperar el momento de Dios, plenamente seguro de que era el mejor. Podía decir, como reza el himno:

*En tu mano están mis tiempos;  
Dios mío, mi corazón desea que allí estén.*

Esta sumisión es verdaderamente de lo más deseable. Nos salva de mucha ansiedad e inquietud. Cuando uno sigue su camino con la plena y habitual convicción de que “todas las cosas cooperan juntas para el bien” (Romanos 8:28, V. M.), el espíritu ¿no está maravillosamente tranquilo? No pasaremos nuestro tiempo en proyectos vanos, si creemos que Dios tiene sus designios de amor para nosotros; estaremos felices de dejar *todas las cosas* en Sus manos. Pero, lamentablemente, ¿cuán a menudo actuamos del modo contrario! ¿Cuán a menudo nos imaginamos vanamente que sabemos hacer mejor las cosas que el Dios soberanamente sabio! No lo decimos explícitamente, pero nuestros sentimientos y nuestros actos lo declaran. ¿Que el Señor nos conceda un espíritu más sumiso y más confiado! La supremacía de la voluntad de Dios sobre la de la criatura, caracterizará la edad milenaria, pero el santo es llamado *ahora* a dejar que la voluntad de Dios lo gobierne en todas las cosas. Esta sumisión de espíritu es lo que condujo a David a ceder en lo que toca al reino, y a tomar su lugar en la solitaria cueva de Adulam. Deja a Saúl el reino, y sus propios destinos en las manos de Dios, seguro de que todo irá bien. Y, ¡oh, qué felicidad para él encontrarse fuera de la malsana atmósfera de la casa de Saúl, y lejos del envidioso ojo del rey! Al margen de lo que pudiera parecer a los ojos de los hombres, respiraba más libremente en la cueva que en el entorno familiar de Saúl. Siempre es así: el lugar de separación es el más libre y feliz. El Espíritu de Jehová se había apartado de Saúl, y esta era para la fe una razón para separarse de su persona, permaneciendo al mismo tiempo totalmente sometido a su poder como rey de Israel. Una mente inteligente no encontrará ninguna dificultad en hacer la distinción entre estas dos cosas. La separación y la sumisión deben ser ambas completas.

Pero no debemos considerar a Saúl solamente desde un punto de vista secular; debemos también considerarlo en relación con su carácter religioso y con su capacidad oficial, y, bajo esta relación, una clara y decidida separación era una necesidad tanto más imperiosa. Saúl había manifestado constantemente el deseo de gobernar las conciencias en materia religiosa; prueba de ello es la escena del capítulo 14, donde vimos la energía espiritual sofocada y restringida por los reglamentos religiosos de Saúl. Ahora bien, cuando el hombre establece reglamentos y normas de esa naturaleza, no hay otra alternativa que la separación. Cuando prevalece la forma de la piedad sin la fuerza, el mandato solemne del Espíritu Santo es: “Apártate también de los tales”

(2 Timoteo 3:5, V. M.). La fe nunca se detiene para preguntar: «¿Hacia qué pues me volveré?». La palabra es: “Apártate *de*”, y podemos tener la plena seguridad de que, si obedecemos esta orden, no se nos dejará sin saber qué hacer en cuanto al resto.

Veremos este principio mucho más claramente, si contemplamos a David desde un punto de vista típico. En realidad, David se vio forzado a tomar este lugar de separación, y así, como rechazado por el hombre y ungido por Dios, vemos en él un tipo de Cristo actualmente rechazado. David, en principio, era el rey escogido por Dios, y, como tal, experimentó la hostilidad del hombre y se vio obligado a exiliarse para evitar la muerte. La cueva de Adulam llegó a ser el gran lugar de reunión para todos los que amaban a David y estaban cansados del gobierno injusto de Saúl. Mientras David permaneció en la casa del rey, no hubo ninguna razón ni ningún llamado para que nadie se separara; pero desde el momento que David fue rechazado y debió tomar su lugar fuera, nadie podía permanecer neutral. La línea de demarcación fue claramente trazada; era David o Saúl. Por eso leemos:

“ Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres (1 Samuel 22:1-2).

Todos aquellos que amaban las formas, un nombre vano, un cargo sin valor, siguieron aferrados a Saúl; pero todos aquellos a quienes estas cosas no podían satisfacer y que amaban al rey ungido de Dios, se reunieron alrededor de él en el lugar fuerte. El profeta, el sacerdote y el rey estaban allí; los pensamientos y las simpatías de Dios estaban allí, y, aunque la compañía formada allí podía presentar al mundo y a la carne una extraña apariencia, no obstante todos estaban alrededor de la persona de David y ligados a sus destinos. Era una compañía de personas que, en su condición original, habían caído en el nivel más bajo, pero que, ahora, debían su carácter y su distinción a su cercanía y devoción al amado rey de Dios. Lejos de Saúl y de todo lo que se relacionaba con su poder, podían gozar sin trabas de la dulce comunión con la persona de aquel que, aunque entonces rechazado, estaba próximo a ascender al trono y a empuñar el cetro de la realeza, para gloria de Dios y para alegría de todo su pueblo.

Tenemos en David y sus compañeros menospreciados, una preciosa figura del verdadero David y de aquellos que prefieren estar asociados con él a todas las alegrías, honores y beneficios de esta tierra. ¿Que tenían que ver con Saúl y sus intereses, los que habían escogido estar con David? Absolutamente nada. Habían encontrado un nuevo objeto, un nuevo centro, y gozaban de la comunión con el ungido de Dios.

Su lugar alrededor de la persona de David no dependía de ninguna manera de lo que habían sido, ni se relacionaba con ello en absoluto. No importaba lo que habían sido: ahora eran los siervos de David, y él su jefe. Eso era lo que los caracterizaba. Unieron su suerte a la del exiliado de Dios; sus intereses y los de David eran idénticos. ¡Qué felices estaban de haber escapado del dominio y la influencia de Saúl! ¡Y cuánto más felices todavía de encontrarse en compañía del profeta, del sacerdote y del rey ungido de Dios! Su amargura, su desamparo, sus deudas, todo quedó olvidado en estas nuevas circunstancias. La gracia de David era su porción presente; su gloria, su perspectiva futura.

Así precisamente debiera ser con el cristiano ahora. Todos nosotros, por gracia y bajo las misericordiosas directivas del Padre, hemos encontrado nuestro camino hacia Jesús, el ungido de Dios, rechazado por los hombres y actualmente escondido en Dios. Seguramente todos teníamos nuestros respectivos rasgos de carácter en los días de nuestra culpabilidad e insensatez, descontentos, en la amargura de corazón, o bien en desamparo, todos cargábamos con la pesada deuda de nuestros pecados contra Dios, siendo miserables y desdichados, culpables y arruinados, privados de todo lo que podía atraer los pensamientos y los afectos de Cristo, y, sin embargo, Dios nos condujo a los pies de su querido Hijo; allí encontramos el perdón y la paz por su preciosa sangre. Jesús quitó nuestra amargura y nuestro descontento, alivió nuestras penas, borró nuestra deuda y nos trajo cerca de él. ¿Qué le devolvimos a cambio? ¿Qué le damos a cambio de toda esta gracia? ¿Estamos congregados con el corazón lleno de ardiente afecto, alrededor del Jefe de nuestra salvación? ¿Están nuestros corazones destetados del antiguo estado de cosas, bajo el dominio de Saúl? ¿Vivimos como aquellos que esperamos el momento cuando nuestro David aparecerá en su gloria y se subirá a su trono? ¿Están nuestros afectos fijos en las cosas de arriba? “Si, pues, habéis resucitado con Cristo”, dice el apóstol, “buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:1-4).

Es de temer en gran manera que tan pocos creyentes realmente entren en la verdadera naturaleza y las consecuencias prácticas de su posición, como asociados a Jesús crucificado y resucitado. Muy pocos realmente comprenden el profundo alcance y significado de las palabras de nuestro Señor: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, y del Espíritu Santo: “El que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (Juan 17:16; Hebreos 2:11). La medida de la separación del cristiano respecto del mundo, es nada menos que la de Cristo, es decir, el principio de esta. En la práctica, lamentablemente, es otra cosa, pero, en principio, no hay diferencia. Es de una enorme importancia poner hoy en día este principio en práctica. El llamado, la posición y las esperanzas de la Iglesia son cosas poco e insuficientemente comprendidas.

Sin embargo, el más débil creyente en Cristo, está, a los ojos de Dios, tan separado como Jesús mismo de todo lo que pertenece a la tierra. Esta separación no es una cuestión de logros ni algo a lo cual se llega mediante progresos sucesivos, sino una posición real, simple y que subsiste por sí misma. No es un objeto por el cual se lucha, sino un punto de partida para comenzar la carrera. Algunos han sido inducidos a error por la idea de que debemos esforzarnos para llegar a una posición celestial mediante el despojo de las cosas de la tierra. Esto, de hecho, es comenzar por el lado equivocado. En otro orden de verdades, es el mismo error que afirmar que debemos trabajar para nuestra justificación, mortificando los pecados de la carne. Ahora bien, no mortificamos el «yo» *para ser* justificados, sino *porque ya lo somos*; en efecto, hemos muerto y resucitado con Cristo.

Del mismo modo, no dejamos de lado las cosas de la tierra para convertirnos en celestiales, sino porque estamos en esta posición en Cristo. Abram fue llamado a dejar su tierra y su parentela e ir a Canaán; *nuestro* llamamiento –del cual Canaán era figura– es un llamamiento celestial, independientemente de todas las cosas, y, en la medida que hacemos esto realidad, nos separamos del mundo. Pero hacer de nuestra posición el resultado de nuestra conducta, en vez de hacer de esta última el resultado de nuestra posición, es un grave error.

Pregúntese a un creyente, con verdadera inteligencia del llamamiento celestial, la razón por la cual está separado del presente sistema de cosas, ¿cuál será su respuesta? ¿Dirá que es para llegar a ser celestial? No. ¿Será porque el sistema de cosas actual está sujeto a juicio? Tampoco. Está fuera de duda que el mundo está bajo el juicio; pero este no es el verdadero fundamento de la separación. ¿Cuál es pues? La respuesta la hallamos en estas palabras: “Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”. Hermanos santos, participantes del llamamiento celestial” (Colosenses 3:3; Juan 17:16; Hebreos

3:1). Aquí tenemos la verdadera razón de la separación presente del cristiano respecto del mundo. No importa que el mundo sea bueno o malo, el cristiano no es del mundo, aunque esté *en* él, como en un lugar diario de trabajo, lucha y disciplina.

¡Ojalá que todos los creyentes consideren con seriedad su llamamiento celestial! Es el único medio que proporciona una plena liberación del poder y la influencia de la mundanalidad. Se puede intentar, por diferentes vías, *abstraerse* del mundo; pero solo hay una en que es posible lograr una efectiva *separación* de él. Se puede también intentar, por distintos conductos, *no ser terrenales*; pero solamente por uno de ellos podemos ser verdaderamente *celestiales*. Hay una diferencia entre abstraerse de las cosas, y separarse de ellas; tampoco se debe confundir no ser terrenal con ser celestial. El sistema monástico lo demuestra a las claras. Un monje, en cierto sentido, se abstiene de las cosas terrenales, pero sin ser del cielo; sale de la naturaleza, sin ser espiritual; no participa de las cosas del mundo, sin por eso estar separado de él.

El llamamiento celestial nos pone en condiciones de ver nuestra entera separación del mundo y lo elevado de nuestra posición por sobre las cosas de la tierra, en virtud de *lo que Cristo es y del lugar que ocupa*. El corazón que, instruido por el Espíritu Santo, comprende el alcance de estas palabras: “Porque el que santifica, y los que son santificados de uno son todos” (Hebreos 2:11), conoce el secreto que lo libera de los principios, costumbres, sentimientos y tendencias del presente siglo. El Señor Jesús tomó su lugar arriba como Cabeza del cuerpo, la Iglesia; y el Espíritu Santo descendió para poner a todos los miembros preconocidos y predestinados del cuerpo, en comunión real con la Cabeza viviente, ahora rechazado de la tierra y escondido en Dios.

Por eso Pablo, en el evangelio que predica, une estrechamente la remisión de pecados con el llamamiento celestial, porque anuncia la unión del único cuerpo en la tierra con su Cabeza glorificada en el cielo. Él proclama la justificación, no solo como una cosa abstracta, sino como el resultado de lo que es la Iglesia: una con Jesús, que está ahora a la diestra de Dios, dado por Cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, estando sujetos a él ángeles y principados. Pablo, sin duda, predicó la remisión de pecados, pero lo hizo con toda la plenitud, profundidad, poder y energía que le comunica la doctrina de la Iglesia.

La epístola a los Efesios no dice solamente que Dios perdona a los pecadores, sino mucho más; despliega ante nuestros ojos la admirable verdad de que los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo. Leemos:

Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.



Y todavía: “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”; y “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:30; 2:4-6; 5:25-27). Estos pasajes van mucho más allá del perdón de los pecados. Ser la esposa del Cordero es algo mucho más elevado y glorioso que tener simplemente nuestros pecados perdonados.

*No solo tenemos el gozo  
De nuestros pecados cancelados  
Más feliz es vernos llamados  
A compartir tu trono glorioso.*

El Dios de toda gracia sobrepujo todo pensamiento humano en sus designios para con la Iglesia. Nos llamó, no solo a caminar aquí en la plena conciencia de su amor perdonador, sino también en el conocimiento del amor de Cristo por su cuerpo, la Iglesia, y en la sublime y santa dignidad de esta Iglesia, sentada en los lugares celestiales con Cristo.

Tal vez el lector se pregunte: ¿Qué relación hay entre la cueva de Adulam y el lugar de la Iglesia en el cielo? Tan solo dar a conocer el lugar de rechazo adonde Cristo entró, que es el de todos aquellos que gozan de su comunión. De más está decir que los hombres de David ignoraban completamente el llamamiento celestial, tal como la iglesia lo conoce ahora. En el Antiguo Testamento se entrevén a menudo sombras del llamamiento celestial en los caracteres, el andar y las circunstancias de ciertos personajes que se nos presentan, pero que ciertamente no conocían tal llamamiento. El hecho es que, para ser precisos, no se conoció hasta después que el Señor Jesús se sentara en lo alto, y el Espíritu Santo descendiera para bautizar a todos los creyentes, judíos y gentiles, en un solo cuerpo. Entonces el llamamiento celestial se desarrolló con todo poder y plenitud. La administración de esta verdad se confió especialmente a Pablo; fue una parte esencial del misterio ya contenido en estas palabras: “¿Por que *me* persigues?” (Hechos 9:4). Saulo perse-



guía a los cristianos, y Jesús se le apareció en la gloria, revelándole que esos santos eran parte de Sí mismo, Sus miembros en la tierra. En adelante, este fue el gran tema de Pablo, el cual incluía la unidad de la Iglesia con Cristo y, por consecuencia, su llamamiento celestial.

Observemos que esto no era simplemente la admisión de los gentiles en el redil judío . No. Era sacar a los judíos y a los a gentiles de sus circunstancias naturales, y colocarlos en circunstancias nuevas tanto para unos como para otros. La obra cumplida en la cruz era necesaria para “derribar la pared intermedia de separación”, y para hacer de los dos, judíos y gentiles, “un solo y nuevo hombre” (Efesios 2:14-15), un nuevo hombre celestial, totalmente separado de la tierra y sus metas. El lugar actual de Cristo en el cielo está en relación con el rechazo de Israel y de la tierra, durante el período de la Iglesia, y contribuye para poner de relieve de una manera más clara y completa el carácter celestial de la Asamblea de Dios. Ella se encuentra totalmente aparte de las cosas terrenales; no tiene nada que ver con “el presente siglo malo” (Gálatas 1:4), pertenece enteramente al cielo, y es llamada a manifestar en la tierra la energía viva del Espíritu Santo que mora en ella.

Así como los hombres de David quedaron apartados de toda relación con el sistema de Saúl en virtud de su asociación con el rey rechazado, así también todos aquellos que son conducidos por el Espíritu a conocer que son uno con Jesús ausente de la tierra, deben sentirse disociados de las cosas presentes, en virtud de su unión con Cristo.

Por eso, si se pregunta a un hombre celestial por qué no se asocia con los proyectos y las aspiraciones de este mundo, responderá: porque Cristo, mi Salvador, está a la diestra de Dios, y yo estoy identificado con él. El mundo lo desechó, y mi lugar está con él, aparte de todos los objetos y aspiraciones de este mundo. La verdadera piedra de toque para que el cristiano pueda probar los diversos objetos que se le presentan, es simplemente preguntarse: el Señor Jesús ¿podría comprometerse en esto? Si no, no tenemos nada que ver con ello. Todos los que comprenden la verdadera naturaleza del llamamiento celestial, andarán en separación del mundo; pero los que no lo comprendieron, tienen su porción aquí abajo y viven como los demás hombres.

¡Cuántos cristianos hay que se contentan con saber que sus pecados han sido perdonados y no van nunca más allá! Bien puede que hayan pasado el mar Rojo, pero no manifiestan ningún deseo de cruzar también el Jordán y de comer del fruto de la tierra prometida –de tomar su posición celestial y de alimentarse de las cosas de arriba–. Sucedió lo mismo en el tiempo en que David fue rechazado: multitudes de israelitas no habían tomado partido por él, pero no por eso eran menos israelitas. Una cosa era ser israelita, y otra muy distinta estar con David en el lugar

fuerte. Ni siquiera Jonatán se encontraba allí; todavía se adhería al antiguo orden de cosas. Aunque amaba a David “como a su misma alma” (1 Samuel 18:3, V. M.), vivió y murió en compañía de Saúl. Es cierto que a veces se aventuraba a hablar *en favor de* David, y que procuraba estar con él cuando podía. Se había desnudado de su ropa para vestir a David, pero no había tomado su parte *con* él. Por eso, cuando el Espíritu Santo anuncia los nombres y las hazañas de los valientes de David, en vano buscamos entre ellos el nombre de Jonatán; cuando los devotos compañeros del exilio de David estaban reunidos alrededor de su trono y gozan del radiante esplendor de su realeza, el pobre Jonatán está tendido en el polvo, caído sin gloria en el monte de Gilboa, bajo los golpes de los filisteos incircuncisos.

¡Ojalá que todos aquellos que profesan amar al Señor Jesucristo, busquen estar identificados con él de una manera más decidida y real durante este tiempo en que es rechazado por el mundo! Sus conciudadanos enviaron tras él una embajada, diciendo: “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). ¿Nos asociaremos con ellos para seguir sus planes que finalmente consiguen rechazar a Cristo? ¡Dios lo impida! ¡Que nuestros corazones estén con él allí donde él está! ¡Que podamos conocer la bendita y santa comunión de la cueva de Adulam, donde encontraremos al Profeta, al Sacerdote y al Rey manifestados en la adorable persona de Aquel que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre!

No podemos marchar al mismo tiempo con Saúl y con David; no podemos tener a Cristo y al mundo: hay que elegir entre los dos. El Señor nos conceda la gracia de rechazar el mal y de elegir el bien, recordándonos las solemnes advertencias del apóstol: “Palabra fiel es esta: Si somos *muertos con él*, también *viviremos con él*; si *sufrimos*, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará” (2 Timoteo 2:11-12). Es ahora el tiempo de sufrir, el tiempo de soportar las aflicciones y las penalidades: el descanso está en el futuro, en la gloria, tenemos que esperar.

Los hombres de David, a causa de su asociación con él, fueron llamados a soportar muchos trabajos y fatigas, pero el amor aliviaba todo para ellos y lo hacía más fácil; por eso sus nombres y sus hazañas son fieles y minuciosamente relatados, cuando David estuvo en descanso en su reino. Ninguno de ellos fue olvidado. Encontramos este precioso catálogo en el capítulo 23 del segundo libro de Samuel. Al leerlo, nuestros pensamientos son llevados hacia adelante, hacia el tiempo en que el Señor Jesús recompensará a *sus* siervos fieles, a aquellos a quienes el amor por su persona y la energía de su Espíritu condujeron a servirle en el tiempo en que fue rechazado. Este servicio puede no haber sido visto, conocido ni apreciado por los hombres; pero Jesús lo conoció en todos sus detalles, y lo reconocerá públicamente desde lo alto de su trono de gloria. ¿Quién

hubiese conocido las hazañas de los hombres valientes de David, si el Espíritu Santo no las hubiera reseñado? ¿Quién hubiese sabido de la dedicación de los tres jefes que irrumpieron por el campamento de los filisteos, con el fin de buscar para David el agua del pozo de Belén? ¿Quién se hubiese enterado de la acción de Benaía que mató a un león en medio de un foso cuando estaba nevando? Esto mismo sucede hoy. Más de un corazón desconocido por todos palpita de amor por la persona del Salvador; más de una mano, oculta a los ojos humanos, se extiende para servirlo. Es una cosa dulce pensar, sobre todo en nuestros días de frío formalismo, que haya almas que aman a Jesús con toda sinceridad. ¡Hay varios que, lamentablemente, no solo son indiferentes a su adorable Persona, sino que llegan hasta el extremo de desprestigiarlo, de despojarlo de Su dignidad y de rebajarlo haciéndolo apenas un poco mejor que Elías o uno de los profetas! Pero, gracias a Dios, no tenemos que detenernos en este tema; un tema más excelente nos es propuesto. Pensemos en estos hombres valientes que exponían sus vidas por amor de su jefe, y que, en el instante en que expresara un deseo, estaban dispuestos, cueste lo que cueste, a satisfacerlo. El amor jamás se detiene a calcular. Era suficiente, para estos hombres ilustres, saber que David deseaba beber agua del pozo de Belén, para proporcionársela a cualquier precio: “Entonces los tres valientes irrumpieron por el campamento de los filisteos, y sacaron agua del pozo de Belén que estaba junto a la puerta; y tomaron, y la trajeron a David; mas él no la quiso beber, sino que la derramó para Jehová” (2 Samuel 23:16) . ¡Conmovedora escena! ¡Ejemplo precioso de lo que la Iglesia debiera ser!: No amar su vida hasta la muerte, por amor a Cristo. ¡Oh, que por el Espíritu Santo se encienda en nosotros la llama de un amor ardiente por la persona de Cristo! ¡Que despliegue siempre más ante nuestras almas las divinas excelencias de Jesús, a fin de que lo apreciemos como el más “señalado entre diez mil”, y “todo él codiciable” (Cantares 5), y que podamos decir como aquel cuyo corazón estaba lleno de él:

“ Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Filipenses 3:8)!

## **1 Samuel 25 - Nabal y Abigail**

Es interesante observar, a medida que recorremos las diversas escenas de la vida de David, los diferentes sentimientos que experimentaron con respecto a su persona los que estaban en relación con él, y la consiguiente posición asumida en cuanto a él. Hacía falta una gran energía de fe para discernir, en el desterrado despreciado, al futuro rey de Israel. A juzgar por los principios

humanos, hasta podría parecer que la conducta de David en comparación con la de Saúl era tan injustificable como su vida vagabunda en el país. El capítulo que vamos a considerar presenta dos ejemplos notables de personas afectadas de diferente modo con respecto a David.

“Y en Maón había un hombre que tenía su hacienda en Carmel, el cual era muy rico, y tenía tres mil ovejas y mil cabras. Y aconteció que estaba esquilando sus ovejas en Carmel. Y aquel varón se llamaba Nabal” (v. 2-3). Este Nabal era un israelita que aparece en marcado contraste con David, quien, aunque ungido rey de Israel, no tenía donde recostar su cabeza, y era un errante que andaba de montaña en montaña y de cueva en cueva. Nabal era muy rico, pero era un hombre egoísta y que no sentía absolutamente ninguna simpatía por David. Si tenía bendiciones terrenales, las tenía para sí mismo; y aunque era “muy rico”, no tenía ninguna idea de compartir sus riquezas con nadie más, y mucho menos con David y sus compañeros.

“Y oyó David *en el desierto* que Nabal esquilaba sus ovejas. Entonces envió David diez jóvenes y les dijo: Subid a Carmel e id a Nabal, y saludadle en mi nombre...” (v. 4-5). David estaba en el desierto; era su lugar. Nabal, por su parte, estaba rodeado de todo el bienestar de la vida. El primero debía todos sus dolores y privaciones a lo que era; el segundo también debía a lo que era, todos sus bienes y deleites. Ahora bien, en general encontramos mucho egoísmo en las posiciones cuyas ventajas provienen de la profesión religiosa. Si la profesión de la verdad no está acompañada de renunciamiento a sí mismo, lo estará de una manifiesta autocomplacencia; por eso es tan común hoy día ver un decidido espíritu de mundanalidad vinculado a una alta profesión de verdad. Es un grave y serio mal. El apóstol, ya en su tiempo, lo sentía dolorosamente. “Andan muchos” –tales son sus palabras– “de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de *la cruz de Cristo*; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que solo *piensan en lo terrenal*” (Filipenses 3:18-19). Obsérvese que son enemigos de la cruz de Cristo. No es que hayan rechazado todo lo que se parezca a cristianismo; lejos de ello: “*Andan muchos*” es una expresión que indica una medida de profesión. Las personas aquí representadas, sin duda se sentirían muy ofendidas si uno les rehusase el nombre de cristianos; pero no se preocupan por tomar la *cruz*, por ser identificados con un Cristo crucificado. Todo lo que se puede tener del cristianismo aparte del renunciamiento de sí mismo, les es bienvenido, pero ni una jota más. “Cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que solo piensan en lo terrenal”. ¡Cuán culpables son de esta última acusación! Es fácil hacer profesión de la religión de Cristo, mientras se ignora a la persona de Cristo y se aborrece Su cruz. Es fácil tomar el nombre de Jesús con los labios y andar en la autocomplacencia con uno mismo y en el

amor de este mundo, que tan bien el corazón humano sabe apreciar. Encontramos un ejemplo de estas disposiciones en la persona del grosero Nabal, quien, recluso en medio de sus riquezas y lujos, no se preocupaba en absoluto del ungido de Dios ni tenía ningún sentimiento de compasión por él en el tiempo de su doloroso exilio y estancia en el desierto.

¿Que respondió Nabal al conmovedor llamado de David?: “Y Nabal respondió a los jóvenes enviados por David, y dijo: ¿Quién es David, y quién es el hijo de Isaí? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores. ¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua, y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son?” (v. 10-11). Aquí está el secreto del alejamiento de corazón de este hombre mundano respecto de David: no lo conocía. Si lo hubiera conocido, las cosas habrían sido muy diferentes, pero no sabía ni quién era, ni de dónde era; ignoraba que aquel a quien injuriaba era el ungido de Jehová, y, en su locura egoísta, rechazaba el privilegio de proveer a las necesidades del futuro rey de Israel.

Todo esto está lleno de instrucción. Hace falta una verdadera energía de fe para ser hecho capaz de discernir la gloria de la persona de Cristo y de aferrarse enteramente a él en el tiempo en que es rechazado. Una cosa es ser cristiano, y muy otra confesar a Cristo delante de los hombres. Nada es sustancialmente más egoísta que tomar todo lo que Jesús nos dio y no darle nada a cambio. «Con tal que sea salvo, poco importa lo demás»: tal es el secreto pensamiento de más de un corazón, y se traduciría de una forma más sincera si se dijese: «Si estoy seguro de mi salvación, poco importa la gloria de Cristo». Nabal actuaba así. Sacó todo el provecho posible de David, pero tan pronto como David reclama de él alguna ayuda o simpatía, muestra su verdadero espíritu. “Pero uno de los criados dio aviso a Abigail mujer de Nabal, diciendo: He aquí David envió mensajeros del desierto que saludasen a nuestro amo, y él los ha zaherido. Y aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros; y nunca nos trataron mal, ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos, cuando estábamos en el campo. Muro fueron para nosotros de día y de noche, todos los días que hemos estado con ellos apacentando las ovejas” (v. 14-16). Todo esto estaba muy bien. Nabal podía comprender el precio de la *protección* de David, sin preocuparse por la *persona* de David. Mientras los hombres de David eran un muro alrededor de sus posesiones, los toleraba, pero en cuanto cree ver en ellos una carga, los rechaza y los injuria.

Ahora bien, como era de esperarse, la manera de actuar de Nabal era completamente contraria a la Escritura y al espíritu de su divino Autor. Está escrito en el capítulo 15 de Deuteronomio: “Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra

tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite. Guárdate de tener en tu corazón pensamiento perverso, diciendo: Cerca está el año séptimo, el de la remisión, y mires con malos ojos a tu hermano menesteroso para no darle; porque él podrá clamar contra ti a Jehová, y se te contará por pecado” (v. 7-9). Tal es el corazón de Dios. ¡Qué diferente era el de Nabal! La gracia divina recibida en el corazón, lo abre de par en par para responder a todos los que están en necesidad. El egoísmo, por el contrario, lo cierra a cada uno de los que acuden en busca de ayuda. Aun cuando no hubiese conocido a David, Nabal habría debido obedecer la Escritura; pero el egoísmo estaba tan fuertemente arraigado en su corazón, que no le permitía obedecer la palabra de Jehová ni amar a Su ungido.

Pero el egoísmo de Nabal trae resultados muy importantes. En lo que toca a David, hace resaltar lo que era más susceptible de humillarlo delante de Dios. Aquí lo vemos descender de la elevación que, por la gracia de Dios, habitualmente lo caracterizaba. Sin duda, era extremadamente penoso encontrar semejante ingratitud de parte de aquel a quien había protegido; era algo hiriente ser despreciado a causa de las mismas circunstancias en las que su fidelidad lo había colocado, y ser acusado de haberse salvado de su señor, mientras era perseguido como una perdiz por los montes. Todo esto era difícil de soportar, y, en la primera explosión de sus sentimientos, David deja escapar palabras que no soportan ser examinadas a la luz del santuario: “*Ciñase cada uno su espada*” no era precisamente el lenguaje que cabía esperar de alguien que hasta entonces había andado con “un espíritu afable y apacible”. El pasaje que citamos de Deuteronomio, nos hace conocer el recurso del pobre: no es desenvainar la espada, sino *clamar a Jehová*.

La espada de David no habría curado el egoísmo de Nabal, y jamás la fe habría adoptado tal proceder. David no actúa así respecto de Saúl. Lo deja totalmente en las manos de Dios; e incluso cuando se vio incitado a cortar la orilla del manto de Saúl, su corazón le remordió (véase 1 Samuel 24:4-5). ¿Por qué no actuó de la misma manera con Nabal? Porque no estaba en comunión con Dios; descuidó su guardia, y el enemigo tomó ventaja. El corazón natural nos conducirá siempre a querer vengarnos; se siente profundamente agraviado ante cualquier ofensa o insulto. Murmurará en lo secreto: «No tenía derecho a tratarme así; verdaderamente no puedo soportarlo, ni pienso que deba hacerlo». Es posible, pero el hombre de fe en seguida se eleva por encima de todas estas cosas; en todo ve a Dios: los celos de Saúl, la insensatez de Nabal, todo es considerado como proveniente de la mano de Dios y tratado en el secreto de Su santa presencia. El

instrumento no es nada para la fe; Dios está detrás de todas las cosas: Esto es lo que confiere un poder eficaz para moverse a través de todas las circunstancias posibles, y lo que nos guarda en medio de todas las trampas.

A medida que avancemos con nuestro tema, tendremos la oportunidad de ver este principio aplicado más ampliamente; consideremos ahora el segundo carácter que nos presenta este instructivo capítulo. Es el de Abigail, la mujer de Nabal, “mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia” (v. 3). Bello testimonio, ciertamente, y que muestra que la gracia puede manifestarse en las circunstancias más desfavorables. La casa del ruin Nabal debía ser una atmósfera desecante para una persona como Abigail, pero ella, como lo veremos, esperaba en Dios, y no fue en vano. La historia de esta mujer notable está llena de estímulo e instrucción para todos aquellos que se encuentran limitados e impedidos por asociaciones y lazos inevitables. A estos, la vida de Abigail simplemente les dice que sean pacientes, que esperen en Dios; que no supongan que están privados de toda oportunidad de dar testimonio. El Señor puede ser abundantemente glorificado por una apacible sumisión, y dará, seguramente, alivio y victoria al final. Es verdad que varios tienen que reprocharse a sí mismos por haberse comprometido en estas relaciones, por haber formado estos lazos que son una traba para ellos; pero, aun entonces, si realmente sintieron su locura y el mal que cometieron, si lo confesaron y juzgaron delante de Dios, y si su alma estuvo en entera dependencia de él, el fin será bendición y paz.

Abigail es empleada aquí para detener a David mismo en un camino que no era según Dios. Su vida, hasta el momento en que el sagrado historiador la introduce en la escena, pudo haber estado caracterizada por muchas penas y pruebas; difícilmente podía ser de otro modo, estando asociada a alguien como Nabal. Pero el tiempo se encargará de poner en evidencia la gracia que estaba en ella. Había sufrido en la oscuridad, pero ahora estaba a punto de ser extraordinariamente elevada. Muy pocas miradas se habían fijado en su humilde servicio y en su paciente testimonio, pero muchos contemplaban su gran fortuna. La carga que había llevado en secreto iba a ser quitada ante un gran número de testigos. El valor del servicio de Abigail no consistía tanto en el hecho de haber salvado a Nabal de la espada de David, sino en impedir que David sacase su espada.

“Y David había dicho: Ciertamente en vano he guardado todo lo que este tiene en el desierto, sin que nada le haya faltado de todo cuanto es suyo; y él me ha vuelto mal por bien. Así haga Dios a los enemigos de David y aun les añada, que de aquí a mañana, de todo lo que fuere suyo no he de dejar con vida ni un varón” (v. 21-22). ¡Terribles palabras! David había actuado con temeridad al

salir del lugar de dependencia, el único lugar bueno y santo. Y no había actuado en vista de “la congregación de Jehová”. No, era para vengarse de un hombre que lo había maltratado. ¡Triste error! Tuvo la dicha de que se encontrara una Abigail en la casa de Nabal, de la que Dios se sirvió para impedirle que respondiese “al necio de acuerdo con su necesidad” (Proverbios 26:4), porque era justamente eso lo que el enemigo deseaba. Satanás se había servido del egoísmo de Nabal para tenderle una trampa a David, y Abigail fue el instrumento del Señor para librarlo de ella.

Es bueno cuando el hombre de Dios puede descubrir la operación de Satanás; para esto, debe estar en la presencia de Dios, pues allí solamente se encuentran la luz y la fuerza espiritual necesarias para enfrentar a tan temible enemigo. Cuando el alma no está en comunión con Dios, se deja distraer por las causas y los agentes secundarios, como ocurrió con David al mirar a Nabal. Si hubiese hecho una pausa para considerar el asunto con calma, delante de Dios, no habría pronunciado estas palabras: “Ciertamente en vano he guardado todo lo que este tiene en el desierto” (v. 21); él mismo habría hecho caso omiso y dejado a “este” hombre librado a su propia suerte. La fe comunica al carácter una verdadera dignidad, y una superioridad que hace pasar por encima de las mezquinas circunstancias de esta escena pasajera. Los que saben que son “extranjeros y peregrinos”, recordarán que tanto los dolores como las alegrías de esta vida son pasajeros, y que no serán desmedidamente afectados por ninguna de ambas cosas. «Pasajero», es lo que está escrito sobre todas las cosas aquí abajo; el hombre de fe debe pues mirar arriba y adelante.

Abigail, por la gracia de Dios, libró a David de la funesta influencia del *presente*, dirigiendo su mirada hacia el *porvenir*. Lo vemos en el admirable discurso que le dirige: “Y cuando Abigail vio a David, se bajó prontamente del asno, y postrándose sobre su rostro delante de David, se inclinó a tierra; y se echó a sus pies, y dijo: Señor mío, sobre mí sea el pecado; mas te ruego que permitas que tu sierva hable a tus oídos, y escucha las palabras de tu sierva. No haga caso ahora mi señor de ese hombre perverso, de Nabal; porque conforme a su nombre, así es. El se llama Nabal, y la insensatez está con él; mas yo tu sierva no vi a los jóvenes que tú enviaste. Ahora pues, señor mío, vive Jehová, y vive tu alma, que Jehová te ha impedido el venir a derramar sangre y vengarte *por tu propia mano*. Sean, pues, como Nabal tus enemigos, y todos los que procuran mal contra mi señor... pues *Jehová de cierto hará casa estable a mi señor, por cuanto mi señor pelea las batallas de Jehová*, y mal no se ha hallado en ti en tus días. Aunque alguien se haya levantado para perseguirte y atentar contra tu vida, con todo, la vida de mi señor será ligada en el haz de los que viven delante de Jehová tu Dios, y él arrojará la vida de tus enemigos como de en medio de



la palma de una honda. Y acontecerá que *cuando Jehová haga con mi señor conforme a todo el bien que ha hablado de ti, y te establezca por príncipe sobre Israel*, entonces, señor mío, no tendrás motivo de pena ni remordimientos por haber derramado sangre sin causa, o por haberte vengado por ti mismo. Guárdese, pues, mi señor, y cuando Jehová haga bien a mi señor, acuérdate de tu sierva” (v. 23-31).

¡Difícilmente podemos concebir algo más conmovedor que este discurso! Cada punto fue bien ponderado para alcanzar el corazón. Le presenta a David el mal que cometería al tratar de vengarse por sí mismo; le muestra la debilidad y la locura del objeto de su resentimiento; le recuerda que su propia labor era pelear *“las batallas de Jehová”*. ¡Cómo debió de haber calado en su corazón el humillante contraste entre esta gloriosa tarea y las circunstancias en las cuales Abigail lo encuentra, precipitándose para combatir por *su propia causa!*

Pero se comprenderá fácilmente que el discurso de Abigail dirige principalmente su pensamiento hacia el futuro: “Jehová de cierto *hará* casa estable a mi señor”; “la vida de mi señor *será* ligada en el haz de los que viven delante de Jehová tu Dios”; “cuando Jehová *haga* bien a mi señor”; “y *te establezca* por príncipe sobre Israel”. Todas estas alusiones a la gloria futura de David fueron bien calculadas para hacerle olvidar las injurias y calumnias que acababa de soportar. La casa estable, el haz de la vida y el reino valían infinitamente más que todos los rebaños y las posesiones de Nabal. En vista de estas glorias, bien podía David dejarle a este hombre sus corderos y sus cabras. ¿Qué atractivo podían tener estos bienes para el heredero de un reino, y qué le importaba a aquel que sabía que era el ungido de Jehová, que se lo llamara un siervo fugitivo?

Abigail sabía todas estas cosas; su fe las había entendido. Conocía a David y sus altos destinos. Por la fe, veía en el desterrado despreciado al futuro rey de Israel. Nabal no conocía a David. Era un hombre del mundo, que vivía completamente inmerso en las cosas presentes. Para él, no había nada más importante que “mi pan”, “mi carne”, “mis esquiladores”; todo se limitaba a esto; todo giraba en torno al «yo»; no había ningún lugar para David y sus derechos. Podía esperarse esto de un hombre como él; pero David no debía descender de su elevada posición, y rebajarse a luchar con un pobre mundano respecto a bienes perecederos. ¡Ah, no!, el reino venidero es lo que debía estar ante sus ojos, llenar sus pensamientos y elevar su espíritu por encima de las bajas influencias de la tierra.

Consideremos al Maestro mismo, cuando estaba en el tribunal de un pobre gusano –una de las criaturas que sus propias manos formaron–; ¿cuál fue su actitud? ¿Acaso llamó a la pequeña tropa de sus discípulos a ceñir “cada uno su espada”? ¿Acaso dijo a aquel que osó sentarse como su

juez: «En vano hice a este hombre todo lo que es, y le di todo lo que tiene?». No; él miraba por encima de Pilato, de Herodes, de los principales sacerdotes y de los escribas, y podía decir: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11). Esto es lo que guardaba su espíritu tranquilo, al mismo tiempo que miraba hacia adelante, hacia el futuro, y podía decir: “*Desde ahora* veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64). Aquí vemos un poder real sobre las cosas presentes. El reino milenarista, con todos sus indecibles regocijos, con todas sus glorias, brillaba en el futuro de su luz y resplandor eternos, y la mirada del “Varón de dolores” se fijaba en él durante esas horas sombrías, cuando las burlas, los escarnios, los oprobios y los desprecios que venían de pecadores culpables, caían sobre su adorable persona.

Querido lector cristiano, este es nuestro modelo; así es como debemos enfrentar las pruebas y las dificultades, los oprobios, los reproches y el abandono. Miremos todo a la luz del futuro. “Esta leve tribulación momentánea” –dijo uno que sufrió mucho–, “produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17). Y todavía:

“ Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfecciona, afirma, fortalece y establece (1 Pedro 5:10).

Y el Señor mismo dice: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo *padeciera* estas cosas, y que entrara en su *gloria*?” (Lucas 24:25-26). Sufrir viene primero y la gloria le sigue; y aquel que, por propia iniciativa, quisiera desviar el filo de los oprobios y los sufrimientos actuales, mostraría que el reino venidero no es lo que llena toda su alma, y que el *presente* actúa más en él que el *futuro*.

¡Cuánto deberíamos bendecir a nuestro Dios por haber abierto ante nuestros ojos una perspectiva tan gloriosa en los siglos venideros! ¡Cómo nos permite avanzar a paso ligero por nuestro escabroso sendero a través del desierto, y elevarnos por encima de todo lo que ocupa a los hijos de este mundo!

*No somos de este mundo, que pasa prontamente  
No somos de la noche, mas del día resplandeciente  
Del mundo Jesús nos libró, y extranjeros aquí nos volvió  
El cielo es nuestro hogar, bendito, eternal.*

¡Ojalá que podamos experimentar más la realidad de las cosas de arriba, mientras atravesamos este sombrío “valle de lágrimas”! El corazón y el espíritu desfallecerían si no fuésemos sostenidos por la esperanza de gloria, la que, gracias a Dios, no avergüenza, pues el Espíritu es las arras de ella en nuestros corazones.

El curso de nuestro relato nos presenta un ejemplo todavía más sorprendente de la inmensa diferencia que existe entre el hombre natural y el hombre de fe. Abigail vuelve de su entrevista con David y encuentra a Nabal “completamente ebrio, por lo cual ella no le declaró cosa alguna hasta el día siguiente. Pero por la mañana, cuando ya a Nabal se le habían pasado los efectos del vino, le refirió su mujer estas cosas; y desmayó su corazón en él, y se quedó como una piedra. Y diez días después, Jehová hirió a Nabal, y murió” (v. 36-38). ¡Qué triste cuadro del estado de un hombre del mundo! Hundido completamente en la embriaguez durante la noche; sobrecogido de terror por la mañana, y traspasado más tarde por la flecha de la muerte. Tal es la suerte de multitudes que en todos los siglos el enemigo ha logrado seducir y embriagar con los goces perecederos de un mundo que yace bajo la maldición de Dios y que solo tiene que esperar la ejecución de su juicio. “Los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan” (1 Tesalonicenses 5:7). Pero la mañana está cerca, cuando los vapores del vino –símbolo de los goces del mundo– se habrán disipado, cuando la febril excitación en la que Satanás ocupa los espíritus de los hombres de este mundo se habrá calmado, entonces vendrá la terrible realidad: una eternidad de indecible miseria en compañía de Satanás y sus ángeles. Nabal ni siquiera se encontró con David cara a cara, pero el solo pensamiento de su espada vengadora llenó su alma de un terror mortal. ¡Cuánto más horroroso será encontrar la mirada de Cristo, en otro tiempo despreciado y rechazado, y ahora sentado en el trono de su gloria! Entonces los Abigail y los Nabal tendrán sus respectivos lugares: los que habrán conocido y amado a Jesús y los que lo habrán desconocido y despreciado. ¡Quiera Dios, en su gracia, concederle, a mi querido lector, estar con los primeros!

Observemos aún que el interesante relato contenido en este capítulo nos presenta un sorprendente cuadro de la Iglesia y del mundo en su conjunto. La primera está unida al Rey y asociada con Su gloria; el segundo está hundido en una irremediable ruina. “Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus

promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz” (2 Pedro 3:11-14).

Tales son los conmovedores y grandes hechos que nos presenta por todas partes el libro de Dios para desprender nuestros corazones de las cosas presentes y ligarlos con sincero afecto a las cosas y a las perspectivas que están en relación con la persona del Hijo de Dios. Nada, excepto la profunda y positiva convicción de la realidad de estas cosas, podrá producir este feliz efecto. Conocemos la embriagadora influencia de este mundo, de sus proyectos y operaciones; sabemos cuán fácilmente el corazón humano se deja arrastrar por la rápida corriente de las cosas de aquí abajo: planes de mejora, operaciones comerciales, movimientos políticos, hasta movimientos religiosos; todas estas cosas producen en el alma un efecto similar al que produjo el vino en Nabal, de modo que se vuelve casi inútil anunciar las solemnes verdades presentadas en el pasaje que citamos.

Sin embargo, hay que proclamarlas, hay que repetir las sin cansarse, “y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”; “el día del Señor vendrá como ladrón en la noche”; “todas estas cosas han de ser deshechas”; “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (Hebreos 10:25; 2 Pedro 3:10-11). Tal es la perspectiva que se presenta a los ojos de todos aquellos que, como Nabal, cargados de “glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida” (Lucas 1:34), rechazaron los llamados del Señor y desconocieron Sus derechos.

El mundo se prepara, con una rapidez inconcebible, para la introducción de aquel que, por el poder de Satanás, dominará sobre todas sus instituciones, resumirá en él todos sus principios y concentrará en su persona todas sus energías. Cuando el último elegido sea recogido del mundo, el último miembro incorporado al cuerpo de Cristo por la energía vivificante del Santo Espíritu, la última piedra puesta en el lugar que le está destinada en el templo de Dios, entonces la sal que, ahora, preserva al mundo de la corrupción, será quitada; la barrera que impide, a causa de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, será removida; y entonces será revelado en la escena de este mundo “aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:8-10).

Seguramente, estas cosas deberían detener a los hombres del mundo en su carrera, y llevarlos a considerar seriamente “*el fin* que les espera”. “La paciencia de nuestro Señor es para salvación” (Deuteronomio 32:29; 2 Pedro 3:15). ¡Qué palabra tan preciosa! Pero no abusemos de ella; no confundamos esta *paciencia* con *indiferencia*. El Señor espera en gracia que los *pecadores* se conviertan, pero no podría tener ninguna connivencia con el *pecado*.

Pero, lamentablemente, es casi inútil hablar del *futuro* a hombres completamente absorbidos por el *presente*.

¡Bendito sea Dios, hay algunos que tienen oídos para oír el testimonio del amor y la gracia de Jesús, así como del juicio que va a ejercer! Tal era Abigail. Había creído la verdad acerca de David y había actuado en consecuencia; así también, todos los que creen la verdad acerca de Jesús, se separarán diligentemente del mundo presente.

## **1 Samuel 27 a 30 - Siclag**

La historia que recorremos presenta necesariamente muchas debilidades y fracasos; sin embargo, al leerla, es bueno recordar lo que somos nosotros mismos, por temor a señalar las faltas de otros en un espíritu de propia satisfacción. El sagrado escritor coloca siempre ante nosotros, con rigurosa fidelidad, todas las imperfecciones de aquellos de quienes narra la historia. Su objetivo es presentar a Dios al alma, en toda la plenitud infinitamente variada de Sus recursos, y en toda Su capacidad para responder a las más profundas necesidades del pecador impotente. No escribió la historia de los ángeles, sino de los hombres sujetos “a pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17). Esto es lo que hace tan instructivos para nosotros los relatos del Antiguo Testamento. En él se nos presentan hechos que hablan al corazón; al leerlo, somos conducidos a través de escenas y circunstancias que, con una conmovedora sencillez, ponen al descubierto los móviles ocultos de nuestra naturaleza, pero también los móviles ocultos de la gracia. Aprendemos que el hombre es el mismo en cada siglo. En Edén, en Canaán, en la Iglesia, en la gloria milenaria, lo vemos presentando los mismos caracteres humillantes. Pero aprendemos también, para nuestro gozo y aliento, que Dios es siempre “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8), siempre «*paciente, misericordioso, poderoso, santo*» –como dice el himno–; paciente para soportar nuestras reiteradas faltas; misericordioso para borrar nuestros reiterados pecados y restaurar nuestras almas perdidas; poderoso para librarnos de las trampas de Satanás, de las influencias del mundo y de la energía activa del mal de nuestra propia carne; santo para ejecutar juicio en Su casa y castigar a sus hijos, “para que participemos de su santidad” (véase 1 Pedro

4:17; Hebreos 12:10). Tal es el Dios con el cual tenemos que ver, y vemos el maravilloso despliegue de su carácter en los interesantísimos relatos en los que abunda la historia del Antiguo Testamento, pero probablemente en ningún otro tanto como en el que ahora tenemos ante nosotros. Pocos caracteres presentan la misma variedad de experiencias como el de David. Verdaderamente conocía las profundidades y las alturas que caracterizan la carrera del hombre de fe. A veces lo oímos entonar los más sublimes cantos con su arpa; otras veces, expresar los dolores de una conciencia contaminada y un espíritu herido. Esta diversidad de experiencias hacía de David un sujeto apto para mostrar la gracia de Dios bajo sus diversos aspectos. Siempre es así. El pobre hijo pródigo jamás habría conocido la comunión tan elevada del amor de su padre, si no hubiese conocido primero las profundidades de la humillación en el país lejano. La gracia que lo vistió con el mejor vestido, no habría brillado con tan vivo esplendor si no lo hubiese hallado en sus miserables harapos. La gracia se magnificó por la ruina del hombre; y cuanto más vivamente esta ruina es sentida, más altamente la gracia es apreciada. El hermano mayor jamás había recibido ni un cabrito para gozarse con sus amigos. ¿Por qué? Porque se imaginaba haberlo merecido. “He aquí” –dice– “tantos años ha que te sirvo como un esclavo, sin haber nunca traspasado tu mandamiento” (Lucas 15:29, V. M.). ¡Hombre orgulloso! ¿Cómo podía esperar el anillo, el vestido o el becerro gordo? Si los hubiera obtenido, habrían servido solo para adornar su propia justicia, en lugar de ser el adorno del que la gracia gusta revestir al pecador que cree.

Así ocurrió con David y con Saúl. Saúl jamás conoció su necesidad, como la conoció David; tampoco tenemos en su historia, como en el caso de David, el relato de enormes pecados, al menos de lo que los hombres denominarían así. Saúl era el hombre exteriormente moral y religioso, pero, al mismo tiempo, lleno de propia justicia. Por eso de su boca oímos expresiones tales como estas: “He cumplido lo mandado por Jehová”. “He obedecido a la voz de Jehová, y he acabado la jornada a que me envió Jehová” (1 Samuel 15:13, 20, V. M.). ¿Cómo este hombre habría podido apreciar la gracia? Era imposible. Un corazón no quebrantado, una conciencia no convencida de pecado, jamás podrá comprender el significado de la palabra *gracia*. ¡Qué diferente era en el caso de David! Sentía sus pecados, gemía bajo su peso, los confesaba, los juzgaba en la presencia del Dios cuya gracia los había borrado todos para siempre. Hay una gran diferencia entre un hombre ignorante de sus pecados y que camina satisfecho de sí mismo, y un hombre que es profundamente consciente de sus pecados, y que, sin embargo, es feliz de saber que le fueron totalmente perdonados.

La corriente de pensamientos que acabamos de expresar nos conduce a las circunstancias que se relacionan con David cuando habitó en Siclag, tierra de los filisteos (1 Samuel 27:7), circunstancias en las cuales se manifiestan plenamente, por una parte, la imperfección humana y, por otra, la gracia y la misericordia divinas.

“Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos” (1 Samuel 27:1). Era la segunda vez que David se refugiaba entre los filisteos. En el capítulo 21:10, leemos: “Y levantándose David aquel día, huyó de la presencia de Saúl, y se fue a Aquis rey de Gat”. David, en realidad, se suelta de las manos de Dios, para ponerse en las manos de Aquis. Deja el lugar de dependencia y busca refugio entre los enemigos de Dios e Israel. Y, nótese, tiene en su mano la misma espada del campeón de los filisteos. No es para actuar según su verdadero carácter, como siervo de Dios; esto habría sido ciertamente una cosa feliz. Pero no, va a hacer “de loco” delante de aquellos que lo habían visto tan recientemente combatir como el campeón de Israel. “Y los siervos de Aquis le dijeron: ¿No es este David, el rey de la tierra? ¿No es este de quien cantaban en las danzas, diciendo: Hirió Saúl a sus miles, y David a sus diez miles?” (v. 11). Los filisteos reconocían a David en su verdadero carácter como “el rey de la tierra”, como aquel que había herido “a sus diez miles”. No imaginaban que pudiese actuar de una manera distinta a la de su enemigo. Apenas eran capaces de comprender el estado moral de su alma en esta extraordinaria fase de su historia; no habrían podido pensar que el vencedor de Goliat venía para buscar su protección contra Saúl. El mundo no puede comprender las vicisitudes de la vida de la fe. ¿Quién, de entre los que habían visto a David en el valle de Ela, podía suponer alguna vez que, poco tiempo después, él habría temido confesar con denuedo los resultados de esa fe de la que Dios lo había dotado? ¿Quién habría pensado que, con la espada de Goliat en su mano, podía tener tanto temor de ser reconocido como el vencedor de Goliat? Y, sin embargo, fue así. “David puso en su corazón estas palabras, y tuvo gran temor de Aquis rey de Gat. Y cambió su manera de comportarse delante de ellos, y se fingió loco entre ellos, y escribía en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba” (v. 12-13). Así será toda vez que un santo abandona la senda de simple dependencia de Dios, y quiere dejar de ser extranjero en el mundo. Deberá falsear su comportamiento, abandonar su verdadero carácter; y, en consecuencia, adoptar el camino de la hipocresía delante de Dios y de la locura delante del mundo. ¡Qué triste es esto! Un santo de Dios debería siempre conservar su dignidad, dignidad que procede de una profunda conciencia de la presencia de Dios. Pero, desde el momento en que la fe cede, el poder para dar testimonio se va, y el hombre de fe es despreciado como un “loco”. Cuando David dijo “en su corazón: Al fin seré muerto algún día por

la mano de Saúl”, abandonó el único camino donde se encuentra el verdadero poder. Si hubiera seguido siendo fugitivo y errante en los montes, jamás les habría presentado este triste cuadro a los siervos de Aquis, jamás se le habría tratado de loco. Aquis no se habría atrevido a aplicarle este nombre a David en el valle de Ela, ni en la cueva de Adulam; pero, lamentablemente, David mismo se había puesto en las manos de este filisteo, y, en consecuencia, debía sufrir por su pasada fidelidad, o bien abandonar toda su dignidad y hacer locuras ante los ojos de ellos. Ellos juzgaron bien al nombrarlo el rey de la tierra, pero él, asustado por las consecuencias que podría tener la confesión de una tan alta posición, niega su realeza, y no tiene otro recurso que fingirse loco. ¡Cuán a menudo se puede ver el resultado de un mal similar en la marcha de los cristianos!

Muchas veces vemos a un hombre que, a causa de los actos que realizó en la energía del Espíritu, alcanza una posición de alta estima no solo a los ojos de sus hermanos sino también de los hijos de este mundo. Pero cuando pierde su comunión con Dios, tiene realmente miedo de mantener su posición, y, en el mismo momento en que debería dar un positivo testimonio contra los caminos del mundo, y cuando los ojos de todos están fijos en él, retrocede, cambia su conducta, pacta con lo que había condenado, y, en lugar de estima y respeto, solo recibe desprecio. Debemos estar en guardia para evitar que esto suceda; y solo podemos evitarlo andando en la plena y feliz certeza de que Dios basta para todo y siempre, y que responde a *todas* nuestras necesidades. Mientras retengamos esta preciosa verdad, seremos completamente independientes del mundo. Tan pronto como la abandonemos, comprometeremos la verdad de Dios y negaremos nuestro carácter de hombres celestiales.

Cuán completamente David debió de haber perdido el sentimiento de que Dios podía resolver todas sus dificultades, para llegar a decir: “No me *queda otro partido* mejor que escaparme del todo a tierra de los filisteos” (cap. 27:1, V. M.). ¿Nada mejor para un hombre de fe que buscar un refugio cerca del mundo? ¡Qué extraña confesión! Es la de un alma que dejó que las circunstancias exteriores se deslizaran entre ella y Dios. Cuando salimos de la estrecha senda de la fe, somos capaces de caer en los extremos más grotescos y tenebrosos del mal; y nada muestra de manera más fuerte el contraste entre alguien que mira a Dios y alguien que mira las circunstancias, que David en el valle de Ela y David borrajando las hojas de la puerta del rey de los filisteos. Contraste lleno de instrucción y solemnes advertencias; muy apropiado para enseñarnos lo que somos y qué poco podemos contar con el mejor de todos nosotros.



¿Qué somos, querido lector cristiano? Pobres criaturas que faltamos y tropezamos, propensos a cada paso de nuestra senda a caer en el error y en el mal, a abandonar la “Roca de los siglos” (Isaías 26:4), para apoyarnos en los báculos de caña cascada del mundo (véase 2 Reyes 18:21), a dejar la fuente de agua viva, y cavar para nosotros cisternas rotas que no retienen agua (véase Jeremías 2:13). ¡Oh! Tenemos una gran necesidad de marchar humildemente, con vigilancia y oración, delante de nuestro Dios, teniendo siempre en nuestros corazones la oración del mismo David:

“ Susténtame conforme a tu palabra, y viviré; y no quede yo avergonzado de mi esperanza. Sostenme, y seré salvo, y me regocijaré siempre en tus estatutos (Salmo 119:116-117).

Necesitamos que nuestros pies sean “como de ciervas”, a fin de que andemos sobre esos lugares elevados y resbaladizos a través de los cuales circula nuestra senda (véase Habacuc 3:19). Nada más que la gracia divina puede hacernos capaces de perseverar en una vida de entera devoción. Dejados a nosotros mismos, no hay mal en que no podamos caer. Aquellos solos están seguros, a quienes Dios tiene “en el hueco de su mano”.

Qué dicha para nosotros tener que ver con Aquel que puede soportarnos en nuestra locura, y que puede también reanimar y restaurar nuestras almas cuando desfallecen y se desecan bajo la influencia malsana de la atmósfera que nos rodea. Dios nos guarde de hacer otro uso de esta triste parte de la historia de David en Siclag, que no sea el de aplicarlo a nuestros corazones delante de Dios como una solemne advertencia que escudriña el alma. Porque, aunque se pueda decir que hay una enorme diferencia entre la posición y los privilegios del pueblo de Dios y los de la Iglesia de Dios ahora, sin embargo, en todas las edades y bajo todas las dispensaciones, la naturaleza del hombre es la misma, y le ocasionaríamos un serio daño a nuestras almas si no aprendiésemos una saludable lección de las caídas de alguien que ocupa un lugar tan elevado en la escuela de Cristo como David. Las dispensaciones difieren, sin duda, en sus grandes rasgos principales, pero hay una maravillosa analogía en los principios de disciplina de Dios en todos los tiempos, cualquiera que sea la posición de su pueblo.

Como consecuencia de la estancia de David en la tierra de los filisteos, solo encontramos nuevos casos de humillación. Se le concede permiso para residir en Siclag, y permanece allí dieciséis meses; pero durante este período, aunque libre de todo temor con respecto a Saúl, está lejos de Dios y lejos de Israel. En cierto sentido, es fácil salir del lugar de prueba, pero entonces salimos tam-

bién del lugar de la bendición. David habría sido mucho más feliz permaneciendo expuesto al odio de Saúl, y gozando al mismo tiempo de la protección del Dios de Israel, que yendo en busca de un refugio junto al rey de Gad. Pero, cuando la prueba nos apremia, el pensamiento de librarse de ella es dulce, y corremos el peligro de buscar por nosotros mismos el alivio. El enemigo, en este caso, siempre tiene un atajo para presentarle al hombre de fe. Tenía a Egipto para Abraham, a Siclag para David y, para nosotros, tiene el mundo bajo todas sus formas.

“Si hubiesen estado pensando en aquella [patria] de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver” (Hebreos 11:15). El hecho de que se podía volver es lo que prueba la sinceridad del firme propósito de seguir adelante. El Señor deja a los suyos libres, a fin de que puedan “claramente dar a entender que buscan una patria” (Hebreos 11:14). Es lo que glorifica a Dios. De nada aprovecharía si fuésemos forzados, como “con cabestro y con freno”, a ir de la tierra al cielo; pero cuando, por gracia, dejamos voluntariamente las cosas de la tierra para buscar las que están arriba, es para la gloria de Dios, porque esto demuestra que lo que Él tiene para darnos es infinitamente más atractivo que el mundo presente.

David acepta Siclag, y, en lugar de permanecer como un extranjero sin hogar en la cueva de Adulam, se convierte en un ciudadano en el país de los filisteos. No se hace pasar más por loco, sino que ahora desempeña el papel de un decidido engañador. Hace incursiones contra los gesuritas y los gezritas, e interrogado por Aquis, miente a este respecto, por temor a perder el lugar de protección que escogió. Tan lejos va incluso en esta miserable carrera que, cuando Aquis le propone marchar con él y los filisteos contra Israel, su respuesta es: “Y David respondió a Aquis: Muy bien, tú sabrás lo que hará tu siervo. Y Aquis dijo a David: Por tanto, yo te constituiré guarda de mi persona durante toda mi vida... Los filisteos juntaron todas sus fuerzas en Afec, e Israel acampó junto a la fuente que está en Jezreel. Y cuando los príncipes de los filisteos pasaban revista a sus compañías de a ciento y de a mil hombres, *David y sus hombres iban en la retaguardia con Aquis*” (1 Samuel 28:2; 29:1-2). Tenemos pues aquí el extraño espectáculo –anomalía sin igual– de un rey de Israel a punto de ser constituido guarda de la cabeza de un filisteo, y presto a desenvainar la espada contra los escuadrones del Dios viviente. ¿Vimos alguna vez algo parecido? El vencedor de Goliat ¡siervo de un filisteo!

Es verdaderamente difícil determinar dónde habría acabado todo esto si David hubiese sido dejado libre de seguir sus proyectos hasta el final. Pero esto no podía ser; Dios, en su bondad, vela por este pobre errante, y tenía reservadas para él ricas y variadas gracias, así como humillantes lecciones y dolorosos ejercicios de alma.

Los príncipes de los filisteos fueron los instrumentos que Jehová utilizó para sacar a David de su extraña posición. Juzgándolo según su pasado, no podían confiar en él como un aliado. “¿No es este David?”, ¿cómo podríamos tener confianza en él? Un filisteo no podía contar con un hebreo contra otros hebreos. En una palabra, los hombres del mundo no pueden tener una entera confianza en alguien que no está decidido por la verdad de Dios, que no es de uno ni de otro. Un cristiano que pierde su comunión y regresa al mundo, por más grandes esfuerzos que haga, jamás el mundo lo considerará parte de él, ni le tendrá una completa confianza; siempre será sospechoso, así como David lo fue para los filisteos. “Despide a este hombre, para que se vuelva al lugar que le señalaste, y no venga con nosotros a la batalla, no sea que en la batalla se nos vuelva enemigo” (1 Samuel 29:4). Bien podían darle cierto lugar entre ellos, pero cuando se trata de guerra entre ellos e Israel, no quieren reconocerlo. Actuaron prudentemente, pues, cualquiera haya sido el carácter que David *asumiera*, no podía *realmente* ser otra cosa que enemigo de los filisteos. Podía  *fingir* ser loco; podía *pretender* hacer incursiones en el Neguev de Judá, pero cuando las cosas llegan a una positiva conclusión, David no puede sino actuar de manera consecuente con su verdadero carácter: como el que mató a diez mil filisteos. El hecho es que, desde el principio hasta el fin, David no fue comprendido. Los filisteos ignoraban el motivo que lo había llevado a estar en medio de ellos. En este pretendido loco, había mucho más de lo que podían sondear. Pensaban que habría deseado reconciliarse con su amo Saúl, y apenas se imaginaban que tenían ante sí al que pronto debía tomar el cetro de Israel y hacerles sentir el peso de su poder.

Pero Jehová no quiso permitir que David apareciera en el campo de batalla contra Israel. Lo envió de vuelta, o más bien lo puso a un lado, a fin de hablarle en el secreto del corazón acerca del camino que había tomado. “Y se levantó David de mañana, él y sus hombres, para irse y volver a la tierra de los filisteos... Cuando David y sus hombres vinieron a Siclag al tercer día, los de Amalec habían invadido el Neguev y a Siclag, y habían asolado a Siclag y le habían prendido fuego. Y se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, desde el menor hasta el mayor; pero a nadie habían dado muerte, sino se los habían llevado al seguir su camino” (1 Samuel 29:11-30:2). David es llamado ahora a sentir el amargo resultado de haber buscado la ayuda de Aquis en el día de su necesidad. Había tomado una posición entre los incircuncisos y, en consecuencia, debía compartir su miseria. Si hubiese permanecido en los montes de Judá, habría evitado todos estos dolores; su Dios habría sido un “muro de fuego en derredor” de él. Pero había huido a Siclag para escapar de Saúl, y ahora, por decirlo así, en el mismo momento en que Saúl caía en el monte de Gilboa, David lloraba sobre las ruinas de Siclag. “Entonces David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar... Y

David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo” (1 Samuel 30:4, 6). En todo esto, Dios actuaba hacia su querido siervo, no para aplastarlo, sino para llevarlo a un sentimiento justo de la manera en que se había conducido entre los filisteos. Seguramente al contemplar las cenizas humeantes de Siclag y al verse privado de sus mujeres, de sus hijos, de todo, David pudo aprender prácticamente lo malo de recibir algo del mundo y el dolor que se deriva de ello. Sería difícil imaginarnos una condición más conmovedora y penosa que aquella en que se hallaba David en ese momento. Durante un año y cuatro meses, había seguido un camino en el cual su conciencia no podía estar tranquila para con Dios; fue rechazado por aquellos bajo cuya protección se había colocado; su lugar de refugio fue quemado; había perdido a sus mujeres y sus bienes y, finalmente, sus compañeros –quienes lo habían seguido en todas sus idas y venidas–, amenazaban con lapidarlo.

Así David, desde todo punto de vista, había descendido al nivel más bajo, todos los recursos humanos le faltaban a la vez, y, además, el enemigo, en ese momento, podía atacarlo tenazmente con sus dardos de fuego. ¡Cuánto tenía su conciencia para recriminarle! ¡Cuántas escenas del pasado tenía su memoria para recordarle! El abandono del lugar de dependencia; su huida a Aquis; su cambio de comportamiento, actuando como un loco; las mentiras que había proferido; su ofrecimiento voluntario para luchar contra Israel, como siervo de los filisteos; todas estas cosas contribuían en gran medida a aumentar la angustia de su alma. Pero David, después de todo y a pesar de todo, era un hombre de fe; conocía a Jehová y, como dice el poeta, los «*infinitos recursos de su gracia*». Este fue su gozo y su consuelo en ese momento tan sombrío de su carrera. Si no hubiera podido depositar esta pesada carga sobre la gracia infinita, habría caído en la más absoluta desesperación. Nunca antes había estado sometido a una prueba semejante. Se había enfrentado con el león y con el oso en el desierto; había enfrentado al gigante de Gat en el valle de Ela, pero jamás se había visto en medio de una variedad de circunstancias tan abrumadoras. Pero Dios bastaba para todo, y David lo sabía. Por eso leemos:

David se fortaleció en Jehová su Dios



(1 Samuel 30:6).

¡Estímulo bien fundado y bienaventurado! ¡Feliz el alma que lo conoce, y que, desde lo más profundo de la miseria en que pueda hallarse el hombre, supo, en un santiamén, elevarse hasta Dios y sus recursos que nunca faltan! La fe sabe que Dios está plenamente a la altura de todas las ne-

cesidades del hombre, de las debilidades, de las faltas y del pecado. Dios está por encima de todo, puede responder a todo y en todas las circunstancias, y el corazón que lo llega a conocer así, es elevado por encima de todas las pruebas y dificultades del camino.

No hay ninguna posición en la que el cristiano pueda encontrarse y en la que no pueda contar con Dios. ¿Está como aplastado bajo la presión de las dificultades exteriores? Que haga intervenir la omnipotencia de Dios y su fuerza irresistible para soportar estas cosas. ¿Está su corazón oprimido por la carga de la debilidad personal –carga muy pesada, por cierto–? Que recurra a las fuentes inagotables de la compasión y la misericordia divinas. ¿Está el alma llena de horror por el sentimiento de su pecado y culpabilidad? Que recurra a la ilimitada gracia de Dios y a la infinitamente preciosa sangre de Cristo. En una palabra, cualquiera sea la prueba, la carga, el dolor o la necesidad, Dios es más que suficiente para todo, e incumbe a la fe –sí, es su privilegio– recurrir a él. “David se fortaleció en Jehová su Dios” cuando todo alrededor de él era sombrío y abrumador para su alma. ¡Ojalá, querido lector, que podamos conocer la bendición que emana de una confianza así! En el hecho de tener que ver con Dios reside el verdadero poder y la verdadera felicidad, y es lo que da reposo al alma. Disociar el corazón del yo y de las cosas que nos rodean, y elevarse a la santa calma de la presencia divina, da un consuelo y una fuerza que sobrepasan todo lo que se puede expresar. Satanás se esfuerza siempre por poner obstáculos a esta feliz condición de alma. Quisiera conducirnos a hacer en todo tiempo de las cosas presentes los límites del horizonte de nuestros pensamientos y afectos, rodearnos así de una espesa e impenetrable nube, para ocultarnos el rostro de nuestro Dios e impedir que reconozcamos su misericordiosa mano que se extiende sobre todas nuestras circunstancias.

Pero la fe traspasa la nube y se dirige a Dios; no mira las cosas que se ven, sino las que son invisibles; se sostiene, “como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27). Puede decirle a Dios:

*En mis días más sombríos, si apareces Señor,  
Las sombras Tú disipas de todo en derredor  
Eres la estrella de la mañana, de mi alma el resplandor  
Y el sol naciente que la mañana sin nubes dejó.*

El regreso de David a Siclag fue ciertamente una hora muy sombría, una de las más sombrías que haya encontrado; pero Dios apareció y el amanecer de David comenzó. Dios apareció para aliviarlo y restaurarlo. En su gracia, quitó la carga que lo agobiaba; rompió las cadenas y liberó al preso. Es la manera en que Dios actúa. Permite que sus hijos prueben los frutos amargos de sus propios caminos, a fin de que vuelvan a Él, con la plena certeza de que solo pueden ser ver-

daderamente felices en su santa y misericordiosa presencia. Siclag puede, por un tiempo, servir de refugio, pero pronto debe ser destruida, e incluso mientras perdura, no puede ser adquirida sino mediante el sacrificio de una buena conciencia hacia Dios y su pueblo: un precio muy alto, seguramente, para pagar un alivio de tan escasa duración. ¡Cuánto mejor es soportar la pena por un tiempo!

Pero –bendito sea nuestro Dios–

“ **Todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios**  
**(Romanos 8:28, V. M.).**

La muerte de Goliat y los dieciséis meses de estancia en Siclag, la cueva de Adulam y la casa de Aquis, todo obraba para el bien de David. De las mismas faltas de los suyos, el Señor hace salir una rica cosecha de bendiciones, siempre y cuando, no obstante, sean así conducidos a una mayor vigilancia, a una dependencia más estrecha de Dios en la oración y a un andar más íntimo con él. Si nuestras caídas nos enseñan a apoyarnos más enteramente en Dios, tendremos motivo de darle gracias por haberlas permitido, por más humillante que sea su memoria. Por muy dolorosa y humillante que haya sido la experiencia de David en Siclag, podemos estar seguros de que no habría podido carecer de ella: le enseñó mucho más de la profunda realidad de la gracia y la fidelidad de Dios, que lo que jamás había conocido de ella hasta entonces. Le hizo ver que, cuando descendió a lo más profundo del abismo, sin tener ningún recurso de parte del hombre, encontró allí a Dios en toda la plenitud de su gracia. ¡Qué lección tan preciosa! ¡Ojalá que podamos también aprender de ella por su ejemplo!

¿Podemos apoyarnos en el Señor, en medio de la ruina que nos rodea? ¿Está por encima de todos y de todo para nuestras almas? ¿Podemos fortalecernos en él, cuando todo, interior y exteriormente, parece estar directamente contra nosotros? Su nombre ¿nos es caro en estos días de debilidad, de decadencia, de mundanalidad y de frío formalismo? ¿Estamos dispuestos a seguir el resto de nuestra carrera a través del desierto, solos y en medio del abandono de todos, si ello fuera necesario? Puede que hayamos aprendido a no mirar más a los hijos de este presente siglo; pero, ¿estamos preparados para perder el amor y la confianza de nuestros hermanos? Los compañeros de David hablaban de lapidarlo; pero Jehová era más precioso para él que todos ellos; Él era su “*refugio*” (2 Samuel 22:3). ¿Conocemos el poder y el consuelo que se hallan en este hecho: tener a Dios por refugio? ¡Que el Señor nos conceda conocerlo mejor siempre!

Antes de concluir este capítulo, quisiera llamar la atención del lector sobre la instructiva escena que tiene lugar entre David y el joven egipcio, siervo de un amalecita. No pretendo de ninguna manera que consideremos este relato como un tipo positivo, pero estamos seguramente justificados en encontrar allí una sorprendente ilustración capaz de hacernos comprender una enseñanza importante de la Escritura: el capítulo 6 de la epístola a los Romanos.

Para poder apreciar la instrucción del Espíritu que se encuentra en este pasaje (1 Samuel 30:11-16), debemos recordar la diferencia que existe entre Egipto y Amalec. El primero de estos dos pueblos se relaciona con la bendición de Israel en los últimos días: “En aquel tiempo”, dice Jehová, “Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra; porque Jehová de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad” (Isaías 19:24-25). De Amalec, por el contrario, se expresa en estos términos: “Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación” (Éxodo 17:16). Un egipcio y un amalecita, pues, se encontraban, respecto a Israel, en dos relaciones muy diferentes.

Ahora bien, este joven, de quien habla nuestro pasaje, era egipcio, y su amo, amalecita, lo había abandonado porque estaba enfermo. Tal era el trato que había recibido de su amo, quien lo había abandonado a la hora de la necesidad porque ya no podía prestarle más sus servicios. Pero su misma miseria es lo que atrae la simpatía de David, quien lo refresca y reanima su espíritu. David lo encuentra debilitado y desfalleciente, próximo a la muerte, como consecuencia de su servicio anterior, y, habiéndolo vuelto a la vida, le pide: “¿Me llevarás tú a esa tropa?” (1 Samuel 30:15). Reclama su derecho al servicio y a la devoción de aquel a quien le debe todo después de Dios; pero el joven, aunque completamente reanimado, era incapaz de actuar con David hasta no poseer la plena seguridad de que la *vida* y la *libertad* le estaban garantizadas. “Júrame por Dios”, le dice a David, “que no me matarás, ni me entregarás en mano de mi amo, y yo te llevaré a esa gente”. No podía servir a David, hasta no tener la plena certeza de ser librado del poder de su antiguo amo.

Veamos cómo este relato, tal como lo dijimos, presenta una ilustración de la enseñanza de Pablo, en el capítulo 6 de la epístola a los Romanos.

El creyente necesita saber que ha sido absolutamente librado del dominio de su antiguo amo, la carne, antes de poder, con confianza, consagrarse al servicio de Cristo. Hemos sentido la amargura de servir a la carne, como dice el apóstol: “¿Qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte” (Romanos 6:21). Es completamente im-

posible marchar en paz y libertad, a menos que sepamos dónde nos colocaron la muerte y la resurrección. Hasta que no sepamos y hayamos creído que el pecado no tiene más dominio sobre nosotros, necesariamente habremos de estar ocupados con nosotros mismos, porque descubriremos constantemente la actividad del mal que mora en nosotros, y estaremos así llenos del temor de volver a caer en las manos de nuestro opresor anterior. Podemos tener completa claridad en cuanto a la doctrina de la justificación por la fe; podemos comprender lo que es descansar en la obra perfecta de Cristo respecto de los pecados pasados, y, sin embargo, estar tan turbados por el pecado que mora en nosotros –es decir, en la carne–, que nos veamos completamente impedidos de servir a Cristo y a la Iglesia.

El evangelio de la gracia de Dios, comprendido en su divina plenitud, deja al alma en reposo, no solo en cuanto al pasado, sino también en cuanto al presente y al futuro. Dios nos perdonó *todos* nuestros pecados, y no solamente *algunos*; y no solo perdona los pecados, sino que también nos libra del poder del pecado, como leemos en Romanos 6:14: “El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. Esta es una muy preciosa verdad para los que son diariamente atormentados por la semilla del pecado que está dentro de nosotros. Aunque el pecado *mora* en nosotros, en nuestra carne, no *reina* sin embargo en nosotros. Y ¿cómo se cumplió esta liberación? Por la muerte y la resurrección. “Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” (v. 7). ¿Qué derecho tiene el pecado sobre un hombre muerto? Ninguno. Pues bien, Dios ve al creyente muerto: muerto con Cristo y resucitado también; y el poder del creyente contra el pecado consiste en considerarse como Dios le dice que es respecto al pecado, es decir, muerto.

Así como el juramento de David dejó en reposo el espíritu del joven egipcio, y lo hizo capaz de combatir con él contra los amalecitas, así también la palabra de Cristo destierra del corazón del creyente el temor y la vacilación, y lo hace capaz, por el Espíritu, de actuar contra su primer amo, la carne. La gracia nos asegura que todo lo que concierne a nosotros para el tiempo y para la eternidad, ha sido plenamente previsto por la muerte y la resurrección de Cristo, y nos muestra que nuestra única ocupación ahora es vivir para la gloria y la alabanza de Aquel que murió y resucitó por nosotros.

“¿Continuaremos en el pecado?” (Romanos 6:1, V. M.). ¿Pensaríamos que el joven egipcio habría podido regresar junto a su amo amalecita? No, habría sido imposible. ¿Qué recompensa había tenido de su servicio precedente? El abandono y la miseria. ¿Y qué fruto tuvimos del nuestro? La muerte, “porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). El mundo, la carne y el diablo,



solo pueden conducirnos al infierno. Que se los sirva de la manera que sea: el fin habrá de ser la ruina y la muerte. Los hombres pueden no ver esto, ni desear verlo, pero no es menos cierto. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Esto es lo que está establecido para los hombres; pero Cristo llevó sobre sí todo por el creyente; la muerte y el juicio pasaron para siempre, y no queda nada más para el alma salvada que seguir, con gozo y libertad de corazón, al verdadero David contra sus enemigos. Cristo cumplió todo por nosotros, a fin de que actuemos por él, durante este tiempo en que es rechazado. Padece por nosotros “fuera de la puerta”, y ahora nos llama a salir hacia él, “llevando su vituperio” (Hebreos 13:12-13). El creyente no hace obras para obtener la vida, sino porque la posee. Comienza su carrera cristiana con la plena seguridad de que ha sido perdonado y aceptado en el Amado. La perfecta justificación es su punto de partida, y la gloria su meta. “A los que justificó, a estos también glorificó” (Romanos 8:30).

Qué bueno es tomar esta gran verdad con la mayor simplicidad. Varios se imaginan que jamás podemos saber aquí abajo que nuestros pecados son perdonados. Pues bien, si no podemos saber que nuestros pecados son perdonados, tampoco podemos saber que la palabra de Dios es verdadera y que la obra de Cristo es perfecta. ¿Querriamos mantener esto? Ambas cosas descansan sobre el mismo fundamento. El perdón de los pecados y la verdad de la palabra de Dios, son cosas que están íntimamente unidas en el precioso evangelio de Cristo. Si usted duda del perdón de los pecados, pone en tela de juicio la verdad de las palabras de Cristo: “Consumado es”, palabras pronunciadas en las circunstancias más solemnes.

Sabemos qué difícil es para el corazón descansar, con entera simplicidad, en lo que Dios afirma respecto a la plena remisión de los pecados por la sangre de Cristo. Nuestros pensamientos son demasiado superficiales y demasiado estrechos para comprender todo el esplendor de la gracia divina. Estamos demasiado llenos de legalismo, demasiado llenos de nosotros mismos. Pensamos –muy vanamente– que podemos añadir algo a lo que Cristo cumplió, ya sean obras, sentimientos o experiencias. Todo esto debe ser puesto a un lado. Cristo *solo* es el gran fundamento, la roca eterna, la fortaleza de la salvación. Añadir incluso la circuncisión, dice Pablo, haría que de nada aproveche Cristo; sería caer de la gracia, y estar obligados a guardar toda la ley (Gálatas 5:2-4), y exponernos así a la maldición y a la ira: “Todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10).

¡Ojalá que nos aferremos a Cristo con un sentimiento más profundo de nuestra indignidad y de Su perfección! ¡Que podamos envolvernos, por decirlo así, en Él, mientras atravesamos este mundo frío, indiferente y sin fe!

## **2 Samuel 6 - El regreso del arca**

Ahora somos llamados a seguir a David de las escenas de su exilio a las de su gobierno. La historia de Saúl se había terminado; había muerto a manos de un amalecita, de un hombre de esa misma nación de la cual, en su desobediencia, se había apiadado. ¡Solemne advertencia! Jonatán también había caído junto a su padre en el monte Gilboa, y David había pronunciado sobre ambos su sublime endecha. David siempre se había conducido respecto a Saúl con el sentimiento más profundo de que tenía ante él al ungido de Jehová; cuando se entera de su muerte, no manifiesta para nada satisfacción ni triunfo, al contrario, llora sobre Saúl e invita a los que lo rodeaban a hacer lo mismo. Tampoco vemos en David ninguna prisa por subir al trono que había quedado vacante para él. Espera para esto la dirección de Jehová. “David consultó a Jehová, diciendo: ¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá? Y Jehová le respondió: Sube. David volvió a decir: ¿A dónde subiré? Y él le dijo: A Hebrón” (2 Samuel 2:1). Era la verdadera dependencia. La naturaleza lo habría empujado a ocupar precipitadamente el lugar de honor, pero David esperaba en Jehová, y no quería actuar sino dirigido por Él. Esta confianza y dependencia en Dios es lo que formaba la peculiar belleza del carácter de David: el hombre conforme al corazón de Dios (véase 1 Samuel 13:14; Hechos 13:22). Habría sido una dicha para él continuar en el mismo camino de dependencia infantil.

Pero, lamentablemente, notaremos mucho más la naturaleza en David durante el período de su elevación que en el de su rechazo. Un tiempo de paz y prosperidad tiende a desarrollar y a llevar a la madurez muchas semillas de mal que el viento de la adversidad marchita e impide mostrarse. David encontró más espinas y peligros en el trono que en el desierto.

Su primer error, después de su ascensión al trono de Israel, lo cometió en relación con el arca de Jehová. Deseaba traerla a la ciudad de Jerusalén y colocarla en su lugar. Este pensamiento era bueno y deseable, pero ¿cómo había de ejecutarlo? Tal era la cuestión. Había dos modos de hacerlo: uno era el que prescribía la palabra de Dios; el otro, el que habían indicado los sacerdotes y los adivinos de los filisteos, cuando devolvieron el arca de su país. La palabra de Dios era per-

fectamente clara sobre este importante punto. Indicaba de manera simple y precisa cómo debía ser llevada el arca de Jehová de los ejércitos, esto es, sobre los hombros de hombres escogidos y puestos aparte para este fin (véase Números 3 y 8).

Cuando los filisteos enviaron el arca de vuelta a la tierra y al pueblo a que pertenecía, no sabían nada de esto, y, por consiguiente, imaginaron un medio completamente opuesto al de Dios, como podía esperarse. Siempre que el hombre se propone regular las cosas de Dios, podemos estar seguros de que cometerá los más grandes errores, porque “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Por eso, aunque la manera de actuar de los filisteos respecto a la devolución del arca, era conveniente a los ojos de los hombres, no era sin embargo de Dios. Los siervos de Dagón estaban poco cualificados para regular el orden del servicio divino. Pensaban que un carro nuevo funcionaría igual de bien que cualquier otra cosa; y en efecto, habría estado bien para el servicio de Dagón, pero ellos no veían ninguna diferencia. Una vez habían temblado delante del arca, pero la infidelidad de Israel había hecho que ella perdiera su solemnidad a sus ojos. Es verdad que la destrucción de su dios los había impresionado vivamente, y que la gloria y el poder del Dios a quien pertenecía esta arca habían sido así solemnemente reafirmados, pero los filisteos no comprendían el profundo significado del arca, ni conocían su maravilloso contenido. Todo esto sobrepasaba su inteligencia, y por eso no podían encontrar nada mejor para trasladarla a su lugar que el carro nuevo: una mera ordenanza muerta, una cosa sin vida en lugar de hombres vivos.

No conocían nada de los pensamientos de Dios, pero David debía haberlos conocido y actuar desde un principio según ellos, sin ocuparse, para el servicio de Dios, de los pensamientos y las tradiciones de los hombres. Debía haber sacado sus directivas de una fuente más elevada: de las claras palabras del libro de la ley. Es una cosa terrible cuando los hijos del reino se conforman a los hombres del mundo y siguen sus pasos. No pueden hacerlo sin provocar un gran perjuicio a sus almas, y sin sacrificar la verdad y el testimonio. Los filisteos, en su ignorancia, habían empleado un carro nuevo para transportar el arca, y nada hizo que les mostrara su error. Pero Dios no podía permitirle a David actuar como ellos. Y hoy también los hombres de este mundo pueden promulgar sus cánones, prescribir sus leyes, decretar sus ceremonias religiosas, pero ¿acaso los hijos de Dios, guiados por el Espíritu Santo y la palabra de Dios, descenderán de su alta po-

sición, abandonarán sus maravillosos privilegios para dejarse influir y conducir por estas cosas del mundo? Pueden hacerlo, pero ciertamente deberán asumir las tristes consecuencias y sufrir la pérdida.

David debía ser instruido respecto de su falta por una dolorosa experiencia; porque “cuando llegaron a la era de Quidón, Uza extendió su mano al arca para sostenerla, porque los bueyes tropezaban” (1 Crónicas 13:9). La miserable debilidad, la locura y la inconsecuencia de esta manera de actuar, fueron entonces plenamente manifestadas. Los levitas, siervos de Dios, habían llevado el arca de Horeb al Jordán, y en ninguna parte se nos dice que hubieran tropezado. Los hombros de los levitas era el orden divino (véase 1 Crónicas 15:15), mientras que el carro y los bueyes eran el orden humano. ¿Quién habría pensado que un israelita colocaría el arca de Jehová de los ejércitos sobre un carro arrastrado por bueyes? Sin embargo, tal es siempre el lamentable efecto de desviarse hasta en el menor detalle de la palabra de Dios, para seguir las tradiciones humanas: “los bueyes tropezaban”. Es todo lo que se podía esperar. El arreglo que se había hecho era uno de esos “débiles y pobres rudimentos” del mundo, según el juicio del Espíritu Santo (Gálatas 4:9); Jehová lo manifestó claramente. El arca jamás habría debido encontrarse en esta deshonrosa posición; los bueyes no fueron hechos para tal carga.

“Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió, porque había extendido su mano al arca; y murió allí delante de Dios” (1 Crónicas 13:10). En verdad, es menester que

### El juicio comience por la casa de Dios

“ (1 Pedro 4:17).

Jehová juzgó a David por haber actuado como los filisteos, mientras que estos no tuvieron que sufrir nada. Cuanto más cercana a Dios es la posición de un hombre, más solemne y rápidamente también el juicio caerá sobre él por un mal cualquiera; no obstante, esto no le presenta ningún estímulo al hombre del mundo, porque, como dice el apóstol, si el juicio “primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?” (1 Pedro 4:17-18). Si Dios juzga a los suyos, ¿qué será del pobre hombre del mundo? Es una sorprendente pregunta. Los filisteos, aunque escaparon del juicio de Dios en el asunto del regreso del arca, tuvieron que encontrarlo de otra manera. Dios actúa hacia todos según Sus propios principios de santidad, y la herida infligida a Uza estuvo destinada a llamar a David a una justa apreciación del pensamiento de Dios respecto del arca de su presencia. Pero este efecto parece no haberse producido al princi-

pio. “Y David tuvo pesar, porque Jehová había quebrantado a Uza; por lo que llamó aquel lugar Pérez-uza, hasta hoy. Y David temió a Dios aquel día, y dijo: ¿Cómo he de traer a mi casa el arca de Dios?” (1 Crónicas 13:11-12). Hay aquí una gran enseñanza para nosotros. David había hecho algo bueno, pero de una manera incorrecta, y cuando Dios ejerce un juicio sobre su modo de acción, David pierde las esperanzas de poder llevar a cabo alguna vez lo que se había propuesto. Caemos fácilmente en este error. Comenzamos mal o en un mal espíritu, algo que Dios no puede aprobar, algo que es bueno en sí, y entonces el espíritu en el cual actuamos, o nuestra manera de obrar, se confunden con el servicio en el cual estamos comprometidos. Ahora bien, siempre debemos distinguir entre *lo que* los hombres hacen, y *cómo* lo hacen. Hacer subir el arca de Dios de Quiriat-jearim a Jerusalén era algo bueno, que Dios aprobaba; ponerla sobre un carro no, y caía bajo el juicio de Dios. Dios jamás tolerará que sus hijos persistan en llevar a cabo Su obra actuando según principios erróneos. Pueden hacerlo durante un tiempo con un éxito aparente, por lo que vemos que “David y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas sus fuerzas, con cánticos, arpas, salterios, tamboriles, címbalos y trompetas” (1 Crónicas 13:8). La escena era imponente. Habría sido difícil que alguien planteara una objeción contra lo que hacía David. Él mismo y los jefes de su ejército junto con los príncipes de Israel, se encontraban a la cabeza de esta solemne ceremonia, y el fragor de la música habría ahogado toda palabra de oposición. Pero, ¡oh!, con qué prontitud toda esta pompa triunfal se vio detenida: “Los bueyes tropezaban”. En vano “Uza extendió su mano”, como si Jehová hubiese permitido que el arca de su fuerza cayera por tierra. Aquel que había mantenido la dignidad de esta misma arca en la sombría soledad de la casa de Dagón, seguramente también sabría protegerla contra toda deshonra en medio de las faltas y la confusión que reinaban entre su pueblo. Era una cosa seria estar cerca del arca de Dios, acercarse a lo que era el símbolo especial de la presencia divina en medio de la congregación de Israel. Y es una cosa seria llevar el nombre de Cristo y ser los depositarios de la verdad en relación con su santa Persona. Todos nosotros deberíamos sentirlo más profundamente. Somos demasiado propensos a considerar como una cosa de poca importancia el hecho de “extender nuestra mano al arca”; todos los que lo intenten sufrirán, como Uza, a causa de su insensata temeridad.

Pero, puede preguntarse, ¿hay algo que responda al arca y que sea confiado al cuidado y a la guarda de la Iglesia? Sí, y es la Persona misma del Hijo de Dios. Su naturaleza divina y su naturaleza humana responden al oro y a la madera de acacia de que estaba constituida el arca. Los *materiales* del arca eran un tipo de su *Persona*, como Dios y Hombre a la vez; en tanto que, el *objetivo* y los usos del arca y del propiciatorio eran un tipo de Su *obra*, ya sea en su vida, o en su

muerte. El arca contenía las tablas del testimonio, y el Hijo de Dios, en relación con el cuerpo que Dios le había preparado, podía decir: “Tu ley está en medio de mi corazón” (véase el Salmo 40). El propiciatorio hablaba al pobre pecador de paz y perdón, de “la misericordia que se gloria contra el juicio” (Santiago 2:13); y el apóstol dijo de Cristo que “él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 2:2); y en otra parte: “a quien Dios puso como propiciación” (Romanos 3:25). (La palabra utilizada en Romanos 3, es precisamente la misma que se emplea en Éxodo 25, esto es, *hilasterion* – propiciatorio).

Podemos ver así qué tipo notable era el arca del pacto de Aquel que magnificó la ley y la hizo honorable, a saber, Jesús, el Hijo de Dios, cuya gloriosa persona debe ser el objeto especial que los santos deben guardar con máxima reverencia y afecto contra cualquier ataque que se haga a su Persona. Y así como el poder moral de Israel estaba siempre en relación con la manera en que el pueblo reconocía y apreciaba el valor del arca en medio de ellos, así también el poder de la Iglesia estará siempre en relación con el cuidado que pondrá para mantener la gran doctrina fundamental del Hijo. En vano nos gloriaremos en la obra de nuestras manos, y nos jactaremos de nuestros conocimientos, de nuestro testimonio, de nuestras asambleas, de nuestros dones, de nuestro ministerio, o de cualquier cosa «nuestra». Si no mantenemos el honor del Hijo, nada de esto tiene realmente valor alguno, marchamos simplemente a la luz de las chispas que encendimos, chispas que pronto se apagarán, cuando el Señor, en su fidelidad, se vea obligado a intervenir y a hacer una rotura en nosotros. “*David tuvo pesar, porque Jehová había hecho rotura en Uzza*” (1 Crónicas 13:11, RV 1909). Fue un doloroso golpe asestado al gozo y a la alegría manifestados en aquella ocasión, pero era necesario. El ojo fiel de Dios había visto la triste y baja condición moral que había dejado traslucir el empleo del carro nuevo para transportar el arca; y la brecha hecha en la persona de Uza estuvo destinada a corregirlo. El resultado mostró que el objetivo había sido alcanzado.

“ Y no trajo David el arca a su casa en la ciudad de David, sino que la llevó a casa de Obed-edom geteo (1 Crónicas 13:13).

Fue una pérdida para David; al detenerse como lo hizo, se privó de una gran bendición y de un precioso privilegio, ya que el arca de Jehová solo podía aportar la bendición a todos aquellos que estaban en una verdadera relación con ella, mientras que, a los que no estaban en esta relación, les traía el juicio, tal como ocurrió con los habitantes de Bet-emes y con Uza. Fue un tiempo feliz para Obed-edom mientras el arca estuvo en su casa, pues “bendijo Jehová la casa de Obed-

edom, y todo lo que tenía” (1 Crónicas 13:14). Todo el tiempo que David “*tuvo temor*” y permaneció sin el arca, Obed-edom fue bendecido con el arca. Es verdad que las cosas podían no parecer muy alentadoras; la bendición, en vez de ser difundida en toda la nación, como habría sido el caso si todo hubiera estado en orden, fue confinada al círculo de aquellos que rodeaban inmediatamente al que tenía el arca en su casa. Pero la bendición, aunque restringida, era tan real y positiva, tan pura y verdadera, como si toda la nación hubiese gozado de ella. No podía ser de otro modo, ya que era el resultado de la presencia del arca. Dios siempre es fiel a sus principios y siempre hará felices a aquellos que andan en obediencia; y así como bendijo a Obed-edom durante los tres meses que el arca estuvo en su casa, así también bendecirá hoy a aquellos que buscan reunirse con verdad y sencillez en el nombre de Jesús. “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Este es el gran principio sobre el cual se basa nuestra reunión. Donde está la presencia de Cristo, allí está la bendición. La pobreza y la debilidad pueden encontrarse allí, sin duda, pero con eso la bendición y el consuelo, porque Jesús está allí; y cuanto más profundo sea el sentimiento de nuestra debilidad, impotencia e insignificancia, tanto más Su presencia será amada y apreciada.

Los cristianos deberían procurar conocer más la presencia de Jesús en sus reuniones. No necesitamos sermones, poder de elocuencia, inteligencia humana, nada que provenga meramente del hombre; necesitamos la presencia de Jesús: sin ella, todo es estéril, frío y sin vida. ¿Quién dirá el gozo que se experimenta cuando se hace realidad la presencia del Señor? ¿Quién podrá expresar la preciosidad conocida por aquellos sobre quienes descende el rocío de las bendiciones divinas? ¡Bendito sea Dios, que varios la conocen! ¡Gracias le sean dadas de que, en estos días en que los tristes efectos de las tradiciones humanas no son sino demasiado evidentes en la Iglesia, haya sin embargo algo que responde a la casa de Obed-edom, el geteo, donde la presencia de la verdadera arca, y la consecuente bendición de Dios, son conocidas y apreciadas! ¡Ojalá que siempre sepamos gozar mejor de esto en medio de las oscuras e infructuosas formas y ceremonias religiosas que prevalecen alrededor de nosotros!

Nos detendremos ahora durante algunos momentos para considerar la manera llena de gracia en que Dios actúa para restaurar el alma de su siervo David. La vida de la fe consiste básicamente en una serie de caídas y restauraciones, de errores y correcciones, que muestran, por una parte, la debilidad del hombre y, por otra, la gracia y el poder de Dios. Vemos abundantes ejemplos de ello en la vida de David.

Hay una gran diferencia en la manera en que el libro de Samuel y el de Crónicas relatan el regreso del arca. En uno, simplemente tenemos el relato de los hechos; en el otro, encontramos el ejercicio moral por el cual el alma de David tuvo que pasar durante el tiempo en que tuvo temor de Dios y sufrió los resultados de su error. En el libro de Samuel, leemos: “Fue dado aviso al rey David, diciendo: Jehová ha bendecido la casa de Obed-edom y todo lo que tiene, a causa del arca de Dios. Entonces David fue, y llevó con alegría el arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David” (2 Samuel 6:12). David aprendió que en lugar de permanecer alejado del arca por temor, realmente era su privilegio y bendición estar cerca de ella. El capítulo 14 del primer libro de las Crónicas nos muestra a David en guerra con los filisteos, y obteniendo la victoria sobre ellos. “Entonces David consultó a Dios, diciendo: ¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano? Y Jehová le dijo: Sube, porque yo los entregaré en tus manos. Subieron, pues, a Baal-perazim, y allí los derrotó David. Dijo luego David: Dios rompió mis enemigos por mi mano, como se rompen las aguas. Por esto llamaron el nombre de aquel lugar Baal-perazim [esto es, *lugar de las brechas*]” (1 Crónicas 14:10-11). Hay una gran diferencia entre una brecha y un lugar de brechas. Dios había hecho una brecha en Israel a causa del error cometido respecto al arca; en cuanto a los filisteos, estaban completamente en un lugar de brechas, y David pudo ver la falta que había cometido al seguir su ejemplo, cuando colocó el arca sobre un carro nuevo; por eso leemos en el capítulo 15: “Hizo David también casas para sí en la ciudad de David, y arregló un lugar para el arca de Dios, y le levantó una tienda. Entonces dijo David: El arca de Dios no debe ser llevada sino por los levitas; porque a ellos ha elegido Jehová para que lleven el arca de Jehová, y le sirvan perpetuamente”. Luego, dirigiéndose a los principales padres de las familias de los levitas, les dice: “Santificaos, vosotros y vuestros hermanos, y pasad el arca de Jehová Dios de Israel al lugar que le he preparado; pues *por no haberlo hecho así vosotros la primera vez*, Jehová nuestro Dios nos quebrantó [o hizo en nosotros rotura], por cuanto no le buscamos *según su ordenanza*” (v.12-13). El alma de David se hallaba así plenamente restaurada, ya que había aprendido por la «rotura» hecha en Uza. Había sido llevado a ver que seguir la corriente de los pensamientos humanos era contrario a la “ordenanza” divina. ¡Quién puede enseñar como Dios! Cuando David actuó de una manera que Dios no podía aprobar, Dios hizo en Israel una brecha con su propia mano. No podía permitir a los filisteos hacerlo; al contrario, permite a David ver a sus enemigos en un lugar de brechas y lo hace capaz de derrotarlos, de romperlos “como se rompen las aguas”. Así Dios enseña, y David aprende lo que era la “ordenanza”. Aprende, por decirlo así, a quitar el arca del carro nuevo para colocarla sobre los hombros de los levitas, a quienes Jehová había elegido para que le sirvan perpetuamente. David aprendió a poner a un lado las tradiciones humanas y a seguir,



con toda sencillez, la palabra escrita de Dios, que no decía nada acerca de un carro ni de bueyes. “El arca de Dios no debe ser llevada *sino* por los levitas”. Estaba claro. Todo el error y la falta de David provenían del olvido de la palabra de Dios, y de haber seguido el ejemplo de los incircuncisos, que no tenían ninguna capacidad para comprender el pensamiento de Dios sobre ninguna cuestión, y mucho menos sobre la del transporte del arca.

¡De qué manera maravillosa y llena de gracia enseña Jehová a su siervo!: A través de la victoria que obtiene sobre sus enemigos. El Señor enseña a menudo así a los suyos, cuando procuran vanamente seguir a los hombres del mundo en sus caminos. Les muestra que no les corresponde seguir tales modelos. La *brecha* de Uza le enseñó a David su error; “Baal-perazim”, o *el lugar de las brechas*, le enseñó la ordenanza de Dios. Si bien de lo primero aprendió que el empleo del carro nuevo y de los bueyes era una insensatez, lo segundo le hizo conocer el valor de los levitas y su lugar en el servicio de Dios. Dios permanece fiel a lo que estableció; no puede permitir que sus siervos se aparten impunemente del orden que prescribió. Por eso, el arca habría permanecido hasta el final en la casa de Obed-edom, si David no hubiese aprendido a rechazar su manera de transportarla para seguir la ordenanza de Dios.

“ Así los sacerdotes y los levitas se santificaron para traer el arca de Jehová Dios de Israel. Y los hijos de los levitas trajeron el arca de Dios puesta *sobre sus hombros* en las barras, *como lo había mandado Moisés, conforme a la palabra de Jehová* (v. 14-15).

En todo esto, Jehová fue glorificado, y podía, en consecuencia, difundir un verdadero gozo, una real alegría, dar la fuerza y la energía. No había más bueyes que tropezaban, ningún esfuerzo humano para tratar de evitar la caída del arca; la verdad de Dios dominaba, y su poder podía actuar.

No hay ningún verdadero poder cuando la verdad es sacrificada. Puede que se tenga la apariencia de poseerlo, la pretensión de tenerlo, pero no la realidad. ¿Cómo podría haberlo? Dios es la fuente del poder, pero Dios no puede asociarse con nada que no esté en plena armonía con su verdad. Por eso, aunque en la primera tentativa de traer el arca a la ciudad de David, él “y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas sus fuerzas, con cánticos, etc.”, no había allí levitas y cantores establecidos según la ordenanza divina. Dios fue excluido por el arreglo humano, y todo terminó en la confusión y el duelo. La escena es muy diferente en el capítulo 15. Vemos allí un gozo y un poder reales. “Y *ayudando Dios a los levitas* que llevaban el arca del pacto de Jehová, sacrificaron siete novillos y siete carneros. Y David iba vestido de lino fino, y también todos

los levitas que llevaban el arca, y asimismo los cantores; y Quenanías era maestro de canto entre los cantores” (v. 26-27). Era una escena con la cual Dios podía asociarse. No había ayudado a los bueyes, ni a Uza; los bueyes que arrastraban un carro bajo la conducción de un hombre, no habían llevado en otro tiempo el arca a través de las aguas del Jordán, o alrededor de los muros de Jericó. No. Los levitas la habían llevado; ellos eran los encargados, y ninguna otra cosa podía reemplazarlos. El orden establecido por Dios es el único correcto que hay que seguir y el único que torna todo en bendición. Puede no obtener la aprobación de los hombres, pero lo que lleva el sello de la aprobación divina será siempre suficiente para todo corazón fiel. David fue hecho capaz de soportar la mirada de desprecio de parte de Mical, la hija de Saúl, *porque saltaba y danzaba delante de Jehová*. Escuchemos la bella respuesta que hizo a sus reproches: “Entonces David respondió a Mical: Fue delante de Jehová, quien me eligió en preferencia a tu padre y a toda tu casa, para constituirme por príncipe sobre el pueblo de Jehová, sobre Israel. *Por tanto, danzaré delante de Jehová. Y aun me haré más vil que esta vez, y seré bajo a mis propios ojos*” (2 Samuel 6:21-22). ¡Preciosa determinación! ¡Ojalá que, por la gracia, sea la nuestra! Viles a nuestros propios ojos, felices en Dios. Humillados hasta el polvo, en el sentimiento de nuestra indignidad, levantados en alto en el sentimiento de la gracia y del misericordioso amor de nuestro Dios.

El lector observará que el capítulo 16 es solo el desarrollo del espíritu que se respira en la cita que acabamos de hacer. El *yo* se esconde para dejar que resplandezcan el carácter y los caminos de Dios. Es un canto de alabanzas que uno solo tiene que leer para sentirse renovado. Solamente dirigiré la atención hacia el último versículo del cántico, donde encontramos cuatro grandes características del pueblo de Dios que podemos aplicar a la Iglesia. “Sálvanos, oh Dios, salvación nuestra; recógenos, y líbranos de las naciones, para que confesemos tu santo nombre, y nos glo-riemos en tus alabanzas” (1 Crónicas 16:35).

La Iglesia de Dios es una compañía de hombres *salvados*. La salvación es la base de todo. Nosotros no podemos poseer los demás caracteres que este versículo asigna al pueblo de Dios, antes de saber que somos salvos por la gracia de Dios, en virtud de la muerte y la resurrección de Cristo.

En el poder de esta salvación, la Iglesia es reunida por la energía del Espíritu Santo enviado del cielo. El verdadero efecto de la acción del Espíritu será traer en comunión a todos aquellos que se dejan guiar por él. El orden según el Espíritu Santo no es el aislamiento, sino una bienaventurada asociación y unidad en la verdad. Si la salvación es ignorada, nuestra reunión no será para la gloria de Dios, sino, como se dice, para promover nuestros intereses espirituales. A menudo los

hombres se asocian por motivos religiosos, sin la seguridad de ser plena y perfectamente salvos por la preciosa sangre de Cristo. No es el modo según el cual el Espíritu Santo reúne; él congrega solamente alrededor de Jesús, y sobre el fundamento glorioso de lo que Cristo cumplió. La confesión de Cristo como Hijo del Dios viviente es la Roca sobre la cual se edifica la Iglesia. No es el acuerdo de opiniones religiosas lo que constituye la comunión de la Iglesia, sino la posesión de una vida común en virtud de la unión de los miembros con la Cabeza de la Iglesia en el cielo.

Ahora bien, cuanto más realidad se haga esta divina asociación, más presentaremos el tercer carácter que indica nuestro versículo, es decir, la *separación*: “Y líbranos de las naciones”. La Iglesia es llamada a salir del mundo, pero para ser el testigo de Cristo en él. Todo lo que se encuentra en la Iglesia está bajo el gobierno del Espíritu Santo; todo lo que está fuera de ella, lamentablemente se halla bajo el dominio de Satanás, el príncipe de este mundo. Esto es lo que enseña la Escritura acerca de la Iglesia. Por eso, el apóstol, cuando habla de la excomunión de un culpable, dice “el tal sea entregado a Satanás”, y también: “A quienes entregué a Satanás” (1 Corintios 5:5; 1 Timoteo 1:20). Fuera del recinto de la Iglesia, se encuentra un vasto y lúgubre dominio, sobre el cual Satanás reina, una región desolada como aquella a la cual era arrojado el leproso fuera del campamento de Israel.

Por último, la Iglesia es un conjunto de adoradores: “Para que confesemos tu santo nombre”. Y esto resulta de todo lo que hemos considerado. La salvación, la asociación, la separación y la adoración, son cuatro cosas vinculadas entre sí. Los miembros del cuerpo de Cristo que respiran la atmósfera de la salvación de Dios, son conducidos por el Espíritu en una santa y feliz comunión, y puestos aparte para Jesús, reunidos a su nombre, fuera del campamento, ofrecen a Dios el fruto de sus labios, y bendicen su santo nombre.

## **2 Samuel 7 - La casa de David y la casa de Dios**

Nada manifiesta más la estrechez del corazón humano que su apreciación de la gracia divina. Nos inclinamos mayormente hacia el legalismo, porque ofrece al *yo* un lugar, y nos hace sentirnos algo. Ahora bien, es precisamente lo que Dios no quiere permitir. “Para que ninguna carne se jacte en su presencia”, está escrito (1 Corintios 1:29; RV 1909), y es una palabra que nada puede anular. Dios debe ser todo, llenarlo todo y dar todo.

Cuando el salmista preguntaba: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?”, era, indudablemente, un pensamiento piadoso; pero, ¿cuál fue la respuesta?: “Tomaré la copa de la salvación” (Salmo 116:12-13). El medio de “pagar” a Dios, es “tomar” más ampliamente de su rica mano; recibir la gracia con gratitud, sin cuestionamientos. Ser un vaso que ella hinche, glorifica a Dios mucho más que todo lo que podríamos pagarle.

El evangelio de la gracia de Dios pone al hombre enteramente a un lado como un ser arruinado, incapaz y culpable; como una criatura que, dejada a sí mismo, no puede sino echar a perder todo lo que toca y actuar contrariamente a todo lo que podría serle de bendición. Ese es el motivo por el cual Dios solamente podía actuar en la obra de la redención. En sus consejos de gracia solos, su omnisciencia trazó el plan antes que los montes fuesen creados; por su sola omnipotencia, dicha redención se cumplió “mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10). Y solo por el poder del Espíritu eterno, un pobre pecador, muerto en sus delitos, puede ser vivificado y creer en las buenas y gloriosas nuevas de paz.

Ahora bien, esto es lo que cierra completamente la boca de todo hombre en lo que toca a su propia justicia. Toda jactancia queda excluida, porque no podemos gloriarnos de lo que somos: indignos beneficiarios de la gracia. ¡Qué felices deberían hacernos todas estas cosas! ¡Qué precioso es ser los objetos de semejante gracia, de una gracia que borra todos nuestros pecados, que tranquiliza la conciencia y santifica todos los afectos del corazón! ¡Bendita sea para siempre la Fuente de donde emana esta gracia que salva a pobres pecadores culpables y dignos del infierno! ¡Bendito sea el canal por el cual nos es transmitida!

El capítulo 7 del segundo libro de Samuel está lleno de instrucción respecto al gran principio de la gracia. Jehová había hecho mucho por su siervo David; lo elevó de la profundidad de su oscuridad a la más alta dignidad. David lo siente y está dispuesto a mirar alrededor de él, y a contar las múltiples y preciosas misericordias de que su camino se hallaba sembrado.

“Aconteció que cuando ya el rey habitaba en su casa, después que Jehová le había dado reposo de todos sus enemigos en derredor, dijo el rey al profeta Natán: Mira ahora, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas” (2 Samuel 7:1-2). Notemos que David “*habitaba en su casa*”. Rodeado de todo lo que Jehová le había dado, creía necesario hacer algo para Él, pero aquí todavía yerra en sus pensamientos de edificarle casa. A la verdad, el arca estaba entre cortinas, porque no había llegado el tiempo de encontrarle un lugar de reposo.

Dios siempre había seguido a su amado pueblo con la más tierna simpatía. Cuando los israelitas estuvieron hundidos en el horno de la esclavitud egipcia, Jehová se mostró en la zarza ardiente; cuando prosiguieron su largo y penoso viaje en el desierto árido, el arca, su trono, iba con ellos, y su gloria los acompañaba a través de las solitarias arenas; cuando acamparon bajo los temibles muros de Jericó, estaba cerca de ellos, como un guerrero, con su espada desenvainada en la mano para actuar con ellos contra sus enemigos. Así pues, en todos los tiempos, Dios y su Israel estaban juntos; cuando los israelitas trabajaban, él estaba a su lado, y hasta que no tuvieran reposo, Jehová no lo quería para sí. Pero David quería construir una casa y hallar para Dios un lugar de descanso, mientras había en derredor adversarios y males que temer (véase 1 Reyes 5:3-5).

Deseaba abandonar la posición y el servicio de un hombre de guerra, y tomar el lugar de un hombre de paz. Esto no podía ser. Era contrario a los pensamientos y consejos del Dios de Israel. “Aconteció *aquella noche*, que vino palabra de Jehová a Natán, diciendo: Ve y di a mi siervo David: Así ha dicho Jehová: ¿Tú me has de edificar casa en que yo more? Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo” (2 Samuel 7:4-6). Jehová no dejaría que se levantara otra vez el sol sin haber corregido el error de su siervo. Y lo hace de un modo muy particular. Pone delante de él Sus caminos pasados hacia Israel y hacia David mismo; le recuerda que nunca trató de tener una casa o reposo para sí, sino que anduvo de acá para allá con su pueblo en todas sus peregrinaciones, siendo afligido en todas sus aflicciones. “Y en todo cuanto *he andado* con todos los hijos de Israel, ¿he hablado yo palabra a alguna de las tribus de Israel, a quien haya mandado apacentar a mi pueblo de Israel, diciendo: ¿Por qué no me habéis edificado casa de cedro?” (v. 7).

¡Qué gracia exhalan estas palabras! El Dios misericordioso descendía para ser viajero con su pueblo en su camino de fatigas y labores; ponía su pie en las arenas del desierto, porque Israel estaba allí; su gloria moraba bajo una tienda cubierta de pieles de tejones, porque sus rescatados vivían en tiendas y en circunstancias militantes. Cuando Jehová los *visitaba* en la hora de su aflicción en Egipto, no buscaba una casa de cedro. Vino para *dar* y no para *pedir* y tomar; para dispensar y atender a su pueblo, y no para exigir; para servir, y no para ser servido.

Es verdad que, cuando los hijos de Israel se colocaron en Horeb bajo un pacto de obras, diciendo: “Haremos” (Éxodo 24:3, 7), Dios tuvo que probarlos por la ley, ministerio caracterizado por las palabras: «*Harás*» y «*darás*»; pero si solo hubiesen marchado en el poder del pacto que Dios originariamente había hecho con Abraham, jamás habrían oído estas palabras expresadas en medio de los terribles rayos y truenos del Sinaí.

Cuando Jehová descendió para librarlos de la mano de Faraón y de la casa de servidumbre; cuando los tomó sobre alas de águila y los trajo a él; cuando abrió un camino a través del mar para que sus rescatados pudiesen pasar, y hundió en las aguas a los ejércitos de Egipto; cuando hizo llover para ellos el maná del cielo y brotar el agua refrescante de la roca; cuando tomó Su lugar en la columna de fuego por la noche, y en la columna de nube de día, para guiarlos a través del desierto sin camino trazado; cuando hizo todas estas cosas para ellos, y aún mucho más, ciertamente no fue sobre el fundamento de lo que habían *hecho* o habían *dado*, sino simplemente en virtud de Su eterno amor y del pacto de gracia hecho con Abraham. Tal era el fundamento sobre el cual Dios actuó hacia ellos; y *ellos*, lo que hicieron fue rechazar Su gracia, pisotear Sus leyes, despreciar Sus advertencias, rechazar Sus compasiones, lapidar a sus profetas, crucificar a su Hijo y resistir a su Espíritu. Así actuaron ellos desde el comienzo hasta el final, y hoy recogen los frutos amargos de sus acciones, y lo seguirán haciendo hasta que sean llevados a someterse, con humildad y agradecimiento, al pacto de gracia.

Al traer Jehová a la consideración de David todos estos caminos pasados para con Su pueblo, le enseñó el error que cometía al querer edificarle una casa: “¿Tú me has de edificar casa?... Ciertamente no he habitado en casas... Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel; y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra. Además, yo fijaré lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré, para que habite en su lugar y nunca más sea removido, ni los inicuos le aflijan más, como al principio, desde el día en que puse jueces sobre mi pueblo Israel; y a ti te daré descanso de todos tus enemigos. Asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa” (2 Samuel 7:6-11).

David tiene aquí que aprender que su historia, así como la de su pueblo, no era sino un despliegue de la gracia desde el principio hasta el fin. Es conducido, en pensamiento, del redil de las ovejas al trono, y del trono a los siglos infinitos del futuro, y ve todo el curso de la historia caracterizado por los actos de la gracia soberana. La gracia lo había escogido, lo había puesto en el trono, había subyugado a sus enemigos; la gracia debía sostenerlo en el futuro, establecer su trono y su casa por todas las generaciones. Todo era gracia.

David podía con razón sentir lo mucho que Jehová había hecho por él. La casa de cedro que habitaba, era una gran cosa para el pastor de Belén; pero, ¿qué era ella en comparación con el futuro que Dios develaba a su mirada? ¿Qué era todo lo que Dios había hecho, comparado con lo que

habría de hacer? “Cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino” (2 Samuel 7:12-13). Vemos, pues, que no era solamente su corto período de cuarenta años de reinado lo que debía estar caracterizado por tal despliegue de gracia; no, Dios habló de la casa de David incluso “para tiempo más lejano” (v. 19), esto es, para siempre.

Lector, ¿hacia quién todas estas promesas maravillosas hechas a David dirigen nuestras miradas? ¿Debemos considerarlas como plenamente cumplidas en el reino de Salomón? Seguramente que no. Por glorioso que haya sido el período durante el cual este monarca ocupó el trono, de ningún modo corresponde al espléndido cuadro presentado a David. Fue, en un sentido, solo un momento pasajero, durante el cual un brillante rayo de sol atravesó el horizonte del pueblo de Israel; pues apenas contemplamos a Salomón en la cima de la riqueza y el honor, estas tristes palabras golpean nuestros oídos: “Pero el rey Salomón *amó*, además de la hija de Faraón, *a muchas mujeres extranjeras...*”, y sucedió que “sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos” (1 Reyes 11:1, 4). Apenas la copa de las más exquisitas delicias llega a sus labios, es arrojada al suelo haciéndose pedazos, y su decepcionado corazón exclama: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”. “Todo es vanidad y aflicción de espíritu” (Eclesiastés 1:2; 2:17).

El libro del Eclesiastés nos dirá cuán poco el reinado de Salomón responde a las magníficas promesas hechas a David en este séptimo capítulo del segundo libro de Samuel. Encontramos en él las aspiraciones de un corazón que siente un doloroso vacío, que recorrió, pero en vano, todo el vasto dominio de la creación para buscar allí un objeto que lo satisfaga. Debemos, pues, mirar más allá del reino de Salomón, a uno mayor que él, a Aquel de quien el Espíritu Santo habla, por boca de Zacarías, en el primer capítulo del evangelio de Lucas: “Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio; salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron; para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo pacto; del juramento que hizo a Abraham nuestro padre” (v. 68-73). Y todavía, en las palabras del ángel a María: “Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (v. 31-33). Aquí, el corazón puede reposar sin temor a ser estremecido. No hay duda, ni vacilación, ni interrupción, ni excepción. Sentimos que tenemos bajo

los pies una roca sólida, la Roca de los siglos, y que no estamos más aquí, como el autor del Eclesiastés, obligados a lamentar la ausencia de un objeto capaz de llenar los corazones y satisfacer los deseos, sino más bien, como se lo ha hecho observar, debemos confesar, como la esposa del Cantar, nuestra absoluta falta de capacidad para gozar del glorioso objeto presentado al alma, quien es “el más señalado entre diez mil”, “y todo él codiciable” (Cantares 5:10, 16).

“Y de su reino no habrá fin” (Lucas 1:33, V. M.). Los fundamentos de su trono están puestos en los confines de la eternidad; su cetro está marcado con el sello de la inmortalidad, y su corona lleva la impronta de la incorruptibilidad. No habrá ningún Jeroboam entonces que se apodere de diez partes del reino; será para siempre un todo indivisible, bajo el pacífico imperio de Aquel que es “manso y humilde de corazón”. Tales son las promesas de Dios, hechas a la casa de su siervo David. Aquel a quien tales gracias fueron concedidas, bien podía exclamar en su asombro: “¿Quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí? Y aun te ha parecido poco esto, Señor Jehová” (2 Samuel 7:18-19). ¿Qué era el pasado, en comparación con el futuro? La *gracia* había brillado en el pasado, pero en el futuro, resplandecía la *gloria*. “Gracia y gloria dará Jehová” (Salmo 84:11). La gracia pone los cimientos del edificio; la gloria lo corona. Esto siempre es verdad, pero en un grado supremo en la Iglesia, como lo leemos en la epístola a los Efesios: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor... para alabanza de la gloria de su *gracia*, con la cual nos hizo aceptos en el Amado... [a fin de que] en la dispensación del cumplimiento de los tiempos... seamos para alabanza de su gloria”. Y más adelante: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 1:3-12; 2:4-7).

Tenemos aquí la gracia y la gloria desplegadas ante nosotros de la manera más preciosa. La gracia que establece, sobre principios inmutables, el pleno perdón de los pecados por la sangre preciosa de Cristo, y la plena aceptación en su amada persona; luego, a lo lejos, la gloria, iluminando con sus rayos inmortales los siglos venideros. Así es como la palabra de Dios se dirige a dos grandes principios en el corazón del creyente: la fe y la esperanza. La fe reposa en el pasado, la esperanza anticipa el futuro; la fe se apoya en la obra divina ya cumplida, la esperanza mira adelante



con un deseo ardiente hacia lo que Dios todavía quiere hacer. ¡Qué posición para el cristiano! De todas partes, está vinculado con Dios mismo. En el pasado, mira a la cruz, en la cual reposa; en el presente, es sostenido, animado y consolado por el sacerdocio y las promesas de Cristo; en lo que toca al futuro, se gloria “en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:2).

Preguntémonos cuál fue el efecto producido en David por este estallido de gracia y gloria desplegado ante sus ojos. Una cosa es cierta: al oír las palabras del profeta, corrige de manera eficaz el error en que había caído al tratar de cambiar, como alguien lo dijo, su *espada* de guerrero por la *paleta* del albañil. Estas palabras le hicieron sentir realmente su entera pequeñez y la grandeza de Dios en sus consejos y en sus caminos.

Entonces el rey David fue y se sentó delante de Jehová, y dijo: ¿Quién soy yo, oh Señor, Jehová?  
“ (2 Samuel 2:18, V. M.).

Es imposible transmitir, en lenguaje humano, lo que sentía tan profundamente el alma de David, y que se expresa por su actitud y su pregunta. En cuanto a su actitud, “*se sentó*”. Esta expresión nos da la idea del más completo reposo en Dios, sin que ninguna sombra oscurezca el sentimiento. No hay ninguna duda, ninguna sospecha, ninguna incertidumbre. Dios, en su poder y gracia, llenaba todos sus pensamientos. Haber planteado una duda, habría sido poner en tela de juicio la voluntad de Dios o su poder para cumplir todo aquello de lo que había hablado. ¿Era esto posible? No; la memoria del pasado ofrecía bastantes pruebas manifiestas de esta voluntad y este poder divinos.

Y verdaderamente es una bendición para nosotros realizar así nuestra posición delante del Señor; dejar que nuestro corazón se detenga en sus admirables caminos de gracia; sentarnos en su presencia en el pleno sentimiento, en el goce sin nubes de su amor redentor. Es verdad que nos cuesta comprender cómo puede amar a criaturas como nosotros; y sin embargo es así. Solo tenemos que creerlo y regocijarnos.

Observemos ahora la pregunta de David: “¿Quién soy yo?”. Aquí, el yo desaparece. David, sentado delante de Jehová, siente que Dios es todo, y él, David, nada. No habla más de sus actos, de su casa de cedro, de sus planes de edificar una casa a Jehová, etc.; no; se explaya sobre lo que Dios hizo, y sus pobres acciones se desvanecen como nada en su propia estimación. Jehová había dicho: “¿Tú me has de edificar casa en que yo more?”. Y todavía: “Asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa” (2 Samuel 7:5, 11). En otras palabras, Jehová le enseñaba a David que Él debía

ser el primero en todo, y que, en consecuencia, David no podía anticiparse a edificar él primero una casa. Esto, a primera vista, podría parecer una lección fácil de aprender, pero todos aquellos que conocen algo de su orgulloso corazón, de su pretensión de superioridad, saben que la realidad es otra. Abraham y David, Job, Pablo y Pedro, experimentaron lo difícil que es poner al *yo* de lado y exaltar a Dios. Esta, sin duda, es la lección más difícil para un hombre, porque toda su naturaleza, desde la caída, es absolutamente lo contrario a esto: todos sus actos están basados en la exaltación del *yo* y en el abandono de Dios.

Es inútil aportar pruebas de este hecho. La Escritura y la experiencia están de acuerdo para demostrar que el hombre quiere ser algo, lo que no se puede sin menoscabar los derechos de Dios. La gracia, por el contrario, invierte el asunto, y hace del hombre nada, y de Dios todo. “¿Es ese el modo de obrar del hombre [literalmente: *la ley* del hombre]?” (2 Samuel 7:19, RV 1909); no, ciertamente, no es el modo o la ley del hombre, sino que es así como Dios actúa. El modo de ser, de actuar, del hombre, es elevarse, regocijarse en las obras de sus manos, andar a la luz del fuego y de las chispas que él mismo encendió; el modo de Dios, al contrario, es hacer que el hombre dé la espalda a sí mismo, enseñarle a mirar su propia justicia como “trapo de inmundicia” (véase Isaías 64:6), a despreciarse y aborrecerse a sí mismo, a arrepentirse en polvo y ceniza (véase Job 42:6), y a aferrarse a Cristo solo, como el náufrago se aferra a la roca.

Tal era David, cuando, sentado delante de Jehová, se olvidaba de sí mismo, y su alma se derramaba en santa adoración contemplando a Dios y sus caminos. Esta es la verdadera adoración, todo lo contrario de la religiosidad humana. La primera es el reconocimiento de Dios en la energía de la fe; la segunda es la exaltación del hombre en un espíritu de legalismo. Sin lugar a duda David habría parecido para muchos un hombre mucho más verdaderamente devoto cuando deseaba edificar una casa para Jehová, que cuando se sentó en Su presencia. En el primer caso, trataba de hacer algo; en el segundo, en apariencia, no hacía nada. Así ocurrió con las dos hermanas de Betania, de las cuales una de ellas, a juicio de la naturaleza, parecería haber hecho toda la obra, mientras que la otra, sentada, habría sido considerada ociosa (véase Lucas 10:38-42). ¡Cuán diferentes son los pensamientos de Dios! David, sentado delante de Jehová, estaba en una posición correcta, lo que no era el caso cuando procuraba edificarle una casa.

Sin embargo, debemos observar que si bien la gracia nos conduce a no considerar nuestros propios actos, de ninguna manera impide que actuemos realmente para Dios. Muy al contrario. Impide solamente las acciones que nos hacen sentir importantes, y, lejos de abolir el servicio, lo pone en su verdadero lugar. Por eso, cuando el alma de David fue restaurada, cuando aprendió

que no era el hombre que debía construir la casa, y que no era el tiempo para dejar la espada, ¡cómo acepta prontamente y de buena gana lo que Jehová le comunica! Se somete prestamente a desenvainar todavía la espada, a descender de nuevo a los campos de batalla, y a ser, hasta el fin, el siervo militante. Se retira de la obra que habría deseado cumplir, para dejársela a otro.

En el capítulo 8 vemos a David combatiendo e hiriendo a sus enemigos, tomando sus despojos, ganando así una más extensa fama como hombre de guerra, pero probando, por eso mismo, que había realmente aprendido la lección que Jehová le había enseñado. Así será siempre con todos los que hayan aprendido en la escuela de Dios; con todos los que comprenden lo que es la gracia y la gloria. Poco importa el carácter del servicio, si se trata de edificar la casa o de subyugar a los enemigos de Jehová; el verdadero siervo está listo para todo. David salió del santo descanso de la casa de Jehová, para combatir las batallas del Dios de los ejércitos, a fin de preparar, por sus combates, el terreno para que otro edificara esta casa que con tanto amor su corazón había anhelado construir. Tal era el verdadero renunciamiento, el olvido de sí mismo. David se muestra por todas partes como siervo: en el redil, en el valle de Ela, en la casa de Saúl, en el trono de Israel, siempre mantiene este carácter.

Pero debemos pasar a otras escenas, que nos harán conocer nuevos y más profundos principios respecto a David, en sus relaciones con la casa de Dios. Tuvo que aprender, de manera notable, dónde debían colocarse los fundamentos de la casa de Dios. El lector bien puede leerlo si se vuelve al capítulo 21 del primer libro de las Crónicas, paralelo al capítulo 24 del segundo libro de Samuel. Estos capítulos relatan la falta que cometió David al hacer un censo del pueblo. Se enorgulleció del número de guerreros de sus ejércitos, o más bien de los ejércitos de Jehová, los que había contado como suyos. Quería hacer la cuenta de sus recursos, y, lamentablemente, tuvo que aprender la fatuidad de ello. La espada del ángel destructor abatió a setenta mil hombres de cuyo número David se había jactado, y llevó a su conciencia, de manera solemne, el grave pecado que había cometido al tratar de contar al pueblo del Señor.

Pero esto tuvo también el efecto de hacer resaltar la gracia y el renunciamiento propio que estaban en David. Escuchemos sus conmovedoras palabras, cuando se ofrece a sí mismo a los golpes del juicio: “Y dijo David a Dios: ¿No fui yo quien mandó que se numerase el pueblo? Yo soy quien pecó, y yo he hecho muy inicualemente; mas estas ovejas ¿qué han hecho? Oh Jehová, Dios mío, ruégote que sea tu mano contra mí y contra la casa de mi padre; mas no contra *tu pueblo*, para que haya plaga *entre ellos*” (1 Crónicas 21:17, V. M.). Era una bella manifestación de la gracia; aprende a decir *tu pueblo*, y está dispuesto a ponerse entre él y la espada.

Pero, en medio de la ira, estaba la misericordia. Cerca de la era de Ornán jebuseo, el ángel del juicio desenvainó su espada: “Y el ángel de Jehová ordenó a Gad que dijese a David que subiese y construyese un altar a Jehová en la era de Ornán jebuseo” (1 Crónicas 21:18). Allí, pues, estaba el lugar donde la misericordia triunfó e hizo oír su voz por encima de la del juicio. Allí, la sangre de la víctima fluyó, y allí fueron puestos los fundamentos de la casa de Jehová.

“Viendo David que Jehová le había oído en la era de Ornán jebuseo, ofreció sacrificios allí. Y el tabernáculo de Jehová que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el lugar alto de Gabaón; pero David no pudo ir allá a consultar a Dios, porque estaba atemorizado a causa de la espada del ángel de Jehová. Y dijo David: Aquí estará la casa de Jehová Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel. Después mandó David que se reuniese a los extranjeros que había en la tierra de Israel, y señaló de entre ellos canteros que labrasen piedras para edificar la casa de Dios” (1 Crónicas 21:28-30; 22:1-2).

¡Bendito descubrimiento! Nada habría podido enseñar a David de manera tan efectiva y con una instrucción tan profunda para su alma, el lugar donde debía ser edificada la casa de Jehová. Si Dios le hubiese señalado directamente el monte Moriah, y le hubiese dicho cuál era el lugar para edificar la casa, David jamás habría tenido la idea del profundo significado de la elección que Dios hacía. El Señor sabe cómo conducir a los suyos e instruirlos en los secretos designios ocultos en Su pensamiento. Enseñó a su siervo David primero por medio del juicio, y luego por su misericordia, y lo condujo así al lugar mismo donde quería que se erigiese su templo. Sus necesidades le habían enseñado lo concerniente al templo de Jehová, y comenzó a preparar todo para su construcción, como alguien que había aprendido de sus propias faltas a conocer el carácter de Dios.

Esta es la casa de Jehová Dios

“ (1 Crónicas 22:1, RV 1909);

el lugar donde la misericordia se glorió contra el juicio (Santiago 2:13, V. M.); donde la sangre de la víctima corrió, donde David vio su pecado borrado. Era un terreno muy diferente de donde estaba, cuando quería edificar una casa a Jehová, porque vivía en una casa de cedro. En vez de decir: “He aquí yo habito en casa de cedro” (1 Crónicas 17:1), podía haber dicho: «He aquí soy un pobre pecador perdonado». Una cosa es actuar sobre el fundamento de lo que *nosotros somos*, y

otra muy diferente actuar sobre el fundamento de lo que *Dios es*. La casa de Dios debe siempre ser el testigo de su misericordia, y esto es cierto, ya sea que miremos al templo de otro tiempo o a la Iglesia de ahora. Ambos muestran el triunfo de la misericordia sobre el juicio.

En la cruz, contemplamos el golpe de la justicia que cae sobre una Víctima intachable; luego, el Espíritu Santo descendió para reunir hombres alrededor de la persona de Aquel que fue resucitado de entre los muertos. Así es como David comenzó a reunir las piedras labradas y los materiales para el templo tan pronto como se estableció el lugar donde debía ser erigido. La Iglesia es el templo del Dios viviente del cual Cristo es la principal piedra del ángulo. Los materiales del edificio fueron todos preparados y el lugar de su fundación comprado, en el tiempo de los sufrimientos de Cristo; porque David representa a Cristo en sus sufrimientos, como Salomón lo representa en su gloria. David era el hombre de guerra, Salomón el hombre de paz. David tenía que luchar contra enemigos; Salomón podía decir: “Ni hay adversarios, ni mal que temer” (1 Reyes 5:4). Así estos dos reyes prefiguraban a Aquel que, por su cruz y su pasión, preparó ampliamente todo para la construcción del templo que será manifestado en su orden divino y perfección, en el día de la gloria venidera de Cristo,

David dio la prueba de que, si bien tuvo necesidad de corregir su *juicio* en cuanto al momento de edificar la casa, su *afecto* por la propia casa no era menos ferviente. Decía, al final de su vida: “Yo con todas mis fuerzas he preparado para la casa de mi Dios, oro para las cosas de oro, plata para las cosas de plata, bronce para las de bronce, hierro para las de hierro, y madera para las de madera; y piedras de ónice, piedras preciosas, piedras negras, piedras de diversos colores, y toda clase de piedras preciosas, y piedras de mármol en abundancia” (1 Crónicas 29:2).

Así la gracia pone el servicio en el lugar que le corresponde y, al mismo tiempo, le comunica una energía que jamás mostrará un servicio que no se cumpla en el tiempo deseado. David, cuando estuvo sentado en la presencia de Jehová, y cuando estuvo en la era de Ornan jebuseo, había aprendido lecciones que lo hacían admirablemente apto para preparar todo lo necesario para el templo. Podía decir ahora: “Yo con todas mis fuerzas he hecho los preparativos”; y también: “Por cuanto tengo *mi afecto* en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, *además de* todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios: tres mil talentos de oro, etc.” (1 Crónicas 29:2-4). Su fuerza y su afecto fueron ambos consagrados a una obra cuyo cumplimiento fue reservado para otro.

La gracia vuelve a un hombre capaz de olvidarse de sí mismo y de hacer de Dios su objeto. Cuando la mirada de David se posa sobre los montones de riquezas que su devoto corazón había acumulado, podía decir: “Y de *lo tuyo propio* nosotros te hemos dado”. “¡Bendito eres, oh Jehová, Dios de nuestro padre Israel, desde la eternidad y hasta la eternidad! ¡Tuya, oh Jehová, es la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria, y la majestad; porque todo cuanto *existe* en el cielo y en la tierra tuyo es! ¡Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú te ensalzas como cabeza sobre todas las cosas! La riqueza también y la honra de ti proceden, y tú lo gobiernas todo; y en tu mano está el poder y la fortaleza, y en tu mano está el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, oh Dios nuestro, nosotros te tributamos alabanzas, y celebramos tu Nombre glorioso. Pues *¿quién soy yo*, y quién mi pueblo, para que seamos capaces de ofrecerte espontáneamente *nuestras dádivas* de esta manera? Porque *todo lo que hay, de ti es*; y de lo tuyo propio nosotros te hemos dado. Porque extranjeros somos delante de ti, y transeúntes, lo mismo que todos nuestros padres: como una sombra son nuestros días sobre la tierra, y no *admiten* espera. Oh Jehová, Dios nuestro, todo este grande acopio que nosotros hemos aparejado, a fin de edificarte una Casa, para tu santo Nombre, es de tu mano, y es todo tuyo” (1 Crónicas 29:14; 10-16, V. M.).

“¿Quién soy yo?”. ¡Qué pregunta! David no era nada, y Dios era todo y en todo. Si alguna vez había tenido el pensamiento de que él mismo podía ofrecerle algo a Dios, ahora no lo tenía más. Todo venía de Jehová, quien, en su gracia, le permitía a David y a su pueblo ofrecerle todo. El hombre nunca puede hacer a Dios su deudor, aunque siempre procura hacerlo. El Salmo 50, el primer capítulo de Isaías, así como el capítulo 17 de los Hechos, prueban todos que el incesante esfuerzo del hombre, sea judío o gentil, es darle algo a Dios; pero es un esfuerzo vano. La respuesta de Dios es: “Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti” (Salmo 50:12). Es Dios el dador, y el hombre, el que recibe. “¿Quién le dio a él *primero?*”, dice al apóstol (Romanos 11:35). El Señor acepta con agrado recibir de los que aprendieron a decir: “Y de lo tuyo propio nosotros te hemos dado”, pero la eternidad proclamará que Dios es *el primer gran Dador*. ¡Qué bendición que así sea! ¡Qué bendición para el pobre pecador culpable, y de corazón quebrantado, reconocer en Dios a Aquel que lo da todo: perdón, vida, paz, santidad, gloria eterna! Era una bendición para David, al final de su agitada carrera, desaparecer, así como sus ofrendas, detrás de la rica abundancia de la gracia divina, y saber, cuando le daba a Salomón el plano del templo, que sería siempre el monumento de la triunfante misericordia de Dios. La casa, en su tiempo, debía erigirse sobre sus fundamentos en magnificencia y esplendor; el resplandor de la gloria divina debía llenarla de un

extremo al otro, pero jamás debía olvidarse que se levantaba en ese lugar sagrado, donde el efecto devastador del juicio había sido detenido por la mano de la soberana misericordia, actuando en relación con la sangre de una víctima sin mancha.

Y si pasamos del templo de Salomón al que, en los últimos días, se levantará en medio del amado pueblo de Dios, podemos ver allí la aplicación de los mismos principios celestiales. Más aún: si, del templo terrenal, pasamos a contemplar el celestial, veremos el glorioso triunfo de la misericordia sobre todas las barreras, la maravillosa armonía establecida entre la gracia y la verdad, entre la justicia y la paz. Del seno de la gloria milenaria, Israel aquí abajo, y la Iglesia arriba, mirarán atrás hacia la cruz, como el lugar donde la justicia desenvainó su espada, y donde la gracia comenzó a levantar el monumento que brillará, con luz y gloria eternas, para gloria y alabanza de Dios, el supremo Dador.

## **2 Samuel 11 a 19 - La conspiración**

Debemos seguir de nuevo a David en el valle de la humillación, valle profundo, por cierto, donde pueden verse claramente graves pecados y sus frutos amargos. La senda de este notable hombre es verdaderamente extraordinaria. Apenas la tierna mano del amor restauró su alma y volvió a poner sus pies sobre la roca, lo vemos nuevamente descender a extrañas profundidades de mal. Dios acababa de corregir con gracia el error que David había cometido respecto al establecimiento de la casa de Jehová; ahora no es más un error que nos presenta la vida del rey de Israel: se nos muestra cautivo con las cadenas de los deseos carnales. ¡Tal es el hombre, lamentablemente! Una pobre criatura, propensa a tropezar y caer, y que, a cada paso, necesita el ejercicio más completo de la gracia y el sostén divinos.

La historia del más oscuro creyente presenta, aunque en una escala menor, todas las asperezas, inconsecuencias y desigualdades que observamos en la conducta de David. Y es lo que vuelve su vida tan particularmente instructiva e interesante para nosotros.

¿Qué corazón no ha sido asaltado por el poder de la incredulidad, como David cuando buscó refugio junto al rey de Gat? ¿O quién no cometió errores en cuanto al servicio del Señor, como David que quería edificar, antes del tiempo conveniente, una casa a Jehová? ¿O quién no experimentó sentimientos de orgullo y de propia satisfacción, como David cuando hizo contar al pueblo? ¿O quién no sintió las codicias de la carne, como David en el asunto de Urías heteo? Tal hombre, si existiera, encontraría poco interés en seguir la historia de David. Pero sabemos muy bien

que no es en absoluto el caso de nuestro lector, pues dondequiera que haya un corazón humano, es capaz de todo lo que acabo de enumerar, y, por consiguiente, la gracia que socorrió a David, debe ser preciosa a quienquiera que conoce su propia miseria.

El período de la historia de David en el cual entramos es extenso y presenta varios principios importantes de la experiencia cristiana y de los caminos de Dios. Los hechos nos son sin duda familiares a todos, pero nos será de provecho examinarlos de cerca. El pecado de David conduce a la conspiración de Absalón.

“Aconteció al año siguiente, en el tiempo que salen los reyes a la guerra, que David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel, y destruyeron a los amonitas, y sitiaron a Rabá; *pero David se quedó en Jerusalén*” (2 Samuel 11:1). En vez de estar al frente de su ejército, soportando las penalidades y fatigas de la guerra, David descansaba tranquilamente en su palacio. Era darle al enemigo una positiva ventaja sobre él. Desde el momento que un hombre abandona su puesto de deber, o se retira del lugar del combate, se debilita. Se desprendió de su armadura y ya no tenía nada que lo protegiera contra las flechas del enemigo.

Todo el tiempo que estemos trabajando para el Señor, cualquiera que sea el tipo de obra que hagamos, la naturaleza es sometida a una presión constante; pero cuando estamos cómodos e inactivos, ella comienza a actuar bajo la acción e influencia de las cosas exteriores. Pongamos seriamente atención en esto. Satanás encontrará siempre los medios para causar daño en los corazones ociosos así como en las manos desocupadas. Es lo que pronto experimentó David. Si hubiese estado en Rabá, con su ejército, sus ojos no se habrían detenido en un objeto dispuesto a actuar sobre sus pasiones; pero el mismo acto de quedarse en Jerusalén, le daba cabida al enemigo.

Es bueno estar siempre en guardia, porque tenemos un enemigo que vela siempre. “Sed sobrios, y velad”, dice el apóstol, “porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). Satanás espera la ocasión, y cuando encuentra un alma que no está ocupada en el servicio que le incumbe, procurará inevitablemente enredarla en el mal. Es, pues, bueno y saludable estar activamente comprometidos en el servicio, en un servicio que surge como resultado de una positiva comunión con Dios, porque entonces asumimos respecto al enemigo una actitud de positiva hostilidad; pero si no actuamos así contra él, hará de nosotros sus miserables instrumentos para lograr sus propios fines. Cuando a David le faltó energía como jefe de los ejércitos de Israel, se hizo esclavo de la codicia. ¡Qué triste cuadro, y qué solemne advertencia para nuestras almas!



El creyente está, o bien bajo la energía del Espíritu, o bien bajo la de la carne. Si la primera no actúa en él, la segunda predominará ciertamente, y se volverá una presa fácil para el enemigo. Así ocurrió con David. “Al año siguiente, en el tiempo que salen los reyes a la guerra”, David estaba descansando en su casa; mientras los ejércitos de Israel, de los que era el jefe, combatían, él permanecía en Jerusalén. Entonces Satanás le presentó un cebo que doblegó sin problemas su pobre corazón. Cayó en una falta grave, una falta vergonzosa. Y su caída, esta vez, no fue el resultado de un simple error. No; cayó en un profundo abismo de mal moral, de vil corrupción, y su caída nos insta a seguir la seria advertencia de Pablo, cuando nos dice: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre” (1 Corintios 9:27). La naturaleza debe ser juzgada, de lo contrario haremos naufragio.

Y observemos hasta dónde David fue arrastrado en el mal. Habiendo sacrificado su carácter de santo, para seguir su pasión, trata de usar a Urías como manto encubridor de su culpa a fin de escapar de la mirada pública. Debía mantener su reputación a cualquier precio. Trata de mostrar bondad, pero en vano; embriaga al fiel servidor a quien deshonró, pero sin ningún resultado; por fin, lo hace matar por la espada de los hijos de Amón. ¡Qué terrible! ¿David realmente pensaba que todo estaba en regla una vez que quitó a Urías de su camino? ¿Olvidaba que los ojos de Jehová lo seguían en su impía conducta? Parece que en esta ocasión su conciencia estaba totalmente endurecida, y en ninguna medida susceptible de convicción, como habríamos podido esperar. Si no hubiera sido así, seguramente habría vacilado antes de añadir el pecado de homicidio al de adulterio, se habría lamentado por la severa reprimenda contenida en las palabras de Urías –reprimenda tanto más penetrante por cuanto era absolutamente involuntaria–, y habría retrocedido ante el crimen. ¡Qué palabras, en efecto, para los oídos del rey culpable: “el arca e Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab, y los siervos de mi señor, en el campo; ¿y había yo de entrar en mi casa...?” (v. 11)! ¡Qué reproche para David! Jehová y su pueblo estaban en campo raso, luchando contra los enemigos incircuncisos de Israel, mientras que David estaba en su casa, gozando de sus comodidades y satisfaciendo las codicias de su corazón natural.

Ciertamente, hubo un tiempo en el cual no se habría visto a David descansando sobre su diván mientras los ejércitos de Jehová combatían, y en el que no habría querido exponer a un siervo fiel a los golpes del enemigo con el fin de salvar su propia reputación. Pero tal es el hombre: el mejor de los hombres. Cuando el orgullo hincha el corazón, o cuando la pasión ciega los ojos, ¿quién pondrá límites a la depravación humana? ¿Quién dirá a qué terribles extremos de mal podrá llegar incluso un David, si pierde la comunión con Dios? ¡Bendito sea el Dios de toda gracia que

siempre puso de manifiesto que sus recursos están a la altura de todas las necesidades y miserias de sus hijos descarriados! Cuando recordamos lo odioso que es el pecado para él, su perfecta gracia hacia el pecador es plenamente capaz de llenar nuestra alma de adoración y gratitud.

Pero cualquiera que sea la manera en que Dios actúa con el pecador, Su santidad debe ser mantenida; por eso denuncia a David el juicio más severo sobre su casa a causa de su pecado. Se le envía a Natán a fin de conducir su conciencia a la inmediata presencia de la santidad de Dios. Es el lugar apropiado para la conciencia. Cuando ella no está allí, buscará todo tipo de recursos, subterfugios y disfraces para refugiarse. Cuando David se enteró del éxito de su diabólico plan respecto a Urías, dijo al mensajero que le anunció la noticia: “Así dirás a Joab: No tengas pesar por esto, porque la espada consume, ora a uno, ora a otro” (2 Samuel 11:25). Pensaba tapar así todo el asunto. Vanamente se imaginaba que una vez que Urías hubiese sido quitado de en medio, todo estaría bien. Pero, ¡ah!, había un ojo que penetraba a través de todo este espeso velo que la insensibilidad de David había echado sobre su corazón y conciencia. “La espada consume, ora a uno, ora a otro”; es verdad: la guerra tiene sus vicisitudes, pero esto no podía satisfacer la santidad de Dios. No; todo debía quedar al descubierto. Las terribles redes del mal en las que Satanás había logrado enredar los pies de su víctima, debían ser todas desatadas: era necesario que la santidad de la casa de Dios fuese mantenida a cualquier precio, que su nombre y su verdad fuesen glorificados, y que su siervo fuese castigado “delante de todo Israel”, sí, “y delante del sol” (2 Samuel 12:12, V. M.). Al juicio del hombre, habría parecido más sabio ocultar de la vista pública el castigo de un hombre que ocupaba tan alta posición; pero no es esa la manera de actuar de Dios. Quiere demostrar a todos que no tiene ninguna comunión con el mal, y esto mediante el juicio que ejercerá en medio de su pueblo. Nada puede borrar la mancha arrojada sobre el honor y la verdad de Dios, si no es el juicio público del transgresor. Los hombres del mundo pueden ir por el momento adelante y pecar con altiva mano; pero los que están en relación con el nombre del Señor, deben conservarse puros, o bien ser juzgados.

David, sin embargo, parece haber mostrado una insensibilidad sorprendente en todo este asunto. Incluso después de que la conmovedora parábola de Natán expusiera delante de él toda la negrura de su conducta, y aun cuando sintiera una gran indignación por el egoísmo del hombre rico, no se lo aplica a sí mismo. “Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte” (2 Samuel 12:5). Pronuncia así su juicio inconscientemente. Todavía no siente su propio pecado. Tal vez se habría puesto a buscar al culpable para castigarlo, si la palabra del profeta no hubiera venido co-

mo una flecha del Todopoderoso para perforar su endurecida conciencia. “*Tú eres aquel hombre*” (v. 7). ¡Horroroso descubrimiento! El pecado fue puesto al desnudo en su misma raíz, y David estaba allí, en la presencia de Dios, como un pecador hostigado por la conciencia, quebrantado en su corazón. No hace ningún esfuerzo por escudarse ni por mantener su reputación. “*Pequé contra Jehová*” (2 Samuel 12:13), tal es la confesión que sale de su corazón herido. Su alma quedó subyugada por el poder de la verdad, y, en el Salmo 51, tenemos la expresión de su arrepentimiento, cuando se prosternó en el polvo, en el profundo sentimiento de su pecado y vileza delante de Jehová.

“ ¡Apiádate de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la muchedumbre de tus piedades, borra mis transgresiones!  
(Salmo 51:1, V. M.).

Aquí estaba el conocido recurso de David, recurso a menudo experimentado. Trae consigo su pesada carga y la deposita delante de la bondad y la tierna misericordia de Dios: el único lugar donde su turbado espíritu podía hallar reposo. Sintió que su pecado era tan odioso, que nada salvo la misericordia de Dios podía borrarlo. Allí solamente, veía un vasto abismo que podía «tragar» toda su iniquidad, y darle una paz profunda delante de su propia miseria.

Pero no era solamente el perdón de sus pecados lo que deseaba David; necesitaba esto, sin duda; pero le hacía falta más: ser purificado interiormente del poder y de la mancha del pecado mismo. “*¡Lávame completamente de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado!*” (v. 2, V. M.). El apóstol dice: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y *limpiarnos de toda maldad*” (1 Juan 1:9). Ser purificado de la iniquidad es mucho más que tener el perdón de los pecados, y David deseaba tanto lo uno como lo otro. Los dos dependen de la confesión que hacemos de nuestros pecados. Ahora bien, es mucho más difícil confesar nuestro pecado, que pedir el perdón. Realmente confesar delante de Dios el pecado que cometimos, es una cosa mucho más humillante que pedir, de manera general, el perdón de nuestras faltas. Es fácil decir al Señor: Perdóname, pero es inútil a menos que confesemos nuestros pecados; y, entonces, observémoslo, simplemente es una cuestión de fe saber que nuestros pecados son perdonados. La Palabra dice: “*Si confesamos nuestros pecados*”. David confesó su pecado: “Reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (v. 3-4). Era una verdadera convicción. No había ningún intento de paliar el mal, de echar la culpa a las circunstancias ni a los individuos. Es simplemente «Yo» y «Tú»: yo, el pecador, y

Tú, el Dios de verdad. “¡Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso!” (Romanos 3:4). El secreto de una verdadera restauración consiste en tomar nuestro verdadero lugar como pecadores, a la luz de la verdad de Dios. Es la enseñanza del apóstol en el capítulo 3 de la epístola a los Romanos. La verdad de Dios está establecida allí, como la medida según la cual la condición del hombre debe ser probada. El efecto es hacer descender al pecador a las profundidades de su ser, al fondo mismo de su condición moral y práctica a los ojos de Dios. La verdad de Dios lo despoja enteramente de todo, y pone las partes más íntimas de su alma al desnudo delante de una santidad que no puede tolerar la menor mancha de pecado. Pero cuando somos así abatidos en el polvo, a la vista de nuestra corrupción, y llevados a juzgarnos a nosotros mismos y a confesar sinceramente nuestras faltas, encontramos a Dios, en la soledad y la soberanía de su gracia, introduciendo una justicia perfecta para el pecador culpable, cuya boca es cerrada delante de Él.

En esta porción tan importante de las Escrituras se nos presentan la verdad y la gracia. La verdad quebranta el corazón, la gracia lo reconstituye; la primera cierra la boca, para que no se jacte más de ningún mérito humano, la segunda la abre, para que proclame las alabanzas y la gloria del Dios de toda gracia.

David, en espíritu, paseaba a través de la verdad, más tarde puesta en evidencia en Romanos 3. Él también fue conducido a sondear las profundidades de su mala naturaleza. “He aquí”, dice, “en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (v. 5). Aquí David mira el punto más bajo de descenso: ¡el estado original del hombre! ¡Qué pensamiento! *¡Formado en pecado!* ¿Qué bien puede salir de tal ser? Ninguno; su estado es irreparable. Observemos luego el contraste: “He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo” (v. 6). Dios demanda la verdad y, en respuesta, David no tiene nada para ofrecer excepto un origen manchado. ¿Qué colmará el inmenso abismo que existe entre un hombre nacido en el pecado, y Dios que demanda la verdad en el hombre interior? Nada excepto la preciosa sangre de Cristo. “Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve” (v. 7). En otras palabras, David, como un pecador perdido y sin recursos, se lanza a los brazos del amor Redentor. ¡Qué feliz lugar de reposo! Dios solo puede purificar a un pecador y hacerlo apto para su santa presencia. “Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido” (v. 8). Es preciso que Dios lo haga todo; que purifique su conciencia, que abra nuevamente sus oídos a los acentos del gozo y la alegría, que abra su boca para enseñar a los transgresores Sus caminos de amor y misericordia, que cree dentro de él un corazón puro, que le restituya el gozo de su salvación, lo sustente por su espíritu noble, y lo libre de homicidios. En resumen, tan pronto como la palabra de Natán cayó con divino poder sobre el

corazón de David, este echa el peso abrumador de su carga sobre la gracia infinita –lo cual puede ejercerse en virtud de la preciosa sangre de la expiación–, y fue así humildemente llevado a regocijarse de que la cuestión que su pecado había suscitado entre su conciencia y Dios, quedó perfectamente zanjada. La gracia obtuvo una gloriosa victoria, y David se retira del campo de batalla, gravemente herido, sin duda, pero con una experiencia más profunda de lo que Dios es, y de lo que la gracia había hecho para su alma.

Sin embargo, el pecado de David produjo sus frutos amargos en su tiempo, y así será siempre. La gracia no puede impedir que se cumpla la solemne advertencia del apóstol: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7). La gracia puede perdonar al individuo, pero los resultados del pecado seguramente se manifestarán, aun cuando el pecador pueda gozar de las más profundas y dulces experiencias del amor divino y la gracia restauradora, mientras esté realmente bajo la vara. Vemos abundantes ejemplos de ello en el caso de David. Fue, como lo sabemos, plena y divinamente perdonado, lavado y restaurado por gracia; sin embargo, debió oír la solemne declaración de Jehová por boca de Natán: “Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer” (2 Samuel 12:10). Reparemos en este término: “*Me menospreciaste*”. David había procurado ocultar su pecado de los ojos del público haciendo desaparecer a Urías, olvidando el ojo de Jehová que lo penetra todo, y olvidando también el honor debido a Su santo nombre. Si se hubiera acordado de Jehová en el momento en que la mala naturaleza hacía oír su voz dentro de él, no habría caído en la trampa. El sentimiento de la presencia de Dios es la gran salvaguarda contra el mal; pero, ¡cuán a menudo somos más influenciados por la presencia de un hombre como nosotros, que por la presencia de Dios! “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido” (Salmo 16:8). Si no realizamos la presencia de Dios como una salvaguarda *contra* el mal, deberemos sentirla en juicio *a causa del* mal.

“No se apartará jamás de tu casa la espada”. Comparemos estas palabras con las gloriosas promesas hechas a David en el capítulo 7. Es la misma voz que anuncia la promesa y denuncia el juicio, pero ¡en qué diferente tono! La primera vez, es la gracia la que habla; la segunda, es la santidad. “Puesto que con este hecho has dado a los enemigos de Jehová sobrada ocasión de blasfemar, *te digo* también *que* el niño que te ha nacido morirá irremisiblemente” (2 Samuel 12:14, V. M.). Pero la muerte del niño era solo el primer anuncio de la tempestad de juicio que iba a esta-

llar sobre la casa de David. Podía ayunar, orar, humillarse, prosternarse en el polvo, pero el niño debía morir. El juicio debe seguir su curso, y el fuego consumidor quemar todo elemento que esté sometido a su acción.

La espada del hombre “consume, ora a uno, ora a otro” (2 Samuel 11:25), pero la espada de Dios cae sobre la cabeza del *culpable*. Las cosas trabajan silenciosamente y finalmente se manifiestan; el torrente puede fluir mucho tiempo bajo la tierra, pero tarde o temprano saldrá a la superficie. Podemos seguir en secreto por muchos años un camino de pecado, alimentar un principio impío, dar rienda suelta a alguna codicia impura, satisfacer algún sentimiento culpable, pero los restos de braza latente finalmente estallarán, y nos mostrarán el verdadero carácter de nuestros actos. Es un pensamiento profundamente solemne. No podemos ocultar las cosas a Dios, ni hacerle pensar que nuestros malos caminos son rectos. Podemos tratar de razonar con nosotros mismos, para hacérselo creer; podemos intentar persuadir nuestros corazones mediante todo tipo de argumentos más o menos plausibles, de que tal o cual cosa es buena, justa y legítima, pero “Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

Sin embargo, ¡qué gracia vemos brillar en esto, como en todas las escenas de la notable carrera de David! Betsabé se convierte en la madre de Salomón, quien ocupó el trono de Israel durante el período más glorioso de la historia de este pueblo, y el cual también se encuentra en la descendencia privilegiada de la cual, según la carne, vino Cristo (véase Romanos 9:5). ¡Esto es ciertamente divino y digno de Dios! La escena más sombría de la vida de David se convierte, bajo la mano de Dios, en el medio de las más ricas bendiciones. Así es como “del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura” (Jueces 14:14). Sabemos cómo este principio caracteriza todos los caminos de Dios con los suyos. Él juzga, sin duda, el mal al cual se entregaron, pero perdona sus pecados y hace de sus faltas y de sus mismos fracasos, tras la humillación y el juicio de sí mismos, el canal por el cual la gracia fluye hacia ellos. ¡Bendito sea por siempre el Dios de toda gracia que perdona nuestros pecados, restaura nuestras almas, soporta nuestras muchas imperfecciones, y nos hace triunfar a través de nuestra debilidad misma!

¿Cómo se habrá sentido David más tarde, cuando sus ojos se posaron en su Salomón, el “varón de paz”, su “Jedidías”, esto es, *el amado de Jehová*, (1 Crónicas 22:9; 2 Samuel 12:25)? Habrá recordado, sin duda, su humillante caída, pero, al mismo tiempo, la maravillosa gracia de Dios. ¿No ocurre exactamente lo mismo con nosotros, mi querido lector cristiano? ¿Cuál es nuestra histo-

ria de cada día si no una historia de caídas y restauraciones, de altibajos? No es otra cosa; y alabado sea Dios por la seguridad que tenemos de que, como dice el poeta, «la gracia coronará toda la obra durante la eternidad».

Al final del capítulo 12, encontramos a David combatiendo de nuevo al enemigo. Era su verdadero lugar. “Y juntando David a todo el pueblo, fue contra Rabá, y combatió contra ella, y la tomó... Sacó además a la gente que estaba en ella, y los puso a trabajar con sierras, con trillos de hierro y hachas de hierro, y además los hizo trabajar en los hornos de ladrillos; y lo mismo hizo a todas las ciudades de los hijos de Amón. Y volvió David con todo el pueblo a Jerusalén” (v. 29, 31).

Ahora comienza la triste historia de las calamidades y los dolores que se abatieron sobre David, en cumplimiento de la declaración del profeta: que la espada no se alejaría de su casa. El capítulo 13 contiene dos de los más diabólicos actos que jamás hayan manchado un círculo familiar. Amnón, hijo mayor de David, deshonra a Tamar, hermana de Absalón; Absalón hace matar a Amnón y huye a Gesur donde permanece tres años. David le permite volver, contrariamente al positivo mandamiento de la ley. Incluso si no hubiese sido nada más que un homicidio involuntario, habría debido permanecer en una de las ciudades de refugio; pero era un asesino, y, con la carga de su crimen, es recibido por David, sobre el fundamento de las relaciones naturales, sin confesión, sin juicio, sin expiación.

“Y el rey besó a Absalón” (2 Samuel 14:33). Sí, el rey besó al asesino, en lugar de permitir a la ley del Dios de Israel que siga su curso. ¿Qué pasó luego? “Aconteció después de esto, que Absalón se hizo de carros y caballos, y cincuenta hombres que corriesen delante de él” (cap. 15:1). Fue el segundo paso. La ternura desordenada de David por Absalón solo le abrió a este el camino a una abierta rebelión. ¡Terrible advertencia! Actúe débilmente con el mal, y este seguramente llegará a su colmo, y acabará por aplastarlo. Por otra parte, haga frente al mal con una firmeza de acero, y su victoria estará asegurada. No juegue con la serpiente, sino aplástela de inmediato bajo sus pies. Una decisión clara e inflexible es, después de todo, el camino más seguro y feliz. Puede ser doloroso al principio, pero al final será apacible.

Observemos la manera de actuar de Absalón. Comienza por crear un deseo en los corazones de los hombres de Israel. “Y se levantaba Absalón de mañana, y se ponía a un lado del camino junto a la puerta; y a cualquiera que tenía pleito y venía al rey a juicio, Absalón le llamaba y le decía: ¿De qué ciudad eres?... Mira, tus palabras son buenas y justas; mas *no tienes quien te oiga de parte del rey*. Y decía Absalón: ¡Quién me pusiera por juez en la tierra, para que viniesen a mí todos los que tienen pleito o negocio, que yo les haría justicia! Y acontecía que cuando alguno se acercaba

para inclinarse a él, él extendía la mano y lo tomaba, y lo besaba... y así robaba Absalón el corazón de los de Israel” (v. 2-6). La manera de operar del enemigo comienza con crear un deseo, una necesidad, con mostrar una laguna, y luego prosigue llenándolo con algo o con alguien de su elección. Los corazones plenamente satisfechos con David no tenían absolutamente ningún lugar para Absalón.

Hay allí un bello principio cuando se aplica a nuestros corazones con relación a Cristo. Si estamos llenos de él, no hay en nosotros lugar para nada más. Solo cuando Satanás consigue crear un deseo en nuestros corazones, puede introducir allí algo de él. Cuando somos verdaderamente capaces de decir: “Mi porción es Jehová” (Lamentaciones 3:24), estamos a salvo de las influencias y los cebos que Satanás presenta para atraernos. Que el Señor nos guarde en el feliz y santo gozo de Sí mismo, de modo que podamos decir, como un creyente de otro tiempo: «Trato de guardar todas mis buenas cosas en Cristo, y entonces muy poco de la criatura es necesario».

Absalón robaba los corazones de los hombres de Israel. Vino con palabras halagüeñas, y usurpó el lugar de David en sus corazones y sus afectos. Era un hombre de hermosa apariencia, muy adecuado para cautivar a la multitud. “Y no había en todo Israel ninguno tan alabado por su hermosura como Absalón; desde la planta de su pie hasta su coronilla no había en él defecto” (2 Samuel 14:25). Pero su belleza y sus halagos no tenían ningún efecto sobre *aquellos que estaban cerca de la persona de David*. Cuando el “mensajero vino a David, diciendo: El corazón de todo Israel se va tras Absalón”, se puso claramente de manifiesto quién estaba del lado de David. “Entonces David dijo a todos sus siervos que estaban con él en Jerusalén: Levantaos y huyamos... Y los siervos del rey dijeron al rey: He aquí, tus siervos están listos a todo lo que nuestro señor el rey decida... Salió, pues, el rey con todo el pueblo que le seguía, y se detuvieron en un lugar distante. Y todos sus siervos pasaban *a su lado*, con todos los cereteos y peleteos; y todos los geteos, seiscientos hombres que habían venido a pie desde Gat, iban delante del rey... Y todo el país lloró en alta voz; pasó luego toda la gente el torrente de Cedrón; asimismo pasó el rey, y todo el pueblo pasó al camino que va al desierto” (v. 14-23).

Así pues, había muchos corazones demasiado ligados a David, para ser arrastrados por la influencia seductora de Absalón. Los que habían estado con David en los días de su exilio, rodeaban su amada persona en el día de su profundo dolor. “Y David subió la cuesta de los Olivos; y la subió llorando, llevando la cabeza cubierta y los pies descalzos. También todo el pueblo que tenía consigo cubrió cada uno su cabeza, e iban llorando mientras subían” (v. 30). Esta es una escena muy interesante y conmovedora. De hecho, la gracia de la persona de David brilla más



durante esta conspiración que en cualquier otro período de su vida. Y, al mismo tiempo, en ninguna parte aparece más notablemente la sincera devoción de su querido pueblo. El corazón se siente más profundamente conmovido cuando contemplamos la compañía de sus amigos que se amontonan alrededor de un David lloroso y andando descalzo en su dolor, que viéndolos amontonándose alrededor de su trono. Entonces estamos totalmente convencidos del hecho de que es su *persona* y no su posición lo que los atraía. David no tenía de momento nada para ofrecerles, salvo tener comunión con él en su rechazo; pero, para los que lo conocían, había en él un encanto que los ligaba a él en todo tiempo. Podían llorar con él, así como vencer con él. Oigamos el lenguaje de uno de estos sinceros amigos de David: “Y respondió Itai al rey, diciendo: Vive Dios, y vive mi señor el rey, que o para muerte o para vida, donde mi señor el rey estuviere, allí estará también tu siervo” (v. 21). La vida o la muerte, todo era igual en la compañía de David.

Pero, al recorrer estos capítulos, nada es más sorprendente que la bella sumisión de espíritu de David. Cuando Sadoc lleva el arca con esta compañía que llora, David le dijo: “Vuelve el arca de Dios a la ciudad. Si yo hallare gracia ante los ojos de Jehová, él hará que vuelva, y me dejará verla y a su tabernáculo. Y si dijere: No me complazco en ti; aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere” (v. 25-26).

Cuando Simei, el benjamita, con la boca llena de insultos, salió para maldecirlo y arrojar piedras contra él, y cuando Abisai quiso quitarle la cabeza a este injurioso, David respondió: “¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así?” (2 Samuel 16:10). David inclina humildemente la cabeza ante lo que Dios le dispensa. Sentía, sin duda, que solo recogía el fruto de su pecado, y lo acepta. Veía a Dios en toda circunstancia, y lo reconocía con un espíritu sumiso y reverente. Para él, no era Simei, sino Jehová. Abisai veía solo al hombre y quería actuar en consecuencia; de manera similar actuó Pedro más tarde, cuando procuró defender a su amado Maestro de la banda de asesinos que habían sido enviados para arrestarlo. Tanto Pedro como Abisai veían solo la superficie de las cosas. Miraban las causas secundarias. El Señor Jesús, él, vivía en la más profunda sumisión al Padre: “La copa que *el Padre* me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11). Es lo que lo elevaba por encima de todas las cosas. Miraba más allá del instrumento, hacia Dios; más allá de la copa, veía la mano que la había llenado. Poco importaba que el instrumento fuese Judas, Herodes, Caifás o Pilato; en todo, podía decir: “La copa que el Padre me ha dado”.

David también, en su medida, se elevaba por encima de los agentes subordinados. Miraba a Dios solo, y, con los pies descalzos y la cabeza cubierta, se inclinaba delante de Él. “Jehová le ha dicho que maldiga a David”. Esto bastaba.

Ahora bien, discernir la presencia de Dios y sus caminos para con nuestras almas, en cada circunstancia de nuestra vida diaria, es, posiblemente, una de las cosas en las cuales más fallamos. Estamos siempre propensos a poner la mira en las causas secundarias; no vemos a *Dios en todas las cosas*. Y esto es lo que le da a Satanás la victoria sobre nosotros. Si estuviésemos más atentos al hecho de que no hay un solo acontecimiento de nuestra vida, de la mañana a la noche, en que no podamos oír la voz de Dios y ver su mano, ¡qué santa atmósfera nos rodearía! Hombres y cosas serían entonces para nosotros como agentes en la mano de nuestro Padre, como tantos ingredientes en la copa que nos presenta. De esta manera, nuestros pensamientos se volverían serios, nuestros espíritus calmos y nuestros corazones sumisos. Entonces no diríamos con Abisai: “¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza” (cap. 16:9), ni tampoco desenvainaríamos la espada, como Pedro, por un violento acto de arrebató carnal. ¡Cuán por debajo de sus respectivos amos se hallaban estos dos queridos pero equivocados hombres! ¡Cómo debe de haber molestado los oídos de su Maestro, y ofendido Su espíritu, el ruido de la espada de Pedro que salía de la funda! ¡Y cómo las palabras de Abisai deben de haber lastimado el humilde y sumiso corazón de David! ¿Podía David pensar en defenderse, mientras Dios actuaba hacia su alma de manera tan sorprendente y solemne? Seguramente que no. No se atreve a dar un solo paso para soltarse de las manos de Jehová. Le pertenecía, para la vida o en la muerte, como rey o como exilado. ¡Bendita sujeción!

Pero, como ya ha sido señalado, el relato de la conspiración de Absalón nos muestra no solo la sumisión de David a Dios, sino también la devoción de los amigos de David a su persona, ya sea que se equivocaran o no. A todos sus hombres fuertes se los ve rodeando su persona, a su derecha y a su izquierda, y compartiendo con él los insultos y las execraciones de Simei. Estuvieron con él en los lugares fuertes, en el trono, en el campo de batalla, y ahora están con él en su humillación.

Ahora bien, Sobi y Barzilai aparecen ante David para servirlo, tanto a él como a sus hombres, con una liberalidad principesca. Así pues, los pensamientos de los corazones de muchos fueron revelados en el tiempo de la aflicción de David, y así se manifestaron aquellos que amaban a David por lo que él era en sí mismo. Sin duda, David regresó a su casa y a su trono con una confianza más plena y profunda en el sincero afecto de los que lo rodeaban.

Pero hay una persona, que se presenta a nuestra consideración, sobre cuyo carácter es preciso que nos detengamos un poco. Me refiero a Mefi-boset, hijo de Jonatán.

Apenas David subió a su trono, pronunció estas palabras tan llenas de gracia y dignas de ser recordadas: “¿No ha quedado nadie de la casa de Saúl, a quien haga yo *misericordia de Dios*?” (2 Samuel 9:3). “¡La casa de Saúl!”, la “¡misericordia de Dios!” ¡Qué palabras! Saúl había sido su encarnizado enemigo, y ahora, en el trono, el resplandor de su posición, y la plenitud de la gracia divina, le hacen capaz de dejar en el olvido el pasado, y de manifestar, no la bondad de David, sino la bondad de Dios.

Ahora bien, la bondad de Dios tiene este carácter especial que ejerce hacia Sus enemigos. Como dijo el apóstol: “Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Romanos 5:10). Tal era la bondad que David deseaba mostrarle a un miembro de la casa de Saúl. “Y vino Mefi-boset, hijo de Jonatán hijo de Saúl, a David, y se postró sobre su rostro e hizo reverencia... Y le dijo David: No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia... y tú comerás siempre a mi mesa. Y él inclinándose, dijo: ¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?” (2 Samuel 9:6-8). Tenemos pues aquí un bello ejemplo de la bondad de Dios, mientras que, por otro lado, vemos también sobre qué fundamento descansaba la devoción de Mefi-boset. Aunque no tenía más derecho a estar cerca de David que un enemigo o un perro muerto, sin embargo es recibido en gracia y se sienta a la mesa del rey.

Pero Mefi-boset tenía un siervo infiel que, para favorecer sus propios intereses, presentó una imagen falsa de su amo a los ojos del rey. Los primeros versículos del capítulo 16, presentan al lector un relato de los actos de Siba. Pretendiendo mostrar devoción hacia David, mancilla la reputación de Mefi-boset, con el fin de obtener la posesión de sus bienes. Toma ventaja de la debilidad corporal de su amo, para engañarlo y perjudicarlo. ¡Qué triste cuadro!

La verdad, sin embargo, sale a la luz; aquel a quien se había perjudicado, fue plenamente justificado. En el momento en que David regresa, cuando todo disturbio cesó, y cuando Absalón desapareció de la escena, “Mefi-boset hijo de Saúl descendió a recibir al rey; no había lavado sus pies, ni había cortado su barba, ni tampoco había lavado sus vestidos, desde el día en que el rey salió hasta el día en que volvió en paz” (1 Samuel 19:24). Tal es el testimonio que da el Espíritu a este bello carácter. La ausencia de su amado amo lo priva de todo motivo de adornar su persona. Mientras David está lejos, Mefi-boset está de luto; verdadera imagen de lo que el santo debe ser ahora, durante el período de la ausencia de su Amo. La comunión con un Señor ausente debería

imprimir al carácter cristiano un sello de entera separación. La cuestión no es de ninguna manera lo que un cristiano puede hacer o no hacer. No; un corazón que tiene un sincero afecto por el Señor sugerirá el verdadero curso a seguir a todos aquellos que esperan el retorno del rey.

¡Qué móvil de acción verdaderamente divino provee la ausencia de Jesús!

“ Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1).

Preguntémosle al hombre espiritual por qué se abstiene de cosas de las que podría disfrutar. Su respuesta será: *Jesús está ausente*. Es el motivo más elevado. No necesitamos las reglas de un frío formalismo para regular nuestros caminos, sino un afecto más ferviente por la persona de Cristo, y un más vivo deseo por su pronto retorno. Nosotros, al igual que Mefi-boset, experimentamos la bondad de Dios. ¡Preciosa bondad! Fuimos sacados de las profundidades de nuestra ruina, y colocados entre los príncipes del pueblo de Dios. ¿Cómo, pues, no habríamos de amar a nuestro Señor? ¿Cómo no deseáramos ver su rostro? ¿No deberíamos regular nuestra conducta remitiéndonos constantemente a él en todo? ¡Oh, que nuestros corazones sean capaces de dar con gozo una pronta y afirmativa respuesta! Pero eso es precisamente lo que nos falta. Nos parecemos poco a Mefi-boset. Todos nosotros estamos demasiado dispuestos a halagar, adornar y atender a nuestra odiosa naturaleza; dispuestos a andar en el goce desmesurado de las cosas de esta vida, de sus riquezas, de sus honores, de su bienestar, de sus refinamientos, de su elegancia, y tanto más cuanto imaginamos poder hacer todas estas cosas sin faltar a nuestro título, al nombre y a los privilegios de cristianos. ¡Vano y detestable egoísmo! ¡Egoísmo que se convertirá en vergüenza en el día de la aparición de Cristo!

Si el relato que había hecho Siba acerca de Mefi-boset hubiese sido verdad, ¿qué habría tenido que responderle este último a David cuando le dijo: “Mefi-boset, ¿por qué no fuiste conmigo?” (2 Samuel 19:25)? Pero puede decir: “Rey señor mío, mi siervo me engañó; pues tu siervo había dicho: Enalbárdame un asno, y montaré en él, e iré al rey; porque tu siervo es cojo. Pero él ha calumniado a tu siervo delante de mi señor el rey; mas mi señor el rey es como un ángel de Dios; haz, pues, lo que bien te parezca. Porque toda la casa de mi padre era digna de muerte delante de mi señor el rey, y tú pusiste a tu siervo entre los convidados a tu mesa. ¿Qué derecho, pues, tengo aún para clamar más al rey?” (v. 25-28). Vemos allí la sencillez de un corazón íntegro. La devoción natural y sincera se muestra a sí misma.

El contraste entre Mefi-boset y Siba es sorprendente. Este desea con ansia los bienes; aquel no desea sino una sola cosa: estar cerca del rey. Por eso, cuando David dijo: “¿Para qué más palabras? Yo he determinado que tú y Siba os dividáis las tierras”, Mefi-boset muestra en seguida cuál es la dirección de sus pensamientos y deseos: “Deja”, dice, “que él las tome *todas*, pues que mi señor el rey ha vuelto en paz a su casa” (v. 29, 39). Su corazón estaba ocupado en David, y no en sus propios asuntos. ¿Cómo habría podido ponerse al mismo nivel que Siba, y compartido los campos con tal hombre? Era imposible. El rey estaba de regreso, y eso era suficiente para él. Estar cerca de él valía más que todos los bienes de la casa de Saúl: “*Que él las tome todas*”. La proximidad de la persona del rey llenaba y satisfacía tanto el corazón de Mefi-boset que podía, sin ninguna dificultad, abandonar todo lo que Siba había codiciado y que lo había llevado a ser un engañador y calumniador.

Lo mismo sucede con aquellos que aman el nombre y la persona del Hijo de Dios. La querida perspectiva de Su aparición asesta el golpe mortal a sus afectos por las cosas de este mundo. No es para ellos una cuestión de saber si una cosa es legítima o no; ver las cosas así es demasiado frío para un corazón que ama. El hecho mismo de su espera de aquel día glorioso necesariamente desvía sus corazones de cualquier otra cosa, lo mismo que, si miramos intensamente hacia un objeto especial, no veremos ningún otro.

Si los cristianos llevaran más a la práctica el poder de la esperanza bienaventurada, ¡cuán separada del mundo sería su marcha y cuán por encima de sus aspiraciones! El enemigo sabe muy bien esto, y por eso trabajó tanto para reducir esta esperanza al nivel de una mera especulación, de una doctrina particular, que tiene poco o ningún poder práctico para atraer los corazones, y ninguna base sólida e indiscutible. Logró también hacer que se descuidaran casi totalmente las porciones de la Escritura que, de manera especial, desarrollan los eventos relacionados con la venida de Cristo. El Apocalipsis, hasta una época muy reciente, fue considerado como un libro tan misterioso, tan profundamente incomprensible, que solo era accesible para un número muy pequeño –si lo era para alguno–. Incluso desde que la atención de los cristianos fue más particularmente dirigida hacia el estudio de su contenido, el enemigo introdujo y construyó sobre las profecías de este libro tantos sistemas divergentes –impulsó interpretaciones tan discordantes–, que las mentes sencillas se espantan ante la idea de tocar un tema que, a su juicio, se vincula inseparablemente con el misticismo y la confusión.

Ahora bien, hay un único y gran remedio para todo este mal: *un amor sincero por la aparición de Jesús*. Aquellos que verdaderamente lo esperan, no disputarán mucho sobre la manera en que se llevará a cabo. De hecho podemos enunciar como un principio cierto, que a medida que los afectos se apagan, el espíritu de controversia prevalece.

La historia de Mefi-boset nos ofrece un ejemplo simple y sorprendente de todo esto. Sentía que debía todo a David; que había sido salvado de la ruina y elevado en dignidad. Por eso, cuando el lugar de David fue ocupado por un usurpador, Mefi-boset, en toda su conducta, muestra que no tiene ninguna simpatía por este estado de cosas. Era ajeno a todo eso, y suspira solo por el retorno de aquel cuya bondad había hecho de él todo lo que es. Sus intereses, sus destinos, sus esperanzas, todo estaba vinculado a David, y nada salvo su retorno podía hacerlo feliz.

¡Oh, si así fuera con nosotros, querido lector cristiano! ¡Ojalá que podamos entrar más y más realmente en nuestro verdadero carácter de extranjeros y peregrinos, en medio de una escena donde Satanás reina y gobierna! El tiempo viene cuando nuestro amado Rey será restablecido en medio de las aclamaciones de su pueblo, cuando el usurpador será echado de su trono, y todo enemigo aplastado bajo los pies de nuestro glorioso Emanuel. Los Absalón, los Ahitofel, los Simei, serán puestos en el lugar que les corresponde, y, por otra parte, todos aquellos que, como Mefi-boset, hayan lamentado la ausencia de David, verán los deseos de sus corazones plenamente satisfechos. “¿Hasta cuándo, Señor?”. Que tal sea nuestro clamor, mientras esperamos ardentemente el primer ruido de las ruedas de su carro. El camino es largo, duro y penoso; la noche es sombría y lúgubre, pero oigamos la exhortación: “Hermanos, tened paciencia”. “El que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma” (Santiago 5:7; Hebreos 10:37-38).

No iré más lejos en los detalles de la conspiración de Absalón. Encontró el fin merecido de sus actos, aunque el corazón de padre de David podía afligirse y derramar lágrimas por él. Su historia, además, puede ser considerada como una figura de ese gran personaje profético, el cual, nos dice Daniel, “se apoderará del reino por medio de halagos” (Daniel 11:21, V. M.). Dejo al lector el cuidado de estudiar, en el santo volumen, este tema y otros llenos de interés, pidiéndole al Señor que refresque y edifique a las almas por la lectura y la meditación de su Palabra, en estos días de tinieblas y confusión. No hubo nunca un tiempo en el que fuera más necesario para los cristianos entregarse con oración al estudio de la Escritura. Opiniones y juicios opuestos, doctrinas extrañas y teorías infundadas, corren por todas partes, y la mente de los simples no sabe a donde

volverse. Pero, gracias a Dios, su Palabra está allí, delante de nosotros, en toda su luminosa sencillez. En ella tenemos la fuente eterna de la verdad, la norma inmutable según la cual todo debe ser juzgado. Así pues, todo lo que necesitamos, es una mente totalmente sujeta a su enseñanza.

“ Si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz  
(Mateo 6:22, V. M.).

## **2 Samuel 22 a 23 - Cántico y últimas palabras de David**

El capítulo 22 del segundo libro de Samuel, paralelo al Salmo 18, contiene el magnífico cántico de David. Es el espíritu de Cristo que habla en David, en relación con el triunfo del Señor sobre la muerte por la supereminente grandeza del poder de Dios (Efesios 1:19). En este cántico, como nos lo enseñan las palabras que lo preceden, David le ofrece a Dios sus alabanzas por la liberación que le concedió el día que lo libró de la mano de todos sus enemigos, y particularmente de Saúl. Recuerda con agradecimiento los hechos gloriosos que Dios cumplió en su favor, pero en un lenguaje que nos conduce, de David y todos sus combates, a ese terrible combate que se libró alrededor de la tumba de Jesús, cuando todos los poderes de las tinieblas se aliaron en feroz batalla contra Dios. La escena era terrible. Nunca antes se había librado semejante combate ni se había obtenido una victoria similar; no lo hubo desde entonces, ni jamás lo habrá, ya sea que consideremos los poderes que estaban presentes o las consecuencias que resultaron de esta lucha. El cielo por una parte, y el infierno por la otra, tales eran los poderes combatientes. Y, en cuanto a las consecuencias, ¿quién podría decirlas y enumerarlas? La gloria de Dios y de su Cristo, en primer lugar; luego la salvación de la Iglesia, el restablecimiento y la bendición de las tribus de Israel y la plena liberación del vasto dominio de la creación de la dominación de Satanás, de la maldición de Dios y de la servidumbre de la corrupción. Tales fueron algunos de los resultados. Terrible fue, pues, la lucha del gran enemigo de Dios y del hombre en la cruz y en la tumba de Cristo; enérgicos y violentos fueron los esfuerzos del hombre fuerte para no ser despojado de sus armas y para evitar que su casa fuese saqueada; pero en vano: Jesús triunfó. “Me rodearon ondas de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon; tendieron sobre mí lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios; el oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó a sus oídos” (2 Samuel 22:5-7).

En apariencia, era la debilidad, pero en realidad, el poder. El que pareció ser el vencido, pasó a ser el vencedor. Jesús, “aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios” (2 Corintios 13:4). Cuando hubo derramado su sangre, como víctima por el pecado, entregó su espíritu

en las manos del Padre, el cual, por el Espíritu eterno, lo “volvió a traer de entre los muertos”. No se resistió, sino que se dejó pisotear, y quebrantó así el poder del enemigo. Satanás, por la mano del hombre, lo clavó en la cruz, lo hizo descender al sepulcro y selló la piedra sobre él, para que no pueda levantarse; pero salió “del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso”, habiendo despojado “a los principados y a las potestades” (Salmo 40:2; Colosenses 2:15). Descendió al mismo corazón del dominio del enemigo, con el fin de poder exhibirlo públicamente en triunfo.

Desde el v. 8 al 20, vemos la intervención de Jehová a favor de su siervo justo, expresada en un lenguaje de un poder y una elevación indescriptibles. Las imágenes empleadas por el inspirado salmista son del carácter más solemne e imponente: “La tierra fue conmovida, y tembló, y se conmovieron los cimientos de los cielos; se estremecieron, porque se indignó él... e inclinó los cielos, y descendió; y había tinieblas debajo de sus pies. Y cabalgó sobre un querubín, y voló; voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por su escondedero alrededor de sí; oscuridad de aguas y densas nubes... y tronó desde los cielos Jehová, y el Altísimo dio su voz; envió sus saetas, y los dispersó; y lanzó relámpagos, y los destruyó. Entonces aparecieron los torrentes de las aguas, y quedaron al descubierto los cimientos del mundo; a la reprensión de Jehová, por el soplo del aliento de su nariz. Envío desde lo alto y me tomó; me sacó de las muchas aguas”. ¡Qué lenguaje! ¿Dónde encontraremos algo que lo iguale? La ira del Todopoderoso, el trueno de su poder, las convulsiones del edificio entero de la creación, la artillería del cielo: todas estas ideas, tan vehementemente expresadas, sobrepasan la imaginación del hombre. La tumba de Cristo fue el centro alrededor del cual el combate se libró con toda su fuerza, porque allí yacía el “Autor de la vida” (Hechos 3:15). Satanás desplegó allí todo su poder; concentró todo el poder del infierno para sostenerlo, toda “la potestad de las tinieblas” (Colosenses 1:13), pero no pudo mantener a su cautivo, porque todos los derechos de la justicia habían sido satisfechos. El Señor Jesús triunfó sobre Satanás, sobre la muerte y sobre el infierno, en perfecta conformidad con todas las exigencias de la justicia. Aquí radica el gozo y la paz del pecador. De nada serviría que se nos diga que “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” fue quien venció a Satanás, una de sus criaturas. Pero saber que Él, como el representante del hombre, como el sustituto del pecador, como la salvaguardia de la Iglesia, triunfó, esto, cuando se lo cree, da al alma una paz inefable; y es justamente lo que el Evangelio nos dice, el mensaje que hace resonar en los oídos del pecador. El apóstol nos dice que Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). Habiendo tomado sobre sí nuestros pecados, y habiendo descendido bajo su peso al sepulcro, la resurrección era necesaria como prueba divina de Su obra consumada. El Espíritu Santo, en el Evangelio, nos lo presenta como resucitado, ascendido



al cielo y sentado a la diestra de Dios, y así disipa del corazón del creyente, toda duda, todo temor, toda vacilación. Como dice el poeta: «¡El Señor ha resucitado!, su sangre preciosa es vino nuevo y vivo».

El gran argumento del apóstol, en 1 Corintios 15, está basado en este tema. El perdón de los pecados es probado por la resurrección de Cristo. “Si Cristo no resucitó... aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:17). Y, como consecuencia, si Cristo resucitó, *no* “estáis en vuestros pecados”. Así la resurrección y el perdón de los pecados caen o permanecen juntos. Reconozca que Cristo ha resucitado, y reconocerá el perdón del pecado. “Mas ahora”, exclama triunfante el apóstol, “Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (v. 20). Esto resuelve toda la cuestión. Desde el momento que usted aparta los ojos de un Cristo resucitado, pierde el sentimiento pleno, profundo y divino que proporciona la paz del perdón de los pecados. El más rico cúmulo de experiencia, el más amplio rango de inteligencia, no pueden ser el fundamento de la confianza. Nada lo puede ser excepto *Jesús resucitado*.

Desde el versículo 21 al 25, vemos el fundamento de la intervención de Jehová a favor de su siervo. Estos versículos demuestran que, en todo este cántico, el Espíritu Santo tiene en vista a uno mayor que David. David no podía decir: “Jehová me ha premiado conforme a mi justicia; conforme a la limpieza de mis manos me ha recompensado. Porque yo he guardado los caminos de Jehová, y no me aparté impíamente de mi Dios. Pues todos sus decretos estuvieron delante de mí, y no me he apartado de sus estatutos. Fui recto para con él, y me he guardado de mi maldad; por lo cual me ha recompensado Jehová conforme a mi justicia; conforme a la limpieza de mis manos delante de su vista” (2 Samuel 22:21-25). ¡Qué diferencia entre este lenguaje y el del Salmo 51, sobre el cual ya nos hemos detenido! Allí se dice: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”. Era un lenguaje que convenía a un pecador caído en una falta, y David sentía que lo era. No se atreve a hablar de su justicia, que era como “trapo de inmundicia”; y, en cuanto a su recompensa, sentía que todo lo que merecía en justicia, sobre la base de lo que era, era el lago de fuego.

Por eso, el lenguaje de nuestro capítulo es el de Cristo, el único que podía emplearlo. Él, bendito sea su nombre, podía hablar de su justicia, de su integridad y de la pureza de sus manos. Y aquí podemos observar la maravillosa gracia que brilla en la redención. El Justo tomó el lugar del culpable.

“ Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Corintios 5:21).

Allí, para el pecador, está el lugar de reposo. Allí contempla a la víctima inmaculada clavada en el madero maldito *por él*; allí, ve una redención plena, fruto de la obra perfecta del Cordero de Dios, y allí también ve a Jehová interviniendo a favor de su glorioso representante, de su sustituto lleno de gracia, y, como consecuencia, interviniendo en su propio favor, y eso sobre el fundamento de la más estricta justicia. ¡Qué profunda paz para un corazón que gime bajo el peso del pecado! ¡Sí, una profunda e inefable paz divina!

Lector, si todavía no entró en el goce de esta paz, permítame preguntarle, ¿por qué no la posee? ¿Puede leer este capítulo, sabiendo de quién emana este lenguaje, y dudar un solo instante en echar mano de los resultados preciosos de la obra de Cristo, muerto y resucitado? Dios no dejó nada inconcluso respecto a lo que nos asegura la paz. Cristo cumplió todo, y el Espíritu Santo da al Evangelio un testimonio tan claro y evidente en cuanto a la perfecta salvación que está en Jesucristo, nuestro Señor, que nada, salvo la incredulidad, puede rechazarlo. Todo ha sido cumplido. ¡Precioso mensaje! ¡Ojalá que nuestros corazones se complazcan siempre más en esto, cuando pensamos en todos nuestros odiosos pecados!

El cántico de David concluye con una bella alusión a las glorias de los últimos días, que le da un carácter de plenitud y anchura particularmente edificante: “Los hijos de extraños se someterán a mí”; “yo te confesaré entre las naciones”, etc. (2 Samuel 22:45, 50). Somos conducidos así por una senda maravillosa que, comenzando en la cruz, termina en el reino. El que yacía en la tumba debe sentarse en el trono; la mano que fue perforada por los clavos, llevará el cetro, y la frente que fue deshonrada por una corona de espinas, será ceñida por una diadema de gloria. Y la piedra de coronación jamás será puesta sobre la cumbre del edificio que el amor redentor comenzó a erigir hasta que Jesús de Nazaret, el crucificado, ascienda al trono de David y reine sobre la casa de Jacob. Entonces las glorias de la redención serán verdaderamente celebradas en el cielo y en la tierra, porque el Redentor será exaltado, y los redimidos serán hechos perfecta y eternamente felices. Del seno de las glorias y esplendores de este día de felicidad, miraremos hacia atrás, a la cruz donde el Señor fue clavado, como la base y el fundamento de todo este glorioso edificio, y el recuerdo de este amor que lo hizo descender a la muerte, animará con un renovado y siempre

creciente fervor el cántico de la redención: “¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!” (Apocalipsis 5:12, V. M.).

Aprendemos una lección similar en el capítulo 23, que contiene las últimas palabras de David. Es profundamente interesante ver en la historia de todo siervo de Dios, que después de haber conocido la entera vanidad de todos los recursos humanos y terrenales, se volvieron a Dios, y encontraron en él su porción infalible y su seguro refugio. Esta fue la experiencia de aquel cuya historia hemos recorrido y meditado. Durante toda su carrera, David tuvo que aprender que la gracia divina *sola* podía responder a sus necesidades y, al final, lo expresa completamente. Ya sea que consideremos su «cántico», o sus «últimas palabras», el gran tema que encontramos en uno y en otro, que ocupa un lugar prominente, es la suficiencia de la gracia divina.

Sin embargo, las últimas palabras de David derivan su fuerza y energía del conocimiento de las exigencias de Dios en su carácter gubernamental: “El que gobierna entre los hombres *debe ser* justo, gobernando *en* el temor de Dios” (2 Samuel 23:3, V. M.). Esta es la medida de lo que Dios demanda. Nada menos que eso bastará; y entre aquellos que gobiernan a los hombres, ¿habrá alguno que responda plenamente a ella? Podemos recorrer toda la lista de los que ocuparon los tronos de este mundo, sin encontrar ni siquiera uno que satisfaga las dos grandes características que contiene este versículo: *ser justo, y gobernar en el temor de Dios*.

El Salmo 82 nos presenta el desafío divino puesto a aquellos que fueron establecidos en un lugar de autoridad. “DIOS está presente en la Congregación de Dios; juzga en medio de los dioses” (v. 1, V. M.). ¿Y qué encuentra allí? ¿La justicia y el temor de Su nombre? ¡Oh, no!; lejos de ello. “¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente, y aceptaréis las personas de los impíos?” (v. 2). Tal es el hombre: “No saben, ni *quieren* entender; siguen andando en tinieblas: vacilan todos los cimientos de la tierra” (v. 5, V. M.). ¿Cuál es, pues, el recurso en este estado de cosas tan humillante?: “Levántate, oh Dios, juzga la tierra; porque tú heredarás todas las naciones” (v. 8). El Señor Jesús es presentado aquí como el único capaz de ocupar el trono según los pensamientos de Dios, y, en el Salmo 72, tenemos un bello esbozo de lo que será su gobierno: “El juzgará a tu pueblo con justicia, y a tus afligidos con juicio... juzgará a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso, y aplastará al opresor... descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada; como el rocío que destila sobre la tierra...”. Todo el salmo nos muestra lo que será el reino milenario del Hijo del hombre, y el lector advertirá la manera perfecta en que armonizan las últimas palabras de David con el espíritu de él: “Será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una

mañana sin nubes, como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra” (2 Samuel 23:4). ¡Qué refrescante y vivificante impresión causan estas palabras! Y qué gozo para el corazón volverse de la triste y sombría escena del presente, para contemplar “una mañana sin nubes”. Actualmente no es así. ¿Cómo podría serlo? ¿Cómo una raza caída, una creación gimiente, podría gozar de un cielo sin nubes? Esto es y será imposible hasta que la eficacia expiatoria de la sangre de la cruz haya sido aplicada a todo, y la creación entera haya entrado en su pleno reposo, a la sombra de las alas de Emanuel.

Dondequiera que miremos, las nubes y la oscuridad están por todas partes. Una creación que suspira, Israel disperso, la Iglesia en ruinas, sistemas de perversión, una profesión sin realidad, principios corrompidos: todas estas cosas tienden, como el humo del pozo del abismo (Apocalipsis 9), a oscurecer el horizonte alrededor de nosotros y a enturbiar nuestra visión. Por ello, ¡cómo el corazón se estremece ante el pensamiento de una mañana sin nubes! El salmista lo describe muy bien cuando menciona la claridad después de la lluvia. Los hijos de Dios siempre han sentido que este mundo es un lugar de nubes y lluvia, un valle de lágrimas; pero la mañana milenaria pondrá fin a todas estas cosas; su sol naciente disipará las nubes, y Dios mismo enjugará “toda lágrima de todos los rostros” (Isaías 25:8) ¡Brillante y feliz perspectiva! ¡Bendita sea la gracia que la pone ante nosotros, y la obra expiatoria que nos da allí un título asegurado!

Tal como lo señalamos, ninguno de los que tienen un lugar de autoridad alcanzó la medida divina, como lo expresan las últimas palabras de David. Él mismo lo sentía. Dice: “No es así mi casa para con Dios” (2 Samuel 23:5). Tal era el humilde y sumiso sentimiento de alma por lo que era. Ya vimos cuán plena, profunda y sinceramente sentía la inmensa distancia que existía entre lo que era *personalmente* y las exigencias divinas, cuando exclamaba: “En iniquidad nací yo”, y:

¡He aquí, *tú* quieres la verdad en lo íntimo!

“ (Salmo 51:5-6, V. M.).

Su experiencia era la misma cuando se consideraba *en su posición oficial*: “No es así mi casa para con Dios”. Ni como *hombre*, ni como *rey*, había sido lo que debía ser. Y justamente por esto la gracia era tan preciosa a su corazón. Consideraba el espejo de la ley perfecta de Dios y veía allí su propia deformidad; luego miraba al “pacto eterno” de Dios con él, “bien arreglado en *todo* y *seguro*” (2 Samuel 23:5, V. M.), y sobre él reposaba con absoluta simplicidad.

Aunque la casa de David no estaba “bien arreglada en todo”, el pacto de Dios sí lo estaba, y por eso podía decir: “El cual es toda mi salvación y todo mi placer”. Había aprendido a apartar la mirada de sí mismo y de su casa, para fijarla en Dios y en su pacto eterno. Y podemos decir que el sentimiento de lo que la gracia había hecho para él, era profundo y real en la medida que comprendía la realidad y la profundidad de su propia insignificancia como hombre y como rey. La percepción de lo que Dios es, lo había humillado; la percepción de lo que Dios es, lo había levantado. Su gozo, mientras llegaba al final de todas las cosas humanas, consistía en hallar su reposo en el precioso pacto de su Dios, en el cual hallaba comprendidos y eternamente asegurados toda su salvación y todo su placer. Qué precioso, querido lector, es hallar así nuestro *todo* en Dios, no solo para suplir nuestras deficiencias, o para llenar el vacío de los objetos humanos, sino para que sea Él quien reemplaza todo, personas o cosas, en nuestra apreciación. Esto es lo que nos hace falta. Dios debe ser puesto por encima de todo, no solo en cuanto al perdón de nuestros pecados, sino también en cuanto a todas nuestras necesidades. “*Mirad a mí... yo soy Dios, y no hay más*” (Isaías 45:22). Hay muchas personas que pueden confiar en Dios para la salvación, pero que les falta mucho la confianza cuando se trata de los pequeños detalles de su vida; y, sin embargo, Dios es glorificado también cuando lo hacemos el depositario de todas nuestras preocupaciones, y el que lleva todas nuestras cargas. Nada es demasiado pequeño como para no llevarlo ante Dios, y no hay nada tan pequeño o insignificante que no supere sobradamente nuestra capacidad, si tan solo entrásemos en el verdadero sentimiento de que no somos nada.

Pero en este capítulo 23 encontramos otro elemento que puede parecer que se introduce de manera abrupta; me refiero a los valientes de David que aparecen registrados allí. Ya me referí a eso, pero es interesante observarlo en relación con el pacto de Dios.

Había dos cosas que regocijaban, animaban y consolaban a David: la fidelidad de Dios y la devoción de sus siervos. Y si miramos al final de la carrera de Pablo, vemos que tenía las mismas fuentes de consuelo y estímulo. En la segunda epístola a Timoteo, echa un vistazo al estado de cosas que lo rodea. Ve la “casa grande”, la cual, ciertamente, no era así “para con Dios”, según lo que Él exigía de ella; ve que todos los que estaban en Asia lo habían abandonado; ve a Himeneo y Fileto que enseñan falsas doctrinas y trastornan la fe de algunos; ve a Alejandro, el calderero, que causa muchos males; ve a muchos que tienen comezón de oír, que amontonan para sí maestros, y que apartan de la verdad el oído y se vuelven a las fábulas; ve los “tiempos peligrosos” que sobrevienen con pasmosa rapidez; en una palabra, ve todo el edificio, humanamente hablando, desmoronándose.

Pero él, como David, descansaba en la seguridad de que “el fundamento de Dios está firme”, y se regocijaba por la devoción individual de algunos que, como los valientes de antaño, por la gracia de Dios, permanecían fieles en medio del naufragio general. Recordaba la fe de un Timoteo, el amor de un Onesíforo, y además, fue reconfortado por el hecho de que, en los tiempos más sombríos, habría una compañía de fieles que invocarían al Señor de puro corazón. Exhorta a Timoteo a seguirlos, una vez purificado de los vasos para deshonra de la casa grande. Así ocurrió con David. Podía contar a sus valientes guerreros y relatar sus hazañas. Aunque su propia casa no era lo que debía ser, y aunque “los de Belial” (2 Samuel 23:6) estuvieron alrededor de él, podía sin embargo hablar de un Adino, de un Eleazar y de un Sama, hombres que habían arriesgado su vida por él, y cuyos nombres fueron señalados debido a sus hazañas contra los incircuncisos.

Gracias a Dios, él jamás se dejará “a sí mismo sin testimonio” (Hechos 14:17); siempre tendrá en este mundo un pueblo consagrado a su nombre. Si no supiéramos y no creyéramos esto, nuestros corazones, en un tiempo como este, podrían verdaderamente desfallecer dentro de nosotros. Pocos años bastaron para operar un gran cambio en la esfera de acción de muchos cristianos. Las cosas entre nosotros no son más lo que eran antes, y podemos decir de verdad: Nuestra casa “no es así... para con Dios”. Muchos de entre nosotros pudieron haberse sentido decepcionados. ¡Esperábamos mucho, y cuán poco encontramos! Descubrimos que éramos iguales que los demás, o que, si diferíamos en algo, era en el hecho de tener una profesión más elevada y, en consecuencia, una mayor responsabilidad, pero con mayores inconsecuencias. Pensábamos ser algo, pero nos equivocamos gravemente, y ahora, debemos reconocer nuestro error. Que el Señor nos conceda aprenderlo verdaderamente, cabalmente y en el polvo, en su presencia, para que no levantemos nunca más nuestras cabezas con orgullo, sino que caminemos en un constante sentimiento de que no somos nada. Cuánto provecho podemos sacar del mensaje que el Señor le dirige a Laodicea: “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas” (Apocalipsis 3:17-18). Si nuestra experiencia pasada nos conduce a aferrarnos a Jesús con mayor sencillez, tendremos una razón para bendecir al Señor por todo lo que pasamos; y, en todo caso, no podemos sino sentir que es una gracia especial haber sido librados de todo falso fundamento de confianza. Si buscábamos construir un sistema, qué bueno es ser librados de su influencia y ser llevados a aferrarnos simplemente a la Palabra y al Espíritu de Dios, los que fueron dados por Dios a la Iglesia para acompañarla en su senda a través del desierto. Y

tampoco somos privados del precioso aliento que proviene de la devoción de tal o cual siervo de Dios; hay muchos que muestran su afecto por la persona de Cristo, y la alta estima en que tienen la doctrina de la Iglesia. Es una gran gracia. Aunque el enemigo ha causado muchos males, no hace sin embargo todo lo que quisiera. Todavía hay algunos “valientes” dispuestos a gastar sus fuerzas y energías para la defensa del Evangelio. Quiera el Señor aumentar su número; quiera él también acrecentar el poder de su testimonio, y, por último, hacernos cada día más agradecidos por tener ante nosotros, en su Palabra, la verdadera posición y la verdadera senda de sus siervos en estos últimos días, y los principios que solamente pueden sostenernos en medio de las numerosas luchas y la creciente confusión. Todo lo que nos hace falta, es ser guardados fieles hasta el fin. Si buscamos hacer algún ruido en el mundo, o crear un testimonio, seremos decepcionados; pero si nos contentamos con marchar humildemente con nuestro Dios, tendremos motivos de regocijarnos, y nuestro trabajo no será en vano en el Señor.

David había querido hacer mucho en su vida, y su pensamiento era sincero; pero tuvo que aprender que la voluntad de Dios respecto de él era que debía servir “a su propia generación” (Hechos 13:36). Nosotros también debemos aprender esto; debemos aprender que un espíritu humilde, un corazón devoto, una conciencia delicada, un propósito recto, son mucho más preciosos a los ojos de Dios que los meros servicios exteriores, por más brillantes y atractivos que parezcan. “El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22). Saludables palabras, en un día de religiosidad como el presente, en el cual el principio divino es apenas mantenido.

Que el Señor nos guarde fieles hasta el fin, de modo que, sea que durmamos en Jesús, como aquellos que nos precedieron, o que seamos arrebatados para recibirle en el aire, seamos “hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 Pedro 3:14). Mientras tanto, meditemos la palabra del apóstol a su hijo Timoteo:

“ El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo  
(2 Timoteo 2:19).

## El profeta Elías

El ejercicio del ministerio profético en Israel siempre era la prueba de la decadencia del pueblo. Mientras las grandes instituciones nacionales se mantenían vigentes, y el mecanismo de la economía mosaica marchaba conforme a su concepción original, no había necesidad de ninguna acción extraordinaria y, por tal motivo, no se oía la voz de un profeta. Pero cuando comenzó el declive, cuando las leyes y las ordenanzas que habían sido promulgadas, y que emanaron de Dios mismo, dejaron de ser guardadas y cumplidas en su antiguo espíritu y en su poder original, entonces surgió la necesidad de agregar algo que supliera esta falta, a saber: la energía del Espíritu Santo en los profetas.

En todos los detalles relativos al culto y a las ceremonias levíticas, no había elementos para formar o mantener un ministerio como el de Elías el tisbita; en ellos predominaba demasiado el elemento carnal para poder lograr esto. El mensaje de un profeta solo podía ser anunciado en el poder del Espíritu Santo; por lo tanto, mientras las ordenanzas levíticas cumplieran su objetivo, el Espíritu no tenía necesidad de desplegar ninguna nueva energía.

Un ministerio como el de Elías no era necesario en los días de gloria y grandeza de Salomón; entonces, todo estaba en orden, toda la maquinaria marchaba bien, cada engranaje, cada tornillo, todo funcionaba bien en su lugar: el rey, en el trono, llevaba el cetro para salvaguardar los intereses civiles de Israel; el sacerdote, en el templo, cumplía debidamente sus funciones religiosas; los levitas y los cantores estaban en sus puestos; en una palabra, todo marchaba con un orden tal, que no era necesaria la voz de un profeta.

Sin embargo, todo esto pronto cambió. La corriente del mal se elevó con una fuerza tal que arrojó los mismos cimientos del sistema político y religioso de Israel. El reino se dividió, y, con el tiempo, hombres impíos ascendieron al trono de David, y sacrificaron los intereses del pueblo de Dios sobre el altar de sus vergonzosas concupiscencias. El mal alcanzó tal magnitud que finalmente el perverso Acab, con su mujer Jezabel, ocuparon el trono desde el cual un tiempo atrás Salomón había administrado el juicio de Dios.

Jehová no podía soportar más tal estado de cosas. No podía permitir que la marea del mal subiese aún más: esta es la razón por la cual saca de su aljaba una saeta bruñida a fin de traspasar la conciencia de Israel, por si pudiese atraer a su pueblo a su posición de feliz dependencia de su



Dios. Esta saeta era Elías el tisbita, el intrépido e incorruptible testigo de Dios, quien permaneció en la brecha en un momento en el que todos parecían haberse alejado del campo de batalla, por su incapacidad de resistir al impetuoso torrente.

Pero antes de considerar la vida y el ministerio de este notable hombre, bien puede ser de provecho hacer una observación sobre el doble carácter del ministerio profético. Al considerar el ministerio de los profetas, veremos que no solo cada uno de ellos tenía un ministerio particular que le había sido confiado, sino también que, en un mismo profeta, un doble objeto debía cumplirse: el Señor tiene en vista actuar en la conciencia de los suyos para volverlas sensibles al mal imperante, y al mismo tiempo dirigir los ojos de los fieles a la gloria venidera. El profeta, por el Espíritu Santo, presentaba la luz y la verdad de Dios a los corazones y a la conciencia del pueblo; revelaba plena y fielmente todo el mal oculto en el interior del alma; señalaba abiertamente la deplorable caída de Israel y su alejamiento de Dios, y derribaba al mismo tiempo los fundamentos del falso sistema religioso que los hijos de Abraham erigieron alrededor de sí.

Pero el oficio del profeta no terminaba allí; si se hubiese limitado a hablar de la humillante historia de la caída del pueblo y de la pérdida de su antigua gloria, habría sido en gran manera desalentador. A esta solemne y seria declaración: “*¡Te perdiste, oh Israel!*”, el profeta, por gracia, podía añadir esta otra certeza consoladora de parte de Dios: “*Mas en mí está tu ayuda*” (Oseas 13:9). Esto nos ofrece el desarrollo de los dos elementos que constituían el ministerio de los profetas: la ruina total de Israel, y la gracia triunfante de Dios. Vemos así la desaparición de la gloria de Israel, en relación con su desobediencia y sobre la base de esta desobediencia, y su regreso final y establecimiento permanente, en relación con la obediencia y la muerte del Hijo de Dios, y sobre la base de esta obediencia y esta muerte.

A la verdad, podemos decir que este ministerio era de un carácter muy elevado y muy santo. Era una comisión gloriosa ser llamado a presentarse en medio de los escombros de un sistema arruinado y quebrantado, y poder señalar el feliz momento en el que Dios se manifestará a sí mismo mediante los resultados inmortales de su propia gracia redentora, para gozo de sus redimidos así en el cielo como en la tierra. Y, después de todo, ¿qué es esta gracia sino el Evangelio? ¿En qué difiere el ministerio del profeta al del evangelista? En nada. ¿Acaso el evangelista no tiene también la misión de dar testimonio a la conciencia de sus semejantes, de anunciar la perdición del hombre, a la vez que proclama el valor infinito de la obra perfecta de Jesús? Tal es el testimonio del evangelista. Por un lado, muestra la caída total del hombre, la ruina y vanidad de toda

pretensión humana; y, por otro, pregona la plena manifestación de las glorias divinas según los consejos de Dios en la Redención. ¡Glorioso, bendito y divino ministerio! ¡Honorable comisión! ¡Ojalá que muchos corazones reconozcan su verdadero valor!

## **Primer mensaje del profeta**

comparación con la lista negra de las transgresiones de Acab, quien había elegido a la malvada Jezabel, hija del incircunciso rey de los sidonios, para ser la compañera de su corazón y de su trono; este solo hecho bastaba para asegurar la opresión de Israel y la entera subversión de su antiguo culto. El Espíritu Santo resume todo esto con las siguientes palabras: “Acab hizo más para provocar a ira a Jehová el Dios de Israel, que todos los reyes de Israel que habían sido antes de él” (1 Reyes 16:33, V. M.). Esto es más que suficiente para describirlo. Todos los reyes desde Jeroboam hasta él, habían hecho lo malo delante de Jehová; pero el hecho de ser peor que todos ellos, indicaba un carácter tan culpable y corrompido como fuera posible. Sin embargo, tal era Acab; tal era el hombre que reinaba en el trono del antiguo pueblo de Dios cuando Elías el tisbita comenzaba su testimonio profético.

Es algo particularmente penoso para el corazón contemplar una escena como la que presenta el reinado de Acab. Todas las luces habían sido apagadas, toda voz de testimonio acallada; el firmamento en el cual, de cuando en cuando, habían resplandecido tantas brillantes luminarias, se veía ahora todo sombrío y nublado. La muerte parecía extenderse por toda la escena, el diablo parecía que iba a avasallar todo con mano fuerte, cuando, por fin, Dios, en su misericordia hacia su pueblo oprimido y descarriado, suscitó un brillante y poderoso testigo para Él en la persona de nuestro profeta. Pero entonces, es precisamente en un momento como este cuando un verdadero testigo de Dios está en condiciones de producir el efecto más poderoso y de ejercer la más extensa influencia. Después de una larga sequía, la lluvia hace sentir todas sus virtudes refrescantes. El escenario estaba, por decirlo así, preparado para que un hombre fuerte y valiente apareciese y actuase con una energía divina contra la creciente marea de la iniquidad.

Sin embargo, es bueno observar que Elías, como todos sus consiervos, nos es presentado en circunstancias de disciplina secreta antes de su aparición en público. Esta es una característica que se encuentra en la historia de todos los siervos de Dios, sin exceptuar a Aquel que fue, por excelencia, *el Siervo*. Todos fueron formados e instruidos por Dios en secreto, antes de actuar en público entre los hombres; además, aquellos que comprendieron más profundamente el significado y valor de esta secreta preparación, fueron aquellos cuyo servicio y testimonio públicos

tuvieron más eficacia y duración. El que llega a una posición pública que rebasa la medida de los ejercicios secretos de su alma delante de Dios, tiene muchos motivos para temblar por el destino de su ministerio, el que seguramente será un fracaso.

Si la estructura de un edificio excede la capacidad de soporte de sus fundamentos, el edificio tambaleará y terminará desplomándose. Si un árbol extiende sus ramas a un punto que sobrepasa la profundidad de sus raíces, difícilmente será capaz de resistir la violencia de la tempestad y, tarde o temprano, caerá; lo mismo ocurre con aquel que entra en el ministerio público: es necesario que, previamente, haya estado *a solas con Dios*, que su espíritu haya sido ejercitado en particular; que, en su propia experiencia, haya pasado por las aguas profundas; de otro modo no será más que un teórico, y no un testigo; es necesario que su oído esté abierto para oír antes que su lengua pueda hablar como aquella de los sabios (Isaías 50:4).

¿Qué ha sido de todas aquellas luminarias aparentemente tan resplandecientes que, de tanto en cuando, cruzaron repentinamente el sendero de la Iglesia de Dios, pero que súbitamente desaparecieron detrás de las nubes? ¿De dónde venían y adónde fueron? ¿Por qué dejaron tan pocos rastros? Lamentablemente, no eran sino centellas encendidas por los hombres; no había en ellos profundidad, ni realidad, ni fuerza para perseverar. Por eso, después de haber brillado por un tiempo, rápidamente se eclipsaron, sin tener otro efecto que el de aumentar las tinieblas circundantes, o al menos la conciencia de estas profundas tinieblas.

Todo verdadero siervo de Dios debe poder decir, según su medida, como el apóstol: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Corintios 1:3-4).

El capítulo 17 del primer libro de los Reyes nos relata la primera aparición de Elías en público; pero el Espíritu, en la epístola de Santiago, ha querido darnos una reseña más antigua de la historia del profeta; y esta revelación está llena de instrucción para nosotros, cualquiera que sea nuestra esfera de servicio. El historiador sagrado introduce a nuestro profeta de una manera que puede parecer un poco brusca. Nos lo presenta de repente, entrando intrépidamente en la escena de sus trabajos, con estas serias y solemnes palabras: “Vive Jehová Dios de Israel”, pero nada nos habla aquí de las anteriores experiencias del profeta, ni se nos refiere cómo aprendió la forma por la cual el Señor quería que hablase: de todo esto, aunque importa saberlo, el Espíritu Santo, en el historiador, no dice nada; se limita a presentarnos a este hombre de Dios en el santo ejercicio de

un poder que había obtenido en secreta comunión con Dios. El historiador nos muestra a Elías actuando en público, sin enseñarnos nada más. Pero el apóstol nos revela el secreto de la oración que Elías eleva a *Dios*, antes de entrar en su servicio activo delante de los *hombres*. “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses” (Santiago 5:17).

Si el Espíritu Santo no nos hubiese revelado este importante hecho por la pluma de Santiago, habríamos sido privados de uno de los móviles más poderosos de la oración; pero la Escritura es perfecta –divinamente perfecta–; no le falta nada de lo que debe tener, y no tiene nada que no deba estar; por eso Santiago nos revela los secretos momentos de lucha y oración de Elías, y nos lo muestra en su recogimiento en los montes de Galaad, donde, sin duda, había llorado por el lamentable estado de las cosas en Israel, y donde se había fortificado en espíritu para la obra que iba a cumplir.

Esta circunstancia en la vida de nuestro profeta, nos ofrece una enseñanza muy útil. Vivimos en un tiempo de gran pobreza moral y escasez espiritual, de modo que el estado de la Iglesia bien puede recordarnos la visión de los huesos secos de Ezequiel. No solo debemos hacer frente a los males que caracterizaron los siglos pasados, sino también a esta corrupción, ya madura, de una época en que las diversas manchas del mundo gentil se encuentran unidas a la profesión cristiana y se revisten del manto de esta profesión. Y si, de en medio de esta confusión, nos dirigimos a aquellos cuyo conocimiento de la verdad y alta profesión que hacen, nos alentaría naturalmente a esperar una actividad cristiana más sana y vigorosa, hallamos, lamentablemente, en la mayoría de los casos, que el conocimiento es solo una teoría fría y sin poder, y que la profesión es totalmente superficial, sin ninguna influencia en los sentimientos y afectos del hombre interior. Entre las personas de esta clase, se verá también que la verdad de Dios solo tiene para ellas poco interés y poco atractivo (por no decir ninguno); poseen tanto conocimiento intelectual, que no se les puede presentar nada de lo que no sepan algo; de ahí que escuchen con oídos indiferentes toda exposición de doctrinas cristianas; ya no encuentran más lo picante de la novedad en esta exposición de verdades y, por consecuencia, apenas si prestan atención.

En tal estado de cosas, ¿cuál es el recurso del fiel? ¿Qué puede él hacer? Solo la oración –la oración paciente y perseverante, en comunión íntima con Dios– puede guardarlo; un ejercicio profundo y real del alma en Su presencia: solo allí puede formarse un verdadero concepto de sí mismo y de las cosas que lo rodean; y es también allí donde se obtiene el poder espiritual suficiente para actuar para la gloria de Dios, ya sea entre nuestros hermanos, o afuera frente al mundo.

## Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras



(Santiago 5:17);

y se hallaba en medio de una negra apostasía, de un alejamiento general de los corazones respecto de Dios; veía desaparecer a los fieles de en medio de los hijos de los hombres, el mal que subía como la marea alrededor de él y la luz de la verdad que se debilitaba cada vez más; el altar de Baal había reemplazado el altar de Jehová, y los gritos de los sacerdotes de Baal ahogaban los cánticos sagrados de los levitas: en una palabra, todo lo que contemplaban sus ojos, no era sino una enorme masa de escombros y ruinas; Elías lo sentía, lloraba sobre estas ruinas; y, más aún: “*oraba fervientemente*”. He aquí el recurso, el recurso seguro e infalible, del profeta afligido: busca un refugio en la presencia de Dios, y allí derrama su corazón y sus lágrimas al pensar en la horrible caída y en las desgracias de su amado pueblo; estaba sinceramente preocupado por la triste condición de todo lo que lo rodeaba: eso era lo que lo impulsaba a orar, a orar como debía hacerlo, no fríamente, por formalismo ni de vez en cuando, sino “fervientemente” y con perseverancia.

Este es un bello ejemplo para nosotros. Nunca hubo un tiempo en que fuera más necesario orar con fervor en la Iglesia de Dios que el presente. El diablo parece desplegar todo su maléfico poder para agobiar los espíritus y paralizar la actividad del pueblo de Dios; con unos, se sirve de su empleo público o de su oficio; con otros, de sus pruebas familiares; y con otros todavía, del dolor y los conflictos personales: en una palabra, “muchos son los adversarios” (1 Corintios 16:9), y nada, excepto “el poder de Su fuerza” (Efesios 1:19), puede hacernos capaces de luchar con ellos y salir victoriosos. Pero Elías no solo fue llamado a pasar sano y salvo a través del mal en lo personal; su misión consistía en ejercer una influencia sobre los demás; fue llamado a actuar para Dios en un tiempo de decadencia, y debió hacer esfuerzos para hacer volver a su nación al Dios de sus padres: ¡Cuánto necesitaba, pues, buscar al Señor en secreto; cobrar fuerza espiritual en presencia de Dios, único lugar donde podía, no solo huir de sí mismo, sino también ser un instrumento de bendición para los demás! Elías sentía esa necesidad, y por eso “oró fervientemente para que no lloviese” (Santiago 5:17).

Así fue como introdujo a Dios en la escena, y no dejó de lograr su objetivo, porque “no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses”. Dios jamás se rehusará a actuar cuando la fe se dirige a él, teniendo por motivo Su propia gloria; y sabemos que solo sobre esta base el profeta se dirigió a Dios. No podía hallar placer alguno al ver el país convertido en un desierto árido y estéril, ni viendo a sus hermanos consumidos por el hambre y sus consiguientes horrores. No; el profeta

rogó fervientemente que no lloviese, con el solo propósito de hacer volver los corazones de los hijos a los padres, de tornar la nación a su antigua fe, de extirpar los principios de error que se habían apoderado de todas las mentes; y Dios lo oyó y le contestó porque esa petición había sido plantada por el Espíritu Santo en el alma de su querido siervo.

Podemos decir en verdad que *es bueno esperar a Dios*; no solo esta espera conduce a los felices resultados que manifiesta la manera en que Dios responde, sino que, independientemente de eso, hay mucha dulzura y consuelo en este ejercicio del alma en sí mismo. ¡Cuánta felicidad halla el creyente probado y tentado al encontrarse a solas con Dios! ¡Qué bendición poder derramar el corazón delante de Dios, haciendo subir los afectos hacia Aquel que solamente es capaz de elevarlo por encima del poder agobiador de las cosas presentes, transportándolo a la calma y a la luz de Su bendita presencia! ¡Ojalá que todos, pues, nos hallemos esperando más a Dios! ¡Que las dificultades de nuestros días sirvan de ocasión para acercarnos al trono de la gracia, y así no solo ejerceremos una saludable influencia en nuestras respectivas posiciones, sino que nuestros propios corazones serán consolados y animados por esta espera secreta en nuestro Padre!; porque nunca faltó la promesa: “Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Isaías 40:31). ¡Preciosa promesa! ¡Ojalá que la realicemos siempre más!

De este modo, Elías el tisbita entró en el sendero del servicio; salió del santuario de Dios, armado del poder divino, para actuar con eficacia sobre sus semejantes. Hay mucha fuerza en estas palabras:

Vive Jehová Dios de Israel, *en cuya presencia estoy.*

“

Nos presentan, de una manera muy notable, el fundamento sobre el cual descansaba el alma de este eminente siervo de Dios, y también el principio que lo sostenía en su ministerio. Estaba en la presencia de “Jehová Dios de Israel”, y, desde esta posición, podía hablar con poder y autoridad.

Pero ¡cuán poco sabía Acab de estos ejercicios secretos del alma de Elías, antes de que este saliese de su lugar de retiro para dirigir un llamado a la conciencia de ese rey malvado! No sabía que Elías había estado mucho tiempo sobre sus rodillas en secreto, antes de presentarse en público. Ignoraba todo esto; pero Elías era consciente de ello, y por eso pudo enfrentar con valentía al jefe de todo el mal, hablar al mismo rey Acab y anunciarle los juicios de un Dios justamente ofendido. En esto, nuestro profeta puede ser considerado como un bello modelo para todos

aquellos que son llamados a hablar en el nombre del Señor. Todos estos, en virtud de su misión divina, deberían sentirse que están completamente por encima de la influencia de la opinión de los hombres. ¡Cuán a menudo ocurre que aquellos que pueden hablar con cierto grado de poder y libertad en presencia de ciertas personas, delante de otras se hallan trabados y puede que completamente impedidos de hablar! Ciertamente esto no sucedería, si comprendieran claramente, no solo que recibieron su comisión de lo alto, sino también que la cumplen en la presencia del **Dios vivo**.

El mensajero del Señor nunca debe dejarse influenciar por aquellos a los cuales anuncia su mensaje; debe estar por encima de ellos, a la par que toma el humilde lugar de siervo. Su lenguaje debiera ser: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano (*anthropines hemeras*)” (1 Corintios 4:3). Este, en la perfección, era el caso de nuestro adorable Señor. ¡Cuán poco se dejaba influenciar por los pensamientos o los juicios de aquellos a quienes se dirigía! Podían contradecir sus palabras, oponerse y rechazarlas; pero, esta oposición jamás le hizo perder de vista, ni por un instante, el hecho de que fue enviado por Dios. Durante toda su carrera terrestre, no dejó de ser animado de la santa y fortificante seguridad que expresó en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres” (Lucas 4:18). Vemos aquí en qué consistía el fundamento de su ministerio como Hijo del hombre: “en el poder del Espíritu” (v. 14); de ahí que siempre era consciente de ser el ministro de Dios y, como tal, estaba completamente por encima de la influencia de aquellos con los cuales trataba. “Mi doctrina no es mía” –decía– “sino de aquel que me envió” (Juan 7:16). Él bien podía decir en toda verdad: “Jehová Dios de Israel, *en cuya presencia estoy*”. Era siempre el “mensajero de Jehová” que hablaba “por mensaje de Jehová al pueblo” (Hageo 1:13, V. M.). Ahora bien, todos aquellos que ocupan el lugar de siervos o mensajeros del Señor, ¿no deberían procurar saber más de esta santa elevación del espíritu sobre los hombres y las circunstancias? ¿No deberían aspirar a librarse más de la influencia de los pensamientos y juicios humanos? ¿Qué tenemos que ver con lo que los hombres piensan acerca de nosotros? Nada. Ya sea que nos escuchan o nos rehúyan, que reciban nuestro mensaje o lo rechacen, que seamos estimados a causa de nuestra obra o menospreciados, que nuestro objetivo, nuestro objetivo permanente, sea siempre recomendarnos “como ministros de Dios” (2 Corintios 6:4).

Pero notemos aún con qué poder y autoridad habla nuestro profeta: “No habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra” (1 Reyes 17:1). Se sentía tan perfectamente seguro de estar en la presencia de Jehová, de pronunciar las palabras de Jehová y de estar plenamente identifica-

do con los intereses de Jehová, que podía decir: “sino por mi palabra”. Tal era el privilegio del mensajero del Señor, que llevaba Su mensaje, y tales son también los maravillosos resultados de la oración en secreto. “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses” (Santiago 5:17). ¡Que este ejemplo pueda actuar como un poderoso incentivo para todos aquellos que, en estos días de debilidad general, desean trabajar para Dios! Es menester que pasemos más tiempo en la presencia de Dios, en un sentimiento real de nuestras necesidades; si sintiésemos nuestras miserias mucho más de lo que lo hacemos, manifestaríamos aún más *el espíritu de oración*. Y ese espíritu de oración es precisamente el que nos falta, el cual pone a Dios en el lugar que le corresponde: el de Dador, y a nosotros en el nuestro como los vasos de su gracia. Pero ¡cuán a menudo nos dejamos engañar por puras y vanas formas de oraciones; por la expresión formalista de palabras que no tienen ninguna realidad en nuestros corazones! Muchos también se hacen una especie de dios de la oración, los cuales permiten que sus oraciones se tornen en obstáculos entre sus almas y el Dios de la oración. Es una gran trampa. Debemos velar siempre para que nuestras oraciones emanen naturalmente de la acción de Espíritu dentro de nosotros, a fin de que no sean una mera y supersticiosa práctica de un acto que pensamos que debiera cumplirse.

## El profeta en el retiro

No bien nuestro profeta hubo dado su testimonio, se le llamó nuevamente a soledad y retiro, lejos de las miradas del pueblo. Y vino a él palabra de Jehová, diciendo:

“ Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y *escóndete* en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán  
(1 Reyes 17:3-4).

Estas palabras están llenas de profunda instrucción. Elías acababa de asumir un lugar muy destacado delante de todo Israel, y aunque su acción era el resultado de una soledad previa y de un ejercicio de alma en la presencia de Dios, sin embargo ese Dios fiel para el cual había actuado, juzgó necesario llamarlo de nuevo a retiro, lejos de la muchedumbre, para que así pudiese aprender no solo a ocupar una posición elevada frente a sus hermanos, sino también a tomar un lugar humilde delante de Dios. Todo esto, lo repito, está lleno de enseñanza para nosotros. Es necesario mantenernos en la humildad. Es necesario que la carne sea quebrantada. Para eso, es necesario dedicar mucho más tiempo a nuestra *preparación en secreto* que a nuestra *actividad en público*. Elías, solo por un momento se había presentado en público como testigo de Jehová, y esto incluso después de haber estado mucho tiempo a solas con Dios; e inmediatamente después, debe



desaparecer de la escena y ocultarse de nuevo durante tres años y medio. ¡Oh, qué poca confianza merece el hombre! ¡Qué difícil nos resulta conducirnos bien en una posición de honor! ¡Qué pronto nos olvidarnos de nosotros mismos y de Dios! Veremos más tarde cuánta necesidad tenía el mismo profeta fiel de ser guardado asimismo en el retiro. El Señor conocía el temperamento y las tendencias de su siervo, y procedía con él según sus necesidades. ¡Oh! Es muy humillante pensar cuán poco se puede confiar en nosotros respecto al testimonio público que debemos dar para Cristo; estamos tan llenos de nosotros mismos, tan dispuestos a imaginar vanamente que somos algo, y que Dios quiere hacer grandes cosas a través de nosotros, que tenemos gran necesidad, como nuestro profeta, de escuchar la voz que nos dice “escóndete”, que nos alejemos de las miradas del público, a fin de aprender, en la santa tranquilidad de la presencia de nuestro Padre, cuál es nuestra nulidad.

Nuestro amado Maestro actuó de la misma manera con sus enviados, cuando vinieron a él llenos de importancia a causa de su servicio, diciendo: “Señor, aun los demonios se nos sujetan” (Lucas 10:17). ¿Cuál fue la respuesta de Jesús?: “Venid vosotros aparte a un lugar desierto” (Marcos 6:31). Un cristiano espiritual percibirá en seguida la importancia de tal retiro. No sería bueno para nosotros estar constantemente en presencia de los hombres; ningún ser humano podría soportarlo. El mismo Hijo de Dios buscaba frecuentemente la soledad, donde, lejos del bullicio y el ajetreo de la ciudad, podía gozar de un tranquilo lugar de retiro para entregarse a la oración y a la comunión secreta con Dios. “Jesús se fue al monte de los Olivos”. “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Juan 8:1; Marcos 1:35). Pero no lo hacía porque tuviese necesidad de ocultarse, ya que su vida entera sobre la tierra fue una vida de completa abnegación. El espíritu de su ministerio se describe en estas palabras: “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió” (Juan 7:16). ¡Oh! ¡Si todos los siervos del Señor fuesen realmente animados por el mismo espíritu! Todos necesitamos ocultar más el yo: mucho más de lo que habitualmente lo hacemos.

El diablo actúa de tal manera sobre nuestros pobres corazones; nuestros pensamientos giran tanto en torno a nosotros mismos; y, lamentablemente, hacemos tan a menudo de nuestro miserable servicio, e incluso de la verdad de Dios, un pedestal para servir de apoyo a nuestra propia gloria, que no debemos extrañarnos si el Señor no se sirve mucho de nosotros; ¿cómo podría emplear a agentes que no le dan a Él toda la gloria? ¿Cómo se valdrá el Señor de Israel para Su servicio, cuando este está siempre propenso a vanagloriarse? ¡Oh! Pidámosle a nuestro Dios que seamos más verdaderamente humildes, más pequeños en nuestra propia estima, más dispues-

tos a ser considerados como “un perro muerto” o como “una pulga”, “como la escoria del mundo”, o como nada en absoluto, por amor al nombre de nuestro misericordioso Señor (1 Samuel 24:14; 1 Corintios 4:13).

Elías fue llamado a permanecer varios días en su retiro solitario junto al arroyo de Querit; pero no sin tener una preciosa promesa de Jehová Dios de Israel, respecto al sustento que necesitaba; en efecto, fue allá acompañado de esta misericordiosa seguridad: “Yo *he mandado* a los cuervos que te den allí de comer” (1 Reyes 17:4). El Señor cuidaría de su querido siervo mientras estuviera oculto a la vista del pueblo, y proveería a sus necesidades, aunque fuese por medio de cuervos. ¡Qué singular provisión! ¡Qué ejercicio continuo de fe se requería en esta posición, cuando se es llamado a esperar las visitas diarias de aves, que naturalmente habrían sido empujadas por su instinto a devorar el alimento del profeta! Pero, ¿de estos cuervos dependía la vida de Elías? ¡Ciertamente no! Su alma descansaba en estas preciosas palabras: “Yo *he mandado...*”. Para él, Dios era su socorro, y no los cuervos. Tenía al Dios de Israel con él en su retiro, donde vivía por fe.

¡Qué inapreciable bendición para el corazón poder así, con una sincera sencillez, aferrarse a la promesa de Dios! ¡Cuán precioso es ser elevado por sobre la influencia de las circunstancias, en el sentimiento de la presencia y los cuidados de Dios! Mientras Elías se ocultaba de los hombres, Dios se le manifestaba. Y siempre será así. Solo pongamos al yo de lado, y podemos estar seguros de que Dios se revelará con poder a nuestras almas. Si Elías hubiese seguido ocupando una posición pública eminente, habría sido dejado sin ningún recurso. *Debía esconderse*, porque la corriente de los refrescantes recursos divinos no llegaba a él sino en ese lugar de retiro y renunciamiento de sí mismo. “Yo he mandado a los cuervos que te den *allí* de comer”. Si el profeta hubiese estado en cualquier otro lugar que no fuese “*allí*”, no habría obtenido absolutamente nada de Dios.

¡Qué enseñanza hay en todo esto para nosotros! ¿Por qué nuestras almas son tan pobres y estériles? ¿Por qué bebemos tan poco en el torrente que Dios ha preparado para nuestro refrigerio? Porque no nos ocultamos lo suficiente nosotros mismos. No tenemos ningún derecho a esperar que Dios nos fortifique y nos restaure solo en vista de una gloria terrenal. Él quiere fortificarnos para Sí mismo. Si solo pudiésemos comprender más que “no somos nuestros” (1 Corintios 6:19), gozaríamos de una mayor fuerza espiritual.

Pero hay también algo más en el alcance de esta pequeña palabra “*allí*”. Elías debía estar “*allí*” —en el arroyo de Querit— y en ninguna otra parte, para poder gozar de la bendición de los recursos de Dios; y es exactamente igual para el creyente en nuestros días; debe conocer el lugar donde Dios quiere que esté y more. No tenemos el derecho de escoger nuestro lugar, porque es el Señor quien determina “los límites de nuestra habitación” (véase Hechos 17:26); y bienaventurado es para nosotros saberlo y someternos a Su sabia y misericordiosa determinación. A los cuervos se les mandó proveerle pan y carne al profeta en el arroyo de Querit, y allí solamente; él habría podido querer ir a establecerse en otro lugar, pero si lo hubiese hecho, habría tenido que proveer él mismo a su subsistencia: ¡Cuánto más feliz es dejar que Dios provea a sus necesidades “*allí*”! Es lo que experimenta Elías, por lo que no vaciló en ir a Querit, porque Jehová había “mandado a los cuervos que le den *allí* de comer”. La provisión divinamente ordenada puede ser recibida solo en el lugar divinamente determinado.

Elías debió pasar así de soledad en soledad. Había venido de las montañas de Galaad, con un mensaje de Jehová Dios de Israel para el rey y, tan pronto como transmitió este mensaje, fue conducido de nuevo, por la mano de Dios, a un aislamiento absoluto, donde su espíritu sería ejercitado y su fuerza renovada en la presencia de Dios. Y ¿quién querrá privarse de estas dulces y santas lecciones enseñadas en el secreto? ¿Quién querría desaprovechar esta disciplina dada por la mano de un Padre? ¿Quién no desearía ser llevado lejos de los ojos de los hombres, y puesto por sobre las influencias de las cosas terrenas y naturales, hacia la luz pura de la presencia divina, donde el yo y todo lo que lo rodea son considerados y estimados según la medida del santuario? En una palabra, ¿quién no desearía estar a solas con Dios, pero no en un sentido puramente sentimental de este término, sino solo con Él de forma real, práctica y experimental? Solo como Moisés en el monte de Dios; solo, como Aarón en el lugar santísimo; solo, como nuestro profeta en el arroyo de Querit; solo, como Juan en la isla de Patmos; y, sobre todo, solo, como Jesús en el monte.

Cabe preguntarnos aquí lo que significa estar a solas con Dios. Es poner a un lado el yo y el mundo; tener nuestro espíritu lleno de los pensamientos de Dios, de sus excelencias y perfecciones; dejar que todo su bien pase ante nuestra vista (véase Éxodo 33:19); considerarlo como Aquel que actúa *por* nosotros y *en* nosotros; estar por encima de la carne y sus razonamientos, del mundo y sus caminos, de Satanás y sus acusaciones, y, sobre todo, sentir que hemos sido introducidos en esa santa soledad, simple y exclusivamente por la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo.

He aquí algunos de los resultados de estar a solas con Dios. Pero, en realidad, estas son cosas que difícilmente puede uno explicar a los demás, porque cada santo verdaderamente espiritual tendrá sus propios sentimientos sobre el tema, y comprenderá mucho mejor lo que significa en su propia experiencia.

Bien podemos, al menos, anhelar estar siempre más en el secreto de la presencia de nuestro Padre, acabar de una buena vez con nuestros penosos y miserables esfuerzos para mantener *nuestro carácter* o *nuestra posición* aquí abajo, y conocer el gozo, la libertad, la paz y la perfecta sencillez del santuario, donde Dios, en la variedad de sus atributos y perfecciones, se presenta a nuestras almas y nos llena de dicha inefable.

*Ocupar mi lugar en el santo lugar,  
Conocer a Dios como mi Dios,  
Es una fuente inagotable  
De gozo inefable.*

Pero aunque Elías estuvo así en una feliz soledad junto al arroyo de Querit, no se vio privado de los profundos ejercicios de alma que acompañan una vida de fe. Los cuervos, es cierto, en obediencia al mandato divino, visitaron cada día al profeta, y el torrente de Querit seguía ininterrumpidamente su tranquilo curso, de modo que “se le daba su pan, y sus aguas eran seguras” (Isaías 33:16); y así, al menos en lo que concernía a su persona, podía olvidar que la vara del juicio se extendía sobre el país.

Pero la fe debe ser puesta a prueba; no se le puede permitir al hombre de fe reposar “sobre su sedimento”; debe ser, como el vino, “vaciado de vasija en vasija” (Jeremías 48:11). Un hijo de Dios debe pasar de una clase a otra en la escuela de Cristo, y cuando, por gracia, haya sorteado las dificultades de una, será necesariamente llamado a afrontar las de la otra. Era, pues, indispensable que el alma del profeta fuese probada a fin de que se manifestase si él confiaba en el arroyo de Querit o en Jehová Dios de Israel; por eso leemos que “pasados algunos días, *se secó el arroyo*” (1 Reyes 17:7). Por la debilidad de la carne, siempre corremos el peligro de que nuestra fe se apoye en las circunstancias y dependa de ellas, de modo que, cuando estas nos son favorables, creemos que nuestra fe es fuerte, y viceversa. Pero la fe jamás contempla las circunstancias; ella pone su mirada directamente en Dios, tiene que ver exclusivamente con Él y con sus promesas. Y así ocurrió con Elías; poco le importaba si Querit seguía corriendo o no; podía decir, con un poeta cristiano:

*Cuando todo manantial se agote aquí,  
Tendrá siempre mi alma una fuente en Ti*

Dios era para él una fuente, una fuente inagotable que nunca falla. El arroyo podía secarse bajo la influencia de la sequía imperante, pero ninguna sequía podía alcanzar a Dios, y el profeta lo sabía; sabía que la palabra de Jehová era tan cierta, tan segura –ya como su parte o como fundamento de sus esperanzas– en la sequía de Querit, como lo había sido durante su estancia en sus orillas; y sucedió así porque “vino luego a él palabra de Jehová, diciendo: Levántate, vete a Sarepta de Sidón, y mora allí; he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente” (v. 8-9). La fe de Elías debía descansar siempre sobre la misma base inmutable: “Yo he mandado”. ¡Qué bendición! Las circunstancias cambian, las cosas del hombre fracasan, las fuentes de las criaturas se secan, pero Dios y su Palabra son siempre los mismos, ayer, hoy y por los siglos. El profeta no parece desconcertarse en absoluto ante esta nueva orden que recibe de lo alto. No, porque, como Israel antiguamente, había aprendido a fijar y levantar su tienda conforme a los movimientos de la nube de Jehová. El campamento de entonces fue llamado a seguir atentamente la marcha de las ruedas de este carro celestial que iba adelante hacia el país de la promesa, y que, aquí y allí, hacía un alto en el desierto para dar al pueblo unos momentos de descanso; y ocurre exactamente lo mismo con Elías: permanecerá en su puesto solitario a orillas del Querit, o bien tomará el camino de Sarepta de Sidón, sin apartarse jamás de la obediencia a “la palabra del Jehová”.

A los israelitas de antaño no les estaba permitido trazar sus propios planes; Jehová planificaba y ordenaba todo para ellos; les indicaba el momento de ponerse en marcha, la dirección a seguir y el lugar donde debían detenerse; de cuando en cuando les manifestaba Su soberano beneplácito por los movimientos de la nube sobre sus cabezas. “Si dos días, o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo permaneciendo sobre él, los hijos de Israel seguían acampados, y no se movían; mas cuando ella se alzaba, ellos partían. Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían, guardando la ordenanza de Jehová como Jehová lo había dicho por medio de Moisés” (Números 9:22-23). Tal era la feliz condición de los redimidos de Jehová en su viaje de Egipto a la tierra de Canaán. En cuanto a sus movimientos, jamás podían seguir *su propio camino*. Si un israelita se hubiese negado a partir cuando la nube se alzaba, o a detenerse cuando se detenía, él mismo habría sido condenado a morir de hambre en el desierto. La peña y el maná iban con los hijos de Israel mientras seguían a Jehová; en otros términos, el alimento y el refrigerio solo se hallaban en el camino de la simple obediencia. Aquí todavía vemos

exactamente lo mismo con Elías; no le estaba permitido tener una voluntad propia; no podía fijar el tiempo de su estancia en Querit, ni el de su partida para Sarepta; “la Palabra de Jehová” lo determinaba todo, y por la obediencia hallaba el alimento que necesitaba.

¡Qué lección para el creyente! La senda de la obediencia es la única senda de la felicidad. ¡Si pudiéramos combatir más al yo y subyugarlo, nuestro estado espiritual sería mucho más vigoroso y sano! Nada contribuye más a la salud y al vigor del alma que una obediencia invariable; se ganan fuerzas por los mismos esfuerzos que se realizan para obedecer. Esto es verdad para todos, pero especialmente para aquellos que tienen algún ministerio particular que cumplir para el Señor. Si quieren ser útiles en el ejercicio de su ministerio, deben andar en obediencia al Señor.

¿Cómo habría podido decir Elías, como lo hizo más tarde, en el monte Carmelo, “Si Jehová es Dios, *seguidle*” (1 Reyes 18:21), en el caso de que su propia marcha hubiese manifestado un espíritu obstinado y rebelde? Hubiese sido imposible. El camino de un siervo debe ser el camino de la obediencia, de otro modo deja de ser un siervo. La palabra *siervo* está tan inseparablemente ligada a la *obediencia*, como la palabra *trabajador* al *trabajo*. «Un siervo» –como alguien dijo– «debe moverse no bien oye el sonido de la campana». ¡Ojalá estemos más atentos y alertas a cada toque de campana de nuestro Maestro, y más prestos a correr en la dirección adonde nos llama! “Habla, Jehová, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:9). Que este sea nuestro lenguaje. Ya sea que la Palabra del Señor nos ordene salir de nuestro retiro para llevarnos a estar en medio de nuestros hermanos, o que de allí nos llame a regresar a nuestro retiro, que nuestro lenguaje sea siempre: “Habla, Jehová, porque tu siervo oye”. La Palabra del Señor, y el oído atento del siervo, es todo lo que necesitamos para ir hacia adelante de manera segura y feliz.

Ahora bien, esta senda de la obediencia no es de ninguna manera un camino fácil; implica el continuo renunciamiento propio, y no puede ser seguido a menos que el ojo esté fijo en Dios y la conciencia se halle bajo el efecto de Su verdad. Todo acto de obediencia lleva en sí, es cierto, una rica recompensa; pero la carne y la sangre deben ser puestas a un lado, y esto no es fácil por cierto. Lo podemos verificar en la marcha de nuestro profeta. Primero fue llamado para ir al arroyo de Querit y ser alimentado allí por los cuervos. ¿Cómo la carne y la sangre podían comprender tal cosa? Luego, cuando el arroyo se seca, Elías debe dirigirse a una ciudad cerca de Sidón, para ser sustentado allí por una viuda desprovista de todo, y que parecía estar por morir de hambre. Este es el mandato:

“ Levántate, vete a Sarepta de Sidón, y mora allí; he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente (1 Reyes 17:9).

Si Elías, una vez que llegó al lugar indicado, se hubiese guiado por las apariencias, no habría visto absolutamente nada que le confirmara las palabras del Señor. Al contrario, todo lo habría llenado de dudas y temores si hubiese mirado las circunstancias en este asunto. “Entonces él se levantó y se fue a Sarepta. Y cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí una mujer viuda que estaba allí recogiendo leña; y él la llamó, y le dijo: Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso, para que beba. Y yendo ella para traérsela, él la volvió a llamar, y le dijo: Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano. Y ella respondió: Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir” (v. 10-12). Esta fue la escena que se presentó a los ojos del profeta cuando llegó al destino que Dios le había fijado. Todo era triste y desolador para la carne y la sangre. Pero Elías no consultó con carne y sangre (véase Gálatas 1:16); su espíritu estaba sostenido por la inmutable palabra de Jehová; su confianza descansaba en la fidelidad de Dios, y no necesitaba la ayuda de las circunstancias exteriores. El horizonte podía parecer sombrío y amenazador a la vista de la carne, pero el ojo de la fe podía traspasar las nubes, y ver, más allá, el firme fundamento puesto para la fe en la excelente Palabra de Dios. ¡Cuán preciosa es, pues, la Palabra de Dios! Bien podemos decir con el salmista: “Por heredad he tomado tus testimonios para siempre” (Salmo 119:111). ¡Preciosa heredad! ¡Verdad pura, incorruptible e inmortal! ¡Cómo debemos bendecir a nuestro Dios por haber hecho de ella nuestra inalterable porción, que será para el fiel una realidad eterna, aun cuando todas las cosas sublunares se desvanezcan, cuando el mundo pase con sus concupiscencias, cuando toda carne sea consumida como la hierba!, “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:15).

Las circunstancias que se presentaron a los ojos del profeta a su llegada a Sarepta, eran pues: ¡Una viuda y su hijo que morían de hambre, dos leños, un poco de aceite y un puñado de harina! Sin embargo, la palabra de Dios era: “Yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente” ¡Qué prueba profundamente misteriosa para la fe! Pero Elías no “dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios” (Romanos 4:20). Sabía que era el Dios Altísimo, el Todopoderoso, el poseedor de los cielos y de la tierra, quien proveería a sus necesidades; por eso, aunque no tuviese aceite ni harina, nada le importaba, porque mira-

ba más allá de las circunstancias, al Dios que dirige las circunstancias. No era a la viuda a quien veía, sino a Dios; no confiaba en el puñado de harina, sino en el mandato divino; por eso su espíritu estaba perfectamente tranquilo e imperturbable en medio de circunstancias aplastantes para cualquiera que anduviere por vista; y así, sin ningún titubeo, podía exclamar: “Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra” (2 Reyes 17:14). Tal es la respuesta de la fe al lenguaje de la incredulidad. “Jehová ha dicho así”. Esto lo resuelve todo. Desde el momento que el espíritu entiende y acepta la promesa de Dios, se pone fin a los razonamientos de la incredulidad. La incredulidad coloca las circunstancias entre el alma y Dios, mientras que la fe pone a Dios entre el alma y las circunstancias. Esta es una diferencia muy importante. ¡Ojalá que andemos en el poder y la energía de la fe, para alabanza de aquel a quien la fe honra siempre!

Pero hay otro punto que cabe señalar en esta interesante escena: la manera en que la muerte se cierne siempre sobre aquellos que no andan por fe. “Para que lo comamos, y nos dejemos morir”, dijo la viuda (v. 12). La muerte y la incredulidad están inseparablemente unidas. El espíritu puede ser conducido en el camino de la vida solo por la energía de la fe; y si esta no es activa, no hay vida, ni poder, ni elevación.

Tal era el estado de esta pobre viuda; su esperanza de vida dependía de la tinaja de harina y de la vasija de aceite; fuera de esto, no veía ninguna fuente de vida, ninguna esperanza de prolongar su existencia. Su alma no conocía todavía la verdadera felicidad de la comunión con el Dios vivo, a quien solamente “*pertenece* librar de la muerte” (Salmo 68:20, V. M.). Ella no era capaz todavía de “creer en esperanza contra esperanza” (Romanos 4:18). ¡Lamentablemente, cuán pobre y frágil es la esperanza que se basa únicamente en una vasija de aceite y en una tinaja de harina! ¡Qué miserable es la espera que depende tan solo de la criatura! Y nosotros, ¿no somos demasiado propensos a apoyarnos en medios tan pobres y lamentables a los ojos de Dios como un puñado de harina? Sin duda que sí; siempre es así cuando el alma no comprende a Dios ni depende de él. Para la fe, es Dios o nada. Un puñado de harina, en la mano de Dios y a los ojos de la fe, proveerá recursos tan eficientes como “ganados *que pacen* sobre mil colinas” (Salmo 50:10, V. M.). Tenemos “cinco panes de cebada y dos pececillos; mas *¿qué es esto para tantos?*” (Juan 6:9). Este es el lenguaje del corazón humano; pero la fe jamás dirá: ¿qué es *esto* para tantos?, sino: ¿qué es *Dios* para tantas personas? La incredulidad afirma: *¡Nosotros* no podemos hacer nada! Y la fe: *Dios* puede hacerlo todo.



Antes de dejar este interesante punto de nuestro tema, ¿no haríamos bien en aplicar estos principios al pobre pecador cuya conciencia ha sido alcanzada? ¿Cuántas veces el culpable echa mano de un recurso vano para el perdón de sus pecados, en vez de aferrarse a la obra de Cristo consumada en la cruz, la que satisfizo para siempre las exigencias de la justicia divina, y que, por consiguiente, debe bastar para satisfacer todo lo que pudiera demandar una conciencia cargada del sentimiento de su culpabilidad!

“ No tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo (Juan 5:7).

Tal es el lenguaje del que todavía no había aprendido a mirar, por sobre todos los recursos humanos, directamente a Jesús. “*No tengo quien*”, dice el pobre pecador que se siente culpable y que no cree; pero el creyente afirma: tengo a *Jesús*; y puede añadir: «Así dice el Señor: la purificante eficacia de la sangre no fallará, su valor no disminuirá, hasta que el Señor haya llevado con seguridad y para siempre a todos sus redimidos a sus mansiones celestiales».

Por eso, si estas páginas cayeran en manos de algún pobre pecador vacilante, tembloroso y temeroso, lo invitaría a hallar el consuelo en la preciosa verdad de que Dios, en su gracia infinita, puso la cruz de Jesús entre él, pecador, y sus pecados, si solamente creyere en el testimonio divino. La gran diferencia entre un creyente y un incrédulo consiste en esto: para el primero Cristo está entre él y sus pecados; para el segundo los pecados están entre él y Cristo. Para el creyente, Cristo es su objeto supremo, y ya no considera más la enormidad de sus pecados, sino solo el valor de la sangre y la persona de Cristo, porque sabe que Dios no está ahora en el trono del juicio, sino en el trono de la gracia; si Dios estuviera sobre el primero, Sus pensamientos estarían ocupados solo con la cuestión del pecado; pero como ahora procede en gracia, sus pensamientos –bendito sea su Nombre– están únicamente ocupados con el precio de la sangre de su Hijo. ¡Ojalá gocemos de una comunión más sencilla y permanente con los pensamientos del cielo, e ignoremos más completamente las cosas y pensamientos de la tierra! ¡Quiera el Señor conceder esto a todos sus santos!

La corriente de ideas que precede no será considerada una vana digresión; pero volvamos a nuestro tema.

Ya mostramos que el hombre de fe debe ser “vaciado de vasija en vasija” (Jeremías 48:11). Cada escena, cada fase sucesiva de la vida del creyente no es sino como una entrada a una nueva clase de la escuela de Cristo, donde tiene alguna lección nueva y, naturalmente, más difícil que aprender. Pero cabe preguntarse si Elías se hallaba en circunstancias más penosas en Sarepta que en Querit. ¿No era mejor para él confiar en los cuidados de las simpatías humanas, que esperar que los cuervos le proveyesen de su alimento? Además, ¿no le resultaba más agradable hallarse en familia con seres humanos, que vivir en la soledad del torrente de Querit? Todo eso podía ser, sin duda; sin embargo, la soledad tiene sus dulzuras, y la sociedad sus pruebas. Intereses egoístas pululan entre los hombres, e impiden el goce real y puro de lo que la sociedad debiera proporcionar, y que brindará un día cuando la humanidad sea restablecida en el estado de perfección que recibirá de Dios.

Cuando nuestro profeta fijó su morada a orillas del arroyo de Querit, no oía expresiones tales como: “yo y mi hijo”. No había allí intereses egoístas que le impidiesen disfrutar de la provisión de Dios. Pero no bien deja su retiro para entrar en la sociedad humana, se da cuenta de que al corazón humano no le gusta que le toquen los objetos que ama; comprende todo el significado de las palabras: “yo y mi hijo”, manifestando las fuentes íntimas del egoísmo que dirige a la humanidad en su condición caída. Pero seguramente se dirá que para el corazón de la viuda era natural que pensase en ella y su hijo antes que en los demás; y, en efecto, era natural: es lo que la naturaleza hace siempre. Escuchemos las palabras de un verdadero hijo de la naturaleza: “¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua, y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son?” (1 Samuel 25:11). La naturaleza buscará siempre, primero, su propio interés, pues no está dentro de la esfera de este mundo perecedero llenar el alma humana hasta el punto de hacerla rebosar en beneficio de otros. Solamente es propio de la naturaleza de Dios obrar así. Es absolutamente imposible tratar de ensanchar el corazón del hombre por el medio que fuere, a menos que lo haga la rica gracia de Dios. Es lo único que llegará a abrir la puerta de los afectos del hombre a todos los desventurados. La benevolencia humana puede hacer mucho, cuando sus recursos son hartamente abundantes para alejar la posibilidad de privaciones personales, pero solo la gracia hará a un hombre capaz de pisotear su interés personal para atender las necesidades ajenas. “Tú serás loado cuando bien te trates” (Salmo 49:18, RV 1909). Este es el principio del mundo, del que nadie nos puede librar, excepto el conocimiento del hecho de que Dios nos hizo bien, y, además, de que es nuestro mejor interés permitirle seguir haciéndonos así hasta el fin. Ahora bien, fue el conocimiento de ese principio *divino* lo que permitió al profeta decir estas palabras:

“ Hazme a mí *primero* de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y *después* harás para ti y para tu hijo (1 Reyes 17:3).

Elías, con estas palabras, no hacía sino reclamar los derechos de Dios sobre los recursos de la viuda y, como lo sabemos, el resultado de una respuesta fiel y pronta a tal demanda, será siempre una rica siega de bendiciones para el alma. Esto, sin embargo, exigía fe en la viuda, porque pasaba por una situación de prueba y dificultad. Urgía la energía de fe en la promesa divina: “Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra” (v. 14).

¿No es acaso siempre lo mismo con cada creyente? Ciertamente que sí, porque siempre debemos obrar con fe. La promesa de Dios siempre debe constituir el gran principio motriz del alma del cristiano. De haber estado llena la tinaja de harina, no habría habido lugar para el ejercicio de la fe por parte de la viuda; pero cuando se agotó, cuando le quedaba el último puñado de harina, era una exigencia demasiado grande pedir que le diese primero ese puñado a un extraño; solo por la fe podía contestar a semejante pedido.

Pero el Señor procede a menudo con los suyos como lo hizo con sus discípulos, cuando alimentó a una gran multitud: “Esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer” (Juan 6:6). A menudo se nos pide que demos un paso en cierta dirección, que implica una gran prueba para nosotros; y desde el momento que lo damos, no solo comprendemos el motivo, sino que también recibimos la fuerza para seguir adelante. A la verdad, todos los derechos de Dios en cuanto a nuestra obediencia están basados en el principio contenido en este mandamiento dirigido en otro tiempo a los hijos de Israel: “Di a los hijos de Israel que marchen” (Éxodo 14:15). ¿Adónde debían ir? A través del mar. ¡Qué camino! Sin embargo, detrás de este mandamiento tan difícil, vemos la gracia que da la capacidad de cumplirlo en la palabra dirigida a Moisés inmediatamente después: “Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco” (v. 16). La fe hace posible que un hombre, cuando es llamado, pueda salir sin saber a dónde va (Hebreos 11:8).

Pero esta interesante escena entre Elías y la viuda de Sarepta nos ofrece otras lecciones todavía; hay algo más que este simple principio de la obediencia: aprendemos también que nada, excepto el poder superior de la gracia divina, puede elevar el espíritu humano por encima de la atmósfera glacial del egoísmo en que el hombre caído vive, se mueve y tiene su existencia. El resplandor de la bondad de Dios en el alma, disipa las nieblas en que está envuelto el mundo, y hace al hombre

capaz de pensar y obrar conforme a principios más elevados y nobles que aquellos que dirigen la masa que se mueve alrededor de él. Esta pobre viuda había salido de su casa, motivada solo por el interés personal y el instinto de supervivencia, sin otra perspectiva que la muerte. ¿Y es acaso diferente de las multitudes que nos rodean? ¿Encontraremos algo mejor que esto en algún hombre no regenerado sobre la tierra? ¡No!, porque el ser más ilustre, el más inteligente, el más sabio –en una palabra, todo hombre en cuyo corazón no ha resplandecido la luz de la gracia divina–, será, para el juicio de Dios, igual que esta pobre viuda: movido por sus propios intereses y por su instinto de supervivencia, sin esperar otra cosa que la muerte.

Pero la verdad de Dios rápidamente opera un cambio notable en el aspecto de las cosas: actúa poderosamente en el caso de la viuda, quien es llevada a su hogar para ocuparse de *otro*, e interesarse en él, mientras su corazón se inunda de alegres y consoladores pensamientos de vida. Y será siempre así. Desde el momento que el alma es puesta en comunión con la verdad y la gracia de Dios, en seguida es librada de este presente siglo malo y arrancada de la corriente que arrastra a millones de seres humanos. Ella está dirigida por motivos celestiales y animada por un propósito celestial. La gracia enseña al hombre a vivir y obrar para los demás. ¡Cuanto más guste nuestra alma de la dulzura del amor divino, tanto más sincero será nuestro deseo de servir a los demás! ¡Ojalá sintamos de manera más profunda y permanente el poder del amor de Cristo que nos constriñe, en estos tiempos de tan lamentable frialdad e indiferencia! ¡Quiera Dios que todos vivamos y obremos teniendo en cuenta que no somos nuestros, sino que fuimos comprados por precio!

La viuda de Sarepta tuvo que aprender esta verdad. El Señor no solo hizo valer Sus derechos sobre el puñado de harina y el cántaro de aceite, sino que también puso Su mano sobre el hijo, el objeto más querido de la madre. La muerte visita la casa donde el profeta de Jehová, la viuda y su hijo, gozaban juntos de los preciosos frutos de la bondad divina. “Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa; y la enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento” (1 Reyes 17:17).

Ahora bien, como lo sabemos, ese hijo, así como ella misma, había sido un obstáculo para que la viuda reconociese de inmediato los derechos divinos anunciados por Elías; hay, pues, en la muerte de este niño, una instrucción solemne para los santos. Si permitimos que un *objeto cualquiera*, padre o hijo, esposo o esposa, hermano o hermana, sea una traba en la senda de la simple obediencia y devoción a Cristo, podemos estar seguros de que ese objeto nos será quitado. La

viuda había cedido, en sus pensamientos, mayor lugar al hijo que al profeta de Jehová; y el hijo le fue quitado; así ella sabría que no solo “el puñado de harina” debía estar a disposición de Jehová, sino también el más caro de sus bienes terrenales.

Se requiere tener una medida no pequeña del Espíritu de Cristo para hacer uso de todo lo que poseemos como simples administradores de lo que pertenece a Dios. Somos muy propensos a considerar todas las cosas como nuestras, en lugar de recordar que todo lo que poseemos y todo lo que somos pertenece al Señor y que debería siempre ser resignado ante Su voz. No se trata aquí de una simple cuestión de obediencia; se trata también de nuestro bien permanente y de nuestra felicidad. La viuda reconoció los derechos de Dios sobre su puñado de harina, y ¿cuál fue el resultado? ¡Ella y su casa fueron alimentadas durante años! Luego Jehová puso su mano sobre su hijo, y ¿qué sucedió? Su hijo fue resucitado de los muertos por el gran poder de Dios, que le enseñaba no solo que Jehová podía preservar la vida, sino darla. El poder de resurrección se aplicó a sus circunstancias, y así ella recibió a su hijo, como antes había recibido sus provisiones, directamente de la mano del Señor Dios de Israel. ¡Felices aquellos que dependen de tal bondad! ¡Dichosos aquellos que encuentran cada día su puñado de harina y su cántaro de aceite, colmados por la mano generosa del Padre! ¡Bienaventurados todavía aquellos que poseen los objetos más caros de sus afectos en los poderosos lazos de la resurrección! Tales son los privilegios de todos los creyentes en Jesús, aun de los más débiles.

Pero antes de dejar este tema, observemos el efecto que produjo la visitación divina en la viuda: despertó en su conciencia una cuestión solemne en cuanto a su pecado: “¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades?” (1 Reyes 17:18). Cuando el Señor se acerca a nosotros, observaremos siempre una sensibilidad o delicadeza de conciencia que debemos buscar seriamente. A menudo seguimos día a día la rutina ordinaria de la vida, pudiendo gozar además de la tinaja y la vasija llenas, sin tener la conciencia profundamente ejercitada delante de Dios. Y este ejercicio no se hallará sino donde haya un andar íntimo con Dios o alguna visita especial de su parte. Si el Señor simplemente hubiese respondido, día a día, a las necesidades de la pobre viuda, jamás se habría suscitado en ella la cuestión del «pecado»; pero cuando sobreviene la muerte, la conciencia comienza a obrar, porque la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23). Hay una doble acción en todos los propósitos divinos hacia nosotros: una acción de la *verdad* y otra de la *gracia*. La primera pone al descubierto el mal, la segunda lo quita; aquella revela lo que es el hombre, esta descubre lo que es Dios; aquella saca a la luz las operaciones secretas del mal en el corazón del hombre; mientras que esta pone en evidencia las ricas e inagotables fuentes de la gracia en el

corazón de Dios. Ambas son necesarias, la *verdad* para mantener la gloria de Dios, y la *gracia* para establecer nuestra bendición; aquella para justificar el carácter divino y sus atributos, esta para el reposo perfecto del corazón y la conciencia del pecador. ¡Cuán bueno es saber que “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17)!

Los designios divinos para con la viuda de Sarepta no habrían sido completos si no hubiesen producido en ella la confesión contenida en el último versículo de nuestro capítulo: “Ahora *con esto* acabo de conocer que tú eres varón de Dios, y que en tu boca la palabra de Jehová es *la verdad*” (1 Reyes 17:24, V. M.). Supo lo que es la *gracia* en la maravillosa provisión de sus necesidades, y lo que es la *verdad* en la muerte de su hijo. Si fuésemos espiritualmente más sensibles y perspicaces, discerniríamos siempre estos dos rasgos en los propósitos de nuestro Padre para con nosotros. Constantemente recibimos su gracia y tenemos ejemplos de su verdad en los designios de su mano, que tienen la particular finalidad de revelar el mal oculto en el corazón, a fin de que podamos juzgarlo y rechazarlo. Mientras nuestra tinaja y nuestro cántaro están llenos, la conciencia puede adormecerse, pero cuando Dios llama a la puerta de nuestro corazón por alguna disciplina, en seguida despertamos enérgicamente; esto origina el acto tan oportuno del juicio de nosotros mismos.

Ahora, si bien desaprobamos enérgicamente esa forma de propio examen que a menudo engendra dudas en cuanto al hecho de la aceptación y salvación del alma, debemos sin embargo recordar que *el yo debe ser juzgado*; de lo contrario seremos completamente quebrantados. Nunca se le dice al creyente que se examine a sí mismo con la idea de que ese examen pudiese hacerle descubrir que no está en la fe. Esta idea se basa generalmente en una falsa interpretación de 2 Corintios 13:5: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe, etc.”. Según lo muestra el contexto, el pensamiento del apóstol es opuesto a lo que puede deducirse de sus palabras. Parece que la asamblea de Corinto había recibido en su seno a ciertos falsos apóstoles que se atrevían a poner en tela de juicio el ministerio de Pablo, lo que obligaba a este último a emprender la defensa de su apostolado. Lo hizo primero al recordar de manera general su servicio y testimonio, y luego mediante un llamado conmovedor a los santos de Corinto: “Pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí... examinaos a vosotros mismos” (v. 3, 5). La prueba más poderosa y, para ellos al menos, sorprendente de la autoridad divina del apostolado de Pablo, se deducía del hecho de que estaban en la fe. No podemos de ninguna manera suponer entonces que hubo querido decirles que se examinasen a sí mismos para probar su misión celestial, por si ese examen les llevase

al descubrimiento de que no estaban en la fe. Al contrario, puesto que el apóstol tenía una plena y bien fundada seguridad de que ellos eran “santificados en Cristo Jesús” (1 Corintios 1:2), podía con confianza hacerles ese llamado, como prueba de que su misión provenía de lo alto.

Sin embargo, hay una considerable diferencia entre lo que se llama «el examen de sí mismo» y «el juicio de sí mismo», diferencia que no yace tanto en las cosas consideradas de manera abstracta, sino en las ideas que les atribuimos. Juzgar con rectitud, honestidad y severidad la mala naturaleza que llevamos con nosotros, y que siempre nos traba e impide correr “la carrera que ha sido puesta delante de nosotros” (Hebreos 12:1, V. M.), es uno de los ejercicios más bendecidos. ¡Quiera el Señor concedernos más fuerza espiritual para ejercer continuamente este juicio! Pero entonces debemos velar con sumo cuidado para que este examen de nosotros mismos no nos lleve a desconfiar de Dios. Yo me juzgo a mí mismo fundado en la gracia y fidelidad de Dios. *Si Dios no es Dios, todo está perdido.*

Pero en esta visitación había también una palabra de advertencia para Elías. Se había presentado a la viuda como varón de Dios y, por consiguiente, debía justificar el derecho que tenía de tomar este carácter. Jehová lo hizo misericordiosamente por él en la resurrección del hijo. “*Con esto acabo de conocer que tú eres varón de Dios*”, dice la madre (1 Reyes 17:24). La resurrección fue lo que legitimó su derecho a la confianza de esta mujer.

Es menester que en la vida del hombre de Dios se manifieste, en alguna medida, el poder de la resurrección, para que sean plenamente reconocidos sus derechos a llevar este nombre. Este poder se manifestará por su victoria sobre el yo en todas sus aborrecibles obras. El creyente ha resucitado con Cristo, participa de la naturaleza divina, pero está todavía en el mundo y lleva con él el cuerpo de su humillación; y si no renuncia a sí mismo, verá pronto que se pondrá en duda la realidad de su carácter de hombre de Dios. Sin embargo, sería una cosa muy miserable que trate solamente de *justificarse a sí mismo*. El profeta tenía un propósito más noble y elevado: el de establecer la verdad de la palabra del Señor procedente de su boca; y este es el verdadero objetivo de un varón de Dios. Su propio carácter y reputación son objetos de poco valor para él, a menos que se encuentren en relación con la Palabra del Señor anunciada por él. El apóstol Pablo se ocupaba de la defensa de su apostolado en sus epístolas a los Gálatas y a los Corintios, solo para mantener el origen divino del Evangelio que predicaba. Poco le importaba lo que se pensaba de Pablo, pero sí le importaba mucho lo que pensaban del Evangelio de Pablo. Por el bien de ellos, quería probar que la Palabra del Señor en su boca, era la verdad.

¡Qué importante era, pues, para el profeta recibir tal testimonio en cuanto al origen divino de su ministerio, antes de entrar en las imponentes escenas del capítulo 18! Ganó mucho así, al menos, en su retiro en Sarepta; y seguramente no fue poco. Su espíritu fue afirmado de manera bendita; Dios puso su sello sobre el ministerio de su siervo; este se volvió recomendable a la conciencia de una persona con la cual había permanecido durante un largo tiempo, y, de este modo, fue hecho capaz de comenzar de nuevo su carrera pública con la feliz seguridad de que era varón de Dios, y de que la Palabra del Señor era verdad en su boca.

Llegamos aquí al término de una etapa muy importante en la historia de Elías, que abarca un período de tres años y medio, durante el cual estuvo oculto a los ojos de Israel. Hasta ahora nos hemos ocupado sencillamente de los principios de verdad que se hallan en la superficie de la historia personal del profeta. Pero ¿no podemos sacar instrucción de su carrera considerada desde un punto de vista típico? Creo que sí. La alusión que hace Cristo mismo a la misión del profeta junto a la viuda de los gentiles, puede justamente hacernos ver, en esta misión, un anuncio profético de la reunión de los gentiles en la Iglesia de Dios. “En verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón” (Lucas 4:25-26).

El Señor Jesús se había presentado a Israel como el Profeta de Dios, pero no fue recibido; la hija de Sion no quiso escuchar la voz de su Señor. “Las palabras de gracia que salían de su boca”, no hallaban sino la respuesta carnal: “¿No es este el hijo de José?” (Lucas 4:22). Por eso, frente al desprecio y rechazo de Israel, Él halló consuelo para su espíritu en el feliz pensamiento de que, fuera de las fronteras judías, existían objetos sobre los cuales la gracia divina, de la cual él era el canal, podía derramarse en toda su riqueza y pureza. La gracia de Dios es tal que, aun cuando se vea trabada por el orgullo, la incredulidad o la dureza de corazón de algunos, solo se derramará sobre otros tanto más abundantemente. Así que: “Bien que Israel no se juntará, con todo, estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fortaleza. Y dijo: Poco es que tú me seas siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures los asolamientos de Israel: también te di por luz de las gentes, para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra” (Isaías 49:5-6, RV 1909).

La preciosa verdad del llamamiento de los gentiles, sea por tipos o por declaraciones positivas, es ampliamente enseñada en el Antiguo Testamento. Sería, pues, útil considerarla a fondo en sus diversas ramificaciones; pero mi propósito en este escrito es más bien considerar la vida y el



ministerio de nuestro profeta simplemente desde un punto de vista práctico, esperando que el Señor se dignará, en su gracia, a aprobar estas sencillas reflexiones para consuelo y edificación de todos sus redimidos.

## **La casa de Acab**

Dejaremos a nuestro profeta por un momento para volver nuestra atención hacia el triste estado de cosas en Israel durante el tiempo cuando Elías se hallaba a solas con Dios. Terrible, por cierto, debe ser el estado de cosas en la tierra, cuando “el cielo se cerrare” (1 Reyes 8:35). El aspecto de este mundo es árido y estéril cuando el cielo retiene sus lluvias refrescantes; y sucedía así principalmente con la tierra de Canaán, que dependía de “las aguas de la lluvia del cielo” (Deuteronomio 11:11). Para Egipto, el cielo cerrado no le hubiese importado mayormente, puesto que nunca solía esperar de ahí su subsistencia. Tenía sus recursos propios. “¡Mío propio es mi río!” (Ezequiel 29:3, V. M.), decía en su idioma independiente. Pero no era lo mismo con la tierra de Jehová, con esa “tierra de montañas y de valles” (Deuteronomio 11:11, V. M.). Si el cielo no le daba sus lluvias, todo era seco y estéril. Israel no podía decir: “¡Mío propio es mi río!”. No; se les enseñó a mirar arriba; los ojos de todos debían estar fijos en el Señor, así como los ojos del Señor estaban siempre sobre ellos. Así que cuando surgía algo que interrumpía las relaciones del cielo y la tierra, la tierra de Canaán necesariamente lo sentía de manera muy penosa. Así fue “en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, que hubo una grande hambre en toda la tierra” (Lucas 4:25). Israel tuvo que experimentar las terribles consecuencias de haber abandonado la única fuente de toda verdadera bendición.

Había entonces grande hambre en Samaria, y llamó Acab a Abdías, su mayordomo, y le dijo: “Ve por el país a todas las fuentes de aguas, y a todos los arroyos, a ver si acaso hallaremos hierba con que conservemos la vida a los caballos y a las mulas, para que no nos quedemos sin bestias. Y dividieron entre sí el país para recorrerlo; Acab fue por un camino, y Abdías fue separadamente por otro” (1 Reyes 18:5-6). Israel había pecado y, por consecuencia, debe sentir la vara de la justa ira de Dios. ¡Qué cuadro humillante el del antiguo pueblo de Dios! ¡El rey se ve obligado a salir a buscar pastos! ¡Qué contraste todo esto con la abundancia y la gloria de los días de Salomón! Pero Dios había sido vergonzosamente deshonrado y su verdad rechazada. Jezabel había propagado la funesta influencia de sus principios por medio de sus falsos profetas; los altares de Baal habían reemplazado el altar de Dios; por eso el cielo era como hierro, y la tierra como bronce (véase Levítico 26:19). El aspecto físico de las cosas no era sino la expresión de la dureza de corazón del pueblo y de su mísero estado moral.

Ahora bien, en todas las directivas dadas por Acab a su siervo, no hay una palabra que se refiera a Dios o al pecado que atrajo la ira y el juicio de Dios sobre el país. El rey dice: “Ve... a todas las fuentes de aguas, y a todos los arroyos” (1 Reyes 18:5). Tales eran los pensamientos de Acab, sus pensamientos incluso más elevados. Su corazón no se dirige con verdadera humildad a Jehová, ni clama a él en el tiempo de su angustia. De ahí estas palabras: “Quizás hallaremos pastos”. Dios está excluido de sus pensamientos, y su corazón solo está lleno de egoísmo e interés propio. Con tal que haya *pastos*, no se preocupará de buscar a *Dios*. Si los horrores del hambre no lo hubiesen lanzado hacia los campos, se habría gozado en medio de los profetas idólatras de Jezabel, y entonces, en vez de buscar las causas del hambre, con verdadero juicio de sí mismo y humildad, en vez de buscar el perdón y la restauración de Dios, no hace sino salir, egoísta e impenitente, para buscar pastos. ¡Ah! Se había vendido para hacer lo malo, y se había vuelto esclavo de Jezabel. Su palacio se había tornado en “guarida de toda ave inmunda”; los profetas de Baal, como tantos buitres, planeaban alrededor de su trono, esparciendo la levadura de la idolatría por toda la tierra.

¡Qué cosa terrible cuando el corazón se aleja de Dios! Nadie puede decir hasta donde llegará. Acab era israelita, pero se dejó seducir por un falso sistema religioso, a cuya cabeza está Jezabel su mujer; había hecho naufragio en cuanto a la fe y a una buena conciencia, dejándose arrastrar a la más abominable maldad. No hay persona más corrupta que aquella que se aparta del camino de Dios; seguramente se sumirá en aguas más profundas de iniquidad que las víctimas comunes del pecado y Satanás. Y el diablo parece gozarse de manera particular al servirse de ella como instrumento para poner en ejecución sus pérfidos designios contra la verdad de Dios.

Lector, si aprendió a estimar la senda de la verdad y santidad, si se complació en Dios y en sus caminos, vele: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón” (Proverbios 4:23). ¡Guárdese de la falsa influencia religiosa! Usted atraviesa una escena en la cual la atmósfera que respira es perniciosa y funesta para la vida espiritual. El enemigo, con una sagacidad infernal –sagacidad formada y perfeccionada por un conocimiento de cerca de seis mil años del corazón humano– tendió sus redes por todos lados alrededor de usted, y nada, excepto una comunión habitual con su Padre celestial, podrá guardar su alma. Acuérdesse de Acab, y ore continuamente para ser guardado de la tentación. El pasaje siguiente de la Escritura bien puede ser útil, después de lo que acabamos de decir, como una advertencia seria y oportuna: “Maldito el varón que confía en el

hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada” (Jeremías 17:5-6).

Tal era el miserable Acab –miserable, por más que llevaba la corona y el cetro–; no se preocupaba de Dios ni de su pueblo. En sus dichos y actos, en las tristes circunstancias de las que hablamos, no vemos ningún interés hacia Israel ni hacia Dios. No pronuncia una sola palabra respecto al pueblo que había sido encomendado a sus cuidados, y que, después de Dios, debía haber sido el gran objeto de su interés; y sus pensamientos son tan terrenales que parecen incapaces de elevarse por encima de “los caballos y los mulos”. Estos son los objetos de la angustiada solicitud de Acab en el tiempo de la terrible calamidad de Israel. ¡Oh, qué contraste entre ese vil egoísmo, y los nobles sentimientos del varón según el corazón de Dios, quien, cuando el país tiembla bajo los golpes de la vara de Dios, podía decir: “¿No soy yo el que hizo contar el pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Jehová Dios mío, sea ahora tu mano contra mi, y contra la casa de mi padre, y no venga la peste sobre tu pueblo” (1 Crónicas 21:17)! Aquí tenemos el verdadero espíritu de un rey. David, en el espíritu de su bendito Maestro, se expone al castigo para que las ovejas puedan escapar; quiso colocarse entre ellas y el enemigo; quiso trocar su cetro en cayado; no piensa en sus “caballos y mulos”; ni aun en sí mismo ni en la casa de su padre, sino en el pueblo del prado de Dios y en las ovejas de Su mano (Salmo 95:7). ¡Feliz, inefablemente feliz, será la suerte de las tribus dispersas de Israel, cuando gusten de nuevo los tiernos cuidados del verdadero David!

Podría ser instructivo y útil seguir hasta el final la historia de Acab, detenernos en su indigna conducta hacia el justo Nabot, en la seductora influencia que ejerció en el espíritu del buen rey Josafat, y también considerar otras circunstancias de su desventurado reino; pero esto podría alejarnos demasiado de nuestro tema. Nos limitaremos, pues, a hacer todavía algunas observaciones sobre el carácter de uno de los siervos más importantes de la casa de Acab, y luego volveremos a Elías.

Abdías, mayordomo de la casa de Acab, temía a Jehová en el secreto de su corazón, pero se hallaba en medio de una atmósfera extremadamente impura. La casa del malvado rey Acab y de Jezabel su mujer, más perversa todavía, no podía ser sino una escuela muy penosa para el alma justa de Abdías. En efecto, no encuentra allí otra cosa que obstáculos en su servicio y testimonio. Lo que hacía para el Señor, lo hacía a escondidas; temía actuar abierta y resueltamente. Sin embargo, es suficiente para mostrar lo que habría hecho, si hubiese estado plantado en mejor

terreno y favorecido con un aire más sano. “Tomó a cien profetas y los escondió de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los sustentó con pan y agua” (1 Reyes 18:4). Esto era una preciosa señal de la preciosa devoción de su corazón a Jehová, un bendito triunfo del principio divino sobre las circunstancias más desfavorables.

Sucedió lo mismo con Jonatán en la casa de Saúl. Él también se vio penosamente trabado en su servicio hacia Dios e Israel. Pero debió haberse mantenido en una más completa separación del mal que imperaba en la casa de su padre; su lugar a la mesa de Saúl debió haber quedado vacío así como el de David, y hallarse en el lugar conveniente: en la cueva de Adulam, donde, en santa comunión con David rechazado y sus fieles seguidores menospreciados, habría encontrado una esfera más extensa y mejor adaptada para manifestar su entrañable devoción a Dios y a su Ungido. No obstante, la conveniencia humana sin duda le habría recomendado a Jonatán quedarse en la casa de Saúl, y a Abdías en la casa de Acab, por ser «la esfera en la cual la Providencia los había colocado»; pero la conveniencia no es la fe, y jamás ella ayudará a nadie en su senda de servicio, cualquiera que ella sea. La fe nos conducirá siempre a romper con las reglas frías de la conveniencia humana, a fin de poder expresarse de manera clara y precisa.

Tal vez Jonatán se sentía a veces impulsado a levantarse de la mesa de Saúl para ir a abrazar a David; pero debió haber dejado esa mesa por completo y asociarse por entero a la suerte de David. En vez de contentarse con hablar *a favor de* su hermano, debió haberse identificado con él. Es lo que no hizo, y por eso cayó muerto en el monte de Gilboa en manos de incircuncisos. Así que, durante su vida, se vio trabado y atormentado por los principios inicuos del gobierno de Saúl, que él había establecido para enredar y avasallar las conciencias de los fieles, por lo que, en su muerte, fue mezclado sin gloria con los incircuncisos.

Sucede exactamente lo mismo con Abdías; a él le tocaba estar en relación íntima con el hombre que ocupaba el peldaño más bajo de la escala de apostasía, por la cual los reyes de Israel abandonaron su posición original. Por consiguiente, fue obligado a esconderse para servir a Dios y sus profetas; tenía miedo de Acab y Jezabel; le faltaba el valor y la energía necesaria para resistir, con un firme testimonio, a todas sus abominaciones; ni encuentra nada allí para el desarrollo de su vida interior y sus afectos. Su alma se secaba al respirar los vapores malsanos que lo rodeaban, y así no podía ejercer sino poca influencia en su tiempo y su generación. Así, mientras que Elías confrontaba valientemente a Acab, y servía abiertamente a Jehová, Abdías servía abiertamente a Acab, y servía a Jehová solo a hurtadillas; mientras que Elías respiraba la atmósfera santa y pura

de la presencia de Dios, Abdías respiraba la atmósfera impura de la corte profana de Acab; mientras que Elías recibía su provisión diaria de la mano del Dios de Israel, Abdías recorría el país buscando pastos para los caballos y mulos de Acab. ¡Qué contraste más sorprendente!

¿No hay también en nuestros días más de un Abdías ocupado de la misma manera? ¿No existen muchos que, aun temiendo a Dios, participan de la muerte y la miseria de los hijos de este mundo, y que, de común acuerdo con ellos, trabajan para impedir su ruina inminente? ¿Sin duda que los hay! ¿Es esta una obra conveniente para los creyentes? ¿Acaso “los caballos y los mulos” de un mundo impío deberían ocupar los pensamientos y las energías de un cristiano, en lugar de los intereses de la Iglesia de Dios? ¡Oh, no, jamás debería ser así! El cristiano debe tener en vista un objetivo más noble; debe desplegar todos sus esfuerzos y capacidades en una esfera más elevada y celestial. Dios, y no Acab, es el que demanda nuestra devoción. No es mejor estar ocupado en sustentar a los profetas del Señor en una cueva, que favoreciendo el cumplimiento de los planes de los hombres de este mundo. Esta es una cuestión de gran importancia, y todos nosotros podemos extraer alguna lección.

Respondamos honestamente a estas preguntas, delante de Aquel que escudriña los corazones: ¿En qué estamos ocupados? ¿Qué objetivos nos proponemos? ¿Sembramos para la carne o para el Espíritu? ¿Trabajamos solamente para esta tierra? ¿Tenemos en vista un objeto más elevado que el yo o que este mundo? Son preguntas penetrantes cuando se las plantea con rectitud. El corazón y los afectos del hombre tienden siempre hacia abajo, hacia la tierra y las cosas de la tierra. El palacio de Acab tenía atractivos mucho más poderosos para nuestra naturaleza caída que los arroyos solitarios de Querit, o que la casa de la pobre viuda hambrienta de Sarepta. *¡Pero pensemos en el fin!* El fin es el único criterio verdadero que permite examinar y juzgar claramente en estas cuestiones. “Hasta que entrando *en el santuario de Dios*, comprendí *el fin de ellos*” (Salmo 73:17).

Por el hecho de estar en el santuario, Elías sabía que Acab se hallaba sobre una pendiente resbaladiza; que su casa pronto sería hecha añicos; que toda su pompa y gloria estaban por terminar en la tumba solitaria, y que su alma inmortal iba a ser llamada a rendir cuentas. El santo varón de Dios lo comprendía perfectamente, y por eso estaba feliz de hallarse aparte de todo eso. Él sentía que su cinto de cuero, su alimento frugal y su sendero solitario valían infinitamente más que todos los placeres de la corte de Acab. Tal era su juicio, y veremos antes de concluir este escrito, que su juicio era sano. “El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17). ¡Quiera Dios que todos aquellos que aman el nombre de

Jesús sean más decididos y enérgicos en su testimonio para Él! Se acerca rápidamente el tiempo cuando daríamos el mundo entero por haber sido más sinceros y fieles en nuestra marcha aquí abajo. Somos demasiado tibios, demasiado propensos a hacer compromisos con el mundo y la carne, demasiado dispuestos a cambiar el cinto de cuero por el manto con el que Acab y Jezabel estarían deseosos de engalanarnos.

¡Quiera el Señor conceder a todos sus redimidos la gracia de testificar contra el mundo que sus obras son malas, y que nos separemos de sus caminos, sus máximas y sus principios, en una palabra, de todo lo que le pertenece! “La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz” (Romanos 13:12). Habiendo resucitado con Cristo, pongamos “la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:1-2); y puesto que “nuestra ciudadanía está en los cielos”, esperamos con incesante anhelo “al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21).

## **El profeta en el monte Carmelo**

El primer versículo del capítulo 18 nos muestra una nueva orden que se le da al profeta: “Pasados muchos días, vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra”. Se le ordena a Elías salir de su retiro en Sarepta, para presentarse en público y comparecer de nuevo delante del rey Acab. A alguien que ocupa la posición de un verdadero siervo, y que manifiesta espíritu de tal, poco le importa qué tipo de llamado recibe. Ya sea “Ve”, “*escóndete*” o “Ve, *muéstrate*”, está listo, por gracia, a obedecer (1 Reyes 17:3; 18:1). El Señor había preparado a su siervo en secreto durante tres años y medio. En Querit y en Sarepta, le había enseñado más de una lección importante y, cuando llegó el tiempo de mostrarse a Israel, fue llamado a dejar el desierto y a reaparecer como el testigo público de Jehová. Y no vaciló un instante, aunque probablemente hubiese preferido la soledad a las tempestuosas escenas y penosas vicisitudes de la vida pública. Elías era un *siervo*, y esto le basta. Estaba tan dispuesto a enfrentar al furioso Acab y todos los profetas de Baal como a esconderse durante tres años y medio. Haremos bien en desear el espíritu de un siervo, un siervo humilde y obediente. Este espíritu nos hará pasar a través de muchas dificultades, nos preservará de muchas disputas, y nos llevará en la senda del servicio mientras que los demás discutirán acerca de esta senda. Si solo estamos dispuestos a obedecer, no se nos dejará en duda en cuanto a la senda de servicio que debemos seguir.

Ya tuvimos la oportunidad de observar la obediencia implícita del profeta a la palabra del Señor. Esta obediencia implicará siempre la renuncia de sí mismo. Por ejemplo, recibir la orden de dejar su apacible retiro para aparecer delante de un tirano irritado, quien, con su perversa esposa, incitaría una muchedumbre de profetas idólatras contra él, era algo que demandaba en buena medida la negación de sí mismo. Pero Elías, por gracia, estaba listo. Sentía que no se pertenecía. *Era un siervo* y, como tal, siempre tenía los lomos ceñidos y los oídos abiertos para oír los llamados de su Maestro, cualesquiera que sean. ¡Qué bendita actitud! ¡Ojalá que muchos puedan hallarse así!

Elías va pues al encuentro del rey Acab, y se nos llama a seguirle ahora en una de las escenas más importantes de su vida. Pero antes de ponerse en contacto con Acab, se cruza en el camino de Abdías, y su encuentro con él revela los caracteres de dos personas. Es cierto que Abdías no aborda al profeta con la cordialidad afectuosa que debería mostrarse en la conducta de un hermano hacia otro, sino más bien con la fría formalidad de un hombre que ha vivido mucho en la sociedad del mundo. “¿No eres tú *mi señor* Elías?” (1 Reyes 18:7). Aunque esta actitud podía haber sido causada por la imponente solemnidad de la presencia y modales de Elías, no obstante nos vemos obligados a reconocer que no debía faltar una santa familiaridad entre dos siervos del Señor. Elías también guarda la misma distancia, pues dice: “Yo soy; ve, di a tu amo: Aquí está Elías” (v. 8). Sin embargo, Elías es el depositario del secreto de Jehová, secreto que su hermano ignora. Y ¿cómo no iba a ser así? La casa de Acab no era el lugar donde se podía acceder a los consejos divinos. Abdías llevaba a cabo una misión perfectamente acorde con el lugar de donde venía y con la persona que lo había enviado; y lo mismo ocurría con Elías. El objetivo principal del primero era hallar pastos –si por ventura los hallare– y, en última instancia, la preservación de los caballos y mulos de Acab; pero el fin principal de Elías consistía en anunciar el propósito divino de enviar lluvia y, en última instancia, volver a la nación a su primera fe y devoción a Jehová. Ambos eran hombres de Dios y, además, algunos podrían decir que Abdías estaba tan bien en su lugar como Elías, puesto que servía a su amo. Sin duda lo servía, pero ¿debía ser Acab su amo? No lo creo. No creo que su servicio al lado de él fuese el resultado de la comunión con Dios. Es verdad que esto no lo despojaba de su nombre y carácter de hombre temeroso de Dios en gran manera, porque el Espíritu Santo recuerda por gracia este hecho respecto a él; pero causaba ciertamente mucha tristeza ver a un hombre que temía mucho a Jehová, reconocer como su amo al más impío de los reyes apóstatas de Israel.

Elías no habría aceptado tal posición. No podemos representárnoslo ocupándose de esa misión que demandaba toda la energía de su hermano tan mundano; ni habría reconocido a Acab como *amo*, aunque debió reconocerlo como su *rey*. Hay una gran diferencia entre ser el *sujeto* o el siervo de un monarca. Los hombres razonan así: «Las autoridades constituidas, “por Dios han sido establecidas” (Romanos 13:1); por lo tanto, está bien ocupar cargos bajo su gobierno»; pero los que razonan así parecen perder de vista la clara distinción entre la *sujeción* a las autoridades y *trabajar con* las autoridades establecidas; la primera es un servicio justo y conforme a las Escrituras, un acto de positiva obediencia a Dios; pero la segunda es una posición falsa y antiescrituraria, donde el creyente asumiría una autoridad mundana para cuyo ejercicio no tenemos ninguna directiva de lo alto, y que, además, sería un deplorable obstáculo en la senda del siervo de Dios.

No queremos juzgar a aquellos que se sienten libres de dedicar sus energías y esfuerzos al servicio de los gobiernos de este mundo; pero al menos quisiera decirles que se hallarán en una posición muy difícil con respecto al servicio de su Maestro celestial. Los principios de este mundo son diametralmente opuestos a los de Dios, por lo que cuesta comprender cómo un hombre puede conciliar ambas cosas. Abdías es un ejemplo notable de ello. Si hubiera estado más abiertamente del lado del Señor, no habría tenido necesidad de decir: “¿No ha sido dicho a mi señor lo que hice?” (1 Reyes 18:13). Cree haber hecho algo tan notable al esconder a los profetas, que se asombra de que no todos se hayan enterado de ello. Elías no necesitaba hacer una pregunta semejante, porque «lo que hacía» era bien conocido. Sus actos de servicio a Dios no eran cosas extraordinarias y sorprendentes en su historia. Y ¿por qué? Porque no se enredó en los negocios de la casa de Acab. *Era libre*, y, por consiguiente, podía actuar para Dios, sin preocuparse de lo que pensarían Acab y Jezabel. Pero al actuar así, fue acusado de alborotar a Israel: “¿Eres tú el que turbas a Israel?” (v. 17). Cuanto más fieles somos a Dios y su verdad, tanto más nos exponemos a esta acusación. Si todos duermen «en la indolente muerte» —como lo expresa el poeta—, el dios de este mundo está satisfecho y su dominio no se halla turbado; pero no bien se manifiesta un testigo fiel, será considerado como un alborotador, como un intruso y enemigo de la paz y el orden. Pero es bueno que esa paz y ese orden sean turbados, cuando se identifican con la negación de la verdad y el nombre del Señor.

El corazón de los mundanos no puede estar ocupado sino con la cuestión: «¿Hay paz?», sin preguntarse si esta paz se obtiene a expensas de la verdad y la santidad. Nuestra naturaleza busca siempre su comodidad, y hasta entre los cristianos vemos a menudo que se aboga por la paz y la tranquilidad, cuando la fidelidad a Cristo y a los principios cristianos exigiría la lucha contra



las falsas doctrinas o las malas prácticas. La tendencia del siglo es, pues, relegar todas las cuestiones religiosas a último plano. Las cosas del mundo y de la carne son demasiado importantes a los ojos de esta generación para ser interrumpidas, hasta por un momento, por cuestiones de interés eterno.

Pero Elías no pensaba así. Es como que siente que el sueño apacible del pecado debe ser sacudido a toda costa. Veía a la nación sumida en el sueño profundo de la idolatría, y estaba totalmente dispuesto a ser el instrumento que debía traer la tormenta. Y hoy es exactamente igual. La tormenta de la controversia es siempre preferible a la calma del pecado y la mundanalidad. Es verdad que somos felices cuando no hay necesidad de una tormenta semejante; pero cuando esta es imprescindible, cuando el enemigo trata de extender sobre el pueblo de Dios el cetro de plomo de un reposo profano, nos conviene dar gracias de que haya suficiente vida para interrumpir tal reposo. Si no hubiera habido un Elías en Israel, en los días de Acab y Jezabel, si todos hubiesen sido como Abdías o los siete mil, Baal y sus profetas habrían ejercido un poder absoluto e incontrarrestable sobre la nación. Pero Dios levantó a un hombre que no buscaba sus propias comodidades ni las del pueblo a expensas del honor de Dios y de los primeros principios dados a Israel. No temía hacer frente, con el poder de Jehová, a la terrible tropa de ochocientos cincuenta profetas, de cuya existencia dependía la ceguera de la nación. A la cabeza de ese grupo había una mujer enfurecida que podía dar vuelta a su débil marido como quería. Todo esto, ciertamente, exigía mucho vigor y energía espirituales; se necesitaban profundas y poderosas convicciones de la realidad de la verdad divina, y una clara percepción del estado de decadencia y degradación de Israel, para hacer que un hombre abandone su apacible retiro en Sarepta e irrumpa en medio de los sectarios de Baal, atrayendo sobre sí de todas partes una feroz tormenta de oposición. Elías, si hablamos a la manera de los hombres, habría podido quedar en perfecta paz en su soledad si se hubiese contentado con dejar a Baal reinar solo, y hubiese dejado intactas las fortalezas de la idolatría. Pero no podía hacerlo, y por eso sale al encuentro del furioso Acab con estas solemnes y penetrantes palabras: “Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová, y siguiendo a los baales” (1 Reyes 18:18). Así rastrea el mal hasta su mismo origen. El alejamiento de Dios y de sus santos preceptos, es la verdadera causa de todo el infortunio que padecía el pueblo. Siempre somos propensos a olvidar el pecado que ocasionó los males, para pensar tan solo en ellos; pero la verdadera sabiduría nos conducirá siempre a apartar nuestros ojos de las desgracias para fijarlos en las causas que las provocaron.

Así también, cuando las malas doctrinas se han introducido insidiosamente y han ganado influencia sobre muchas personas, si algún hombre fiel se siente llamado a resistirlas con firmeza y decisión, puede contar por anticipado que será considerado un alborotador, y como la causa de toda la agitación que sigue a tal proceder. Mientras que una persona inteligente y reflexiva comprenderá pronto que todo esto proviene, no de aquel fiel que, en defensa de la verdad, resistió al error, sino de aquel que lo introdujo y de los que lo recibieron y sostuvieron. Sin duda, el defensor de la verdad deberá velar sobre su espíritu y su temperamento para no caer en nada malo en la práctica mientras ataca los errores de doctrina; porque muchos que se han propuesto, con sinceridad de corazón, la defensa de alguna verdad descuidada o atacada, faltaron a este respecto, invalidando así, en gran medida, su precioso testimonio. Porque el enemigo es astuto, y está siempre dispuesto a actuar con la estrechez de miras y la irracionalidad de los hombres, llevándolos a detenerse en flaquezas de carácter, mientras que pierden de vista los principios importantes puestos en tela de juicio.

Pero nuestro profeta va a la guerra bien armado. Sale del “retiro del Altísimo” (Salmo 91:1, V. M.), habiendo aprendido en la soledad a juzgarse a sí mismo y a poner el yo en sujeción, lo cual solamente podía calificarlo para las solemnes escenas en las que estaba por aparecer. Elías no era en absoluto un controversista pendenciero y feroz; había estado mucho tiempo en el secreto de la presencia divina para eso; y así su espíritu, revestido de dignidad y gravedad, está preparado para enfrentar al ejército de los profetas de Baal. Por eso puede estar delante de ellos con esa calma elevación y santa dignidad que lo caracteriza siempre. No vemos en él precipitación, turbación ni vacilación. Había estado en la presencia de Dios, y por eso se muestra sereno y tranquilo.

Ahora bien, en semejantes circunstancias es cuando verdaderamente se pone a prueba el espíritu de un hombre; porque nada, excepto el gran poder de Dios, podía mantener a Elías en su posición extraordinaria en el monte Carmelo. “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17), y puesto que era el único de su tiempo que poseía suficiente entereza moral y fuerza espiritual para ponerse públicamente del lado de Dios y resistir a la idolatría, el enemigo podía sugerirle a su pobre corazón pensamientos como este: «¡Qué gran hombre eres, tú que osas mostrarte como el paladín solitario de la antigua fe de Israel!». Pero Dios sostiene a su querido siervo, y lo conduce a través de toda esta escena de prueba, precisamente porque Elías era su siervo y testigo. Y será siempre así. El Señor siempre estará cerca de aquellos que están cerca de Él. Si Abdías tan solo se hubiese resistido a Acab y Jezabel, el Señor lo habría aprobado y sostenido en su oposición, de modo que, en lugar de ser el siervo de Acab, podía haber

sido el compañero de obra de Elías en la gran reforma; pero este no era su caso, por lo que, como Lot en otro tiempo, “afligía cada día su alma justa”, a causa de los errores e iniquidades que veía en una casa idólatra (2 Pedro 2:8).

¡Oh, querido lector cristiano, aspiremos a algo más elevado que esto! ¡No nos dejemos encadenar a la tierra por una voluntaria asociación con los sistemas y los planes de este mundo! Nuestra patria es el cielo, y allí está también nuestra esperanza. No somos del mundo; Jesús nos compró y nos libró de él para que resplandezcamos como luminare y andemos como hombres celestiales, mientras atravesamos este mundo hacia nuestro reposo celestial.

Pero no solo por su conducta y sus maneras Elías actuaba como siervo de Dios; también demostraba que había sido enseñado por Dios respecto a los principios que debían servir de base a la reforma que se necesitaba. De poco servirían las maneras y la conducta personal si no estuviesen acompañadas por una verdadera fe. Sería fácil llevar un cinturón de cuero y asumir una apariencia solemne y digna; pero nada excepto la inteligencia espiritual de los principios divinos hará a un siervo capaz de ejercer una influencia reformadora sobre sus contemporáneos. Pero Elías poseía todas las calificaciones necesarias para la obra que debía cumplir. Tanto su marcha exterior como su fe eran, en grado eminente, las que convenían a un gran reformador. Pues siendo consciente de que poseía un secreto que podía liberar las almas de sus hermanos de la profana servidumbre de Baal, le dice a Acab: “Envía, pues, ahora y congégame a todo Israel en el monte Carmelo, y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel” (1 Reyes 18:19). Decide poner cara a cara a Baal y al Dios de Israel, delante de todo el pueblo. Está convencido de que había que terminar el asunto mediante una prueba decisiva. Sus hermanos no debían ya claudicar “entre dos pensamientos”. ¡Qué poder vemos en estas palabras de Elías, exclamando delante de los millares congregados de Israel: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él” (v. 21)! Nada más simple. Los profetas de Baal no pueden contradecir ni oponerse a tal cuestión; porque lo único que el profeta demandaba, era decisión de carácter. Tanto de un lado como del otro, no había nada que ganar por un andar irresoluto y vacilante.

Quisiera yo que fueras o frío o caliente



(Apocalipsis 3:15, V. M.).

Sabemos, por las mismas palabras del Señor dirigidas a Elías en el capítulo siguiente, que había siete mil hombres en Israel cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y que, podemos suponer, solo aguardaban el momento en que alguna mano fuerte plantase el estandarte de la verdad, para reunirse alrededor de él. Pero ninguno de ellos parece haber tenido la fuerza para dar ese gran paso, aunque sin duda se regocijarían al ver en Elías la osadía y capacidad de hacerlo. A menudo este fue el caso en la historia del pueblo de Dios. En los momentos más sombríos hubo siempre corazones que lloraron en secreto por el mal y la apostasía tan extendidos, y que suspiraban por la aparición de una luz espiritual, estando dispuestos a saludar sus albores con gozo. Dios nunca “se dejó á sí mismo sin testimonio” (Hechos 14:17), y aunque solo en ocasiones podemos percibir una estrella de suficiente magnitud y fulgor para traspasar las nubes nocturnas y alumbrar un poco la Iglesia en medio de las tinieblas en que yace sumida aquí abajo, sabemos, sin embargo –bendito sea Dios– que por más oscuras y espesas que hayan sido las nubes, las estrellas siempre estuvieron allí, por poco que se haya podido percibir su destello.

Así sucedía en el tiempo de Elías; había siete mil de estas estrellas cuya luz fue oscurecida por las densas nubes de la idolatría, y que no quería ceder a las tinieblas, aunque carecían de poder para alumbrar alrededor de ellas. Pero había una sola luz con un poder y una gloria suficientes para disipar las tinieblas, y crear una esfera donde los demás podrían también alumbrar. Esa luz era Elías el tisbita, a quien contemplamos ahora, irrumpiendo, con poder y esplendor celestial, en la misma fortaleza de Baal, derribando la misma mesa de Jezabel, manifestando la locura de todo el sistema de culto idólatra, y creando, de hecho, por la gracia de Dios, un cambio importante en el estado moral de la nación, haciendo que los millares de Israel deban postrarse en tierra en un sentimiento de verdadera humillación, mientras que la sangre de los profetas de Baal correrá con las aguas del arroyo Cisón.

¡Qué gracia de parte del Señor, suscitar semejante libertador para su pueblo engañado y cegado!  
¡Qué golpe mortal para los profetas de Baal! Y podemos afirmar con toda seguridad que jamás ellos ofrecieron un sacrificio a su ídolo de tan mala gana, como el que nuestro profeta los comprometió a hacer. Era el signo precursor de la caída de Baal y de sus adoradores. ¡Qué triste espectáculo nos ofrecen! “Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos”, y gritaban frenéticamente, con un fervor completamente inútil: “¡Baal, respóndenlos!” (1 Reyes 18:28, 26). ¡Lamentablemente, Baal no podía escuchar ni contestar! El verdadero profeta, consciente en lo íntimo de su alma del pecado y la locura de toda esta escena, se burla de ellos; gritan con más ardor, saltan con un

celo frenético sobre el altar que habían hecho, pero todo es en vano: no hubo voz ni respuesta. Ahora deben ser desenmascarados ante los ojos del pueblo; sus artes y mañas se hallaban en inminente peligro de extinción; esas manos israelitas que, merced a su influencia, tan a menudo se habían levantado en el impío e insensato culto diabólico, de repente están listas para prenderlos e infligirles el castigo que merecían. Bien, pues, ellos podían clamar –aunque sin respuesta– “¡Baal, respóndenos!”.

¡Cuán solemnes, y siempre veraces, son estas palabras del profeta Jeremías: “Maldito el varón que confía en el hombre” (Jeremías 17:5)! No importa en quien o en qué ponemos nuestra confianza, ya sea en un sistema eclesiástico, en ordenanzas religiosas o en cualquier otra cosa, es siempre el corazón que se aparta de Dios lo que acarrea maldición; y cuando llegue el momento de la lucha final, será invocado este Baal, pero en vano: *No habrá ninguna voz, ni quien responda ni escuche* (1 Reyes 18:29). ¡Qué terrible es el pensamiento de hallarse apartados del Dios vivo! ¡Que espantoso es descubrir, al final de nuestra carrera, que nos hemos apoyado en un “báculo de caña frágil” (véase Hebreos 3:2; Isaías 36:6)!

¡Oh lector! Si no halló todavía para su conciencia culpable la paz sólida y duradera en la sangre expiatoria de Jesús, si experimenta en su corazón una sensación de temor de solo pensar en su encuentro con Dios, permítame hacerle aún la pregunta del profeta:

¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?

“ (1 Reyes 18:21).

¿Por qué permanece lejos de Jesús, cuando él lo invita a acudir a él y llevar su yugo sobre usted? (Mateo 11:28-29). Créame, la hora vendrá cuando otro mayor que Elías se burlará de su calamidad si usted no huyó para refugiarse en Jesús (véase Hebreos 6:18). Escuche estas solemnes palabras: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia” (Proverbios 1:24-27). ¡Terribles palabras! ¡Terribles más allá de toda idea! ¡Cuánto más terrible aún será la realidad! Lector, como dice el poeta: «Huya hacia Jesús», acuda a la “fuente abierta” (Zacarías 13:1, V. M.), y encuentre allí el refugio y la paz, antes de que la tormenta de la ira y el juicio de Dios recaiga sobre su cabeza. Si “después que el padre de familia

se haya levantado y cerrado la puerta” (Lucas 13:25), usted está fuera, entonces estará perdido, perdido para siempre. Le ruego encarecidamente que reflexione sobre este asunto, y no permita que Satanás arrastre su alma inmortal a la perdición eterna.

Veamos ahora el otro lado del cuadro. Los profetas de Baal sufrieron una significativa derrota; en vano habían saltado, se habían sajado con cuchillos y habían clamado a grandes voces: todo había sido inútil; su sistema demostró ser una burda farsa; el templo del error se había derrumbado totalmente, y ahora solo faltaba erigir el magnífico edificio de la verdad delante de aquellos que por tanto tiempo habían sido esclavos de la vanidad y la mentira. “Entonces dijo Elías a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se le acercó; *y él arregló el altar de Jehová que estaba arruinado*. Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, Israel será tu nombre, edificó con las piedras un altar en el nombre de Jehová” (1 Reyes 18:30-32).

Siempre es bueno esperar con paciencia, hasta que el mal y el error desciendan a su verdadero nivel. La verdad seguramente se pondrá en evidencia con el tiempo, y aunque el error siempre se vista cuidadosamente con el venerable manto de la antigüedad, el tiempo lo despojará de su disfraz, y lo mostrará tal cual es en su espantosa desnudez. Así lo sentía Elías, y por eso podía permanecer tranquilo, dejando que corran las manecillas del reloj de Baal, antes de presentar en Israel el modelo de un camino más excelente. Ahora bien, se requiere una inteligencia muy profunda y real de los principios divinos para ser capaz de seguir este camino de paciencia. Si nuestro profeta hubiese sido un hombre de espíritu superficial y atolondrado, o poco iluminado, se habría apresurado mucho más en desarrollar su sistema, y habría levantado una tempestad de oposición contra sus antagonistas. Pero un espíritu dotado de verdadera elevación jamás actúa por precipitación, jamás se deja turbar. Encontró un centro alrededor del cual podía moverse, y que lo ponía fuera del alcance de cualquier otra influencia. Tal era Elías, un hombre de carácter verdaderamente santo, elevado e independiente de los demás, quien, en todas las escenas de su extraordinaria carrera, supo conservar una dignidad celestial, la cual todos los siervos del Señor deberían buscar ardientemente. Cuando estaba en el monte Carmelo, contemplando los fatigosos e infructuosos ejercicios corporales de los profetas de Baal, aparece como alguien plenamente consciente de su misión celestial; y no solo su actitud, sino también los principios que lo hacían actuar lo señalaban como un profeta de Jehová.

¿Cuáles eran, pues, estos principios según los cuales actuaba Elías? Para decirlo en una palabra, eran los que formaban las bases de la unidad de la nación. Lo primero que hace, es reparar “el altar de Jehová que estaba arruinado” (v. 30). Ahí estaba el centro de Israel, y hacia él primeramente todo verdadero reformador debía dirigir su atención. Aquellos que procuran llevar a cabo una reforma parcial, una obra a medias, pueden contentarse simplemente con derribar lo que es falso, sin seguir la obra ni establecer una base sólida sobre la cual poder erigir el nuevo edificio; tal reforma no permanecerá, porque contiene demasiado de “la vieja levadura” para poder reconocerla como un testimonio a la verdad. No solo el altar de Baal debe ser derribado, sino que además el altar del Señor debe ser levantado. Hay personas que consentirían en ofrecer sacrificios al Señor sobre el altar de Baal; en otros términos, quieren mantener un sistema inicu, contentándose con darle un bello nombre. Pero estos acomodados humanos no son sino una trampa; el único centro de unidad que Dios reconoce, es el nombre de Jesús. No podemos considerar a los hijos de Dios como miembros de un sistema religioso, sino solamente como miembros del cuerpo de Cristo. Dios los considera como tales, y a ellos les corresponde considerarse a sí mismos como lo que son según la propia palabra de Dios, y asumir abiertamente esta bendita posición.

Podemos observar aún que, en sus actos en el monte Carmelo, Elías no deja de reconocer la unidad inquebrantable de Israel. Toma “doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, *Israel* será tu nombre” (1 Reyes 18:31). Esto era asumir un terreno elevado; sí, el más elevado posible. Pese a su gloria, Salomón no habría podido asumir uno más elevado. Reconocer las doce tribus de Israel en un tiempo cuando se hallaban divididas, debilitadas y degradadas, evidenciaba una verdadera comunión con el pensamiento de Dios en cuanto a su pueblo. Y sin embargo, es lo que el Espíritu pondrá siempre en el corazón. “Nuestras doce tribus” es algo que nunca se ha de olvidar (Hechos 26:7). Puede que se hallen esparcidas y divididas, por cierto, a causa de su debilidad e insensatez, pero el Dios de Israel no puede verlas sino en esa inquebrantable unidad que otrora manifestaron, y que, además, manifestarán otra vez, cuando, reunidas bajo el cetro del verdadero David, pisen, en santa comunión, los atrios de Jehová para siempre.

Pues bien, todo esto es lo que, por el Espíritu Santo, veía el profeta Elías. Con los ojos de la fe, penetraba más allá del largo y triste período de la humillante esclavitud de Israel, y lo contemplaba en su unidad visible, ya no más como Judá y Efraín, sino como *Israel*, porque la palabra es: “*Israel será tu nombre*” (Génesis 35:10). Sus pensamientos estaban ocupados, no con lo que era Israel, sino con lo que Dios había dicho. Era la fe. La incredulidad podía decir: «Usted toma una

posición demasiado elevada; es mucha pretensión hablar de doce tribus cuando hay solo diez; es una locura hablar de una unidad inquebrantable, cuando no hay sino división». Tal será siempre el lenguaje de la incredulidad, que nunca alcanza a comprender los pensamientos de Dios, ni ver las cosas como Él las ve. Pero es el feliz privilegio del hombre de fe, descansar en paz sobre el inmutable testimonio de Dios que no puede ser anulado por la culpable locura del hombre. “Israel será tu nombre” ¡Preciosa promesa! ¡Preciosa y permanente! Nada, absolutamente nada, podía destruirla; ni la puerilidad de un Roboam, ni la política astuta de un Jeroboam, ni aún la bajeza de un Acab podían impedir a Elías tomar la posición más elevada que un israelita podía asumir: la de un adorador delante de un altar edificado con doce piedras, según los nombres de las doce tribus de Israel.

Ahora bien, en Elías el tisbita tenemos un ejemplo del poder de la fe en la promesa de Dios, en un tiempo cuando todo alrededor de él parecía contrario. Es lo que lo hizo capaz de elevarse por encima de todo el mal que lo rodeaba y de construir un altar de doce piedras, con tanta confianza y certeza como la que tenía Josué cuando, en medio de las huestes triunfantes de Israel, erigió su trofeo a orillas del Jordán.

Pero debo terminar este capítulo, que ya se extendió mucho más allá de lo que me había propuesto. Vimos el principio sobre el cual nuestro profeta llevó a cabo su reforma, un principio verdaderamente bueno; y Dios lo honra. El fuego del cielo confundió de repente a los profetas de Baal, confirmó la fe del profeta y libró a los hijos de Israel de ese triste estado de vacilación en el que estaban entre dos opiniones. La fe de Elías había dado lugar a la acción de Dios. Había cavado una zanja alrededor del altar y la había llenado de agua; en una palabra, había vuelto la dificultad tan grande como fuera posible, a fin de que el triunfo de Dios fuese tanto más completo, y fue realmente así. Dios responde siempre al llamado de la simple fe. “Respóndeme, Jehová” —dice el profeta— “respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos” (1 Reyes 18:37). Esta es una oración inteligente. El profeta está ocupado solamente de Dios y su pueblo. No dice: «Respóndeme, para que conozca este pueblo que yo soy un verdadero profeta». No, su único objetivo era volver el corazón del pueblo al Dios de sus padres, ver los derechos de Dios establecidos en sus conciencias, en oposición a las pretensiones de Baal. Y Dios escuchó y oyó, porque tan pronto como Elías terminó su oración, “cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!” (v. 38-39).



¡La verdad triunfa! ¡Los profetas de Baal son confundidos! El profeta de Dios, con santa indignación, hace correr su sangre en las aguas del Cisón, y así, una vez juzgado el mal, no quedan más obstáculos para la comunicación de las bendiciones divinas, las que Elías anuncia a Acab con estas palabras: “¡Sube, come y bebe; porque hay sonido de abundancia de lluvia!” (v. 41, V. M.). ¡Cómo estas palabras nos manifiestan el verdadero carácter de Acab: “*come y bebe*”! Esto era todo lo que sabía o le interesaba saber. Había salido para buscar pastos, y nada más; y el profeta le da la noticia que sabía que respondía tan bien a sus deseos. No podía pedirle que venga y comparta con él las acciones de gracias a Dios por este glorioso triunfo sobre el mal, porque sabía muy bien que no recibiría respuesta alguna.

Sin embargo, ambos eran israelitas; pero uno estaba en comunión con Dios, mientras que el otro era esclavo del pecado; por eso, mientras que Acab encontraba su deleite en “comer y beber”, Elías buscaba el suyo en la soledad con Dios. ¡Qué bendito, santo y celestial deleite! ¿Quién no preferiría ser el santo en comunión con el Señor, al sensualista que va en busca de sus groseros y degradantes placeres?

Pero notemos la diferencia de la conducta de Elías en presencia del hombre y en presencia de Dios. Había encontrado a Abdías –un santo en una falsa posición– con aire de dignidad y altura; había hablado con justa severidad a Acab; había aparecido en medio de sus millares de pobres hermanos extraviados, con la firmeza y la gracia de un verdadero reformador, y finalmente, había encontrado a los impíos profetas de Baal, primero con burlas, luego con la espada de la venganza. Así se había comportado en presencia del hombre. Pero ¿cómo se comportó en la presencia de Dios?: “Y postrándose en tierra, *puso su rostro entre las rodillas*” (1 Reyes 18:42). Todo esto es admirable. El profeta sabía tomar su verdadero lugar, ya sea delante de Dios como en la presencia de los hombres. En presencia del hombre, actuaba, según el caso, en la sabiduría del Espíritu; en presencia de Dios, se prosternaba con una sincera y respetuosa humildad. Quiera el Señor formar a todos sus siervos para que sepan cómo conducirse a través de las diversas relaciones que tienen lugar aquí abajo.

Debemos ahora seguir a nuestro profeta en escenas muy diferentes.

## **El profeta en el monte Horeb**

Entre los que ocuparon un lugar destacado en la historia de la Iglesia de Cristo, hay pocos cuya carrera no ha estado marcada de manera especial por grandes vicisitudes. De ellos, así como de “los que descienden al mar en naves, y hacen negocio en las muchas aguas”, se podría decir:

“Suben a los cielos, descienden a los abismos; sus almas se derriten con el mal” (Salmo 107:23, 26). Los vemos a veces en el monte, otras veces en el valle; unos momentos están disfrutando del sol, y en otros abatidos por la tormenta. Y no es tan solo el caso de eminentes hombres de Dios, sino que casi todos los cristianos, por más tranquila y retirada que sea su senda, conocen algo de estas vicisitudes. En efecto, parece que nadie puede recorrer la carrera que tiene por delante el hombre de fe, sin encontrar asperezas en su camino. El camino que atraviesa el desierto debe necesariamente ser duro y escabroso; y es bueno que así sea; pues cualquier cristiano sensato preferiría ser puesto sobre un camino áspero antes que transitar en un terreno resbaladizo. El Señor ve que tenemos necesidad de ser ejercitados mediante penurias y dificultades, no solo para que encontremos un más dulce reposo al final, sino también para que estemos más eficazmente preparados e instruidos para el lugar que debemos ocupar.

Es cierto que en el reino de la gloria no necesitaremos más pruebas, pero necesitaremos esas gracias y esos hábitos y disposiciones del alma que habrán sido formados en medio de las tribulaciones y los sufrimientos del desierto. Entonces nos veremos obligados a reconocer que nuestro camino aquí abajo no fue en absoluto demasiado duro, sino que más bien comprenderemos que cada uno de esos penosos ejercicios que nos tocó atravesar, nos eran indispensables. Ahora vemos las cosas oscuramente, y somos a menudo incapaces de descubrir la necesidad o el motivo de muchas de nuestras pruebas y penas; además, nuestra impaciente naturaleza a menudo no ha estado dispuesta sino a murmurar y a rebelarse en tales circunstancias; pero si somos pacientes, podremos decir, sin titubear, y con el pleno asentimiento de cada uno de nuestros pensamientos y sentimientos: “Nos dirigió por *camino derecho*, para que viniésemos a ciudad habitable” (Salmo 107:7).

Esta corriente de pensamientos nos ha sido sugerida por las circunstancias en que se halla el profeta en el capítulo 19. Elías parece no haber previsto la terrible tormenta que estaba por abatirse sobre él; había descendido de la cumbre del Carmelo y, por la energía del Espíritu, fue y corrió delante del carro de Acab, hasta llegar a la entrada de Jezreel; pero allí iba a recibir un revés, y eso de parte de una persona que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano. Era la malvada Jezabel. Digo que se había mantenido en un segundo plano, escondida en su palacio, pero no había permanecido ociosa. Había usado sin duda su influencia sobre su débil marido, y había hecho uso del poder que este tenía, para llevar a cabo sus impías intenciones. Había abierto las puertas de su casa a los profetas de Baal, a quienes recibía a su mesa. Todo esto lo había hecho en favor de los intereses de su amo.

No hay que considerar a Jezabel simplemente como un individuo: El entendimiento espiritual sabe ver en ella a una persona que representa una clase entera; y también la personificación de un principio que, desde el primer siglo del cristianismo, ha venido desarrollándose en oposición a la verdad de Dios, y que alcanza su plena madurez en la persona de la gran ramera de Apocalipsis 17. El espíritu de Jezabel es un espíritu perseguidor, un espíritu que impondrá siempre su propia opinión en oposición a todo, un espíritu activo, enérgico y perseverante, en el cual es fácil reconocer la energía de Satanás.

El espíritu de Acab es muy diferente. En él vemos a un hombre que, con tal que pueda satisfacer sus deseos carnales y mundanos, no le importa mucho la religión. Poco le preocupaba decidir entre los derechos de Dios y las pretensiones de Baal. Jehová o Baal, para él es lo mismo. Pues bien, tal era el hombre que Jezabel podía manejar a su antojo. Ella se encargaba de satisfacer todos sus deseos, mientras empleaba, activa y sagazmente, el poder del rey en oposición a la verdad de Dios. Veremos que siempre los Acab son instrumentos útiles para las Jezabel; por eso, en el Apocalipsis –donde todos los principios que estuvieron, que están, o que estarán operando, son vistos en su plena madurez–, vemos a la ramera montada sobre la bestia; es decir, la religión corrupta que domina el poder secular, o, en otros términos, el espíritu de Jezabel plenamente desarrollado, disponiendo del espíritu de Acab, plenamente desarrollado también.

Hay en todo esto una voz muy solemne que se dirige a la generación presente; los que tienen oídos para oír, oigan. Los hombres se vuelven cada vez más indiferentes a los intereses y destinos de la verdad de Dios en la tierra. Lo mismo les da Cristo que Belial con tal que no se traben las ruedas de la enorme máquina del *utilitarismo* y se detenga su movimiento. Usted puede adoptar los principios que le plazcan, con tal que los guarde para usted, sin sacarlos a la luz; por eso, hombres con los principios más opuestos, pueden asociarse sin revelar esos principios, mientras que ponen todo su ardor y energía para ir tras el fantasma de lo mundanal. Tal es el espíritu y la tendencia de la época; por eso, basta con que el espíritu de una Jezabel surja, para dirigir a los hombres por ese camino en el que ya habían entrado abiertamente, y que acabará indefectiblemente en “la negrura de las tinieblas para siempre” (Judas 1:13, V. M.). ¡Solemne, muy solemne, pensamiento! Lo repito una vez más: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 11:15).

Pero, como lo vimos, fue Jezabel quien supo asestar el golpe que parece haber agobiado el espíritu del profeta. Y “Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas” (1 Reyes 19:1). Observe estas palabras: “Acab dio a Jezabel la nueva”; no le interesaba tanto este asunto como para hacerlo tomar una parte activa en él; y

si hubiese tenido algún interés, tampoco tenía suficiente energía para participar directamente. A sus ojos, probablemente la abundancia de lluvia parecía estar relacionada con la muerte de los profetas, y por eso había podido permanecer tranquilamente aparte contemplando esta matanza.

¿Qué era Baal para él, o Jehová? Nada. Cuando Acab, y todos los que se le asemejan, tienen que *comer y beber*, las cuestiones acerca de la piedad y la verdad son prácticamente ignoradas. ¡Qué grosera e inconcebible abominación! ¡Qué sensualismo deplorable e insensato! Hijos de este siglo, que expresan sus sentimientos con estas palabras: “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (1 Corintios 15:32), pensemos en Acab; recordemos su espantoso fin, el fin de esa vida de comer y beber: “Y los perros lamieron su sangre” (1 Reyes 22:38). Y en cuanto a su alma, ¡Oh, solo la eternidad revelará sus destinos!

Pero en Jezabel, vemos a una mujer a quien no le faltaba interés ni energía. Para ella la controversia entre Jehová y Baal era de la mayor importancia, y estaba bien resuelta a obrar con decisión: “Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos” (1 Reyes 19:2). Aquí pues el profeta es llamado a soportar la tormenta de la persecución. Lo habíamos visto en el monte Carmelo, donde había enfrentado a todos los profetas de Baal; hasta aquí su carrera había sido victoriosa, como resultado de su comunión con Dios; pero ahora su sol parece esconderse y su horizonte se vuelve oscuro y sombrío.

“ Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morirse, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres (v. 3-4).

El espíritu de Elías está totalmente abatido; no ve más las cosas sino a través de la sombría nube en la que está envuelto; le parece que toda su obra ha sido en vano y sin provecho (véase Isaías 49:4), y que no tiene otra alternativa que la de acostarse debajo de un enebro y allí pedir la muerte. Su espíritu, cansado por lo que estimaba como vanos esfuerzos para hacer volver a la nación a su antigua fe, deseaba ardientemente entrar en su reposo.

Ahora bien, en todo esto percibimos los efectos de la impaciencia y la incredulidad. Elías no hablaba de su deseo de morir cuando estaba en el monte Carmelo. No, allí todo era triunfo; allí creía que estaba consiguiendo algo, y que era de gran utilidad; por consiguiente, la idea de partir no se presentaba a su espíritu.

Pero el Señor quería mostrarle a su siervo no solo lo que *debía hacer*, sino también lo que *debía sufrir*. «Hacer» nos gusta bastante; «sufrir» ya es algo a lo que no estamos tan dispuestos. Y sin embargo el Señor es glorificado tanto por el que sufre pacientemente, como por el siervo más activo. Los frutos de la gracia desarrollados en un santo que ha sido conducido a soportar prolongados sufrimientos, exhalan un perfume de tanto o más valor que todos los frutos de un servicio activo. Esto es lo que debía haber tenido en cuenta nuestro profeta. Pero, ¡ay, nuestros corazones bien pueden comprender a Elías y simpatizar con él en su estado de tristeza y desaliento! Son muy pocos los siervos del Señor que en algún momento no han deseado con ansia despojarse de la armadura y abandonar la lucha y sus fatigas, sobre todo en tiempos cuando sus trabajos y su testimonio parecían ser vanos, y cuando fueron llevados a considerarse a sí mismos como un estorbo que ocupa inútilmente la tierra. Sin embargo, hay que esperar el *tiempo de Dios*, y hasta entonces procurar seguir nuestra carrera con un servicio fiel y paciente y sin quejarnos. Hay una inmensa diferencia entre el deseo de escapar de la prueba y el sufrimiento, y el deseo de estar en nuestro hogar, en la casa de nuestro Padre. Sin duda, el pensamiento del reposo es dulce, inefablemente dulce para el hombre que trabajó mucho. Es dulce pensar en las “muchas moradas” celestiales que nos fueron adquiridas por la sangre de nuestro Señor Jesucristo; es dulce pensar en el tiempo cuando nuestro Dios de gracia “enjugará toda lágrima” de nuestros ojos; es dulce pensar en esos “delicados pastos” y en esas “fuentes de agua de vida”, a las que el Cordero conducirá su rebaño durante los siglos de gloria venideros (véase Apocalipsis 7:17). En una palabra, todas estas gloriosas perspectivas ofrecidas a los ojos de la fe, son dulces y alentadoras, pero no tenemos el derecho de decir: “Oh Jehová, quítame la vida” (1 Reyes 19:4). Nada sino un espíritu de impaciencia podría alguna vez emplear tal lenguaje. ¡Cuán diferente es el espíritu que se respira en estas palabras del apóstol Pablo: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es *muchísimo mejor*; pero quedar en la carne es *más necesario por causa de vosotros*. Y confiado en esto, sé que *quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe*” (Filipenses 1:23-25)! Hay, en estas palabras, un espíritu verdaderamente cristiano. El servidor de la Iglesia debe buscar el bien y los intereses de la Iglesia y no su propio provecho. Si Pablo solo se hubiese considerado a sí mismo, no se habría quedado un momento más en la tierra; pero cuando consideraba el estado y las necesidades de

la Iglesia, deseaba quedar y permanecer, con el objeto de contribuir al gozo y provecho de la fe de los santos. Este debió haber sido también el deseo de Elías; debió haber deseado permanecer en la tierra en beneficio del pueblo. Pero falló en esto. Huyó al desierto bajo la influencia de la incredulidad, como su corazón le decía, y para salvar su vida; y allí expresa el deseo de que su vida le sea quitada, únicamente para escapar de las pruebas que formaban parte de la posición de fidelidad que había asumido.

Debemos sacar de todo esto una valiosa y útil lección. La incredulidad nos aleja siempre del lugar del testimonio y del servicio. Mientras Elías anduvo por la fe, ocupó su lugar de siervo y testigo; pero en el momento que su fe faltó, abandona su puesto y huye al desierto. La incredulidad nos hace siempre incapaces para el servicio o siervos inútiles. Jamás podemos actuar para Dios si no es por la energía de la fe. Es lo que deberíamos recordar, en un tiempo como el presente, cuando tanta gente abandona el testimonio o se aparta de él. Creo que podemos admitir como un inmutable principio de verdad, que siempre que un hombre abandona una distintiva posición de testimonio, es por causa de una positiva incredulidad. Así, por ejemplo, en nuestros días vemos a varios cristianos que, en un tiempo, habían tomado esta posición de manera muy clara y enérgica, porque –decían– habían aprendido esta gran verdad: la presencia del Espíritu Santo en la Asamblea. Ahora bien, cuando esta verdad es realmente comprendida y llevada a la práctica con poder, libera a los cristianos de la autoridad del hombre en materia de fe, y los conduce fuera de los sistemas que reconocen y defienden esa autoridad.

Si el Espíritu Santo es el que gobierna en la Asamblea, el hombre no tiene el derecho de intervenir en este gobierno; no tiene el derecho de decretar ni instituir ceremonias, porque al hacerlo usurpa de la manera más presuntuosa las prerrogativas divinas. Si, pues, un hombre cree de corazón en esta importante verdad, esta creencia ejercerá ciertamente una influencia tal sobre su conducta, que se sentirá llamado a dar testimonio en contra de todo sistema en el cual esta verdad es negada en la práctica separándose de ellos. No se trata aquí de una cuestión de personas o de cosas a las cuales puede o debe asociarse; no, este es un asunto muy distinto, aunque también importante, a tenerse en cuenta más tarde. Dejad de hacer lo malo”, es el primer deber del hombre; luego, una vez que obedeció este precepto, podrá aprender “a hacer el bien” (Isaías 1:16-17). Y sin embargo, muchos de los que en otro tiempo profesaron comprender esta verdad y anduvieron de acuerdo con ella, perdieron desde entonces la confianza que les inspiraba y, en consecuencia, abandonaron su posición distintiva y regresaron a los sistemas de los que habían salido. Al igual que Elías, no vieron cumplidas todas sus expectativas; los resultados que espera-

ban no aparecieron, por lo que desaparecieron de la escena, como su corazón les decía, y muchos seguramente se habrán sentido dispuestos a decir: “*Basta ya*” (1 Reyes 19:4). En efecto, lamentablemente más de un corazón que una vez alimentaba dulces y elevadas esperanzas respecto a la Iglesia, se inclina hoy hacia la tierra bajo el peso agobiador de la tristeza y el desaliento. Aquellos que declaraban conocer la verdad de la presencia del Espíritu Santo en la Asamblea y otras verdades afines, y andar a la luz de ellas, fallaron, cuando menos, a la hora de ponerlas en práctica, y no solo esto, sino que, en muchos casos, su yo se manifestó de la manera más humillante, y el enemigo no aflojó en sus esfuerzos por sacar provecho de todas estas miserias. Lo hizo particularmente para desanimar a aquellos que, sin duda, deseaban permanecer firmes en el testimonio para Cristo, pero que, al ver los fracasos de todo lo que podía parecerse a un testimonio colectivo sobre la tierra, se dieron por vencidos en su desesperación. Pero observemos bien esto: Es la incredulidad la que hizo que Elías huyera al desierto, y también por incredulidad un cristiano abandona la posición de testimonio a la cual la verdad de la presencia del Espíritu Santo en la Asamblea necesariamente lo conducirá.

Aquellos que se retiran de esta manera demuestran que tenían que ver, no con Dios ni con su eterna verdad, sino solamente con el hombre y con sus circunstancias. Si nuestro andar está fundado en la verdad de Dios, en nada nos veremos afectados por las variaciones y fracasos del hombre. El hombre puede fallar –y de seguro fallará– aun en sus mejores y más puros esfuerzos por poner en práctica la verdad de Dios; pero ¿acaso el fracaso del hombre invalidará la verdad de Dios? “De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Romanos 3:4). Si aquellos que profesan sostener la bendita doctrina de la unidad de la Iglesia se dividen en varios partidos; si aquellos que sostienen la doctrina de la presencia del Espíritu en la Asamblea para todo lo concerniente al gobierno y al ministerio, se apoyan, en la práctica, en la autoridad del hombre; si aquellos que dicen esperar la aparición personal y el reino del Hijo del Hombre, buscan con avidez las cosas de este mundo, ¿pueden todas estas inconsecuencias anular estos principios celestiales? Ciertamente no. Gracias a Dios, la verdad será la verdad hasta el fin. Dios será siempre Dios, aun cuando el hombre se muestre mil veces más imperfecto de lo que es. Por eso, en vez de rendirnos a la desesperación, porque los hombres fallaron en el uso que debían hacer de la verdad de Dios, debemos más bien mantener firme esta verdad, como el único sostén de nuestras almas en medio de la ruina y el naufragio universales.

Si Elías hubiese mantenido firme la verdad que llenaba su alma cuando estaba en el monte Carmelo, nunca lo habríamos visto debajo del enebro, ni jamás habría pronunciado palabras como estas: “Quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (1 Reyes 19:4). Sin embargo, el Señor puede encontrar en gracia a su pobre siervo, aun mientras duerme debajo de un enebro.

Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo



(Salmo 103:14).

Por eso, en vez de acceder a la irreflexiva solicitud de su cansado y abatido siervo, procura más bien sustentarlo y fortalecerlo para nuevas luchas. No es así “como procede el hombre” (2 Samuel 7:19), sino –alabado sea por siempre su Nombre–, como procede Dios, cuyos caminos no son nuestros caminos, y cuyos pensamientos no son nuestros pensamientos (Isaías 55:8). El hombre a menudo actúa con rigor y severidad hacia su semejante, sin tenerlo en cuenta. No así Dios. Él actúa siempre con la más tierna compasión hacia sus hijos. Comprendía a Elías; recordaba la fidelidad con la cual acababa de luchar por su Nombre y su verdad; por eso acude en su ayuda en el tiempo de su abatimiento.

“Y echándose debajo del enebro, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse. Y volviendo el ángel de Jehová la segunda vez, lo tocó, diciendo: Levántate y come, porque largo camino te resta. Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios (1 Reyes 19:5-8).

El Señor conoce mejor que nosotros las exigencias que se nos pueden imponer y, en su gracia, nos fortalece conforme a sus propios designios ante tales exigencias. El profeta afligido deseaba dormir, pero el Señor quería fortalecerlo y animarlo para un servicio ulterior. Lo mismo ocurrió con los discípulos en el huerto, los que, agobiados por una profunda tristeza ante el aparente hundimiento de todas las esperanzas que tan ardientemente habían abrigado, se dejaron caer en un profundo sueño mientras que su Amo quería que tuvieran los lomos ceñidos y los brazos afirmados para las duras escenas en las cuales estaban por entrar. Pero Elías comió y bebió, y una vez fortalecido, marchó hasta Horeb, el monte de Dios, el monte de la ley. Allí todavía debemos señalar los tristes efectos de un espíritu impaciente. Elías parece decidido a abandonar totalmente su lugar de servicio y testimonio. Si no puede dormir más debajo del enebro, se esconderá en una cueva. “Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche” (v. 9).



Cuando un creyente se aleja de la posición donde su fe lo había colocado y guardado, es imposible predecir hasta qué extremo puede llegar. La fe solamente, la fe duradera e inquebrantable en la Palabra de Dios, puede guardarnos en la senda del servicio, porque la fe hace que el hombre esté contento de esperar hasta el fin, mientras que la incredulidad, que mira solo las circunstancias del momento, lo sumerge en un completo desaliento.

El creyente debe hacerse la idea de que aquí abajo no encontrará otra cosa que pruebas y decepciones. A menudo podemos soñar con el descanso y con la felicidad que encontraríamos aquí abajo en tales o cuales condiciones, pero es solo un sueño. Elías sin duda había esperado ver un inmenso cambio moral operado por medio de él, y, en vez de eso, su vida es amenazada. Pero él debería haber estado preparado para ello. El hombre que había enfrentado sin temor a Acab y a todos los profetas de Baal, debería haber estado seguramente en condiciones de resistir el mensaje de una mujer. Sin embargo, no fue así; su fe se había apagado. Cuando la fe abandona a un hombre, este tiene miedo hasta de su propia sombra. Al contemplar al profeta en el monte Horeb, uno se pregunta: ¿Es el mismo hombre que acabamos de ver en el monte Carmelo levantando un altar de doce piedras y reivindicando de manera tan triunfante los derechos del Dios de Israel en presencia de sus hermanos? ¡Ay, qué miserable criatura es el hombre cuando no es sostenido por una fe simple en el testimonio de Dios! En un momento David enfrentó a Goliat con el poder de la fe; pero más tarde, dijo en su corazón: “Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl” (1 Samuel 27:1). La fe mira a Dios por encima de las circunstancias; la incredulidad pierde de vista a Dios y mira solo las circunstancias. La incredulidad dice: “Éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos”; la fe dice: “Más podremos nosotros que ellos” (Números 13:33, 30).

Pero el Señor no deja a su siervo en la cueva; no deja de seguirlo y de procurar traerlo de vuelta al puesto que había abandonado a causa de su impaciencia e incredulidad.

Vino a él palabra de Jehová, el cual le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías?



(1 Reyes 19:9).

¿Qué reproche! ¿Por qué Elías se escondía en una cueva? ¿Por qué había abandonado el honorable puesto del testimonio? Por el mensaje de Jezabel y porque su ministerio no había sido tan reconocido como lo esperaba. Se imaginaba haber merecido más una cosecha alentadora por to-

do su trabajo, que un mensaje amenazador y una aparente deserción general; y por eso se retiró a una cueva en la montaña, a un lugar apropiado para dar rienda suelta a sus sentimientos de amargura.

No obstante, hay que admitir que pasaron muchas cosas que hirieron el corazón del profeta: había vuelto de su apacible retiro en Sarepta para enfrentar a todo el pueblo adoctrinado por Jezabel y por una hueste de sacerdotes perversos y falsos profetas. Había confundido a estos últimos por la gracia de Dios. Dios hizo caer fuego del cielo en respuesta a la oración de Elías. Todo Israel parecía reconocer la verdad proclamada por él. Todas estas cosas debieron haber aumentado sus esperanzas a niveles poco comunes; sin embargo, después de todo esto, su vida es amenazada, no ve a nadie que esté de su lado, se ve envuelto en una sombría nube, abandona el campo de batalla y se esconde en una cueva.

Es mucho más fácil criticar a los demás que obrar correctamente, y debemos ser extremadamente cautelosos cuando se trata de emitir un juicio sobre los actos de un siervo tan honrado como Elías el tisbita. Pero aunque estemos dispuestos a cuidarnos de las censuras, al menos podemos extraer instrucciones y advertencias de esta parte de la historia de nuestro profeta. Podemos aprender una lección de la cual tenemos gran necesidad. “¿Qué haces aquí?”, es una pregunta que bien podría dirigirse a más de uno de nosotros en muchas ocasiones, cuando, por impaciencia o incredulidad, dejamos el lugar de servicio que nos corresponde en medio de nuestros hermanos, para ir a dormir debajo de un enebro o escondernos en una cueva.

¿Acaso no hay muchos que en otro tiempo eran enérgicos defensores de los principios relacionados con la unidad y la adoración del pueblo de Dios, que hoy están adormecidos o escondidos, es decir, que no hacen nada para propagar estas verdades de las que una vez fueron firmes defensores? Causa realmente tristeza hacer esta reflexión. La pregunta: “¿Qué haces aquí?”, debería ir dirigida a tales personas con una fuerza particular. En efecto, ¿qué es lo que hacen, o más bien lo que no hacen, sino causar un positivo daño a las ovejas de Jesús? Un hombre que se retira de esta manera no es meramente inofensivo, sino más bien pernicioso; provoca un verdadero daño a sus hermanos. Habría sido mucho mejor no haber aparecido nunca como defensores de verdades importantes, que, después de haberlo hecho, retirarse; somos muy culpables si, después de haber llamado la atención sobre algunos principios básicos de la verdad divina, acabamos por abandonarlos. “Si alguno quiere ser ignorante, sea ignorante” (1 Corintios 14:38, V. M.). Pode-

mos compadecemos de la ignorancia, o tratar de instruir al que ignora; pero aquel que profesó conocer la verdad y luego la abandona, no puede ser considerado como un objeto de compasión ni como alguien que haya de ser instruido.

Pero no solo la incredulidad y las decepciones con respecto a ciertas verdades, es lo que conduce a algunos a un desdichado aislamiento; un aparente o verdadero fracaso en el ministerio produce también el mismo efecto. Esto último fue tal vez lo que más afectó a Elías en particular. El triunfo obtenido en el monte Carmelo produjo sin duda en él mucha euforia en cuanto a los resultados de su ministerio, y no estaba preparado para el efecto contrario. Ahora bien, el soberano remedio para ambos males, es decir, tanto para la incredulidad respecto a una verdad importante, como para la decepción respecto a nuestro ministerio, es mantener la mirada fija en Jesús y solamente en él. Si, por ejemplo, vemos a hombres que profesan dos grandes verdades importantes como estas: La unidad de la Iglesia y la presencia permanente del Espíritu Santo en la Asamblea –que profesan, digo, conocer estas verdades–, pero que fracasan de la manera más triste en llevarlas a la práctica, ¿deberemos por eso retirarnos y decir que no hay unidad ni presencia permanente del Espíritu Santo? ¡Dios no lo permita! Eso sería hacer depender la verdad de Dios de la fidelidad humana, lo cual ninguna mente espiritual podría admitir un solo instante. No, más bien examinemos la palabra de Dios, y veamos a la Iglesia, el cuerpo de Cristo, de la que cada miembro tiene su nombre escrito en el libro de Dios desde la eternidad y hasta la eternidad. Y también cuando vemos a Jesús a la diestra de Dios en los cielos, es para nosotros la garantía infalible de la presencia del Espíritu Santo en la Asamblea. Bendito sea Dios por la seguridad que confirió a todas estas verdades. “Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29).

Por último, si los creyentes son probados en lo que respecta a su ministerio, si el enemigo hace todo lo posible para que renuncien mediante disgustos y decepciones, que traten de mantener la vista puesta más simplemente en Jesús, recordando que, por más deprimente que sea el panorama de las cosas aquí abajo, se acerca rápidamente el tiempo cuando los que habrán servido al Señor en sencillez, por amor a Él, recibirán un “galardón completo”. No obstante, debemos tener cuidado de no permitir que nuestro ministerio o sus frutos se interpongan entre nuestras almas y Cristo. Hay un gran peligro en esto. Un hombre puede servir en la obra con una sincera devoción por su Amo y, sin embargo, por la astucia del enemigo y la debilidad de su propio corazón,

puede pronto dar a su obra un lugar más eminente en sus pensamientos que a Cristo mismo. Si Elías hubiese estado delante del Dios de Israel de manera más permanente, no habría sucumbido a la desesperación.

Pero aprendemos cuál era el verdadero estado del alma del profeta por su respuesta a la divina reprensión: “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y solo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida” (1 Reyes 19:10). ¡Qué diferente es este lenguaje del que brotó de sus labios en el monte Carmelo! Allí, Elías reivindicó los derechos de Dios; aquí, se reivindica a sí mismo. Allí, se esforzó por convertir a sus hermanos presentándoles la verdad de Dios; aquí, acusa a sus hermanos, y expone los pecados de ellos delante de Dios.

Yo “he sentido un vivo celo”, pero ellos “han dejado tu pacto”, etc. Tal era la manera en que el profeta expresaba su descontento en la cueva del monte Horeb. Parece que se consideraba a sí mismo como el único hombre que había hecho, o que hacía, algo para Dios. “Y solo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida”. Todo esto no era sino la consecuencia natural de la posición que había asumido, al irse como su corazón le decía.

En el momento en que un siervo de Dios abandona su lugar de testimonio y servicio en medio de sus hermanos, comenzará a enaltecerse a sí mismo y a acusarlos a ellos; en efecto, su sola acción expresa en seguida la pretensión de que él ha sido fiel y de que ellos fracasaron. Pero a todos aquellos que se separan así de sus hermanos, acusándolos, va dirigida esta seria pregunta: “¿Qué haces aquí?”, “El que tiene oídos para oír, oiga”.

Sin embargo, nuestro profeta es llamado a salir de su lugar de reclusión. “Sal fuera” –le dice Jehová– “y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un *silbo apacible y delicado*” (1 Reyes 19:11-12). Por estas manifestaciones, variadas y solemnes, de sí mismo y de sus maravillosos actos, el Señor quería enseñar a su siervo de manera muy expresiva, que Él no estaba limitado a un solo agente para llevar a cabo sus propósitos. El viento era uno de estos agentes, y un agente poderoso; pero no era el medio para alcanzar el objetivo que Dios buscaba; y lo mismo podemos decir del terremoto y del fuego, cuyos terribles efectos solo servían para abrir el camino al último agente, el más débil en apariencia, a saber, el silbo apacible y delicado. Así el profeta debía aprender a contentarse con ser un agente, y solo uno entre muchos. Quizás se había figu-

rado que toda la obra debía ser hecha por él. Al venir, como lo hizo, con el terrible ímpetu de un violento viento, creyó que debería haber derribado todos los obstáculos, y haber traído a la nación de vuelta a su bienaventurado lugar de fidelidad a Dios. Pero, lamentablemente, ¡cuán poco comprende, aun el instrumento más distinguido, su propia insignificancia! Los hombres más devotos, más destacados y mejor dotados son solo piedras del edificio, tornillos de la máquina, y todo aquel que se considere a sí mismo *el* instrumento, pronto descubrirá lo equivocado que estaba. Pablo podía plantar, y Apolos regar, pero es Dios quien da el crecimiento (1 Corintios 3:6). Así también Elías debía aprender que el Señor no estaba limitado a él y que podía emplear otros instrumentos; que tenía en su aljaba otras flechas, que lanzaría a su debido tiempo. El viento, el terremoto y el fuego, deberán hacer cada uno su obra, y entonces el silbo apacible y delicado podrá ser clara y eficazmente oído. A Dios solo pertenece la potestad de hacerse oír, aun cuando hable a través de un “silbo apacible y delicado”. Elías permaneció en la cueva hasta que esta voz llegó a sus oídos, y entonces “cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva” (1 Reyes 19:13).

Únicamente “delante de Jehová” (v. 11) podemos tener una idea justa de nuestra posición. Podemos tener una elevada opinión de nosotros mismos y de nuestro ministerio, pero cuando somos introducidos en la presencia de Dios, entonces aprendemos a cubrir nuestro rostro con un manto; en otras palabras, aprendemos realmente a ocultarnos a nosotros mismos. Cuando Moisés se halló en la presencia de Dios, “temblando, no se atrevía a mirar” (Hechos 7:32). Cuando Job se halló en esa misma presencia, “se aborreció, y se arrepintió en polvo y ceniza” (Job 42:6); y fue así con todos los que alguna vez lograron verse a sí mismos a la luz de la presencia divina: allí aprendieron a conocerse, a darse cuenta de su propia y absoluta insignificancia; allí comprendieron que Dios no necesitaba de ellos para llevar a cabo Sus propósitos.

El Señor está siempre dispuesto a reconocer el acto más pequeño de servicio realizado para Él; pero desde el momento en que un creyente hace de su servicio un centro, el Señor le muestra que ya no lo necesita más. Tal fue el caso con respecto a Elías. Se había retirado del campo de labor y de batalla, y había expresado un ardiente deseo de abandonar su cuerpo; se consideraba un testigo aislado y único, un siervo abandonado y decepcionado; Jehová le hace comparecer ante Él, y allí, por decirlo de algún modo, le retira su misión, y le anuncia los nombres de sus sucesores en el campo de labor. “Y le dio Jehová: Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y ungirás a Hazael por rey de Siria. A Jehú hijo de Nimsi ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, ungirás para que sea profeta en tu lugar. Y el que escapare

de la espada de Hazael, Jehú lo matará; y el que escapare de la espada de Jehú, Eliseo lo matará. Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron” (1 Reyes 19:15-18). Mediante estas palabras la luz penetra en el espíritu de Elías. ¡Siete mil!, cuando él se imaginaba que había quedado solo. A Dios nunca le faltarán instrumentos. Si el viento no basta, tiene el terremoto, si el terremoto no basta, tiene el fuego, y, por último, tiene el “silbo apacible y delicado”. De esta manera, Elías aprendió que otros ministerios aparte del suyo podían actuar sobre Israel: Hazael, Jehú y Eliseo debían aún aparecer en la escena, y así como el silbo apacible y delicado había demostrado su eficacia para hacer salir a Elías de su cueva, así también el ministerio de gracia de Eliseo se mostraría eficaz para hacer salir de sus escondites a los millares de fieles que Elías no había sabido descubrir. Este último no debía hacerlo todo; era solo uno de los tantos agentes de Dios. “No puede el ojo decir a la mano: No tengo necesidad de ti; ni tampoco *puede decir* la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros” (1 Corintios 12:21, V. M.).

Tal era, creo, la gran lección que el profeta aprendió de las impactantes escenas que tuvieron lugar en el monte Horeb. Había subido allá lleno de pensamientos de sí mismo, y de él solo; permaneció en el monte lleno de la idea de que era *el* testigo, el *único* testigo; descendió de él con el humillante pero saludable conocimiento de que *era tan solo uno de los siete mil*. ¡Qué diferencia en su manera de ver y juzgar! Nadie puede enseñar como Dios. Cuando quiere dar una lección, bendito sea su Nombre, puede darla de manera eficaz. Había, pues, hecho que Elías tomara conciencia de su propia insignificancia, a tal punto que se vio contento de desandar sus pasos, de salir de su cueva y de descender del monte, de desechar todas sus quejas y acusaciones, y de echar humildemente, en silencio, con voluntaria sumisión, su manto profético sobre los hombros de otro.

Todo esto es muy instructivo. El silencio de Elías, después de haber oído mencionar a los siete mil, es de lo más notable. Había aprendido allí una lección que el monte Carmelo no había podido enseñarle, lo que ni Sarepta ni Querit le habían enseñado. En estos lugares, había aprendido muchas cosas acerca de Dios y su verdad, pero en Horeb, aprendió a reconocer su propia pequeñez, y como resultado de dicho aprendizaje descendió del monte y le transmitió su oficio a otro, y no solo esto, sino que al hacerlo dice: “¿Qué te he hecho yo?” (v. 19). En una palabra, vemos en este querido siervo la más completa renuncia de sí mismo, desde el momento en que aprendió que era solo un agente entre varios. Todavía se le encarga entregar un mensaje de juicio a Acab, en la viña de Nabot, otro mensaje similar a Ocozías en su aposento de enfermo, y luego parte de

este mundo, dejando la obra que había comenzado en otras manos para que la siguiesen. Como Juan el Bautista que, como sabemos, vino en el espíritu y poder de Elías, introdujo con agrado a su sucesor y luego se retiró.

¡Oh, si todos los creyentes conociesen mejor este espíritu de humildad y de renuncia de uno mismo, que impulsa a un hombre a hacer la obra y a no pensar en esta obra; e incluso si fuese a hacerlo, a ver la obra hecha por otros y a regocijarse en ella! Juan el Bautista tuvo que aprender esto de la misma manera que Elías el tisbita. Tuvo que aprender a estar contento de acabar su brillante carrera en la oscuridad de un calabozo, mientras que otro hacía la obra. A Juan también le pareció extraño que se hiciera así con él, por lo que envió mensajeros a Jesús para preguntarle: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” (Lucas 7:19). Como si hubiese dicho: «¿Es posible que Aquel de quien he dado testimonio, sea realmente el Cristo, y que, sin embargo, me deje perecer, sin preocuparse por mí, en el calabozo de Herodes?». Así fue, y Juan debió aprender a estar contento con eso. Al comienzo de su ministerio había dicho: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30). Pero tal vez no había calculado menguar hasta este extremo. Sin embargo, tal era la voluntad de Dios para con su honrado siervo. ¡Qué diferentes son los pensamientos de Dios de los pensamientos del hombre! Juan, después de haber cumplido una misión de las más importantes, la de introducir al Hijo de Dios, fue destinado al degolladero: al pedido de una malvada mujer –y para que un impío tirano no violara su juramento–, su cabeza fue cortada.

Lo mismo ocurrió con Elías el tisbita. Su carrera sin duda había sido una de las más brillantes; había pasado ante los ojos de Israel en toda la dignidad y majestad de un hombre celestial, de un mensajero celestial. De sus labios brotó la verdad divina, y fue muy honrado por Dios en su obra. Pero en el momento en que comenzó a pensar en sí mismo y creer que era algo, cuando comenzó a decir: “He sentido un vivo celo... y solo yo he quedado” (1 Reyes 19:10, 14), el Señor le enseña su error, y le ordena establecer a su sucesor.

Que aprendamos de todo esto a ser realmente humildes y abnegados en nuestro servicio, cualquiera que sea. No caigamos en la presunción de considerarnos algo, o de contemplar nuestro servicio como si fuera el logro de algo importante. Y aunque no veamos fruto en nuestro ministerio, y seamos despreciados y desechados, que podamos ser capaces de mirar adelante, al fin, cuando todo habrá de ser manifestado. Es lo que hacía nuestro adorable Amo. Tenía su mirada fija en “el gozo puesto delante de él” (Hebreos 12:2), y mientras proseguía su camino hacia ese

gozo, no se preocupaba de los pensamientos de los hombres. No se quejaba de aquellos que lo desechaban, lo despreciaban y lo crucificaban, ni los acusaba. No, una de las últimas palabras que profirió en la cruz fueron:

“ Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen  
(Lucas 23:34).

¡Bendito Amo! ¡Concédenos una mayor medida de este espíritu de dulzura, amor, gracia y perdón! ¡Que podamos ser semejantes a ti, y seguir tus pisadas a través de este pobre mundo!

## El arrebatamiento del profeta

Desde el momento en que Elías echa su manto sobre los hombros de Eliseo, podemos considerar su carrera profética como casi llegada a su fin. Se le encargará todavía uno o dos mensajes, como ya lo recordamos, pero a partir del momento en que Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, fue ungido para ser profeta en su lugar (1 Reyes 19:16), el ministerio público de Elías para con Israel puede considerarse terminado. Él mismo, en efecto, había abandonado la obra: “Se levantó y se fue para salvar su vida” (1 Reyes 19:3); de modo que, para hablar a la manera de los hombres, ya era hora de pensar en designar un sucesor.

Pero al reflexionar sobre la vida y los tiempos de Elías, nuestros pensamientos no deben limitarse solamente a su carácter de *profeta*; debemos considerarlo también como *hombre*; no solo como *siervo*, sino también como *hijo*; no solo en su *oficio*, sino también en su *persona*. Como profeta, su perseverancia y el feliz término de su carrera dependían en gran medida de su fidelidad. Por eso, cuando se dejó arrastrar por un espíritu incompatible con el carácter de un verdadero siervo, tuvo que dimitir y entregar su servicio a otro.

Había sin embargo mejores cosas reservadas para Elías. Podía haberse dejado llevar por un espíritu impaciente; haberse escondido en una cueva e invocado de ahí “a Dios contra Israel” (Romanos 11:2); haber anhelado impacientemente abandonar la carrera de prueba a la que había sido llamado y, por consecuencia, verse llamado a renunciar a su puesto. No obstante, el Dios de amor tenía reservados para Elías pensamientos de gracia que él mismo jamás habría podido imaginar.

¡Qué precioso y bendito es dejar a Dios el cuidado de adoptar sus propios métodos a la hora de tratar con nosotros! Podemos estar seguros de perder algo si queremos entremeternos en el modo de obrar de Dios. Sin embargo, esta intromisión fue siempre la tendencia natural del hombre.



El hombre no quiere dejar que Dios adopte Su propio método de justificarlo, sino que siempre quiere intervenir en el maravilloso plan de la redención. Y aun cuando, por la eficacia de la obra del Espíritu Santo, el hombre se somete a la justicia de Dios, pese a las repetidas experiencias que hace acerca de la superior sabiduría divina, pretende intervenir aún en la divina escuela y disciplina paterna, como si pudiese, mejor que Dios mismo, disponer de las cosas para su provecho. ¡Presuntuosa locura! Para algunos, el resultado de esta intromisión será la perdición eterna; para otros, la privación actual de la bendición que acompaña siempre a un mayor conocimiento y a una más profunda experiencia del carácter y los caminos de Dios.

¡Cuán grande habría sido la pérdida de Elías si hubiese visto cumplida su demanda! ¡Cuánto mejor es ser arrebatado al cielo en un carro de fuego que retirado de este mundo en un arrebato de impaciencia! Esto último es lo que Elías había pedido, pero Dios le concede lo primero. “Aconteció que cuando quiso Jehová alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías venía con Eliseo de Gilgal” (2 Reyes 2:1).

Detenerme en las circunstancias de la introducción de Eliseo en el oficio profético —en su lentitud para acompañar a Elías al principio, y en su mala disposición a dejarlo después—, sería desviarme de mi presente intención. En este capítulo lo vemos acompañando a Elías desde Gilgal hasta Bet-el, desde Bet-el hasta Jericó y desde Jericó hasta el Jordán. Todos estos eran lugares famosos en la historia de Israel. Bet-el, o la casa de Dios, era el lugar donde Jacob había visto antiguamente la escalera mística que ascendía de la tierra al cielo, que expresaba de manera justa y bella los futuros propósitos de Dios respecto a las familias del cielo y de la tierra. A este mismo lugar, Jacob, por el expreso mandato de Dios, tuvo que volver después de haberse purificado de las manchas de Siquem (Génesis 35:1).

Bet-el era, pues, un lugar de profundo interés para el corazón de un israelita. Pero, lamentablemente, ¡se había contaminado! El becerro de Jeroboam había dejado completamente en el olvido los sagrados principios de verdad enseñados por la escalera de Jacob; esta elevaba el espíritu de la tierra al cielo, llevaba los corazones hacia arriba y adelante: hacia arriba, al eterno propósito de *gracia* de Dios; adelante, a la manifestación de ese propósito en *gloria*. El becerro de Jeroboam, por el contrario, rebajaba el corazón y lo ligaba a un degradante sistema de religión política, un sistema en el cual se empleaba el *nombre* de las cosas celestiales para salvaguardar las realidades de las cosas terrenales.

Jeroboam hacía uso de *la casa de Dios* para asegurarse la posesión del reino de Israel. Estaba muy contento de quedarse debajo de la escalera, y no se preocupaba en absoluto de mirar hacia arriba. Su corazón terrenal no tenía el deseo de ascender a las sublimes alturas a las que conducía la escalera de Jacob; la tierra y su gloria era todo lo que ambicionaba, y, con tal de obtenerlas, poco le importaba rendir culto delante del becerro de Baal en Bet-el, o delante del altar de Jehová en Jerusalén. Esto no significaba nada para él. Jerusalén, Bet-el o Dan eran meros nombres a los ojos de este hombre político-religioso, lo mismo que para todo hombre semejante.

La religión es tan solo un instrumento en las manos de los hijos de este mundo; un instrumento para cavar en las entrañas de la tierra, y no una escalera para ascender de la tierra al cielo. El hombre mancha todo lo que es sagrado; ponga en sus manos la verdad más pura y celestial, y no tardará en ensuciarla; confíele a sus cuidados la ordenanza más solemne y preciosa, y no tardará en convertirla en una forma muerta, y en perder también los principios subyacentes a esas formas que debía haber transmitido. Así sucedió con Bet-el, y así sucede con todas las cosas santas con que el hombre tiene algo que ver.

Los dos profetas partieron de Gilgal, que era también un lugar digno de interés. Fue allí donde Jehová quitó de su pueblo el oprobio de Egipto (Josué 5:9). Allí los hijos de Israel celebraron su primera pascua en la tierra de Canaán, y fueron confortados al comer del fruto de la tierra (Josué 5:10-11). Gilgal era el lugar de reunión para Josué y sus hombres de guerra; de allí salían, con la fuerza de Jehová, para obtener gloriosos triunfos sobre los incircuncisos, y allí regresaban para compartir los despojos.

Gilgal era, pues, un lugar con el que un israelita tenía lazos afectivos; un lugar que guardaba muchos recuerdos santos. Sin embargo, como Bet-el, también había perdido toda la realidad. El oprobio de Egipto había sido quitado de Israel allí. Los principios que en otro tiempo estuvieron en relación con Gilgal habían perdido su imperio sobre los corazones del pueblo de Dios profeso. Boquim, el lugar de las lágrimas, había reemplazado desde hacía mucho tiempo a Gilgal en lo que a Israel se refiere, y Gilgal se había vuelto una forma vacía: antigua, sin duda, pero sin poder, porque Israel había dejado de andar en el poder de la verdad enseñada en Gilgal.

En Jericó los ejércitos de Jehová, al mando de su valiente Príncipe, obtuvieron su primera victoria en el país de la promesa, y manifestaron el poder de la fe (véase Josué 5:14).

En el Jordán, Israel tuvo una sorprendente manifestación del poder de Jehová en relación con el arca de su presencia. El Jordán era el lugar donde, en figura, la muerte había sido vencida por el poder de la vida; el medio del río y sus bordes entregaron los trofeos de la victoria obtenida sobre el enemigo.

Así pues, estos diversos lugares, Bet-el, Gilgal, Jericó y el Jordán eran profundamente interesantes para el corazón de un verdadero hijo de Abraham; pero su eficacia y significado se perdieron: Bet-el era solo de nombre la casa de Dios; Gilgal no fue apreciado más como el lugar donde había sido quitado el oprobio de Egipto. Los muros de Jericó, que habían sido destruidos por la fe, fueron reconstruidos. El Jordán no fue más considerado como la escena del poder de Jehová.

En otras palabras, todos estos lugares se habían convertido en meras formas sin poder, y aun en el tiempo de Elías, el Señor, respecto a estas cosas, tuvo que dirigirse a la casa de Israel en términos tan enérgicos como estos: “Así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis; y no busquéis a Bet-el, ni entréis en Gilgal, ni paséis a Beerseba; porque Gilgal será llevada en cautiverio, y Bet-el será deshecha. Buscad a Jehová, y vivid” (Amós 5:4-6). Esta es una importante verdad para todos aquellos cuyos corazones son propensos a aferrarse a formas antiguas.

Este notable pasaje nos enseña que nada excepto la divina realidad de una comunión personal con Dios subsistirá. Los hombres pueden defender las formas, presentar argumentos en defensa de su gran antigüedad; pero ¿dónde encontraríamos una mayor antigüedad que aquella de la cual Bet-el y Gilgal podían jactarse? Sin embargo, estos lugares cayeron y fueron destruidos, y los fieles fueron exhortados a abandonarlos y a mirar, con una fe simple, al Dios vivo.

Nuestro profeta atravesó, pues, todos estos lugares en la energía y dignidad de un hombre celestial, pero su destino estaba más allá y por encima de todos ellos. Elías repetidas veces trató de dejar atrás a Eliseo, mientras proseguía su camino hacia el cielo; pero Eliseo se aferra a él y lo acompaña, por decirlo así, hasta la misma puerta de los cielos, y reprime la inquieta curiosidad de sus hermanos menos inteligentes, diciéndoles: “Callad” (2 Reyes 2:3, 5).

Pero Elías sigue adelante en la energía de su misión celestial: “Jehová me ha enviado”, dice (v. 6), y, en obediencia al mandato divino, pasa por Gilgal, Bet-el, Jericó y el Jordán, dejando tras de sí todas aquellas antiguas formas y localidades sagradas que habrían podido atraer los afectos de aquellos que no estaban, como Elías el tisbita, siguiendo su camino impulsados por una esperanza celestial.

Los hijos de los profetas podían detenerse en estas cosas, que despertaban posiblemente en ellos muchos recuerdos sagrados; pero para uno cuyo espíritu estaba lleno del pensamiento de su arrebatamiento al cielo, las cosas de la tierra, por más sagradas o venerables que puedan ser, no podían presentarle ningún atractivo. Su objeto era el cielo, no Bet-el ni Gilgal. Iba a dejar la tierra y todas sus desoladoras escenas; iba a dejar tras de sí a Acab y Jezabel, quienes iban camino a su terrible juicio; iba a pasar más allá de la región de los pactos abandonados, los altares derribados y los profetas muertos a espada (1 Reyes 19:10); iba a pasar más allá de las penumbras y dolores, las pruebas y decepciones de este tempestuoso mundo, y no por medio de la muerte, sino a través de un carro celestial.

La muerte no debía tener ningún poder contra este hombre celestial. Sin duda, su cuerpo fue transformado “en un abrir y cerrar de ojos”, pues “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción” (1 Corintios 15:50, 52); pero la muerte no tenía absolutamente ningún poder sobre Elías. En lugar de ello, como un vencedor, se subió a su carro triunfal, para entrar así en su reposo. ¡Hombre dichoso! Había ganado la batalla, había acabado la carrera, tenía la victoria asegurada. Elías, a diferencia de los hombres de este mundo, y de muchos de los hijos del reino, fue extranjero en la tierra. Había salido de los montes de Galaad, ceñidos los lomos, como un testigo fiel de Dios para dar un severo testimonio contra la corriente de un mundo profesante. No tenía morada ni lugar de reposo aquí abajo, sino que, como extranjero y peregrino, proseguía su camino hacia su reposo celestial.

La carrera de Elías, de principio a fin, fue única. Como Juan el Bautista, fue una voz “que clama en el desierto” (Marcos 1:3), lejos de los sitios tan frecuentados por los hombres. Cuando aparecía, era como un meteoro celestial, cuyo origen y destino estaban fuera del alcance de la concepción humana. El hombre ceñido por el cinturón de cuero (2 Reyes 1:8), no era conocido sino como el testigo contra el mal, el mensajero de la verdad de Dios. No tenía ninguna comunión con el hombre como tal. En todos sus caminos conservaba una dignidad que rechazaba toda intrusión carnal de los demás, a la vez que le aseguraba veneración y respeto. La santa solemnidad del santuario que lo rodeaba, era tal que la vanidad y la locura no podían subsistir en su presencia. No era, como su sucesor Eliseo, un hombre sociable; su camino fue solitario: “Ni comía ni bebía”. En una palabra, fue singular en todo: singular tanto en el inicio de su carrera profética como en la manera en que salió de ella. Fue una excepción, y una excepción notable. El solo hecho de no haber sido llamado a pasar por las puertas del sepulcro, es ciertamente suficiente para llamar la atención sobre él de forma especial.

Pero observemos el camino que siguió nuestro profeta, mientras viajaba hacia la escena de su arrebatamiento. Recorrió el mismo camino que antiguamente había hecho el campamento de Israel, pero en sentido contrario. Israel había marchado desde el Jordán hasta Jericó, pero Elías marchó desde Jericó hasta el Jordán. En otros términos, como el Jordán era lo que separaba el desierto del país, el profeta lo atravesó, dejando tras de sí la tierra de Canaán. Su carro lo encontró, no *en el país*, sino *en el desierto*. El país estaba contaminado, y debía ser rápidamente purificado de aquellos que habían introducido en él la contaminación. La gloria pronto se habría de alejar incluso del lugar más privilegiado. El nombre de Icabod quedaría grabado sobre todo; por tal motivo, el profeta deja el país y pasa al desierto, señalando así a la mente espiritual que no quedaba nada para un hombre celestial excepto el desierto y el reposo en lo alto.

La tierra estaba contaminada, y no debía ser más el lugar de reposo ni la porción del hombre de Dios. Las aguas del Jordán habían sido una vez divididas para permitir a Israel pasar del desierto a la tierra de Canaán; ahora iban a ser divididas para permitirle a un hombre celestial pasar de la tierra de Canaán al desierto, donde lo aguardaba su carro, listo para transportarlo de la tierra al cielo.

Las cosas terrenales y las esperanzas de esta tierra fueron desterradas de la mente de Elías. Aprendió la vanidad de todo lo que está aquí abajo, y ahora solo le quedaba mirar más allá de estas cosas. Luchó hasta el cansancio en medio de los altares derribados de Israel. Trabajó y testificó por años en medio de un “pueblo rebelde y contradictor” (Romanos 10:21). Anhelaba ardentemente partir y entrar en el reposo, y es adonde iba a llegar, pero de una manera digna de Dios. Dios mismo iba a poner sus “brazos eternos” alrededor de su siervo para protegerlo del poder de la muerte. Para Elías, la muerte no tenía su aguijón ni el sepulcro su victoria.

Elías, en la arena del desierto, tuvo el privilegio de mirar directamente hacia arriba y, sin ser impedido por las circunstancias humillantes de la enfermedad y la muerte, ver los cielos abiertos para recibirlo. Respecto a su salida de la tierra, nuestro profeta fue eximido de todas las circunstancias penosas que son la parte de la humanidad caída. Cambió su manto de profeta por un carro de fuego, estando muy satisfecho de dejar caer a tierra su manto mientras ascendía al cielo. Para él, la tierra era solo un lugar contaminado y perecedero en la creación de Dios, y estaba muy feliz de despojarse de todo lo que le recordaba sus relaciones con ella.

¡Qué posición! Y sin embargo, es simplemente la posición que todo hombre celestial debería ocupar. La naturaleza y la tierra no tienen ya ningún derecho sobre el hombre que cree en Jesús. La cruz rompió todas las cadenas que lo ataban a la tierra. Así como el Jordán separó a Elías de

la tierra de Canaán y lo introdujo en el desierto, para encontrar allí el carro de Jehová, así también la cruz introdujo al creyente en un terreno totalmente nuevo. Lo puso en las circunstancias reales del desierto. Lo colocó también al otro lado de la muerte, sin ningún otro objeto ante sí que su arrebatamiento para ir al encuentro del Señor en el aire.

Tal es la parte real e indiscutible de todo santo, por más débil e ignorante que sea; el hecho de que haga de esta porción su feliz experiencia, es otra cosa. Para hacer de esta posición una realidad, debemos pasar mucho tiempo a solas con Dios; hace falta que conozcamos el ejercicio frecuente del juicio propio. La carne y la sangre jamás podrán comprender el arrebatamiento de un hombre celestial. En realidad, ni siquiera los hijos de los profetas lo comprendían, porque le dicen a Eliseo: “He aquí hay con tus siervos cincuenta varones fuertes; vayan ahora y busquen a tu señor; quizá lo ha levantado el Espíritu de Jehová, y lo ha echado en algún monte o en algún valle” (2 Reyes 2:16). Este era el pensamiento más elevado que tenían con respecto al arrebatamiento del profeta: “El Espíritu de Jehová... lo ha echado en algún monte o en algún valle”. No podían concebir que hubiera sido trasladado al cielo en un carro de fuego.

Todavía se detenían en las cosas de la tierra, y no tenían el sentido espiritual suficientemente ejercitado para comprender y apreciar una verdad tan gloriosa. Eliseo cedió a la importunidad de los hijos de los profetas, pero, por los infructuosos esfuerzos de sus mensajeros, ellos aprendieron cuán insensatos eran sus pensamientos. Cincuenta varones fuertes no pudieron hallar al profeta en ninguna parte. Se había marchado; y hacía falta una fuerza distinta de la fuerza de la naturaleza para seguir el mismo camino que él.

“ El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente (1 Corintios 2:14).

Los que andan “en el Espíritu” (Gálatas 5:16) entenderán claramente el privilegio que tuvo el profeta de ser librado del poder de la mortalidad, y de ser introducido de una manera tan gloriosa en su celestial reposo.

Tal fue, pues, el fin de la carrera de nuestro profeta. ¡Glorioso fin! ¿Quién no diría: “¡Sea mi postrimería como la suya!” (Números 23:10, V. M.)? Bendito el amor que quiso que un *hombre* fuese honrado así. Bendita la gracia que llevó al Hijo de Dios –el Autor de la vida– a descender del seno

de su gloria en los cielos, y a someterse a la ignominiosa muerte de la cruz, en virtud de la cual, aunque solo en perspectiva todavía, el profeta Elías fue eximido de “la paga del pecado”, y autorizado a pasar a las regiones de la luz y la inmortalidad sin que el “olor de muerte” pasara por él.

¡Cómo deberíamos adorar este amor, querido lector cristiano! Sí, cuando seguimos los pasos del notable hombre cuya historia hemos estado considerando, cuando lo seguimos desde Galaad hasta Querit, desde Querit hasta Sarepta, desde Sarepta hasta el Carmelo, desde el Carmelo hasta Horeb, y desde Horeb *hasta el cielo*, seguramente nos sentimos constreñidos a exclamar: «¡Oh, qué amor sin igual, el amor de Dios!». ¿Quién podría concebir que el hombre mortal sería capaz de seguir ese curso? ¿Quién sino Dios podía haber efectuado tales cosas?

La vida de Elías el tisbita magnifica de manera extraordinaria la gracia de Dios, y confunde la sabiduría del enemigo. El arrebatamiento de un santo al cielo es uno de los frutos más preciosos y magníficos de la redención. Salvar un alma del infierno es de por sí una obra gloriosa, un magnífico triunfo; resucitar el cuerpo de un santo dormido es una manifestación más brillante todavía de la gracia y el poder divinos; pero tomar un hombre vivo, en todo el vigor y la energía de su existencia natural, y transportarlo de la tierra al cielo, es un despliegue tan admirable del poder de Dios y del valor de la redención que sobrepasa todo lo que pudiéramos imaginar y concebir.

Tal fue el caso de Elías. No se trató meramente de la salvación de su alma, ni de la resurrección de su cuerpo, sino del arrebatamiento de su persona: “espíritu, alma y cuerpo”. Fue retirado de en medio del tumulto y la confusión de este mundo. La marea del mal seguirá subiendo cada vez más; los hombres y los principios seguirán actuando y mostrándose; la medida de las iniquidades de Israel pronto llegará a su colmo; y el orgulloso asirio pronto entrará en la escena, como la vara del furor de Jehová, para castigar a su pueblo; pero ¿qué era todo esto comparado con el traslado del profeta al cielo? Nada. Mientras estaba sin hogar, como peregrino, en el desierto, los cielos le fueron abiertos. Acabó así definitivamente con la tierra de Canaán, con sus manchas y degradación, y tomó su lugar en lo alto para esperar de allí las solemnes escenas en las que debía, y todavía debe, tomar parte.

Habiendo considerado así el ascenso de nuestro profeta al cielo, nuestras reflexiones sobre su vida y su época naturalmente deberían llegar a su fin. Pero hay una escena particular en el Nuevo Testamento en la cual él aparece, y si no nos detuviéramos un poco en ella, esta breve reseña de su vida quedaría incompleta. Me refiero al monte de la transfiguración, donde Moisés y Elías aparecieron en gloria, hablando con el Señor Jesucristo “de su partida, que iba... a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). El Señor Jesús tomó con él “a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte

solos a un monte alto” (Marcos 9:2), a fin de manifestarles el aspecto de su gloria futura, y de fortalecer así sus corazones para las circunstancias críticas por las cuales, tanto él como ellos, todavía debían pasar.

¡Qué compañía! ¡El Hijo de Dios, con su “vestido blanco y resplandeciente” (Lucas 9:29); Moisés, tipo de los que “durmieron en Jesús”; Elías, tipo de los santos arrebatados (1 Tesalonicenses 4:14-17), y Pedro, Santiago y Juan, que son llamados “columnas” de la Iglesia (Gálatas 2:9)! Es evidente que el Señor quiso preparar a sus apóstoles para la escena venidera de Sus sufrimientos, presentándoles una muestra de las glorias que seguirían. Veía la cruz, con todos los horrores que la acompañaban, delante de él.

Poco antes de su transfiguración les había dicho a los doce: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día” (Lucas 9:22); pero antes de entrar en estos terribles sufrimientos, les quiso mostrar a tres de ellos algo de Su gloria. La cruz es en realidad la base de todo. La gloria futura de Cristo y sus santos, el gozo de Israel restablecido en la tierra de Canaán y la liberación de la creación de la esclavitud de corrupción, todo está subordinado a la cruz del Señor Jesucristo. Sus dolores y sufrimientos aseguraron la gloria de la Iglesia, la restauración de Israel y la bendición de toda la creación.

No debe sorprendernos, pues, el hecho de que la cruz constituya el tema de la conversación que tuvieron Cristo y sus compañeros en la gloria. “Hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). Todo dependía de este gran hecho. El pasado, el presente y el futuro, todo descansa en la cruz, como base inmortal. Moisés podía ver y reconocer, en la cruz, lo que sustituyó a la ley con sus ritos y ceremonias, que eran simples sombras; Elías podía ver y reconocer en ella, lo que podía dar eficacia a todo el testimonio profético. La ley y los profetas señalaban a la cruz como el fundamento de la gloria venidera.

El tema de conversación en el monte de la transfiguración, en medio de la “magnífica gloria” (2 Pedro 1:17), era, pues, profundamente interesante. Era interesante para la tierra, para el cielo y para la inmensa creación de Dios. Forma el centro de todos los consejos y propósitos divinos; concilia, en una santa armonía, todos los atributos de Dios; asegura, sobre principios inmutables, la gloria de Dios y la paz del pecador; allí podría grabarse, con caracteres indelebiles: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). No debe sorprendernos, pues, como dijimos, que Moisés y Elías aparezcan en gloria y puedan hablar de tan importante tema. Iban a regresar a su reposo, mientras que su adorable Señor de-



bía descender nuevamente a la escena del combate, para encontrar la cruz en toda su espantosa realidad; pero sabían muy bien que Él y ellos todavía se encontrarían en medio de una gloria que jamás una nube oscurecerá: una gloria de la cual él, el Cordero, será la fuente y el centro para siempre; una gloria que resplandecerá con eterno fulgor, cuando todas las glorias humanas y terrenales serán oscurecidas por las sombras de una eterna noche.

Pero ¿qué hacían los discípulos durante esta maravillosa conversación? ¿En qué estaban ocupados? ¡Dormían! ¡Dormían mientras Moisés y Elías conversaban con el Hijo de Dios de su cruz y pasión! ¡Qué asombrosa insensibilidad! La naturaleza puede dormir hasta en presencia de la “magnífica gloria”.

“Mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él. Y sucedió que apartándose ellos de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía” (Lucas 9:32-33).

Sin duda, era bueno estar allí; era mucho mejor que descender de esta elevación y gloria para encontrar de nuevo toda la contradicción y el penoso oprobio de los hombres. Cuando Pedro vio la gloria, y a Moisés y Elías, en seguida surgió la idea en su mente judía de que no había impedimento para la celebración de la fiesta de los tabernáculos. Se había dormido mientras ellos hablaban de “Su partida”; había cedido a la naturaleza, cuando los sufrimientos de su Señor constituían el tema de la conversación; y cuando se despierta, no ve nada mejor que plantar su tienda en medio de esta escena de paz y gloria, debajo de los cielos abiertos. Lamentablemente, ¡no sabía lo que decía!

Este aspecto de gloria era solo un instante pasajero. Los extranjeros celestiales pronto partieron. El Señor Jesús debía ser entregado en manos de hombres. Debía pasar del monte de gloria al de los sufrimientos. Pedro mismo debía todavía ser zarandeado por Satanás, profundamente humillado y quebrantado bajo el sentimiento de su vergonzosa caída, para que luego lo ciña otro y lo lleve a donde no quiera. Un largo y árido período, una sombría noche de sufrimiento y tribulación aguardaba a la Iglesia; los ejércitos de Roma hollarían la ciudad santa y devastarían sus muros; los estruendos de la guerra y de las revoluciones políticas retumbarían aún, con una terrible violencia, sobre todo el mundo civilizado: todas estas cosas, y muchas más todavía, debían suceder antes de que el afectuoso pensamiento que abrigaba el pobre corazón de Pedro pudiese llevarse a cabo en la tierra. El profeta Elías debe visitar de nuevo la tierra “antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4:5). “Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará

todas las cosas” (Marcos 9:12). “¿Hasta cuándo, Señor?” (Apocalipsis 6:10). ¡Que este sea el continuo clamor de nuestros corazones, hasta que pasemos a ese reposo y gloria que tenemos por delante! “El tiempo es corto” (1 Corintios 7:29), y la eternidad, con sus divinas y gloriosas realidades, está cerca. ¡Ojalá que vivamos y andemos a la luz de esta eternidad! ¡Ojalá que siempre seamos capaces de contemplar, por los ojos de la fe, los brillantes rayos de la mañana milenaria, de esa “mañana sin nubes”, iluminando a lo lejos las colinas! Todo apunta a esto; cada acontecimiento que sucede, cada voz que llega a los oídos, nos indica que el reino se acerca rápidamente. Podemos oír rugir el mar y sus olas, podemos ver a las naciones convulsionadas y los tronos derribados; todas estas cosas tienen una voz para el oído circunciso, que le dice: «¡Alza los ojos!».

Los que recibieron el Espíritu Santo recibieron las arras de su futura herencia; y las arras, como sabemos, es una parte que se entrega como adelanto de algo que se va a recibir. Ellos estuvieron en el monte, y aunque también los cubrió la nube, y debieron descender también del monte para encontrar la prueba y la aflicción aquí abajo, sin embargo tuvieron un anticipo del gozo y las bendiciones que serán suyos para siempre; y, a medida que avanzan día a día, pueden sinceramente dar gracias a Dios de que sus esperanzas no están limitadas al triste horizonte de este mundo, sino de tener una morada más allá y por encima de toda esta escena.

*Maravillosa gracia, divino amor*

*Que tal hogar nos dio*

*Los lazos con este mundo hemos de cortar*

*Y nuestros ojos en el porvenir fijar*

*Y cuando nuestra mirada puesta en la cruz está*

*Todo lo demás tenido por basura será*

*Avancemos hasta la meta llegar*

*Luchemos hasta la corona de vida ganar*

## Breve exposición sobre el carácter celestial de la Iglesia

### El ministerio de Elías: imagen de la Iglesia como familia celestial

Aunque Elías el tisbita, como ya lo notamos, tenía un gran parecido con Juan el Bautista en cuanto al carácter de su ministerio, si lo contemplamos personalmente y consideramos su camino peregrino –desapegado de la tierra, y sobre todo su arrebatamiento al cielo–, constituye una notable imagen de la Iglesia o de la familia celestial. Desde este punto de vista, creo que algunas consideraciones sobre la importante doctrina de la Iglesia no estarán fuera de lugar como conclusión de este esbozo de la vida y el tiempo de Elías.

Es sumamente importante que el cristiano comprenda bien la doctrina del carácter celestial de la Iglesia. Veremos que es la única salvaguarda contra las variadas formas de mal y falsas doctrinas que prevalecen alrededor de nosotros. Una sana instrucción sobre el origen, la posición y el destino celestial de la Iglesia, constituye la salvaguardia más eficaz contra la mundanidad en la senda actual del cristiano, y también contra las falsas enseñanzas respecto a nuestra esperanza futura.

*Todo sistema de doctrina o disciplina que vincule a la Iglesia con la tierra, ya sea en su condición actual o en sus perspectivas futuras, debe de por sí ser malo y ejercer una perniciosa influencia.* La Iglesia no pertenece al mundo. Su vida, posición y esperanzas, son todas celestiales, en el más elevado sentido del término. La vocación y existencia de la Iglesia son, humanamente hablando, consecuencia del presente rechazo de Israel y del mundo.

El huerto de Edén y la tierra de Canaán fueron sucesivamente los escenarios de las operaciones divinas; pero el pecado, como lo sabemos, echó a perder ambos; y ahora todos los que creen el Evangelio de la gracia de Dios, que les ha sido anunciado en nombre de un Salvador crucificado, resucitado y ascendido al cielo, son constituidos miembros vivos del cuerpo de Cristo y llamados a abandonar toda esperanza terrenal. Al haber sido vivificados por la voz de Aquel que traspasó los cielos, y unidos, además, a Él por el Espíritu Santo, fueron llamados a andar sobre la tierra como extranjeros y peregrinos.

La posición de Elías el tisbita, en la margen del Jordán donde estaba el desierto, esperando ser arrebatado al cielo, presenta de manera muy apropiada la posición de la Iglesia colectivamente o del creyente individualmente.

Se ha dicho que «los dos extremos de la existencia de la Iglesia propiamente dicha, son la cruz y la venida del Señor»; y podemos decir por cierto que no hay ningún lugar para la tierra entre estos dos límites sagrados. Considerar a la Iglesia como una corporación terrenal, por más sana y bíblica que sea, es rebajarla infinitamente por debajo de los pensamientos de Dios respecto a ella.

## **Estado de la doctrina del carácter celestial de la Iglesia**

### *a) Antes de los doce apóstoles*

La doctrina del carácter celestial de la Iglesia fue desarrollada en todo su poder y belleza por el Espíritu Santo bajo la pluma del apóstol Pablo. Hasta él, y durante los primeros tiempos de su ministerio, Dios, en su consejo, trató con Israel. A lo largo de todo ese tiempo hubo una ininterrumpida serie de testigos, cuya misión había tenido por objeto exclusivamente la casa de Israel. Los profetas, como ya lo señalamos al comienzo de este escrito, daban testimonio a los israelitas, no solo de su caída total, sino también del futuro establecimiento *del reino*, conforme al pacto hecho con Abraham, Isaac, Jacob y David. No hablaron de la Iglesia como el cuerpo de Cristo. ¿Cómo habrían podido hacerlo si se trataba de un profundo misterio “que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres” (Efesios 3:5)?

El pensamiento de la Iglesia compuesta de judíos y gentiles, sentados “*juntamente* con él... en los lugares celestiales” (Efesios 2:6), estaba completamente fuera del alcance del testimonio profético. Sin duda, Isaías, en un estilo de los más elevados, habla de la gloria de Jerusalén en los últimos días; habla de las naciones que vendrán a su luz, y de reyes al resplandor de su nacimiento (Isaías 60:3); pero nunca se eleva más allá del reino y, consecuentemente, ninguno de sus pensamientos respecto a este tema sobrepasa el pacto hecho con Abraham, que asegura eterna bendición a su posteridad y, por ella, a los gentiles. Podemos recorrer todas las páginas inspiradas del Antiguo Testamento, de principio a fin, sin encontrar la exposición ni la solución del gran misterio de la Iglesia.

Una vez más, observamos lo mismo en el ministerio de Juan el Bautista. Tenemos la suma y sustancia de su testimonio en estas palabras: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2). Vino como el gran precursor del Mesías, procurando restablecer el orden moral en todas las filas del pueblo. Les decía a los judíos lo que debían hacer en este estado de transición al que su ministerio habría de introducirlos, y les mostraba a Aquel que iba a venir. ¿Encontramos algo del misterio de *la Iglesia* en todo esto? Ni una palabra. Todavía aquí, *el Reino* es

el pensamiento más elevado. Juan llevaba a sus discípulos a las aguas del Jordán —el lugar de la confesión con vistas al reino—, pero todavía no se trataba de ese carácter de arrepentimiento producido en aquellos que son hechos así miembros del cuerpo de Cristo.

Luego, el Señor mismo retoma la cadena del testimonio. Los profetas habían sido lapidados; Juan había sido decapitado, y ahora “el Testigo Fiel” entraba en la escena, y no solo declaraba que el reino estaba cerca, sino que él mismo se presentaba a la hija de Sion como su rey. Él también fue rechazado y, como la inmensa mayoría de los testigos precedentes, selló su testimonio con su sangre. Israel no quiso saber nada del rey que Dios le enviaba, y Dios no quiso darle el reino a Israel.

### *b) Con los doce apóstoles*

Luego vinieron los doce apóstoles, quienes reanudaron la cadena del testimonio. Inmediatamente después de la resurrección, le preguntan al Señor: “¿Restaurarás *el reino* a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6). Tenían sus mentes llenas con el pensamiento del reino. “Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel”, dijeron los dos discípulos que iban a Emaús (Lucas 24:21). Esto era cierto. La cuestión era *cuándo* llegaría ese momento. El Señor de ninguna manera reprende a sus discípulos por estar ocupados pensando en el reino; se limita a decirles: “No os toca a vosotros saber *los tiempos o las sazones*, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:7-8). En consecuencia, el apóstol Pedro, en su primer discurso a los israelitas, les ofrece *el reino*: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia (*apopropon*) del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:19-21). ¿Tenemos aquí el desarrollo del misterio de la Iglesia? No. El resultado de este testimonio fue simplemente la reunión de cierto número de creyentes que formaba una corporación en Jerusalén. Los individuos así reunidos no recibieron ninguna enseñanza concerniente a la posición distintiva de la Iglesia en el cielo. El tiempo no había venido aún para esto. La doctrina de la Iglesia había de imponerse más tarde, por decirlo así, como algo completamente extraordinario, algo completamente fuera del curso normal de las cosas. La Iglesia, tal como se muestra al principio de los Hechos, nos presenta un exquisito modelo de gracia y orden en su andar, pero nada que sobrepase lo que el hombre pueda conocer y apreciar. En una palabra, to-

avía se trataba del reino, y no del gran misterio de la Iglesia. Los que piensan que los primeros capítulos de los Hechos nos muestran a la Iglesia en su aspecto más elevado, no comprendieron de ninguna manera el pensamiento divino sobre este tema. La visión de Pedro en Hechos 10, es evidentemente un progreso respecto de su predicación del capítulo 3. El gran lienzo descendía del cielo y era recogido de vuelta; además contenía animales puros e impuros, y si bien podía parecer un emblema de la Iglesia, la gran verdad del misterio celestial no había sido todavía plenamente manifestada.

### c) *El concilio de Jerusalén*

En el concilio de Jerusalén, reunido para elucidar la cuestión que se había suscitado respecto a los gentiles, vemos a todos los apóstoles estar de acuerdo con la posición de Santiago: “Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hechos 15:14-18). Este pasaje nos enseña que los gentiles como tales tendrán un lugar con los judíos en el reino.

Pero ¿acaso el concilio de Jerusalén comprendió la verdad de la Iglesia? ¿Comprendió que judíos y gentiles fueron tan ciertamente constituidos “un cuerpo” que ya no son más considerados judíos ni gentiles? Creo que no. Algunos de los que asistían podían haber oído esta verdad anunciada por Pablo (véase Gálatas 2:1-2), pero, en el conjunto, no parecen haberla comprendido todavía.

Concluimos, pues, que la predicación del Evangelio a los gentiles por boca de Pedro, no era el desarrollo del *gran misterio* de la Iglesia, sino simplemente la apertura del *reino*, conforme a las palabras de los profetas, y también a la comisión de Pedro en Mateo 16: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves *del reino* de los cielos; y todo lo que atares *en la tierra* será atado en los cielos; y todo lo que desatares *en la tierra* será desatado en los cielos” (Mateo 16:18-19).

Notemos que se trata aquí del *reino*, y no de la Iglesia. Pedro recibió las llaves del reino, y usó esas llaves, primero para abrir el reino a los judíos, y luego a los gentiles. Pero Pedro jamás recibió la comisión de desarrollar el misterio de la Iglesia. Incluso en sus epístolas, no encontramos nada

sobre *el misterio*. Él considera a los creyentes en la tierra, como extranjeros sin duda, pero en la tierra; los contempla teniendo su esperanza en el cielo, siguiendo su camino allí, pero nunca como miembros del cuerpo de Cristo sentados juntamente con él en el cielo todavía.

#### *d) Con el ministerio de Pablo*

Le fue reservado al gran apóstol de los gentiles exponer, en la energía y el poder del Espíritu Santo, el misterio del que hablamos. Sin embargo, fue suscitado antes del tiempo, como él mismo lo dice: “Y después de todos, como a un abortivo, me apareció a mí también” (1 Corintios 15:8). Las cosas no estaban suficientemente maduras para el desarrollo del misterio del que Pablo debía ser el ministro especial; por eso habla de sí mismo como de un hombre nacido *antes* de tiempo; porque tal es la fuerza de la palabra original. Y ¿cómo había venido antes del tiempo? Porque Israel todavía no había sido puesto a un lado definitivamente. El Señor todavía se detenía en su amada ciudad, renuente a entrar en juicio; porque, como otro lo ha dicho: «Cada vez que el Señor deja un lugar de misericordia o entra en un lugar de juicio, lo hace con paso lento y medido». Esto es perfectamente cierto; por eso, aunque el apóstol de los gentiles había sido suscitado y constituido depositario de una verdad que debía llevar a todos los que la recibirían más allá de los límites de las cosas judías, no obstante la casa de Israel todavía era el objeto primario de su solicitud y, de este modo, trabajaba de acuerdo con los doce, aunque de ninguna manera fue deudor a ellos. “A vosotros” –les dice a los judíos– “a la verdad era necesario que se os hablase *primero* la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles” (Hechos 13:46).

¿Por qué era necesario que a ellos primero se les debiera anunciar la Palabra? A causa de la longanimidad y la gracia de Dios. Pablo no solo era el depositario de los consejos divinos, sino también de los afectos divinos. En cuanto a lo primero, debía actuar según su comisión especial; en cuanto a lo último, debía actuar con dilación respecto a sus “hermanos, los que son sus parientes según la carne” (Romanos 9:3). En cuanto a lo primero, fue llamado a llevar a la Iglesia al conocimiento del “misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres” (Efesios 3:5); en cuanto a lo segundo, quería, como su Señor, con paso lento y medido, dar la espalda a la ciudad condenada al juicio y a la nación obstinadamente endurecida.

En una palabra, como el Evangelio que le había sido confiado debía necesariamente ser proclamado sobre el principio del abandono total de la tierra, de la ciudad terrenal y del pueblo terrenal, y, por otra parte, como el corazón de Pablo fue movido a compasión por este pueblo y esta ciudad, esto explica por qué demoró tanto en dar a conocer públicamente el Evangelio que pre-

dicaba. Tardó catorce años para hacerlo, como él mismo nos informa: “Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. Pero subí según una revelación, y para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el evangelio que predico entre los gentiles” (Gálatas 2:1-2). Este es un pasaje muy importante respecto a la cuestión que tratamos. Pablo había sido suscitado completamente aparte del curso regular de las cosas; su ministerio fue totalmente despojado de todo elemento terrenal, humano y judío, a tal punto que a menudo suscitaba numerosas cuestiones sobre su divino origen .

A Pablo le fue encomendado lo que él mismo llama enfáticamente *su* Evangelio. Pero, como lo dijimos, se trataba de saber si las cosas estaban maduras respecto a los consejos divinos concernientes a Israel, para el desarrollo público de este Evangelio. El apóstol sentía que esta era una cuestión de gran importancia. De ahí la circunspección con que lo comunica “*en privado*” (Gálatas 2:2) a un pequeño número de hermanos. No podía, en medio de la Iglesia de Jerusalén, hablar abiertamente de este gran tema, porque temía que todavía no hubiese llegado la plenitud del tiempo, y que, si lo exponía prematuramente, tan solo unos pocos hubiesen tenido la suficiente inteligencia espiritual o disposición intelectual suficientemente amplia para comprender este evangelio o para recibirlo. Sus temores, lo sabemos, estaban muy bien fundados. Había solo unos pocos fieles en Jerusalén que estaban realmente preparados para el evangelio de Pablo.

¡Incluso algunos años más tarde, vemos a Santiago –quien al parecer había tomado una posición muy prominente en la Iglesia de Jerusalén–, incitando a Pablo a purificarse y rasurarse la cabeza! ¿Y con qué fin? Precisamente para no romper con lo terrenal. “Ya ves, hermano” –le dice– “cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley. Pero se les ha informado en cuanto a ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres. ¿Qué hay, pues? La multitud se reunirá de cierto, porque oirán que has venido. Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto. Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga sus gastos para que se rasuren la cabeza; y todos comprenderán que no hay nada de lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley” (Hechos 21:20-24). Tenemos aquí una prueba más que suficiente del hecho de que el gran misterio no fue comprendido, y que tampoco sería recibido por la Iglesia de Jerusalén .



Ahora bien, uno puede entender perfectamente cómo el espíritu de Santiago se habría sobreco- gido de temor ante el pensamiento de la terrible explosión que habría causado la proclamación pública del evangelio de Pablo entre aquellos cuyos corazones todavía se hallaban apegados a las cosas terrenales. Es verdad que el judío creyente tenía el privilegio de respirar una atmósfera más pura que la de un santuario terrenal, sin embargo no estaban en condiciones de asimilar “el alimento sólido” del evangelio de Pablo (Hebreos 5:14); además, su corazón se aferraba, con es- pecial afecto, a la idea de que Jerusalén debía ser el gran foco de la luz y el testimonio cristiano, de donde debían emanar los rayos de la verdad evangélica a todo el mundo. Pero si el misterio que Pablo les había comunicado a algunos de ellos en privado, hubiese sido revelado a la mul- titud, los numerosos “millares de judíos” (Hechos 21:20), no lo habrían recibido, y así el gran centro de luz se habría convertido en el centro de la división. Además, el mismo motivo que di- rigió a Pablo en el momento de su visita anterior a Jerusalén –cuando se limitó a comunicar su evangelio a un reducido número de creyentes, “para no... haber corrido en vano”, si las cosas no estaban suficientemente maduras para esta revelación–, pudo haberlo llevado más tarde a dejar en suspenso la exposición de su evangelio, y a acomodarse a los pensamientos y sentimientos de aquellos que todavía no se habían elevado por encima del orden de cosas terrenal.

Todos los afectos del corazón de Pablo, considerado como hombre y como judío, de haberse de- jado llevar por ellos, lo habrían conducido a apegarse a Jerusalén y a dudar también en desarro- llar una doctrina que opacaría por completo a Jerusalén y a todas las cosas terrenales, elevando los pensamientos y sentimientos a una región mucho más alta y pura que todo lo que se cono- cía hasta entonces. Pablo conocía perfectamente la vanidad e inutilidad de los votos y las pu- rificaciones legales. En el templo y sus pomposas ceremonias, no veía sino un gran sistema de sombras, cuya sustancia estaba en el cielo. Sin embargo, su afectuoso corazón sentía compasión por sus hermanos que se hallaban todavía cautivos por todo esto; por eso dudaba en hacer que resplandezca sobre ellos la plena luz que le había sido comunicada; temía deslumbrarlos, acos- tumbrados como estaban, a las sombras de los antiguos días.

Si bien esta es una sana consideración de la conducta de nuestro apóstol en materia de votos, nos lo presenta desde uno de los puntos de vista más interesantes, manifestando de manera muy clara dos rasgos de su carácter: como partícipe de los afectos divinos hacia Israel, por un lado, y como depositario de los consejos divinos concernientes a la Iglesia, por otro. Ambos aspectos del carácter de Pablo son atractivos, cada uno a su manera. Tanto su ferviente afecto por Israel

como su fidelidad en el cumplimiento de su servicio especial son admirables. Puede parecer que a veces dejaba que el primero se interpusiese sobre el segundo, como en el asunto del voto; pero se trata de una injerencia que comprendemos y de la que nos damos cuenta fácilmente.

Sin embargo, su corazón lo llevaba a detenerse en Jerusalén; a quedarse allí hasta que el Señor lo obligara a dejarla. Su misión eran los gentiles, pero varias veces se trasladaba a Jerusalén, y su renuencia a salir de allí nos recuerda los «pasos lentos y medidos» con que la gloria, tal como la considera Ezequiel, se había retirado del templo. Pero el Señor insiste para que su siervo salga de Jerusalén. Le dice: “*Date prisa, y sal prontamente* de Jerusalén; porque no recibirán *tu* testimonio acerca de mí”. El corazón judío de Pablo todavía tarda. Y responde: “Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban” (Hechos 22:18-20).

¡Qué alegato! Pablo aduce: «Por mi culpa ellos son incrédulos; mi indigna conducta pasada es el gran obstáculo para que reciban el testimonio. ¡Déjame pues quedarme aquí!». ¡Imposible! “Ve” —responde el Señor— “porque yo te enviaré lejos *a los gentiles*” (v. 21). La verdad debe ser anunciada; los consejos divinos deben cumplirse; el tiempo había llegado, y en vano Santiago procuraba detener la poderosa corriente de los acontecimientos, o Pablo tardaba o dudaba todavía; la crisis había llegado, y si, después de eso, Pablo quería regresar a Jerusalén, deberá salir de allí en cadenas. Y de hecho regresará.

El pasaje que acabamos de citar es el propio relato de Pablo sobre lo que el Señor le había dicho en una ocasión anterior de la que no se había hecho mención hasta entonces. Así, aunque se le había advertido expresamente que saliera de Jerusalén, porque no recibirían su testimonio, regresa nuevamente allí; y conocemos el resultado de esta visita: fue la última que hizo.

Les aconteció lo mismo que Santiago temía y procuraba evitar: se produjo un alboroto, y Pablo fue entregado en manos de los gentiles. El Señor había determinado enviarlo a los gentiles. Si no quería ir como hombre libre, deberá ir como un “embajador en cadenas” (Efesios 6:20). No obstante, podía decir: “Por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena” (Hechos 28:20). Si su corazón no hubiese suspirado tanto por la felicidad de Israel, habría podido evitar estas cadenas. Dejó a Israel sin excusa, pero se hizo prisionero y luego mártir.

Así pues, finalmente, Pablo se despidió de Jerusalén. La había visitado muchas veces y se habría quedado allí de buena gana; pero no era ese su lugar. Jerusalén había sido, durante siglos, el objeto de los cuidados de Dios y el centro de las operaciones divinas; pero pronto iba a ser “hollada por los gentiles” (Lucas 21:24). Su templo iba a quedar totalmente en ruinas, y el rebaño de Cristo, que había sido allí reunido, iba a ser disperso: en pocos años, esa ciudad que por tanto tiempo había estado en relación con los pensamientos de Dios respecto a la tierra, sería abatida “hasta el polvo” bajo los duros pies de los romanos (véase Isaías 25:12).

La salida de Pablo puede considerarse entonces como el precursor de todos estos juicios. La verdad especial, de la que era depositario, solo podía ser proclamada en toda su plenitud y fuerza en relación con el abandono de la tierra como la escena manifiesta de las operaciones divinas. De ahí que todo cristiano inteligente y reflexivo debe considerar con profundo interés el viaje de Pablo de Jerusalén a Roma .

Pero, ¿acaso cuando el apóstol le dio la espalda a Jerusalén se despidió también de Israel? No; todavía no perdía la esperanza de este pueblo. Es cierto que no habían recibido su testimonio en Jerusalén, pero quizás lo recibirían en Roma; lo habían rechazado en Oriente, pero tal vez lo recibirían en Occidente. En todo caso, no dejaría de intentarlo. No abandonaría a Israel, pese a que Israel lo había rechazado.

Por eso leemos que “tres días después [de su llegada a Roma], Pablo convocó a *los principales de los judíos*, a los cuales, luego que estuvieron reunidos, les dijo: Yo, varones hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni contra las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos... Así que por esta causa os he llamado para veros y hablaros; porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena... Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas” (Hechos 28:17, 20, 23).

Aquí pues, vemos a este fiel “embajador en cadenas”, buscando siempre “a las ovejas perdidas de la casa de Israel”, y ofreciéndoles primeramente a ellos la “salvación de Dios”. Pero como no estuvieron “de acuerdo entre sí”, Pablo finalmente se vio forzado a decirles: “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo, y diles: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo

se ha engrosado, y con los oídos oyeron pesadamente, y sus ojos han cerrado, para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane. *Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán*” (Hechos 28:25-28)

No había en adelante más esperanza. Todo lo que el amor podía hacer se había hecho, pero en vano; y nuestro apóstol, con el corazón renuente, los abandona bajo el poder de esa ceguera judicial que era el resultado natural de su rechazo a la salvación de Dios. De esta manera quedó eliminado todo obstáculo que pudiera impedir el claro y pleno desarrollo del evangelio de Pablo. Este se hallaba en medio del vasto mundo de los gentiles, prisionero en Roma y rechazado por Israel. Había hecho todo lo posible para permanecer aún en relación con los judíos; su corazón, lleno de afecto hacia ellos, lo llevaba a retrasarse todo lo posible antes de repetir el veredicto del profeta; pero ahora todo eso terminó; toda esperanza se perdió; todas las instituciones y asociaciones humanas no presentan a su vista sino ruina y decepción. En consecuencia, era necesario que Pablo se pusiese a exponer ese santo y celestial misterio que había estado “escondido en Dios”, “desde los siglos y edades” (Efesios 3:9; Colosenses 1:26), el misterio de la Iglesia como el cuerpo de Cristo unido a su Cabeza viviente por el Espíritu Santo.

Así termina el relato inspirado de los Hechos de los Apóstoles, un libro que, como los evangelios, está más o menos relacionado con el testimonio a Israel. En tanto Israel podía considerarse como el objeto del testimonio, este testimonio continuó; pero cuando los judíos fueron judicialmente entregados a la ceguera, quedaron excluidos de la esfera del testimonio, por lo que este testimonio cesó.

## **La naturaleza del evangelio de Pablo**

Veamos ahora en qué consistía realmente este “misterio”, este “evangelio”, esta “salvación”, y lo que tenía de particular. Es sumamente importante comprender esto. ¿Cuál era, pues, el Evangelio de Pablo? ¿Era un método de justificación del pecador diferente del que predicaban los otros apóstoles? No, de ninguna manera. Pablo predicaba “a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21). Esta era la sustancia de su predicación. El rasgo singular en el Evangelio de Pablo es que no se refería tanto a la manera en que Dios trata con *el pecador*, sino más bien a los caminos de Dios hacia *el santo*. Lo que lo caracterizaba no era tanto cómo Dios justificaba a un pecador, sino lo que hacía con él cuando

era justificado. En una palabra, la posición a la cual el Evangelio de Pablo conducía al santo, es lo que caracterizaba su peculiaridad. Respecto a la justificación de un pecador, no podía haber sino un solo medio, esto es, la fe en el solo sacrificio del Señor Jesucristo.

Pero respecto a la posición del santo, puede haber numerosos grados de elevación. Por ejemplo, un santo al principio de los Hechos tenía privilegios más elevados que un santo bajo la ley. Moisés, los profetas, Juan el Bautista, nuestro Señor en su ministerio personal, y los doce, todos presentan diversos aspectos de la posición del creyente delante de Dios. Pero el Evangelio de Pablo iba mucho más allá que todos ellos. No era el reino ofrecido a Israel sobre la base del arrepentimiento, como lo hicieron Juan el Bautista y nuestro Señor; tampoco era el reino abierto a los judíos y gentiles por el apóstol Pedro en Hechos 3 y 10; sino que era *el llamamiento celestial de la Iglesia de Cristo, compuesta de judíos y gentiles, en un solo cuerpo, y unida, por la presencia del Espíritu Santo, a un Cristo glorificado.*

La epístola a los Efesios desarrolla plenamente el misterio de la voluntad de Dios concerniente a la Iglesia. Allí encontramos una amplia instrucción sobre nuestra posición celestial, nuestras esperanzas celestiales y nuestras luchas en los lugares celestiales. El apóstol no contempla a la Iglesia como peregrina *en la tierra* (lo cual, no hace falta agregar, es también muy cierto), sino como sentada *en el cielo*; no como esforzándose *aquí abajo*, sino como reposando *allá arriba*.

“ Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos *hizo sentar* en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Efesios 2:6).

No es algo que vaya a hacer, sino que “hizo”. Cuando Cristo fue resucitado de entre los muertos, todos los miembros de su cuerpo fueron resucitados también; cuando ascendió al cielo, ellos también ascendieron; cuando se sentó, también se sentaron, esto es, en los consejos de Dios; y esto, con el tiempo, debía hacerse efectivo por el Espíritu Santo enviado del cielo.

Tal era el pensamiento y propósito divino respecto a los miembros del cuerpo de Cristo. Nada sabían de esto los creyentes al principio. No fue desarrollado por el ministerio de los doce, tal como lo vemos en los Hechos de los Apóstoles, porque el testimonio a Israel todavía continuaba, y mientras la tierra era la escena de las operaciones divinas, mientras todavía había motivos de esperanza respecto a Israel, el misterio celestial se mantuvo refrenado; pero cuando la tierra quedó abandonada e Israel fue puesto a un lado, el apóstol de los gentiles, desde su prisión de Roma, escribe a la Iglesia y le manifiesta todos los gloriosos privilegios relacionados con el lugar

que tiene en los cielos con Cristo. Cuando Pablo llegó a Roma, en calidad de prisionero, había llegado, por decirlo así, al final de todas las cosas humanas. Ya no pensaba que la Iglesia pudiera manifestar algo que se asemejara a un testimonio perfecto en la tierra. Veía a la Iglesia en el cielo, y allí solamente, por lo menos en toda la belleza y perfección de Cristo. Sabía cómo evolucionarían las cosas respecto a la marcha terrenal de la Iglesia; sabía que a la Iglesia le sucedería lo mismo que a la nave en que se había embarcado para ir a Roma; pero su espíritu se vio reanimado por la bienaventurada seguridad de que nada podía afectar la unidad del cuerpo de Cristo; porque esta unidad, aunque en la tierra podía echarse a perder, era infaliblemente mantenida por Dios en el cielo.

Esta era una fuente de alegría para Pablo cuando fue encerrado, como un preso despreciado, en el calabozo de Nerón. No se avergonzaba en absoluto, porque sabía que la Iglesia, aunque hecha pedazos aquí abajo, estaba segura en los brazos eternos del Hijo de Dios, y que él era poderoso para guardarla hasta el feliz momento de su arrebatamiento para encontrar al Señor en el aire.

Pero alguien puede preguntar: ¿Cómo podemos decir que los creyentes están sentados en los lugares celestiales, cuando todavía están en el mundo, luchando contra sus dificultades, tribulaciones y tentaciones? La misma pregunta podría hacerse respecto a la importante doctrina de Romanos 6: ¿Cómo pueden ser representados los creyentes como muertos al pecado, cuando ven que el pecado actúa continuamente en ellos? La respuesta para ambas cuestiones es la misma. Dios ve al creyente como muerto con Cristo, y también ve a la Iglesia como resucitada y sentada en el cielo con Cristo; pero corresponde a la fe conducir al alma a la realidad de ambas gracias. Considerémonos como lo que Dios dice que somos (Romanos 6:11). La fuerza del creyente para subyugar la corrupción inherente en él consiste en considerarse a sí mismo como muerto a esta corrupción, y su fuerza para separarse del mundo consiste en considerarse como resucitado y sentado en los lugares celestiales con Cristo. La Iglesia, según la apreciación de Dios, tiene tan poco que ver con el pecado y el mundo como Cristo; pero una cosa son los pensamientos de Dios, y otra muy diferente nuestras concepciones de estos pensamientos.

Pero nunca debemos olvidar que la mente humana no solo es incapaz de concebir esta verdad divina sobre la Iglesia, sino que, además, tiende naturalmente a oponerse a ella. Vimos cuánto tiempo pasó antes de que el hombre pudiera apropiarse de ella; y basta con echar un vistazo a la historia de la Iglesia durante sus primeros dieciocho siglos, para ver cuán débilmente esta verdad fue comprendida y mantenida, y cuán prontamente descuidada y abandonada. El corazón natural se apega a la tierra, y el pensamiento de una corporación terrenal le resulta atractivo.

Podemos esperar entonces que la verdad del carácter celestial de la Iglesia solo sea comprendida y llevada a la práctica por una muy pequeña y débil minoría.

No ha de suponerse que los reformadores hayan hecho de este importante tema el objeto de sus pensamientos e investigaciones. Fueron poderosos y benditos instrumentos para sacar a luz la preciosa doctrina de la justificación por la fe de entre los escombros de la superstición romana, y para dejar que la luz de la palabra inspirada ilumine la conciencia humana, en oposición a los falsos y engañosos dogmas de la tradición de los hombres.

Fue una gran obra por cierto. Sin embargo, hay que reconocer que la posición y esperanza de la Iglesia no ocuparon la atención de los reformadores. El trecho que había que recorrer entre la Iglesia católica y la Iglesia de Dios era largo, y el paso de una a otra habría sido un gran paso lleno de coraje. Sin embargo, uno se encuentra finalmente con el hecho de que no existe un terreno realmente neutro entre las dos. Porque toda iglesia, o, más precisamente, toda corporación religiosa levantada, sostenida y dirigida por la sabiduría y los recursos del hombre, por más ortodoxos que sean sus principios y contrarios al catolicismo, cuando es juzgada por el Espíritu y a la luz de la verdad divina, se verá que está más o menos infestada de elementos del sistema romano.

El corazón está tan naturalmente apegado a la tierra que difícilmente será conducido a creer que el tiempo en que Dios deja de estar manifiestamente ocupado por la tierra –ese solo intervalo que no es mencionado en la historia profética de los tiempos–, es precisamente el período durante el cual Dios, por el Espíritu Santo, reúne a la Iglesia para formar el cuerpo de Cristo de carácter celestial; y además, que cuando Dios actuaba públicamente en sus dispensaciones hacia la tierra, la Iglesia propiamente dicha no estaba contemplada; y que cuando reanude sus relaciones públicas con la tierra y con Israel, la Iglesia no estará más en esta escena. Para comprender todo esto, hace falta una mayor medida de espiritualidad que la que habitualmente se encuentra en la inmensa mayoría de los cristianos.

*En minas insondables que Él perfora  
Mostrando inigualable habilidad  
Sus huellas deja en la mar anchurosa  
Y cumple su soberana voluntad.*

## La forma de gobierno de la Iglesia más conforme con las Escrituras

Una cuestión bastante natural surge en la mente del investigador de la verdad: «¿Cuál es la forma de gobierno de la Iglesia más conforme con las Escrituras?». «¿Con qué grupo de cristianos debo asociarme eclesiásticamente?». La respuesta a estas preguntas es: «Asóciese con aquellos que sean verdaderamente “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3)». Las sectas o denominaciones no son la Iglesia; los diversos grupos o partidos religiosos no son el cuerpo de Cristo. Por eso, si nos unimos a una denominación o permanecemos asociados a ellas, nos encontraremos en alguno de esos numerosos afluentes que pronto desembocarán en el terrible abismo del que se habla en los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis. No nos engañemos, los principios llevarán sus frutos, y los sistemas encontrarán su propio nivel. Los prejuicios actuarán para impedir que estos principios celestiales de que hablamos sean acogidos y puestos en práctica.

Los que quieran mantener el Evangelio de Pablo se verán como él, abandonados y despreciados en medio de toda la pompa y esplendor de este mundo. El desacuerdo de los sistemas eclesiásticos, las disputas de las denominaciones y el fragor de las controversias religiosas asfixiarán sin duda las débiles voces de los que quieran hablar de la vocación celestial y del arrebatamiento de la Iglesia. Pero todo hombre espiritual que se encuentra en medio de esta triste y deplorable confusión nunca debe perder de vista este simple principio: *Todo sistema de disciplina eclesiástica y todo sistema de interpretación profética que de una u otra manera relacione a la Iglesia con la tierra o con las cosas del mundo, debe ser contrario al espíritu y a los principios del gran misterio desarrollado por el Espíritu Santo en los escritos del apóstol de los gentiles.*

La Iglesia no tiene ninguna necesidad de la ayuda del mundo en materia de orden o disciplina. El Espíritu Santo mora en la Iglesia –por más fragmentada y dispersa que esté–, a pesar de toda la incredulidad del hombre en cuanto a Su presencia; y si se introduce en ella algún elemento terrenal o humano, ello solo podrá producir el lamentable efecto de contristar a Aquel cuya presencia es la verdadera luz de los creyentes, así como la fuente y poder del ministerio y la disciplina.

Y en cuanto a la esperanza de la Iglesia, “esperamos al Salvador” (Filipenses 3:20), y no el cumplimiento de un acontecimiento terrenal cualquiera. Gracias a Dios, no se les dice en ninguna parte a los creyentes que esperen la revelación del Anticristo, sino la aparición del Hijo de Dios, quien nos amó y se entregó a sí mismos por nosotros. Todos los cristianos deberían comprender que lo único que tienen que esperar es su arrebatamiento en el aire para el encuentro con el Señor. El mundo puede ridiculizar esta idea, los falsos maestros pueden establecer sistemas



opuestos a esta verdad con el fin de socavar la fe de los simples; pero nosotros, por gracia, seguiremos alentándonos “los unos a los otros” con la seguridad de que “se han acercado aquellos días, y el cumplimiento de toda visión” (1 Tesalonicenses 4:18; Ezequiel 12:23).

Pero hay que concluir este escrito. Siento profundamente con qué debilidad e incoherencia he desarrollado lo que tenía en mi mente respecto a la doctrina de la Iglesia, pero no dudo de su verdadera importancia, y estoy seguro de que a medida que se acerca el tiempo, los creyentes recibirán mucha más luz sobre este tema. Es de temer que hoy no haya sino unos pocos que lo admiten. Si se lo comprendiera, habría mucho menos esfuerzos para adoptar un nombre y alcanzar una posición en la tierra. A los ojos de los hijos de este mundo, Pablo debió de haber dado un pobre espectáculo, aunque era el gran testigo del llamamiento celestial de la Iglesia; y les ocurrirá lo mismo a todos aquellos que adoptan sus principios y siguen sus pasos. Pero el apóstol no dejó de hallar consuelo al pensar que

“ El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos  
(2 Timoteo 2:19),

sabiendo que aun en las épocas más sombrías, habrá siempre unos pocos que “de corazón limpio invocan al Señor”. ¡Ojalá que deseemos andar con ellos en la misma senda, en medio de esta lamentable escena, hasta que veamos a Jesús “tal como él es”, y seamos hechos semejantes a él para siempre!

## **Josafat - Peligros y consecuencias de las asociaciones mundanas**

Estudiando la historia inspirada de los dos reinos de Israel y de Judá, desde su separación bajo el reinado de Roboam, reconoceremos sin dificultad la profunda diferencia que existe entre ambos. La línea de reyes de Israel desde Jeroboam hasta Oseas, presenta solo una sucesión sombría y triste de hombres que hicieron lo malo a los ojos de Jehová. En vano buscaremos una excepción. Hasta el mismo Jehú –que había manifestado tanto celo y energía para abolir la idolatría–, mostró, en esta sucesión, que su corazón estaba lejos de ser recto delante de Dios. De hecho, una espesa nube de idolatría cubrió toda la casa de Israel, hasta el día en que las diez tribus fueron transportadas más allá de Babilonia, y dispersas entre los gentiles (véase Hechos 7:43; Juan 7:35).

No ocurrió lo mismo con Judá, en donde encontramos algunas felices excepciones, algunos rayos brillantes de esa lámpara que Jehová tan agradadamente había prometido mantener en Jerusalén por amor a David su siervo (véase 2 Reyes 8:19). El alma se reconforta al leer la historia de hombres tales como Joás, Asa, Josías y Ezequías, cuyos corazones fueron consagrados al servicio del santuario, y que, por consecuencia, ejercieron una santa influencia en su época.

Quisiera detenerme un poco en la vida de uno de estos hombres de Dios, confiando en que el Señor nos guiará en este intento para provecho y edificación de las almas.

### **Josafat - 2 Crónicas 17 a 20**

Josafat, rey de Judá, se nos presenta en el capítulo 17 del segundo libro de las Crónicas. Allí vemos a Dios, en su gracia, estableciendo a su siervo en el reino, y al pueblo de Dios reconociéndolo. Lo primero que hace Josafat es hacerse “fuerte contra Israel”. Esto es digno de notarse. Israel y su rey fueron siempre una trampa para el corazón de Josafat. Pero al principio de su carrera, durante la primera frescura de su piedad, como rey fue capaz de fortalecer su reino contra el poder de Israel. Ahora bien, esto es lo que a menudo se observa en la historia de los cristianos. Los males de los que más cuidado tuvieron al comienzo de su carrera, terminaron convirtiéndose en sus peores trampas en una etapa posterior de sus vidas.

¡Qué dicha cuando a un conocimiento creciente de las tendencias de nuestro corazón, añadimos un espíritu creciente de vigilancia! Pero, lamentablemente, ¡no siempre sucede así! Al contrario, demasiado a menudo hallamos cristianos que a pesar de llevar varios años en la fe, se dejan llevar por cosas que al comienzo de su carrera su conciencia habría reprobado. Se dirá tal vez que se libraron de un espíritu de legalismo; pero ¿no será más bien que perdieron la claridad y deli-

cadeza de la conciencia? Sería muy triste que el resultado de una mayor amplitud de miras fuese un espíritu despreocupado o una conciencia endurecida, o si el conocimiento de principios más elevados de la verdad tendiera a volver autocomplacientes, indiferentes y mundanos a los que antes vivían en la renuncia de sí mismos y la separación del mundo. Pero no es así. Crecer en el conocimiento de la verdad, es crecer en el conocimiento de Dios, y cuanto más conocido es Dios, más el alma crece en la santidad práctica. Es de temer que la conciencia que, sin ninguna reprobación, puede dejar pasar cosas que en otro tiempo habría rechazado, se halle bajo la endurecedora influencia de la seducción del pecado en vez de estar bajo el efecto de la verdad de Dios.

Toda la escena que nos presenta el capítulo 17 está llena de interés. No solo Josafat conserva las conquistas de Asa, su padre, sino que, por sus esfuerzos personales, aumenta también los recursos de su reino. Todo está bien ordenado. “Y Jehová estuvo con Josafat, porque anduvo *en los primeros caminos* de David su padre, y no buscó a los baales; sino que buscó al Dios de su padre, y anduvo en sus mandamientos, y no según las obras de Israel. Jehová por tanto confirmó el reino en su mano, y todo Judá dio a Josafat presentes; y tuvo riquezas y gloria en abundancia. Y se animó su corazón en los caminos de Jehová, y quitó los lugares altos y las imágenes de Asera de en medio de Judá” (2 Crónicas 17:3-6). Aquí radicaba el verdadero secreto de su prosperidad: “Se animó su corazón en los caminos de Jehová”. Cuando el corazón es animado *de esa manera*, todo marcha bien.

Pero ¡qué cambio encontramos en el capítulo 18! El diablo se sirve de la prosperidad de Josafat para tenderle una trampa.

“ Tenía, pues, Josafat riquezas y gloria en abundancia, y *contrajo parentesco con Acab* (2 Crónicas 18:1).

Ya vimos que Josafat había reforzado su *reino*; pero el enemigo viene a él de una forma para la cual Josafat no parece haber estado preparado: no ataca su *reino*, sino su corazón. No viene como león, sino como serpiente. Las “ovejas y bueyes” de Acab (v. 2), demostraron ser más efectivas que sus hombres de guerra. Si Acab le hubiera declarado la guerra a Josafat, ello solo habría hecho que este se apoyara en Jehová; pero Acab no lo hace. El reino de Josafat estaba fortificado contra los ataques de Acab, pero su corazón permanecía abierto a las seducciones del rey de Israel. Esto es realmente solemne. A menudo hacemos grandes esfuerzos contra el mal en alguna de sus formas, mientras que lo dejamos entrar en otra.

Josafat, al comienzo, se había hecho fuerte contra Israel, y ahora contrae parentesco con el rey de Israel. Y ¿por qué? ¿Acaso se había producido algún cambio para bien en este último? ¿Acaso el corazón de Acab se había vuelto hacia Jehová? De ninguna manera. Seguía siendo el mismo, pero la conciencia de Josafat había perdido mucho de su primera sensibilidad; se acercó al mal y se mezcló con él; tocó el lodo y se manchó. “Contrajo parentesco con Acab”. Aquí estaba el mal, un mal que, aunque lento en su acción, tarde o temprano habrá de dar su fruto. “El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8); principio que inevitablemente se cumplirá. El pecado, por la gracia, puede ser perdonado, pero el fruto del pecado se manifestará en su debido tiempo según el gobierno de Dios. Jehová dejó pasar el pecado de David en lo tocante a Urías; pero el niño murió, y Absalón se rebeló. Siempre será así. Si sembramos para la carne, segaremos corrupción. La carne no puede producir nada más.

En el caso de Josafat, solo al cabo de “algunos años” los resultados de sus deslices comenzaron a manifestarse. “Y después de algunos años descendió a Samaria para visitar a Acab; por lo que mató Acab muchas ovejas y bueyes para él, y para la gente que con él venía: y le persuadió que fuese con él contra Ramot de Galaad” (2 Crónicas 18:2). Satanás conoce su terreno; sabe dónde la semilla del mal echó raíces; conoce el corazón preparado para responder a su tentación; sabía que el *parentesco* que el rey de Judá había contraído con el rey de Israel, había preparado al primero para dar otros pasos en este camino descendente. Cuando un cristiano entabla amistad con el mundo, abre el camino para ser *persuadido* por el mundo y para entrar en un camino no cristiano. David recibió la ciudad de Siclag de manos de Aquis, y el primer paso que dio luego, fue unirse a Aquis para luchar contra Israel (1 Samuel 27:6; 28:1).

El mundo jamás le dará nada a un hijo de Dios sin pedirle mucho a cambio. Una vez que el rey de Judá le permitió a Acab que matara muchas ovejas y bueyes para él, le resultó difícil no satisfacer el deseo de Acab en relación con Ramot de Galaad. No deber nada al mundo, es, pues, el camino más seguro. Josafat no debió haber tenido nada que ver con Acab; debió haberse conservado puro. Jehová no estaba con Acab, y aunque podía parecer deseable arrancar una de las ciudades de refugio de las manos del enemigo, Josafat sin embargo debería haber sabido que no debía hacer “males para que vengan bienes” (Romanos 3:8). Si nos unimos al mundo en sus propósitos, nos veremos envueltos en sus turbaciones.

Ramot de Galaad había sido designada en otro tiempo como ciudad de refugio para el homicida involuntario (Deuteronomio 4:43). Acab tenía por objeto recuperarla de mano del rey de Siria. Pero detrás de esta expedición podemos descubrir la trampa del enemigo que se preocupaba po-

co de la ciudad de refugio, con tal que, por este medio, pudiese desviar a un hijo de Dios de la senda de pureza y separación. El diablo siempre encontró que los objetos religiosos y caritativos fueron los más eficaces para ejercer influencia en aquellos que pertenecen a Dios. No viene primero a ellos con algo abiertamente impío; no tentará a un creyente a unirse al mundo para un propósito malvado, por cuanto sabe bien que una conciencia delicada se negará a ello. Pondrá más bien delante de los ojos algún objeto bueno y deseable a fin de cubrir sus planes con el manto de la religión y la beneficencia y, de este modo, atrapar a aquellos a quienes quiere seducir.

Pero hay una verdad que, si se la lleva a la práctica, libraré eficazmente al cristiano de toda asociación con los hombres de este mundo. El apóstol, por el Espíritu Santo, nos enseña que los incrédulos son “reprobados en cuanto a *toda* buena obra” (Tito 1:16). Esto es suficiente para un corazón obediente. No debemos unirnos a tales personas. No importa lo que nos propongan: obras de beneficencia u obras religiosas, la Escritura nos dice que son reprobados, sí, *réprobos*, aunque profesan conocer a Dios. Esto debe bastar para nosotros. Dios no puede aceptar ni reconocer las obras ni ofrendas de aquellos cuyos corazones están lejos de él, y la Iglesia no debería unirse a ellos, aun cuando sea para la realización de cosas deseables. “Consérvate puro” es una valiosa exhortación para todos nosotros. “El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Timoteo 5:22; 1 Samuel 15:22). Habría sido infinitamente mejor y más aceptable para Josafat haberse conservado puro de todo contacto con las contaminaciones de Acab, que haber recuperado Ramot de mano de los sirios, en caso de haberlo logrado.

Josafat tuvo que aprender esto por una penosa experiencia. Y de la misma manera la inmensa mayoría de nosotros aprendemos también nuestras lecciones. Podemos *hablar* mucho de algunas verdades, pero conocerlas poco por experiencia. Cuando Josafat al comienzo de su carrera se hizo fuerte contra Israel, no se imaginaba que más tarde caería en la trampa del más malvado de los israelitas. La única salvaguardia eficaz contra el mal es estar en comunión con Dios respecto a él. Cuando consideramos el mal a la luz de la santidad divina, vemos no solo el *acto*, sino el *principio*, y si el principio no es bueno, sea cual fuere el resultado, no tenemos nada que ver con él. Pero para actuar así con el mal se requiere un ejercicio importante de alma delante de Dios; mucha espiritualidad, juicio de sí mismo, oración y vigilancia. Quiera el Señor concedernos estas cosas, así como una conciencia más sensible y delicada en su presencia.

No nos imaginamos las tristes consecuencias que resultan de un desliz en la marcha de un hijo de Dios. No siempre los resultados aparecen ante nosotros en toda su extensión; pero el enemigo se encargará de manejar el asunto, no solo para perjudicar al que cometió la falta, sino también

a los que son testigos de esa falta y se ven afectados por ella. Josafat no solo cayó él en la trampa, sino que arrastró a todo su pueblo. “Yo soy como tú”, le dice a Acab, y añade: “Y mi pueblo como tu pueblo” (2 Crónicas 18:3). ¡Qué terreno bajo y despreciable para un hombre de Dios! ¡Qué lugar para introducir al pueblo de Dios! “Yo soy como tú”. Esto es lo que había dicho Josafat, y qué bueno que sus palabras no se hayan cumplido durante su vida. Dios no lo juzgó a él de la misma forma que juzgó a Acab. Allí estaba su verdadera seguridad, aun en medio de las terribles consecuencias de su irreflexiva conducta. Si bien había contraído parentesco con Acab para llevar a cabo sus planes, no se hizo con él de la misma forma que con Acab al final de su carrera; no terminó perforado por una flecha, ni tampoco los perros lamieron su sangre, como sí sucedió con Acab. Jehová había establecido entre Acab y él una diferencia.

Pero debemos recordar que cuando un cristiano se une al mundo para cualquier propósito o fin, ya sea religioso o filantrópico, es como si dijese lo mismo que Josafat le dijo a Acab: “Yo soy como tú”. Que el lector cristiano se pregunte: «¿Es esto justo?»; «¿Está preparado para decir esto?». De nada servirá decir que no debemos juzgar a los demás. Josafat debió haber juzgado, como lo demuestra el lenguaje utilizado por el profeta Jehú, cuando le salió al encuentro a su regreso de Ramot: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” (2 Crónicas 19:2). ¿Cómo habría podido saber, sin juzgar, quién era impío o quién aborrecía a Jehová? No tenemos ciertamente ningún derecho a juzgar “a los que están fuera”, pero tenemos el deber de ejercer nuestro juicio respecto a aquellos con los que entramos en comunión. Esto no implica en absoluto la idea de una superioridad personal sobre nadie en particular. No quiere decir: “Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (Isaías 65:5). No; sino: «Debo apartarme, porque Dios es santo». Este es el verdadero principio. Nos separamos del mal conocido y manifiesto, sobre el fundamento de lo que Dios es, y no de lo que somos nosotros:

**Sed santos, porque yo soy santo**



(1 Pedro 1:16).

Pero Josafat no mantuvo esta separación del mal, y, como lo señalamos, en su caída arrastró a otros. Debemos aprender de esto una importante lección. Josafat, podemos suponer, había ganado una considerable influencia sobre su pueblo por la devoción que previamente había demostrado hacia Jehová; la confianza y el afecto de los corazones le pertenecían, y, hasta cierto punto, esto era justo. Está bien que se ame a aquellos que andan con devoción y se tenga confianza en ellos; pero debemos guardarnos celosamente de la peligrosa tendencia de la influencia personal. Solo una persona de considerable influencia habría podido decir: “Mi pueblo [es] co-

mo tu pueblo”. Podía decir: “Yo soy como tú”, pero no más. Cuando esta gran influencia se utiliza fuera de la comunión con Dios, solo puede hacer del hombre un instrumento de mal más eficaz. Satanás sabía esto; conocía la posición de Josafat; no se fijó en un hombre ordinario de Judá, sino en el hombre más prominente e influyente que pudiera hallar, sabiendo muy bien que, si lograba desviarlo del camino recto, otros lo seguirían.

Y no se equivocó. Muchos sin duda dirán: «¿Qué mal puede haber en que nos unamos a la expedición de Acab? Si hubiera algo malo, seguramente un hombre tan piadoso como Josafat no participaría de ella. Mientras lo veamos allí, podemos estar tranquilos sobre ese asunto». Y aunque este no fuera el lenguaje que algunos pudieron haber usado en los días de Josafat, ciertamente es el que muchos emplean hoy día. ¡Cuán a menudo oímos decir a los cristianos: «¿Cómo podrían estar mal estas o aquellas cosas, cuando vemos a hombres de bien, piadosos, asociados a ellas y ocupados en ellas?»! Razonar de esta manera es absolutamente falso y malo de un extremo al otro; es comenzar por el lado equivocado. Que los demás hagan lo que quieran según su propio juicio. Nosotros somos responsables ante Dios de actuar según Sus principios. Debemos ser capaces, por gracia, humildemente, pero con determinación, de dar razones sanas e inteligentes de por qué adoptamos tal o cual curso de acción, independientemente de lo que hagan los demás. Sabemos además que los mejores hombres pueden equivocarse y actuar mal. No son, pues, ni pueden ser nuestros guías. “Para su propio señor está en pie, o cae” (Romanos 14:4). Una mente espiritual, una conciencia iluminada por la Palabra de Dios, un sentimiento real de nuestra responsabilidad personal, al mismo tiempo que honestidad e integridad en la conducta, son las cosas que necesitamos especialmente. Si nos faltan estas cosas, nuestra marcha será defectuosa.

Pero se puede decir que hay pocos, por no decir ninguno, que ocupan una posición tal que su conducta pueda ejercer una influencia tan amplia como la de rey Josafat. Para responder a esta objeción, es necesario detenernos un momento en una verdad tristemente descuidada en nuestros días: *la de la unidad del cuerpo de Cristo, y del consiguiente efecto que produce en todo el cuerpo la conducta de cada miembro, por oscuro que sea.*

La gran doctrina de la unidad de la Iglesia sobre la tierra es, lamentablemente, débilmente comprendida y puesta en práctica, aun por los cristianos más inteligentes y espirituales. La razón de ello es evidente: Esta doctrina es considerada a la luz de la condición actual de la Iglesia, y no tal como el Nuevo Testamento la presenta; por ello, la unidad jamás puede ser comprendida. Si simplemente tomamos la Escritura como nuestra guía, no tendremos ninguna dificultad a este respecto. Allí leemos: “Si *un* miembro padece, *todos* los miembros se duelen con él” (1 Corintios

12:26). Este principio no tenía ninguna aplicación en el tiempo del rey Josafat, porque el cuerpo de Cristo efectivamente no existía. Todos los miembros estaban inscritos en el libro de Dios; pero “todavía no había ninguno de ellos” (Salmo 139:16, V. M.). Existían en el propósito de Dios, pero este propósito aún no se había cumplido. Por eso, aunque un número importante fue arrastrado por la influencia de Josafat, no lo fue de ninguna manera según el principio indicado en el pasaje citado más arriba. No se trata aquí de que, a causa de uno, todos sufren por el hecho de ser un cuerpo, sino de que muchos se dejaron extraviar por uno al seguir su ejemplo. La distinción es muy importante. No hay un solo miembro de la Iglesia, por oscuro que sea, cuya senda y conducta no afecten, en alguna medida, a todos los miembros. “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13). Por eso, si un creyente se conduce de una manera relajada y negligente, si no está en comunión con Dios, si no ora, si descuida la vigilancia y el juicio de sí mismo, perjudica realmente a todo el cuerpo; pero si en cambio marcha lleno de salud y vigor espiritual, promueve el bien de todos.

Josafat tuvo una lucha interior cuando cedió a la solicitud de Acab. Podemos ver la acción de la conciencia en las palabras que le dirige al rey de Israel: “Te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová” (2 Crónicas 18:4). Pero ¡cuán vano era pedir la guía de Dios, después de haber dicho: “Yo soy como tú; y mi pueblo como tu pueblo; iremos contigo a la guerra” (v. 3)! Es una verdadera burla pedir la dirección de Dios cuando las decisiones ya han sido tomadas; y, sin embargo, ¡cuán a menudo actuamos así! ¡Cuán a menudo decidimos lo que haremos, y luego vamos al Señor para pedirle que nos dirija! Todo esto es deplorable; es honrar a Dios de labios solamente, mientras el corazón está en positiva rebelión contra él (véase Isaías 29:13). En vez de obtener la dirección solicitada, ¿no deberíamos más bien temer ser decepcionados por un espíritu de mentira? (2 Crónicas 18:21). A Acab no le faltaban consejeros. Rápidamente “reunió a cuatrocientos profetas” (v. 5), todos dispuestos a aconsejarle según el deseo de su corazón. “Sube” –dijeron– “porque Dios los entregará en mano del rey”. Esto es lo que él quería. No ha de asombrarnos que Acab estuviera totalmente satisfecho con tales profetas: todos ellos le convenían.

Pero seguramente Josafat ni siquiera debió haber aparentado que los reconocía como profetas de Jehová, como evidentemente lo hizo, cuando dijo: “¿No habrá aquí *además* algún profeta de Jehová?” (v. 6). Si hubiese sido fiel a Jehová, inmediatamente habría negado el derecho a estos falsos



profetas de dar consejos. Pero, lamentablemente, fomenta plenamente la religión del mundo y sus ministros. No se decidió a herir los sentimientos de Acab actuando fielmente respecto a sus profetas. Todos ellos parecían ser hombres correctos.

¡Qué terrible es caer en una condición de alma en la que somos incapaces de dar un testimonio claro y fiel contra los ministros de Satanás! «Debemos ser tolerantes, de mentalidad abierta» –se dice–, «Debemos evitar herir los sentimientos de la gente»; «Hay gente honesta en todas partes». Pero la verdad es la verdad; no podemos poner el error por la verdad, ni la verdad por el error. El secreto deseo de estar bien con el mundo es lo que conducirá siempre a esta despreocupada manera de actuar respecto del mal. Si queremos estar bien con el mundo, que sea al menos a costa de nosotros, y no a expensas de la verdad de Dios. A menudo se dice: «Debemos presentar la verdad de una manera tal que resulte atractiva», cuando en realidad lo que se quiere decir es que hay que hacer de la verdad una especie de cosa variable y elástica, que pueda tomar todas las dimensiones y formas posibles para adaptarse a los gustos y costumbres de aquellos que de buena gana querrían hacerla desaparecer del mundo.

Pero no se puede tratar así a la verdad; no se la puede hacer descender al nivel del mundo. Los que profesan guardarla pueden procurar utilizarla de esta manera, pero ella seguirá siendo siempre el mismo testigo fiel, puro y santo, contra el mundo y todos sus caminos. Hablará claramente, si su voz no es silenciada por la práctica de sus infieles seguidores. Josafat cayó tan bajo al reconocer a los falsos profetas para complacer a Acab, que ya no se podía hallar un testimonio claro para Dios. Todo parecía descender al mismo nivel, y el enemigo parecía tener el campo libre. La voz de la verdad fue silenciada, los profetas predecían mentiras y Dios fue olvidado.

El intento de acomodar la verdad a los pensamientos de los hombres del mundo, solo puede terminar en un completo fracaso. No hay adaptación posible. Que la verdad permanezca en su correspondiente altura celestial, que los santos se aferren plena y tenazmente a ella y que inviten a los pecadores a tomar lugar con ellos; pero que no desciendan hasta las costumbres y objetivos bajos y viles del mundo, privando así a la verdad de su filo y poder. Es mucho mejor dejar ver el contraste entre la verdad de Dios y nuestros caminos, que intentar identificarlos en apariencia, cuando en realidad no concuerdan entre sí. Nos imaginamos encomendar la verdad a las mentes de las personas del mundo, haciendo un esfuerzo por conformarla a sus gustos y costumbres; pero muy lejos de encomendarla, en realidad la exponemos al desprecio. Ciertamente, Josafat no defendía la causa de la verdad acomodándose a los caminos de Acab y reconociendo los de-

rechos de los falsos profetas. El hombre que se conforma al mundo, será enemigo de Cristo y de sus discípulos. No podría ser de otro modo. “La amistad del mundo es enemistad con Dios. Cualquiera pues que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4).

¡Cuán demostrado está todo lo que acabamos de decir en el caso del rey Josafat! Se hizo amigo y compañero de Acab, quien aborrecía a Micaías, el siervo de Dios; y notemos la consecuencia de esto: sin perseguir directamente al testigo fiel y justo, actúa igualmente mal, porque se sienta al lado de Acab y ve al profeta de Jehová golpeado primero, y luego encarcelado, simplemente porque no quiso decir una mentira para complacer a un rey malvado y estar de acuerdo con cuatrocientos falsos profetas. ¡Qué habrá sentido Josafat al contemplar a su hermano maltratado y encarcelado a causa de su fidelidad al testificar en contra de una expedición de la que él mismo participaría! Pero tal era la posición en la que forzosamente lo había colocado su alianza con Acab; de modo que no podía evitar ser testigo de estos procedimientos malvados, y peor aún, ser también partícipe de ellos. Cuando uno se asocia con el mundo, deberá ir hasta el fin. El enemigo no se dará por satisfecho con medias tintas; al contrario, hará todos sus esfuerzos para arrastrar a un santo que está fuera de la comunión con Dios, hasta los últimos límites del mal.

El comienzo del mal es como cuando se dejan correr las aguas. Los pequeños comienzos conducen a los más terribles resultados. Primero, solo tocamos el mal ligeramente y como a la distancia; después, por grados, nos acercamos más a él; luego nos asimos de él más firmemente y, por último, nos sumimos resueltamente en él, de donde nada, salvo una positiva intervención de Dios, nos puede rescatar. Josafat primero “contrajo parentesco con Acab”; luego aceptó su hospitalidad; después se dejó “persuadir” a entrar en una abierta asociación con él, y, finalmente, toma *el lugar* de Acab en la batalla de Ramot de Galaad. Le había dicho: “Yo soy como tú”, y Acab le toma la palabra, porque le dice: “Yo me disfrazaré para entrar en la batalla, pero tú vístete tus ropas” (2 Crónicas 18:29).

Y tan completamente renunció Josafat a su identidad personal a los ojos de los hombres del mundo, que “cuando los capitanes de los carros vieron a Josafat, dijeron: *Este es el rey de Israel*” (v. 31) ¡Terrible posición para Josafat! Verse allí, representando al peor de los reyes de Israel y siendo confundido con él, ¡qué prueba triste del peligro de asociarse con los hombres del mundo! Dichoso de Josafat que Jehová no le haya tomado la palabra cuando le dijo a Acab: “Yo soy como tú”. Jehová sabía que Josafat no era Acab, por más que haya tomado su lugar y haya sido confundido con él. La gracia había hecho entre ellos una diferencia y, con su conducta, Josafat debió haber demostrado lo que la gracia había hecho de él. Pero el Señor –bendito sea su nombre–, sa-

be “librar de tentación a los piadosos” (2 Pedro 2:9), y, en su misericordia, libró a su pobre siervo del mal en que se había sumergido y en el que habría perecido si Dios no hubiese extendido su poderosa mano para socorrerlo. “Josafat clamó, y Jehová lo ayudó, y los apartó Dios de él” (2 Crónicas 18:31).

Llegamos al momento decisivo de este período de la vida de Josafat. Sus ojos fueron abiertos para ver la posición en que él mismo se había colocado; si bien no percibió el mal moral de su conducta, al menos vio el peligro al que fue expuesto. Cercado por los capitanes sirios, sintió lo que era haber tomado el lugar de Acab. Felizmente para él, podía sin embargo mirar a Jehová desde el fondo de su aflicción; podía clamar a él en los momentos de mayor angustia. De no haber sido así, la aguda flecha del enemigo, que traspasaba su corazón, le habría hecho saber el doloroso resultado de su impía asociación.

Josafat clamó,

“

y su clamor subió a Jehová, cuyos oídos siempre están atentos al clamor de los que le buscan en su necesidad. “Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lucas 22:62). El hijo pródigo dijo: “Me levantaré e iré a mi padre” y “su padre... corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (Lucas 15:18, 20). Así es como el Dios de gracia actúa siempre hacia aquellos que, sintiendo que “cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”, se vuelven a él, fuente de agua viva (Jeremías 2:13). ¡Ojalá que todos aquellos que sientan que en alguna medida se han apartado de Cristo, y se han dejado llevar por la corriente de este mundo, puedan volver, con verdadera humildad y contrición de espíritu, a Aquel que dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20)!

¡Cuán diferente fue la suerte de Acab! Aunque alcanzado por una herida mortal, se mantuvo en pie en su carro hasta la tarde, deseando ardientemente esconder su debilidad y ver cumplido el deseo de su corazón. Ningún clamor de humillación, ninguna lágrima de arrepentimiento, ninguna mirada hacia arriba, no encontramos nada que no sea plenamente consecuente con lo que mostró en toda su carrera. Muere como había vivido, haciendo lo malo a los ojos de Jehová. ¡Cuán vanos fueron sus esfuerzos para mantenerse en pie! La muerte se apoderó de él, y, aunque luchó durante algunas horas para conservar buena apariencia, “murió al ponerse el sol”. Tal fue el terrible fin de este hombre que “se vendió para hacer lo malo ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 21:25) ¿Quién querría ser un fiel seguidor y adorador del mundo? ¿Quién de aquellos que

conocen el valor de una vida de sencillez y pureza, querría asociarse con el mundo en sus deseos, aspiraciones y manera de vivir? ¿Quién de aquellos que estiman un fin apacible y feliz de su carrera, querría unirse al destino del mundo?

Querido lector cristiano, esforcémonos, con la ayuda del Señor, por librarnos de la influencia del mundo y por purificarnos de sus caminos. No tenemos idea de cuán insidiosamente este se desliza en nosotros. El enemigo procura primero apartarnos de costumbres verdaderamente simples y cristianas, y, gradualmente, caemos y somos arrastrados por la corriente de los pensamientos del mundo. ¡Ojalá que, con un más santo celo y una mayor delicadeza de conciencia, velemos para que el mal no se acerque a nosotros, y para que no se nos apliquen las solemnes palabras del profeta: “Sus nobles  *fueron* más puros que la nieve, más blancos que la leche; más rubios  *eran*  sus cuerpos que el coral, su talle más hermoso que el zafiro. [Pero el cambio fue tal que]: Oscuro más que la negrura  *es*  su aspecto;  *no los conocen por las calles* ; su piel  *está*  pegada a sus huesos, seca como un palo” (Lamentaciones 4:7-8)!

Echaremos un vistazo ahora al capítulo 19 de 2 Crónicas. Vemos aquí algunos resultados preciosos de todas las experiencias por las que Josafat había pasado: “Volvió en paz a su casa en Jerusalén” (v. 1). ¡Qué salida feliz! Jehová intervino y lo libró “del lazo del cazador” (Salmo 91:3), y sin duda, su corazón estaba lleno de gratitud a Aquel que había hecho una diferencia entre él y Acab, por más que haya dicho: “Yo soy como tú”. Acab descendió a la tumba en la vergüenza y degradación, mientras que Josafat regresó en paz a su casa. Pero ¡qué lección aprendió! ¡Qué solemne habrá sido para él recordar que estuvo tan cerca del borde del precipicio! Sin embargo, Jehová tenía algo que decirle en cuanto a lo que había hecho. Aunque le permitió regresar en paz a Jerusalén, sin preocuparse por el enemigo, Jehová quería hablar a su conciencia con respecto a su pecado. Lo condujo lejos del campo de batalla para dirigirse a él en privado. “Y le salió al encuentro el vidente Jehú hijo de Hanani, y dijo al rey Josafat: ¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por esto” (v. 2). Era un llamamiento solemne que produjo su efecto. Josafat “daba vuelta y salía al pueblo, desde Beerseba hasta el monte de Efraín, y los conducía a Jehová el Dios de sus padres” (v. 3). “Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”, le dice el Señor a Pedro (Lucas 22:32). Pedro lo hizo, y así hizo también el rey Josafat; y es una gran bendición cuando, por la tierna misericordia del Señor, las faltas y traspiés conducen a semejante resultado. Nada sino la gracia divina puede producirlo.

Cuando, después de haber visto a Josafat rodeado de los capitanes sirios, lo hallamos recorriendo a lo largo y a lo ancho el país para instruir a sus hermanos en el temor de Jehová, solo podemos exclamar: “¡Lo que ha hecho Dios!” (Números 23:23). Pero Josafat era el hombre indicado para esta obra. Él mismo experimentó las terribles consecuencias de la negligencia de espíritu, de manera que puede efectivamente decir: “*Mirad lo que hacéis*” (v. 6). Un Pedro restaurado a la comunión del Señor, después de haberlo negado, fue el instrumento escogido para acusar a los judíos de haber hecho la misma cosa, y para presentarles la sangre preciosa que había limpiado su conciencia de la culpa de su pecado. Asimismo, el Josafat restaurado volvió de la batalla de Ramot de Galaad para hacer resonar a los oídos de sus hermanos esta solemne advertencia: “*Mirad lo que hacéis*”. El que acababa de escapar de la trampa era la persona mejor calificada para decir en qué consistía, y para mostrar cómo escapar de ella.

Y notemos el rasgo particular del carácter de Jehová en el que Josafat centró la atención: “Con Jehová nuestro Dios no hay injusticia, *ni acepción de personas, ni admisión de cohecho*” (v. 7). Ahora bien, la trampa para él parece haber sido el obsequio que le hizo Acab. “Mató Acab muchas ovejas y bueyes para él, y para la gente que con él venía: y le persuadió que fuese con él contra Ramot de Galaad” (2 Crónicas 18:2). Dejó que su corazón ardiera de entusiasmo por las dádivas de Acab, y así pudo ser arrastrado más fácilmente por los argumentos del rey de Israel. Lo mismo sucedió con Pedro cuando aceptó el cumplido de poder entrar al patio del sumo sacerdote: allí, calentándose al fuego, negó a su Señor. Jamás podremos discutir con calma espiritual los argumentos y sugerencias del mundo, mientras respiremos su atmósfera o aceptemos sus cumplidos y cortesía. Debemos permanecer fuera de la influencia del mundo y ser independientes de él; entonces estaremos en la mejor posición para rechazar sus propuestas y triunfar sobre sus seducciones.

Es instructivo observar cómo Josafat, después de su restauración, insiste en ese rasgo del carácter de Dios cuyo olvido le hizo cometer un desliz tan grave. La comunión con Dios es la salvaguardia más poderosa contra toda tentación, porque no hay pecado por el cual podamos ser tentados, que no encuentre su lado opuesto en Dios; y solo podemos evitar el mal por la comunión con el bien. Esta es una verdad muy simple, pero profundamente práctica. Si Josafat hubiera estado en comunión con Dios, no habría podido estar en comunión con Acab.

¿Y no podemos decir que este es el único medio divino de considerar la cuestión de las asociaciones mundanas? Preguntémonos esto: Nuestra asociación con el mundo, cualquiera que sea, ¿puede ir acompañada de nuestra comunión con Dios? Tal es, en realidad, el fondo de la cuestión. Miserable cosa es preguntarse: ¿Acaso no puedo participar de todos los beneficios del nom-

bre de Cristo, y sin embargo deshonrar este nombre mezclándome con la gente del mundo y colocándome en el mismo terreno que ellos? El asunto se resuelve fácilmente cuando presentamos todas estas cosas en la presencia divina y bajo el penetrante poder de la verdad de Dios: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” (2 Crónicas 19:2). La verdad arranca todos los velos de mentira que el corazón, que perdió la comunión con Dios, tiene por costumbre echar sobre las cosas. Solo cuando *ella* arroja sus rayos infalibles sobre nuestro camino, vemos las cosas bajo su verdadero carácter.

Observemos la manera en que la verdad divina pone al desnudo los actos de Acab y Jezabel. Ella puso gustosa un bello manto sobre su abominable maldad: “Levántate”, le dice a Acab, “y toma la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero; porque Nabot no vive, sino que ha muerto” (1 Reyes 21:15). Así es como ella presenta el asunto, pero ¿cómo lo considera Jehová? “Así ha dicho Jehová: ¿No mataste, y también has despojado?” (1 Reyes 21:19). En otros términos: «¿No cometiste homicidio y robo?». Dios tiene que ver con realidades. Ante sus ojos, hombres y cosas toman su verdadero lugar y valor; la apariencia exterior, la afectación, las pretensiones, no son nada: todo es real. Así fue con Josafat. Su objetivo que, a los ojos de los hombres, podía parecer religioso, para Dios era simplemente dar ayuda al impío y amar a los que aborrecen a Jehová. Y aunque los hombres podían aplaudirlo, “la ira de la presencia de Jehová” estaba sobre él (2 Crónicas 19:2, V. M.).

Pero Josafat debía estar agradecido por la saludable lección que su caída le había enseñado. Le había enseñado a caminar más en el temor de Jehová, e inculcarlo también en los demás. Esto no era poca cosa. A la verdad, era un modo de aprender triste y doloroso, pero es bueno cuando nuestras propias caídas nos instruyen, y cuando podemos decir, por una penosa experiencia, el terrible mal que se encuentra en la mezcla con el mundo. ¡Quiera Dios que todos lo sintamos en mayor medida, y que caminemos más en un serio temor de la naturaleza corruptora de toda asociación mundana, y de nuestra tendencia a dejarnos manchar por ellas! Podremos entonces enseñar a otros con mayor eficacia; y estar en condiciones de decirles con alguna autoridad: “Mirad lo que hacéis”, y también: “Esforzaos, pues, para hacerlo, y Jehová estará con el bueno” (2 Crónicas 19:6, 11).

El capítulo 20 nos muestra a Josafat en circunstancias mucho más felices que el capítulo 18. Lo vemos bajo prueba a causa de los ataques de los enemigos de Judá: “Pasadas estas cosas, aconteció que los hijos de Moab y de Amón, y con ellos otros de los amonitas, vinieron contra Josafat a la guerra” (v. 1). Tenemos infinitamente menos temor por Josafat al verlo expuesto a las hosti-

lidades del enemigo, que al verlo como objeto de la amabilidad y hospitalidad de Acab, porque, en el primer caso, va a contar simplemente con el Dios de Israel, mientras que en el otro, estuvo cerca de caer en la trampa de Satanás. El verdadero lugar de un hombre de Dios, es estar en positiva oposición a los enemigos del Señor, y no en relación con ellos.

No podemos contar de ninguna manera con la simpatía y dirección divinas cuando nos unimos con los enemigos del Señor. Por eso observamos cuán vano era para Josafat tomar consejo de Jehová, en un asunto que sabía que era malo. Pero no ocurre lo mismo en la presente ocasión. Obró realmente con toda seriedad cuando “humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá” (v. 3). Se trataba de una auténtica obra. No hay nada como la prueba que viene de parte del mundo, para impulsar a un creyente a separarse de él. Cuando el mundo nos sonrío, corremos el peligro de ser atraídos por él; pero cuando nos amenaza, nos alejamos de su seno y nos reclinamos en nuestra fortaleza; y esto es bueno y saludable. Josafat no dijo a los moabitas ni a los amonitas: “Yo soy como tú”. No; sabía muy bien que no era así, porque ellos no le habrían dejado pensar eso. Y es mucho mejor conocer nuestra verdadera posición con respecto al mundo.

Hay tres puntos particulares en las palabras que Josafat dirige a Jehová (v. 6-12):

1. La grandeza de Dios.
2. El juramento hecho a Abraham en cuanto a la tierra.
3. El esfuerzo del enemigo por expulsar a la simiente de Abraham de esa tierra.

La oración del rey es preciosa e instructiva, llena de inteligencia divina. Hace de este ataque una cuestión enteramente entre el Dios de Abraham y los hijos de Amón, Moab y los del monte de Seir. Es lo que la fe hace siempre, y la salida será siempre la misma. Ellos vienen, dice, “para echarnos de *tu posesión, que tú mismo nos diste a poseer*” (v. 11, V. M.). ¡Qué simple es esto! ¡Ellos quieren tomar lo que *tú* nos diste! Era, por decirlo así, como poner en manos de Dios el mantenimiento de Su pacto. “¡Oh Dios nuestro! *¿no los juzgarás tú? porque en nosotros no hay fuerza* contra tan grande multitud que viene contra nosotros: no sabemos que hacer, y a ti volvemos nuestros ojos” (v. 12). Podemos afirmar con toda seguridad, que aquel que hablaba así a Dios tenía la victoria asegurada. Y así lo sentía Josafat. Porque “habiendo consultado con el pueblo, *señaló personas que cantasen a Jehová, y que alabasen la hermosura de la santidad, mientras salían al frente de los hombres armados, y que dijesen: ¡Alabad a Jehová, porque para siempre es su misericordia!*” (v. 21, V. M.). Solo la fe podía hacer oír un canto de alabanza incluso antes de que comenzara la batalla.

«La fe considera la promesa segura». La fe hizo a Abraham capaz de creer que Dios pondría a su simiente en posesión de la tierra de Canaán, y también hizo capaz a Josafat de creer que Dios los guardaría allí; de modo que no necesitaba esperar la victoria para poder alabar: ya gozaba de los plenos resultados de la victoria. La fe podía decir: “Lo *llevaste* con tu poder a tu santa morada” (Éxodo 15:13), aunque el pueblo no hizo sino entrar en el desierto.

¡Qué extraño espectáculo habrá sido para los enemigos de Josafat ver una tropa de hombres llevando en sus manos instrumentos de música en vez de armas! Vemos otra aplicación del mismo principio de combatir, cuando, más tarde, Ezequías se vistió de cilicio en vez de vestirse de la armadura (Isaías 37:1). Era, en efecto, el mismo principio, porque ambos habían sido formados en la misma escuela y combatían bajo la misma bandera. ¡Ojalá que nuestro combate con el siglo presente –con sus hábitos, comportamientos y máximas– se vea guiado más por el mismo principio!

“ Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16).

¡Qué contraste entre el Josafat que se hace pasar por Acab en Ramot de Galaad, y el Josafat que está en comunión con su Dios en contra de sus enemigos los moabitas! En efecto, el contraste era grande en todo respecto. Su manera de buscar la ayuda y dirección de Jehová era diferente, su modo de proceder respecto al combate también lo era; y ¡qué diferencia vemos también en la salida! En vez de encontrarse casi agobiado por el enemigo, y de clamar desde el fondo de su aflicción y del peligro, lo vemos tomando parte en un coro que celebra a viva voz las alabanzas del Dios de sus padres, quien le había dado la victoria sin necesidad de dar un solo golpe, que había hecho que sus enemigos se destruyesen entre sí, y que, en su gracia, lo había conducido desde el sombrío valle de Acor (de la desgracia, de la tribulación) hasta el valle de Beraca (de la bendición). ¡Feliz contraste! ¡Ojalá que podamos ser conducidos por este ejemplo a buscar una senda de separación más decidida, en una permanente dependencia de la gracia y fidelidad del Señor! El valle de Beraca, o de alabanza, de bendición –“porque allí bendijeron a Jehová” (2 Crónicas 20:26)–, es siempre el lugar adonde el Espíritu de Dios nos quiere conducir, pero no podrá hacerlo si nosotros nos unimos a los Acab de este mundo para contribuir a sus planes e intereses. La palabra del Señor es: “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17-18).



Es una cosa notable ver cómo la mundanalidad perturba y hasta destruye el espíritu de alabanza. Es positivamente hostil hacia ese espíritu, y si uno se entrega a ella, el alma será conducida o bien a una profunda angustia o al completo y abierto abandono de toda apariencia de piedad. En el caso de Josafat, felizmente fue el primer estado el que se manifestó. Fue humillado, restaurado y llevado luego a una bendición más abundante.

Pero sería verdaderamente triste si alguien se zambullera en la mundanalidad con la esperanza de ser conducido a una salida semejante a la de Josafat. ¡Vana y presuntuosa esperanza! ¡Culpable espera! ¿Quién de aquellos que aprecia el valor de una marcha pura, calma y apacible, podría, por un momento, abrigar tal pensamiento? “Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos” (2 Pedro 2:9), pero ¿acaso por esto iríamos a sumergirnos deliberadamente en la tentación? ¡Dios nos guarde!

Pero ¿quién puede sondear las profundidades del corazón humano, las profundidades de su malignidad? ¿Quién puede desentrañar el laberinto de sus astucias? ¿Alguien se habría imaginado que después de tan importantes lecciones, Josafat todavía se hubiese juntado con los impíos para contribuir con sus planes de ambición o más bien de avaricia? Nadie lo creería, salvo aquel que aprendió a conocer un poco su propio corazón. Josafat lo hizo. “Josafat rey de Judá trabó amistad con Ocozías rey de Israel, el cual era dado a la impiedad: e hizo con él compañía para construir naves que fuesen a Tarsis; y construyeron las naves en Ezión-geber. Entonces Eliezer hijo de Dodava, de Maresa, profetizó contra Josafat, diciendo: Por cuanto has hecho compañía con Ocozías, Jehová destruirá tus obras. Y las naves se rompieron, y no pudieron ir a Tarsis” (v. 35-37) ¡Cómo es el hombre! Una pobre criatura que tropieza, tambalea y cae, precipitándose siempre en alguna nueva locura o mal. Apenas Josafat se recuperó, por decirlo así, de los funestos efectos de su asociación con Acab, en seguida se unió con Ocozías. Con dificultad, o más bien por la gracia especial e intervención directa del Señor, había escapado de las flechas de los sirios, y lo vemos de nuevo ligado con los reyes de Israel y Edom para combatir a los moabitas (2 Reyes 3).

Tal fue Josafat; tal fue su notable carrera. Algunas “buenas cosas” se hallaron en él (cap. 19:3), pero la trampa para Josafat eran las asociaciones mundanas, y la lección que aprendemos de su historia, es guardarnos de este mal. Sí, necesitamos que, sin cesar, resuene en nuestros oídos y corazones, la solemne advertencia:

¡Salid de en medio de ellos y separaos!



(2 Corintios 6:17, V. M.).

No podemos caminar por el fango sin mancharnos los pies, y no podemos, de ninguna manera, mezclarnos con el mundo y dejarnos gobernar y conducir por sus máximas y principios, sin sufrir en nuestras almas y empañar nuestro testimonio.

Solo quisiera señalar, para terminar, que encontramos como un alivio para el espíritu en estas palabras: “Durmió Josafat con sus padres” (2 Crónicas 21:1), y estamos seguros de que por fin se halla fuera del alcance de las trampas y artificios del enemigo, y de que está también incluido en la bendición que pronuncia el Espíritu:

“ Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos (Apocalipsis 14:13),

sí, en un descanso lejos de todo combate, de toda trampa y de toda tentación también.

## Job y sus amigos

El libro de Job ocupa un lugar muy particular en la Palabra de Dios. Tiene un carácter totalmente propio, y enseña lecciones que no las vamos a encontrar en ninguna otra parte de la Santa Escritura. No es nuestro propósito abordar la cuestión de la autenticidad de este precioso libro ni aportar las pruebas de su divina inspiración. Estas cosas las damos por ciertas; y no tenemos la más mínima duda en cuanto a su veracidad, por lo que dejamos tales pruebas en manos más capaces. Recibimos el libro de Job como parte de las Santas Escrituras y, por ende, para el provecho y bendición del pueblo de Dios. No necesitamos pruebas para nosotros, ni tampoco pretendemos ofrecer ninguna de ellas a nuestros lectores.

Y cabe agregar todavía que no tenemos intenciones de entrar a investigar respecto de la autoría de este libro, lo cual, por muy interesante que sea, creemos que se trata de algo puramente secundario. Recibimos el libro como procedente de Dios, y esto nos basta. Creemos de todo corazón que es un escrito inspirado, y sentimos que no nos incumbe discutir la cuestión referente a dónde, cuándo o por quién fue escrito.

Para resumir, nos proponemos, con la ayuda del Señor, ofrecer al lector algunos pensamientos sencillos y prácticos sobre este libro, el cual creemos que requiere un estudio más detenido para poder ser mejor comprendido. ¡Quiera el Espíritu eterno –el Autor del libro– explicarlo y aplicarlo a nuestras almas!

## Prosperidad de Job

En la primera página de este notable libro vemos al patriarca Job rodeado de todo cuanto podía hacer el mundo agradable a sus ojos, así como de cosas que podían otorgarle un lugar importante en este mundo. “Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”. Vemos aquí *lo que era Job* en su vida. Veamos ahora *lo que tenía*.

“Y le nacieron siete hijos y tres hijas. Su hacienda era siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados; y era aquel varón más grande que todos los orientales. E iban sus hijos y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día; y enviaban a llamar a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos” (v. 2-4). Por último, para completar el cuadro, se nos consigna *lo que Job hacía*.

“Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días” (v. 5). Aquí tenemos, pues, un modelo de hombre bastante fuera de lo común. Era perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Además, la mano de Dios lo protegía en todo, y derramaba sobre su camino las más ricas bendiciones. Job tenía todo lo que el corazón pudiese desear: hijos, abundancia de riquezas, honor y distinción sobre todos los que le rodeaban. En una palabra, casi diríamos que la copa de su deleite terrenal rebosaba.

## El orgullo de Job

Pero Job necesitaba ser probado. Abrigaba en su corazón una profunda raíz moral que debía ser sacada a la luz; una justicia propia que debía salir a la superficie y ser juzgada. Podemos, en efecto, vislumbrar esta raíz en los versículos que acabamos de leer. Él dice: “Quizá habrán pecado mis hijos” (v. 5). No parece haber contemplado la posibilidad de que él mismo haya cometido algún pecado. Un alma que realmente se ha juzgado a sí misma, un alma quebrantada ante Dios, verdaderamente consciente de su propio estado, de sus tendencias e incapacidades, habría pensado en sus propios pecados y en la necesidad de ofrecer un holocausto por sí misma.

Pero debe quedar claro al lector que Job era un verdadero santo de Dios, un alma divinamente vivificada, un poseedor de la vida divina y eterna. Nunca podríamos insistir lo suficiente en este punto. Era un hombre de Dios tanto en el primer capítulo como en el último. Si no nos percatamos de esto, nos privaremos de una de las grandes lecciones de este libro. El versículo 8 del primer capítulo establece este punto fuera de toda duda: “Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a *mi siervo* Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?”.

Sin embargo, a pesar de eso, Job nunca había sondeado las profundidades de su propio corazón. No se conocía a sí mismo. Nunca había captado realmente la verdad de su propia condición de ruina, de su total corrupción. Jamás había aprendido a decir:

“ Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien  
(Romanos 7:18).

Si no se comprende este punto, no se entenderá el libro de Job. No captaremos el objetivo específico de todos esos profundos y penosos ejercicios por los que Job tuvo que pasar a menos que tengamos en claro el solemne hecho de que su conciencia nunca había estado realmente en la presencia divina, que él nunca se examinó ante la luz, que jamás se midió con la vara divina y que nunca se pesó en la balanza del santuario de Dios.

Si nos remitimos unos instantes al capítulo 29 hallaremos una fehaciente prueba de lo que acabamos de afirmar. Veremos allí de forma clara la profunda y robusta raíz de la satisfacción personal que había en el corazón de este querido y honrado siervo de Dios, y la manera en que esta raíz se nutría de las mismas señales del favor divino que le rodeaban. Este capítulo encierra un patético lamento por el brillo empañado de sus días pasados; además, el tono y el carácter de este lamento ponen de manifiesto cuán necesario era que Job se despojara de todo a fin de conocerse a sí mismo a la luz de la presencia divina que todo lo escudriña. Escuchemos sus palabras:

“¡Quién me volviese como en los meses pasados, como en los días en que Dios me guardaba, cuando hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara, a cuya luz yo caminaba en la oscuridad; como fui en los días de mi juventud, cuando el favor de Dios velaba sobre mi tienda; cuando aún estaba conmigo el Omnipotente, y mis ojos alrededor de mí; cuando lavaba yo mis pasos con leche, y la piedra me derramaba ríos de aceite! Cuando yo salía a la puerta a juicio, y en la plaza hacía preparar mi asiento, los jóvenes me veían, y se escondían; y los ancianos se levantaban, y estaban de pie. Los príncipes detenían sus palabras; ponían la mano sobre su boca. La voz de los principales se apagaba, y su lengua se pegaba a su paladar. Los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían me daban testimonio, porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que carecía de ayudador. La bendición del que se iba a perder venía sobre mí, y al corazón de la viuda yo daba alegría. Me vestía de justicia, y ella me cubría; como manto y diadema era mi rectitud. Yo era ojos al ciego, y pies al cojo. A los menesterosos era padre, y de la causa que no entendía, me informaba con diligencia; y quebrantaba los colmillos del inicuo, y de sus dientes hacía soltar la presa. Decía yo: En mi nido moriré, y como arena multiplicaré mis días. Mi raíz estaba abierta junto a las aguas, y en mis ramas permanecía el rocío. Mi honra se renovaba en mí, y mi arco se fortalecía en mi mano. Me oían, y esperaban, y callaban a mi consejo. Tras mi palabra no replicaban, y mi razón destilaba sobre ellos. Me esperaban como a la lluvia, y abrían su boca como a la lluvia tardía. Si me reía con ellos, no lo creían; y no abatían la luz de mi

rostro. Calificaba yo el camino de ellos, y me sentaba entre ellos como el jefe; y moraba como rey en el ejército, como el que consuela a los que lloran. Pero ahora se ríen de mí los más jóvenes que yo, a cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado” (cap. 29:2 a 30:1).

Estas, seguramente, son expresiones muy notables. En vano buscaremos aquí los suspiros de un espíritu contrito y quebrantado. No hay rastros de ningún aborrecimiento propio ni mucho menos de una desconfianza en sí mismo. Expresiones que manifiesten conciencia de debilidad o de insignificancia, brillan por su ausencia. En el curso de este solo capítulo, Job se menciona a sí mismo más de cuarenta veces, en tanto que sus pensamientos no se dirigen a Dios más de cinco veces. Este constante predominio del *yo* nos hace recordar el capítulo siete de Romanos; pero hay que señalar una importantísima diferencia: que en el capítulo siete de Romanos, el *yo* es una pobre, débil, inservible y miserable criatura que se halla en presencia de la santa ley de Dios; mientras que en Job 29, el *yo* es un personaje de destacada importancia e influencia, admirado y casi adorado por sus semejantes.

Ahora bien, Job tenía que despojarse de todo esto; y, si comparamos el capítulo 29 con el capítulo 30, podremos formarnos una idea de lo penoso que debió de haber sido el proceso de este despojamiento. Hay un énfasis particular en las palabras: “*Pero ahora*”, al inicio del capítulo 30. Job traza, entre estos dos capítulos, un agudo contraste entre su pasado y su presente.

En el capítulo 30 él se halla todavía ocupado en sí mismo: todavía es el *yo* el que predomina; pero ¡ah, qué cambiado está todo! Los mismos hombres que lo adulaban en los días de su prosperidad, lo tratan con desprecio en el tiempo de su adversidad. Siempre es así en este pobre mundo, falso y engañoso; y bueno es percatarse de ello. Todos, tarde o temprano, terminarán descubriendo la hipocresía de este mundo; la veleidad de aquellos que están prestos a exclamar un día: “¡Hosanna!”, y al otro día: “¡Crucifícale!”. No se debe confiar en el hombre. Todo marcha perfectamente bien mientras el sol brilla; pero esperemos que vengan las heladas ráfagas del viento invernal, y veamos entonces hasta dónde podemos confiar en las altisonantes promesas y declaraciones de la naturaleza. Mientras el «hijo pródigo» tuvo bienes en abundancia para dilapidar, se halló rodeado de multitudes de amigos con quienes compartía sus riquezas; pero cuando comenzó a padecer necesidad, “nadie le daba *nada*” (Lucas 15:16, V. M.).

Lo mismo ocurrió con Job en el capítulo 30. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el despojamiento de uno mismo y el descubrimiento de la hipocresía y la veleidad del mundo no lo es todo. Uno puede experimentar todas estas cosas y no hallar finalmente más que sinsabores y desilusiones; y tal será el resultado seguro si no elevamos nuestra mirada a Dios. Mientras el

corazón no encuentre en Dios su plena satisfacción, cualquier cambio adverso de circunstancias lo dejará sumido en la desolación; entonces, el descubrimiento de la veleidad y la hipocresía de los hombres lo llenará de amargura. Esta es la explicación del lenguaje que Job emplea en el capítulo 30: “Pero ahora se ríen de mí los más jóvenes que yo, a cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado” (v. 1). ¿Era este el espíritu de Cristo? ¿Habría hablado así Job al final del libro? Ciertamente que no; ¡Oh, no, querido lector! Una vez que Job se halló en la presencia de Dios, se terminaron el egotismo del capítulo 29 y la amargura del capítulo 30.

Pero oigamos todavía más expresiones de desahogo: “Hijos de viles, y hombres sin nombre, más bajos que la misma tierra. Y ahora yo soy objeto de su burla, y les sirvo de refrán. Me abominan, se alejan de mí, y aun de mi rostro no detuvieron su saliva. Porque Dios desató su cuerda, y me afligió, por eso se desenfrenaron delante de mi rostro. A la mano derecha se levantó el populocho; empujaron mis pies, y prepararon contra mí caminos de perdición. Mi senda desbarataron, se aprovecharon de mi quebrantamiento, y contra ellos no hubo ayudador. Vinieron como por portillo ancho, se revolvieron sobre mi calamidad” (v. 8-14).

Ahora bien, todas estas declaraciones de Job eran totalmente desacertadas. Lamentaciones por una grandeza desvanecida y amargas invectivas contra nuestros semejantes, no servirán de nada para el corazón ni manifiestan para nada el espíritu y la mente de Cristo; como tampoco glorificarán su santo Nombre. Si contemplamos a la bendita Persona del Señor, veremos algo completamente diferente: El Señor Jesús, “manso y humilde de corazón”, recibe todo el desprecio de este mundo, sufre el desengaño en medio de su pueblo Israel, y se topa con la incredulidad y los desatinos de sus discípulos. Todo ello Jesús lo asumió diciendo simplemente:

Sí, Padre, porque así te agradó



(Mateo 11:26).

Él fue capaz de apartarse de toda la agitación de los hombres y mirar simplemente a Dios, para proferir entonces estas fragantes palabras: “Venid a mí... y yo os haré descansar” (cap. 11:28). Ningún disgusto, amargura, invectivas ni palabras duras u ofensivas podremos encontrar jamás en este misericordioso Salvador que descendió a este mundo frío y sin corazón para manifestar el perfecto amor de Dios y proseguir su senda de servicio a pesar de todo el odio de los hombres.

Pero el más excelente, el mejor de los hombres, queda totalmente deslucido cuando se lo compara con la medida perfecta de la vida de Cristo. La luz de Su gloria moral pone de manifiesto los defectos y las imperfecciones del más perfecto de los hijos de los hombres, “para que en todo

tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18). En cuanto a la paciente sumisión a todo lo que fue llamado a soportar, Él sobresale en vívido contraste con un Job o con un Jeremías. Job sucumbió bajo el peso de las pruebas por las que tuvo que pasar. No solo dejó escapar un torrente de amargas invectivas contra sus semejantes, sino que hasta maldice el día de su nacimiento. “Después de esto abrió Job su boca, y maldijo su día. Y exclamó Job, y dijo: Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: Varón es concebido” (cap. 3:1-3).

Encontramos algo idéntico en el caso de Jeremías, ese bienaventurado varón de Dios. Él también, no pudiendo resistir a la presión de diversas y abundantes pruebas, dio paso a sus sentimientos con estos amargos acentos: “Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito. Maldito el hombre que dio nuevas a mi padre, diciendo: Hijo varón te ha nacido, haciéndole alegrarse así mucho. Y sea el tal hombre como las ciudades que asoló Jehová, y no se arrepintió; oiga gritos de mañana, y voces a mediodía, *porque no me mató en el vientre, y mi madre me hubiera sido mi sepulcro, y su vientre embarazado para siempre. ¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?*” (Jeremías 20:14-18).

¡Qué lenguaje! Maldice al hombre que trae las nuevas de su nacimiento. Y lo maldice porque no lo mató en el vientre. Todo esto, tanto en lo que se refiere al patriarca como al profeta, se halla en agudo contraste con el manso y humilde Jesús de Nazaret. Él, el Salvador inmaculado, sufrió pruebas mucho más numerosas y terribles que todos sus servidores juntos. Sin embargo, jamás un solo murmullo brotó de sus labios. Lo soportó todo con paciencia y afrontó la hora más sombría con estas palabras: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11). ¡Bendito Señor, Hijo del Padre, cuán digno eres de nuestra adoración! ¡Nos postramos a tus pies, sumidos en adoración, amor y alabanzas, reconociéndote como Señor de todo! ¡Señalado entre diez mil, y todo Él codiciable (Cantares 5:10, 16)!

No hay campo de estudio más fértil que la historia de los caminos de Dios con las almas que este Libro nos presenta; una historia de lo más interesante, sumamente instructiva y provechosa. El gran objetivo de estos designios de Dios en nosotros es producir una verdadera contrición y humillación de espíritu, apartar de nosotros toda falsa justicia, despojarnos de toda confianza en nosotros mismos y enseñarnos a buscar en Cristo nuestro único sostén. Todos tienen que pasar a través de lo que podría denominarse «el proceso de despojamiento y vaciamiento de uno mismo». Unos experimentan este proceso antes de su conversión o nuevo nacimiento; otros, después. Algunos son traídos a Cristo pasando por terribles experiencias y penosos ejercicios de corazón y conciencia, ejercicios que pueden durar años y, a veces, toda la vida. Otros, en cambio,



obtienen esta misma gracia a través de ejercicios de alma relativamente fáciles. Estos últimos se apropian de inmediato de las buenas nuevas del perdón de los pecados obtenido por la muerte expiatoria de Cristo. Su corazón se llena de gozo en seguida. Pero el despojamiento y vaciamiento del *yo* vienen después y, en muchos casos, se muestra con tal fuerza que puede estremecer el alma hasta sus cimientos, e incluso hacerla dudar de su conversión.

Esto es muy doloroso, pero absolutamente necesario. El *yo*, tarde o temprano, debe ser conocido y juzgado. Si uno no aprende a conocerlo en la comunión con Dios, terminará haciéndolo a través de la experiencia amarga de alguna caída, “a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Corintios 1:29). Y todos nosotros debemos aprender a conocer nuestra absoluta impotencia para todo, a fin de poder gustar la dulzura y el consuelo de esta verdad: que Cristo “nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (v. 30). Dios quiere *vasos vacíos*. No lo olvidemos. Es una verdad solemne y necesaria. “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”. También leemos: “Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 57:15; 66:1-2).

¡Qué oportunas son estas palabras para todos nosotros! Un espíritu contrito y quebrantado constituye una de las necesidades más urgentes de nuestro tiempo. La mayor parte de nuestras calamidades y dificultades pueden atribuirse a esta necesidad. Los progresos que hacemos día a día en la vida familiar, en la asamblea, en el mundo, en toda nuestra vida práctica, cuando el *yo* es subyugado y mortificado, son verdaderamente admirables. Miles de cosas que, sin este ejercicio, subyugarían nuestros pobres corazones, son estimadas como nada cuando nuestras almas se hallan en un estado verdaderamente contrito. Podemos entonces soportar reproches e insultos; pasar por alto menosprecios y afrentas; pisotear nuestros caprichos, predilecciones y prejuicios, como así también manifestar un carácter más dócil con los demás cuando no se vean comprometidos principios fundamentales; estar dispuestos a toda buena obra, manifestar una agradable anchura de corazón en todas nuestras relaciones y ser menos rígidos en nuestro trato con los demás de modo de adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador. Pero, ¡ay, cuán a menudo ocurre lo contrario con nosotros! Manifestamos un temperamento reacio, inflexible; bregamos en favor de nuestros derechos; defendemos nuestros propios intereses; solo nos enfocamos en

nuestras propias personas, y defendemos y luchamos por nuestras propias ideas. Todo esto demuestra claramente que nuestro *yo* no es ponderado ni juzgado de forma habitual en la presencia de Dios.

Sin embargo, lo repetimos con énfasis: Dios quiere *vasos vacíos*. Nos ama demasiado para dejarnos en nuestra dureza y tozudez; y por eso estima conveniente hacernos pasar a través de todo tipo de ejercicios a fin de traernos a un estado de alma en que pueda utilizarnos para su gloria. Es necesario que la voluntad sea quebrantada, que la confianza propia, la autosatisfacción y la importancia personal sean arrancadas de cuajo. Dios se valdrá de las escenas y circunstancias que debemos atravesar, así como de las personas con que nos relacionamos en la vida diaria, a fin de disciplinar nuestro corazón y quebrantar nuestra voluntad. Y, además, él mismo tratará directamente con nosotros a fin de lograr estos formidables resultados prácticos.

Todo esto se revela con gran claridad en el libro de Job, tornando sus páginas sumamente atractivas y fructíferas. Es muy evidente que Job necesitaba ser fuertemente zarandeado. Podemos estar seguros de que si ello no hubiera sido necesario, el Dios de gracia y bondad no lo habría hecho pasar por semejantes pruebas. Sin duda, no fue sin un propósito que Dios permitió a Satanás disparar sus mortíferas flechas sobre Su amado siervo. Podemos afirmar, con absoluta seguridad, que Dios no habría procedido de esa forma si el estado de Job no lo hubiera necesitado. Dios amaba a Job con un amor perfecto; pero se trataba de un amor sabio y fiel, que tenía en cuenta todos los detalles de su vida, y que podía penetrar en el corazón de este amado siervo de Dios, y descubrir una profunda y maligna raíz moral que Job jamás había visto ni juzgado. ¡Qué gracia es tener que ver con tal Dios! ¡Qué gracia es estar en las manos de Aquel que no escatima penas cuando tiene que avasallar en nosotros todo cuanto sea contrario a Él, y labrar Su bendita imagen en nosotros!

Pero, querido lector, ¿no hay algo profundamente interesante en el hecho de que Dios puede servirse hasta de Satanás como instrumento para la disciplina de su pueblo? Vemos esto en la vida del apóstol Pedro, lo mismo que en la del patriarca Job. Pedro tenía que ser zarandeado, y Satanás fue utilizado para cumplir esta tarea: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Mateo 26:31). Allí también había una necesidad imperiosa. Había una raíz profunda en el corazón de Pedro que debía ser puesta al descubierto: la raíz de la confianza en sí mismo. Y su fiel Señor consideró absolutamente necesario hacerlo pasar a través de un proceso severo y doloroso a fin de que esa raíz fuese traída a la luz y juzgada. Por eso se le permitió a Satanás zarandear a Pedro, para que nunca más vuelva a confiar en su propio corazón, sino que

siga en adelante su camino con prudencia. Dios quiere *vasos vacíos*, ya sea que se trate de un patriarca o de un apóstol. Todo, en el hombre, debe ser ablandado y sojuzgado a fin de que la gloria divina resplandezca en él con un brillo inextinguible.

Si Job hubiese conocido este gran principio, si hubiese captado el objetivo divino, ¡cuán diferentemente se habría conducido! Pero él –como nosotros– tenía que aprender su lección; y el Espíritu Santo, en el texto inspirado, nos relata la manera en que Job aprendió esta lección, para que así también nosotros podamos sacar provecho de ella.

Sigamos leyendo el relato.

“Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás. Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: De rodear la tierra y de andar por ella. Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (cap. 1:6-11).

¡Qué escena tenemos aquí de la malicia de Satanás! ¡Qué extraordinario testimonio de la manera en que él vigila y considera los caminos y las obras del pueblo de Dios! ¡Cuán perfectamente conoce el carácter humano! ¡Qué íntimo conocimiento posee del estado intelectual y moral del hombre! ¡Qué cosa terrible es caer en sus manos! Él está siempre al acecho, siempre listo –si Dios se lo permite– a emplear todo su maligno poder contra los cristianos.

¡Qué solemne es pensar en todo esto! ¡Debería inducirnos a seguir una senda humilde y vigilante en medio de la escena donde Satanás ejerce su dominio! Él se halla absolutamente impotente frente a un alma que permanece en la dependencia y obediencia; y –bendito sea Dios– Satanás no puede, en ningún caso, traspasar el límite trazado por prescripción divina. Así sucedió con Job: “Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene; solamente no pongas tu mano sobre él” (v. 12).

Aquí, pues, se le permite a Satanás extender su mano sobre las posesiones de Job, arrebatarle sus hijos y despojarle de todas sus riquezas. Y por cierto que no perdió un instante para llevar a cabo su obra. Con notable rapidez cumplió su misión. Un golpe tras otro caía sucesivamente sobre la cabeza del devoto patriarca. A duras penas uno de sus mensajeros pudo transmitirle su triste

noticia; en seguida aparece otro con una noticia aún más terrible, hasta que por fin el afligido siervo de Dios “se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (cap. 1:20-22).

Todo esto es profundamente conmovedor. Ser privado en un santiamén de sus diez hijos y luego transportado de las riquezas principescas a la penuria absoluta, era, humanamente hablando, motivo suficiente para tambalear. ¡Qué cruel contraste entre las primeras y las últimas líneas del primer capítulo! Al principio, vemos a Job rodeado de una numerosa familia y gozando de sus muchas posesiones; mientras que, a lo último, lo vemos abandonado, sumido en la pobreza y desnudez. ¡Y pensar que fue Satanás quien –con permiso, y aun por encargo de Dios– lo había reducido a este estado! Pero ¿para qué se hizo todo esto? Para el provecho permanente y profundo de la preciosa alma de Job. Dios veía que su siervo necesitaba una lección que no podía aprender por ningún otro medio sino pasando por una ordalía, por una prueba penosa cuya sola mención llena el alma de solemne temor. Dios no dejará de enseñar a Sus hijos, aun si tuviere que despojarlos de todas las cosas a las que el corazón se apega en este mundo.

Pero debemos seguir a nuestro patriarca en aguas todavía más profundas.

“Aconteció que otro día vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová, y Satanás vino también entre ellos presentándose delante de Jehová. Y dijo Jehová a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa? Respondiendo Satanás, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia. Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida. Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. Y tomaba Job un tiesto para rascarse con él, y estaba sentado en medio de ceniza. Entonces le dijo su mujer: ¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete. Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios” (cap. 2:1-10).

Este es un pasaje muy notable. Nos instruye acerca del lugar que Satanás ocupa respecto del gobierno de Dios. Él no es más que un instrumento; y si bien está siempre listo para acusar al pueblo de Dios, no puede hacer nada excepto lo que Dios le permite. Sus esfuerzos, en lo que a Job se refiere, se vieron frustrados y, tras agotar sus últimos recursos, desaparece, y no oímos nada más acerca de sus maniobras en el resto del libro, cualesquiera pudiesen haber sido sus intenciones. Job demostró que pudo retener su integridad; y si las cosas hubieran terminado allí, no habría hallado en su paciente perseverancia sino un terreno todavía más firme para su propia justicia y para complacerse en sí mismo.

“ Habéis oído –dice Santiago– de la paciencia de Job, y habéis visto *el fin del Señor*, que el Señor es muy misericordioso y compasivo (Santiago 5:11).

Si se hubiese tratado simplemente de la paciencia de Job, él habría tenido así un motivo más para confiar en sí mismo, y “el fin del Señor” no se habría alcanzado. Pues –y nunca lo olvidemos– la misericordia y la compasión del Señor solo pueden ser gustadas por aquellos de espíritu contrito y corazón quebrantado. Pero Job no podía ser contado entre estos, por más que estuviera sentado en medio de cenizas. Todavía no había sido totalmente quebrantado delante de Dios. Todavía era *el gran hombre* –tan grande en su infortunio como en el tiempo de su prosperidad–; tan grande bajo los violentos y desecantes vientos de la adversidad como lo era bajo el sol radiante de sus días de mayor esplendor. El corazón de Job no había sido aún alcanzado. No estaba aún preparado para exclamar: “He aquí que yo soy vil”, ni había aprendido todavía a decir: “Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (cap. 40:4; 42:6).

Estamos deseosos de que el lector capte con claridad este punto. Constituye, en gran parte, la clave de todo el libro de Job. El objetivo divino era exponer a los ojos de Job las profundidades de su propio corazón, a fin de que aprendiera a regocijarse en la gracia y misericordia de Dios, y no en su propia bondad, la cual era “como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece” (Oseas 6:4). Job era un verdadero santo de Dios; todas las acusaciones de Satanás se desplomaron en su propia cara; pero Job seguía sin ser un *vaso vacío* y, por ende, no estaba preparado para “el fin del Señor”, ese fin bendito para todo corazón contrito, caracterizado por la misericordia y la compasión. Dios –bendito sea su nombre– no tolerará que Satanás nos acuse; pero Él quiere hacernos ver qué hay en nuestro corazón a fin de que nos juzguemos a nosotros mismos y aprendamos a desconfiar de nuestros propios corazones y a descansar en la inquebrantable y eterna firmeza de su gracia.

Hasta ahora, pues, vemos que Job “retiene su integridad”. Enfrenta con calma las terribles aflicciones que Satanás le causó con el permiso de Dios; y, además, rechaza el insensato consejo de su mujer. En una palabra, acepta todo como proveniente de la mano de Dios, e inclina la cabeza ante Sus misteriosas dispensaciones.

Todo esto sin duda era bueno en su lugar. Sin embargo, la llegada de sus tres amigos produce en Job un cambio notable. Su sola presencia, el mero hecho de ser espectadores de su miseria, lo afectó de manera sensible. “Y tres amigos de Job, Elifaz temanita, Bildad suhita, y Zofar naamita, luego que oyeron todo este mal que le había sobrevenido, vinieron cada uno de su lugar; porque habían convenido en venir juntos para condolerse de él y para consolarle. Los cuales, alzando los ojos desde lejos, no lo conocieron, y lloraron a gritos; y cada uno de ellos rasgó su manto, y los tres esparcieron polvo sobre sus cabezas hacia el cielo. Así se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande” (cap. 2:11-13).

Bien podemos creer que estos tres hombres estaban motivados, ante todo, por buenos sentimientos hacia Job; y no fue un pequeño sacrificio de su parte dejar sus hogares para venir a condolerse de su acongojado y afligido amigo. Todo esto lo podemos comprender sin mayor dificultad. Pero es evidente que su presencia tuvo el efecto de despertar en el corazón de Job sentimientos y pensamientos que hasta entonces habían permanecido dormidos. Él había soportado con resignación la pérdida de sus hijos, de sus bienes y de su salud. Satanás había sido repelido, y el consejo de su mujer, rechazado. Pero la presencia de sus amigos abatió por completo el espíritu de Job. “Después de esto abrió Job su boca, y maldijo su día” (cap. 3:1).

Esto es muy notable. Sus amigos, por lo visto, no habían pronunciado una sola palabra. Se sentaron en absoluto silencio, con sus vestiduras rasgadas y sus cabezas cubiertas de polvo, contemplando una aflicción tan profunda que era imposible de sondear. Job mismo fue quien rompió el silencio. Todo el tercer capítulo consiste en un desahogo de sus amargos lamentos, evidenciando así, tristemente, un espíritu indómito. Podemos decir con seguridad que es imposible que alguien que haya aprendido a decir en alguna medida: “Hágase tu voluntad”, pueda alguna vez maldecir el día en que nació o emplear el lenguaje que vemos en el tercer capítulo de nuestro libro. Seguramente se puede decir que para alguien que nunca pasó por sufrimientos tan terribles como los de Job, era fácil pronunciar un juicio sobre él. Esto es muy cierto; y podemos agregar que ningún otro habría actuado mejor en similares circunstancias. Todo esto lo comprendemos perfectamente; pero no cambia en absoluto la gran enseñanza moral del libro de Job, enseñan-

za que tenemos el privilegio de aprender. Job era un verdadero santo de Dios; pero él –como todos nosotros– necesitaba conocerse a sí mismo. Necesitaba que las raíces ocultas de su ser moral fuesen descubiertas a sus propios ojos, de modo que pudiese verdaderamente aborrecerse y arrepentirse en polvo y ceniza. Y necesitaba, además, tener una percepción más profunda y verdadera de lo que Dios es, para así poder confiar en Él y justificarle en todas las circunstancias posibles.

Pero todas estas cosas las buscaremos en vano en el primer discurso de Job. “Y exclamó Job, y dijo: Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: Varón es concebido... ¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre?” (cap. 3:2-3, 11). Estos no son los acentos de un espíritu contrito y quebrantado, ni de alguien que ha aprendido a decir: “Sí Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26). Se ha alcanzado un hito importante en la historia del alma cuando se es capaz de inclinarse mansamente ante todas las dispensaciones de la mano de nuestro Padre. Una voluntad quebrantada es un don precioso y extraordinario. Se ha alcanzado un grado elevado en la escuela de Cristo cuando se es capaz de decir: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11). Pablo tuvo que *aprender* esto. No era conforme a su naturaleza; y seguramente jamás lo habría aprendido a los pies de Gamaliel. Saulo de Tarso nunca se habría contentado ni con la posición más alta en este mundo.

Era necesario estar completamente quebrantado a los pies de Jesús de Nazaret antes de poder decir desde el fondo de su corazón: «Estoy contento». Tuvo que sopesar el significado de estas palabras:

Bástate mi gracia,

“

antes de poder “gozarse en las debilidades” (2 Corintios 10:9-10). El hombre que fue capaz de emplear este lenguaje está en las antípodas del que pudo maldecir su día y exclamar: “Perezca el día en que yo nací”. Piense solo en un santo de Dios, en un heredero de la gloria, diciendo: “Perezca el día en que yo nací”. ¡Ah, si Job hubiera estado en la presencia de Dios, nunca habría podido pronunciar semejantes palabras! Habría sabido perfectamente bien por qué había quedado con vida. Habría tenido un sentido claro y satisfactorio para su alma de lo que Dios tenía reservado para él. Habría justificado a Dios en todas las cosas. Pero Job no se hallaba en la presencia

de Dios, sino en la presencia de sus amigos, los cuales demostraron claramente tener poco –o ningún– conocimiento del carácter de Dios y del verdadero objetivo de Sus designios para con Su querido siervo Job.

## **Discursos de los amigos de Job**

No es de ninguna manera nuestro propósito realizar un examen minucioso de las extensas discusiones que se sucedieron entre Job y sus amigos, las que abarcan más de 29 capítulos. Solo citaremos algunos fragmentos de los discursos de los tres amigos, lo cual posibilitará al lector formarse una idea del falso terreno en que se hallaban estos hombres.

### **Elifaz y la experiencia**

Elifaz es el primero en tomar la palabra. “Entonces respondió Elifaz temanita, y dijo: Si probáremos a hablarte, te será molesto; pero ¿quién podrá detener las palabras? He aquí, tú enseñabas a muchos y fortalecías las manos débiles; al que tropezaba enderezaban tus palabras, y esforzabas las rodillas que decaían. Mas ahora que el mal ha venido sobre ti, te turbas. ¿No es tu temor a Dios tu confianza? ¿No es tu esperanza la integridad de tus caminos? Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido? Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos? Como *yo he visto*, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan” (cap. 4:1-8). Asimismo: “*Yo he visto* al necio que echaba raíces, y en la misma hora maldije su habitación” (cap. 5:3; véase también 15:17).

A partir de estas declaraciones resulta evidente que Elifaz pertenece a esa clase de gente que expone sus argumentos basándose en su propia *experiencia*. Su máxima era: “*Yo he visto*”. Ahora bien, en lo que respecta a nosotros, es posible que lo que «hayamos visto» sea absolutamente verdadero. Pero es un error garrafal hacer de nuestra experiencia individual una regla general; no obstante, miles de personas tienen esta inclinación. ¿Qué tenía que ver, por ejemplo, la experiencia de Elifaz con la situación de Job? Puede que jamás se haya encontrado con otro caso exactamente igual al de Job. Ahora bien, un solo rasgo de disparidad entre dos casos –y no existen dos casos exactamente iguales– basta para que todo el argumento basado en la experiencia de uno, no sea de ninguna utilidad para el otro. Y que no sirvió de nada en el caso de Job es evidente, pues tan pronto como Elifaz terminó de hablar, Job, quien no le había prestado la menor atención, retomó el hilo de sus quejas y pesares, añadiendo palabras de justificación propia y amargas recriminaciones contra los designios de Dios (cap. 6 y 7).



## Bildad y la tradición

Bildad es el segundo en tomar la palabra. Se emplaza sobre un terreno completamente diferente al del primer amigo. No alega ni una sola vez su experiencia ni lo que era resultado de su propia observación. Apela a la *antigüedad*: “Porque pregunta ahora a las *generaciones pasadas*, y disponte para inquirir a los *padres* de ellas; pues nosotros somos de ayer, y nada sabemos, siendo nuestros días sobre la tierra como sombra. ¿No te enseñarán ellos, te hablarán y de su corazón sacarán palabras?” (cap. 8:8-10).

Ahora bien, debemos admitir que Bildad nos conduce a un campo mucho más vasto que el de Elifaz. La autoridad de una multitud de «padres» tiene mucho más peso y respetabilidad que la experiencia de un simple individuo. Además, dejarse guiar por la voz de una multitud de hombres sabios y eruditos sabe mucho más a modestia que hacerlo por la luz de la experiencia de un solo individuo. Pero el hecho es que ni la *experiencia* ni la *tradición* pueden servir de algo aquí. La primera, dentro de sus limitaciones, puede ser verdadera; pero difícilmente encontraremos dos personas cuya experiencia sea idéntica. En cuanto al testimonio de los antiguos, es un raudal de confusión; pues un padre difiere de otro, de modo que nada puede ser más indeciso y vacilante que la voz de la tradición o la autoridad de los padres.

En consecuencia, como era de esperarse, las palabras de Bildad no hicieron más mella en Job que las de Elifaz. El uno estaba tan lejos de la verdad como el otro. Si hubieran apelado a la revelación divina, ¡cuán diferentes habrían sido los resultados! La *verdad de Dios* es la única regla, la única gran autoridad. Todo debe ser medido según Su medida; y, tarde o temprano, todos habrán de inclinarse ante su autoridad. Ningún hombre tiene derecho a establecer su experiencia como regla para los demás. Y si *ningún* hombre tiene este derecho, tampoco lo tiene una multitud de hombres. En otras palabras, es la voz de Dios –no la voz del hombre– la que nos debe gobernar. Ni la experiencia ni la tradición, sino la Palabra de Dios sola pronunciará el juicio en el día postrero. ¡Hecho solemne e importante! ¡No lo perdamos nunca de vista! Si Bildad y Elifaz hubieran discernido esto, sus palabras habrían ejercido mucha más influencia en su afligido amigo.

## Zofar y el legalismo

Consideremos ahora brevemente la primera parte del discurso de Zofar naamatita:

“¡Oh, quién diera que Dios hablara, y abriera sus labios contigo, y te declarara los secretos de la sabiduría, que son de doble valor que las riquezas! Conocerías entonces que Dios te ha castigado menos de lo que tu iniquidad merece”. Leemos también: “*Si* tú dispusieras tu corazón, y exten-

dieres a él tus manos; si alguna iniquidad hubiere en tu mano, y la echares de ti, y no consintieres que more en tu casa la injusticia, entonces levantarás tu rostro limpio de mancha, y serás fuerte, y nada temerás” (cap. 11:5-6, 13-15).

Estas palabras saben fuertemente a *legalismo*. Muestran claramente que Zofar no tenía un sentido justo del carácter de Dios. No conocía a Dios. Ninguna persona con un verdadero conocimiento de Dios, puede hablar de Él como de alguien que abre su boca contra un pobre pecador afligido o que exige algo de una criatura desvalida y necesitada. Dios –bendito sea su Nombre por siempre– no es *contra* nosotros, sino *por* nosotros (Romanos 8:31). Él no es un *exactor* o *demandante* que le reclama algo, sino un generoso y noble *dador*. Fijémonos en los últimos versículos que leímos; Zofar dice: “Si tú dispusieras tu corazón” (v. 13). Pero ¿qué pasaría si Job no tuviere dispuesto su corazón? Es cierto que un hombre debería tener siempre su corazón preparado; pero eso solo es posible en tanto y en cuanto su estado moral sea bueno; de lo contrario, no encontrará en él otra cosa que iniquidad. Se verá completamente impotente. ¿Qué irá a hacer entonces? Zofar no se lo podía decir, como ninguna persona de su escuela. Ellos solamente conocían a Dios como un severo opresor que, al abrir su boca, solo podía hablar contra el pecador.

¿Debemos asombrarnos, pues, de que Zofar y sus dos compañeros fueron incapaces de convencer a Job? Todos estaban equivocados. El legalismo, la tradición y la experiencia tienen un mismo fondo común: son igualmente defectuosos, limitados y falsos. Ninguna de estas tres cosas –ni las tres juntas– podían ser de ayuda para Job. Ellas solo “oscurecían el consejo con palabras sin sabiduría” (cap. 38:2). Ninguno de los tres amigos comprendió a Job; es más, ellos no conocían el carácter de Dios ni su propósito respecto de la prueba de su querido siervo. Estaban completamente en el error. No sabían cómo presentar a Dios ante Job, y, por consiguiente, tampoco supieron llevar la conciencia de su amigo a la presencia de Dios. En vez de conducirlo a juzgarse a sí mismo, solo alimentaron en él el pensamiento de justificarse. No introdujeron a Dios en sus pláticas. Dijeron varias *cosas verdaderas*, pero no poseían *la verdad*. Sacaron a relucir sus experiencias, su tradición y su legalismo, pero no expusieron la verdad.

Por esta razón, los tres amigos no pudieron ayudar al pobre Job. Su ministerio era de una naturaleza parcial y, en vez de taponarle la boca a Job, solo lograron llevarlo a un campo de discusión que parecía interminable. Él les replica todos sus dichos y argumentos, agregando muchas cosas más: “Ciertamente”, afirma, “vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría. *También tengo yo entendimiento como vosotros; no soy yo menos que vosotros; ¿y quién habrá que no pueda decir otro tanto?*”. “Porque ciertamente vosotros sois fraguadores de mentira; sois todos

vosotros médicos nulos. Ojalá callarais por completo, porque esto os fuera sabiduría”. “Muchas veces he oído cosas como estas; consoladores molestos sois todos vosotros. ¿Tendrán fin las palabras vacías? ¿O qué te anima a responder? También yo podría hablar como vosotros, si vuestra alma estuviera en lugar de la mía; yo podría hilvanar contra vosotros palabras, y sobre vosotros mover mi cabeza”. “¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con palabras? Ya me habéis vituperado diez veces; ¿no os avergonzáis de injuriarme?”. “¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí! Porque la mano de Dios me ha tocado” (cap. 12:2-3; 13:4-5; 16:2-4; 19:2-3, 21).

Todas estas expresiones demuestran que Job estaba lejos de tener ese espíritu quebrantado y esa actitud humilde que surgen como resultado de estar en la presencia de Dios. Sin duda, sus amigos estaban errados, completamente errados en sus nociones acerca de Dios al igual que en su manera de tratar con Job. Pero sus errores no justificaban a Job. Si su conciencia hubiera estado en la presencia de Dios, él no habría replicado a sus amigos, aun cuando los errores de ellos hubiesen sido mil veces mayores y su manera de tratarlo mil veces más severa. Habría inclinado humildemente la cabeza y permitido que la marea de los reproches y las acusaciones lo arrollara. Se habría beneficiado con la misma severidad de sus amigos si la hubiera considerado como una disciplina saludable para su corazón. Pero no; Job aún no había llegado al fin de sí mismo. Se justificaba, profería invectivas contra sus semejantes y estaba lleno de pensamientos erróneos acerca de Dios. Necesitaba otro ministerio que lo guiara a una actitud correcta de alma delante de Dios.

Cuanto más detenidamente estudiamos las extensas discusiones que se sucedieron entre Job y sus amigos, más claramente advertimos la imposibilidad de que ellos alguna vez llegaran a entenderse. Job estaba empeñado en justificarse a sí mismo; mientras que sus amigos trataban por todos los medios de inculparlo. Él permanecía inquebrantable, indoblegable; y el trato equivocado de sus amigos solo logró endurecer aún más su postura. Si ambas partes hubieran adoptado otra actitud, los resultados habrían sido totalmente diferentes. Si Job se hubiera condenado a sí mismo, si hubiera asumido una posición humilde, si hubiera considerado que no era nada ni nadie, no habría dado lugar a que sus amigos le dijeran nada. Y si, por otro lado, ellos se hubieran dirigido a él con dulzura, ternura y suavidad, habrían tenido mayor probabilidad de ablandar su corazón. Como estaban dadas las cosas, no se vislumbraba ninguna salida. Job no podía ver nada malo en sí mismo; sus amigos no podían hallar nada bueno en él. Él estaba firmemente decidido a mantener su integridad; ellos, en cambio, a escarbar hasta encontrar defectos y man-

chas. No había ningún acercamiento entre ellos, ninguna base común sobre la cual entenderse. Job no mostraba indicios de arrepentimiento; ellos no tenían ninguna compasión de él. Viajaban en dirección opuesta y, por ende, jamás podían encontrarse. Concretamente, hacía falta un ministerio de una naturaleza completamente diferente; y este ministerio es introducido en la persona de Eliú.

## **El acertado ministerio de Eliú**

“Cesaron estos tres varones de responder a Job, por cuanto él era justo a sus propios ojos. Entonces Eliú hijo de Baraquel buzita, de la familia de Ram, se encendió en ira contra Job, por cuanto se justificaba a sí mismo más que a Dios. Asimismo se encendió en ira contra sus tres amigos, porque no hallaban qué responder, aunque habían condenado a Job” (cap. 32:1-3).

Eliú, con notable vigor y lucidez, toma las cosas por su raíz, considerando cada una en su lugar. Resume, en dos breves sentencias, las extensas discusiones que abarcaron 29 capítulos. Job se justificaba a sí mismo en vez de juzgarse y justificar a Dios; sus amigos, por otro lado, lo habían condenado en vez de guiarlo al juicio de sí mismo.

Es de trascendental importancia moral ver que cuando nos justificamos, condenamos a Dios; en tanto que, cuando nos condenamos, lo justificamos a Él. “La sabiduría es justificada por todos sus hijos” (Lucas 7:35). Esta es una gran verdad. El corazón realmente contrito y quebrantado justificará a Dios cueste lo que cueste. “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado” (Romanos 3:4). Dios finalmente se impondrá; y reconocer su supremacía *ahora*, es el camino de la verdadera sabiduría. Tan pronto como el alma es humillada y quebrantada en un verdadero juicio propio, Dios, con toda la majestad de su gracia, se presenta ante ella como *Justificador*. Pero entretanto seamos gobernados por un espíritu de justificación propia y autosatisfacción, desconoceremos por completo la sublime bienaventuranza del hombre a quien Dios le imputa justicia sin obras. La mayor insensatez de la que uno puede ser culpable es la de justificarse delante de un Dios que deberá imputarle pecado. Pero la verdadera sabiduría consiste en condenarse totalmente a sí mismo; pues, de ese modo, Dios se vuelve Justificador.

Pero Job todavía no había aprendido a caminar por esta senda maravillosa y bendita. Todavía confiaba en su propia excelencia. Todavía estaba revestido de su propia justicia. Todavía hallaba plena complacencia en sí mismo. Por eso Eliú se encendió en ira contra él. La ira habrá de caer seguramente sobre la justicia propia. No podría ser de otra manera. El único terreno correcto pa-

ra un pecador es el de un sincero arrepentimiento. Allí no encuentra más que la pura y preciosa gracia que reina “por la justicia mediante Jesucristo, Señor nuestro”. A la propia justicia no le espera otra cosa que la ira; pero al *yo* juzgado, solo la gracia.

Querido lector, deténgase un momento y considere esta cuestión. ¿En qué terreno se halla usted? ¿Se ha inclinado ante Dios con un verdadero arrepentimiento? ¿Se ha medido de veras alguna vez en Su santa presencia? ¿O se halla en el terreno de la propia justicia, la justificación personal y la autosatisfacción? Le rogamos encarecidamente que sopesese estas solemnes preguntas. No las deseche. Nuestro deseo es llegar al corazón y a la conciencia del lector. No apuntamos meramente a su entendimiento, a su mente o a su intelecto. Sin duda, es bueno tratar de iluminar el entendimiento por la Palabra de Dios; pero lo lamentaríamos profundamente si todo nuestro trabajo tuviera que terminar allí. Hay mucho más que esto. Dios quiere obrar en el corazón, en el alma, en el hombre interior. Quiere tenernos delante de él en nuestro estado real. De nada sirve que nos apoyemos en nuestra propia opinión; pues tengamos por seguro que todo lo que edifiquemos sobre la base de nuestra propia opinión será demolido. El día del Señor estará contra todo ensalzamiento y altivez; la sabiduría consiste entonces en tomar ahora una posición de humildad y contrición; de ningún otro lugar el alma ve tan claramente al Señor y su salvación. ¡Que el lector, por el poder del Espíritu, pueda penetrar en la realidad de todas estas cosas! No olvidemos que Dios se agrada en considerar al de corazón contrito y humillado, y que siempre se complace en habitar con los tales, “mas al altivo mira de lejos” (véase Salmo 51:17; 138:6).

Podemos así ver claramente por qué la ira de Eliú se enciende contra Job. Él estaba del lado de Dios. Job, en cambio, no. No oímos hablar de Eliú sino hasta el capítulo 32, aunque es del todo evidente que había sido un atento oyente durante toda la discusión. Había prestado oídos pacientemente a las dos partes, hallando que ambas estaban equivocadas. Job hizo mal en tratar de defenderse; sus amigos, en tratar de condenarlo.

¡Cuán a menudo ocurre lo mismo con nosotros en nuestras discusiones y controversias! ¡Qué tristes manifestaciones! En el noventa y nueve por ciento de los casos de disputas, los resultados son siempre los mismos que los que vemos en Job y sus amigos. Un poco de contrición de un lado, o un poco de dulzura del otro, habrían podido zanjar la cuestión. No nos referimos, naturalmente, a los casos en que se ve comprometida la verdad de Dios. En estos uno debe ser denodado, decidido e inflexible. Cualquier concesión respecto a la verdad de Dios o la gloria de Cristo, sería una deslealtad a Aquel a quien le debemos todo.

Ciertamente nos conviene ser decididos y firmes cuando se trata de los derechos de Aquel que, para asegurar nuestros intereses, lo sacrificó todo, hasta su propia vida. Que Dios nos guarde de dejar escapar una palabra o de escribir una sola línea que tienda a debilitar la inteligencia respecto de la verdad o a disminuir nuestro ardor en la contienda por la fe que ha sido una vez dada a los santos. ¡Oh, no, querido lector!; este no es el momento de desatar el cinto de nuestros lomos, deponer la armadura ni rebajar la medida de la norma divina. Todo lo contrario. Nunca como hoy existió tan urgente necesidad de tener los lomos ceñidos con la verdad, los pies calzados y de desplegar la bandera de los principios divinos en toda su plenitud y magnificencia. Decimos esto a causa de los esfuerzos del enemigo por tratar de que abandonemos el terreno de la verdad al señalarnos las faltas de aquellos que han fallado en mantener una buena conducta. ¡Ayayay, hay fracasos, tristes y humillantes fracasos! No lo negamos; ¿quién se atrevería a hacerlo? Es demasiado patente, demasiado flagrante, demasiado grosero. Nuestro corazón se desgarró cuando pensamos en ello. El hombre falla siempre y en todas partes. Su historia, desde el Edén hasta nuestros días, lleva la marca del fracaso. Todo esto es innegable; pero –bendito sea su Nombre– el fundamento de Dios permanece firme, y el fracaso humano no puede tocarlo jamás. Dios es fiel. Él conoce a los suyos; y todo aquel que invoca el nombre de Cristo debe apartarse de la iniquidad (2 Timoteo 2:19). No creemos –ni podemos creer– que para mejorar nuestra conducta debamos abatir la bandera de los principios de Dios. Humillémonos ante nuestros fracasos; pero nunca abandonemos la preciosa verdad de Dios.

Todo esto es una digresión que nos permitimos con el objeto de evitar que al haber urgido en el lector la importancia de cultivar un espíritu quebrantado y dócil, este pudiera haber inferido que con ello quisimos decir que es necesario abandonar una jota o una tilde de la divina revelación. Ahora retomemos nuestro tema.

El ministerio de Eliú tiene características muy peculiares y notables. Eliú se halla en vívido contraste con los tres amigos. Su nombre significa «Dios es él» y, sin duda, podemos considerarlo como un tipo de nuestro Señor Jesucristo. Eliú pone a Dios en escena, y pone fin también a las tediosas contiendas y disputas que se sucedieron entre Job y sus amigos. Él no discurre basándose en la experiencia; tampoco apela a la tradición ni profiere los acentos del legalismo, sino que introduce a Dios. Es la única forma de poner fin a las controversias, de apaciguar los altercados y de hacer el alto el fuego en una guerra de palabras. Oigamos las palabras de este notable personaje:

“Y Eliú había esperado a Job en la disputa, porque los otros eran más viejos que él. Pero viendo Eliú que no había respuesta en la boca de aquellos tres varones, se encendió en ira” (cap. 32:4-5). Nótese esto: “*No había respuesta*”. En todos sus razonamientos, en todos sus argumentos, en todas sus alusiones a la experiencia, al legalismo y a la tradición, “no había respuesta”. Esto es muy instructivo. Los amigos de Job habían recorrido, por decirlo así, un vasto campo; habían dicho muchas cosas ciertas y esgrimido muchas objeciones; pero, nótese bien, no habían hallado ninguna respuesta. No está dentro de los alcances de la tierra ni de la naturaleza hallar una respuesta para un corazón que tiene asida su propia justicia. Dios solamente puede dar la justa respuesta, como lo veremos a continuación. En ningún otro sino en Dios, el corazón no quebrantado puede hallar una réplica siempre pronta. Esto resulta obvio en la historia que estamos considerando. Los tres amigos de Job no hallaron ninguna respuesta. “Y respondió Eliú hijo de Baraquel buzita, y dijo: Yo soy joven, y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión. Yo decía: los días hablarán [pero, ¡ay! o bien ellos no hablarán en absoluto o bien dirán un gran número de errores y necedades] y la muchedumbre de años declarará sabiduría. Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo [o la inspiración] del Omnipotente le hace que entienda” (v. 6-8). Aquí la luz divina –la luz de la inspiración– comienza a fluir sobre la escena y a disipar las espesas nubes de polvo que se generaron por una disputa de palabras. Tan pronto como este bienaventurado siervo del Señor abre sus labios, se dejan sentir la autoridad y el peso moral de sus palabras. Es evidente que nos hallamos en presencia de un hombre que habla “como los oráculos de Dios”; un hombre que manifiestamente se halla en la presencia divina. No se trata de alguien que recurre a la magra bodega de su limitada y deficiente experiencia, ni de uno que apela a la venerable antigüedad, a la desconcertante tradición o a las contradictorias voces de los Padres. No; ahora tenemos ante nosotros a un hombre que nos pone de inmediato bajo la influencia del “soplo del Omnipotente”.

He aquí la única autoridad segura; la única norma infalible. “No son los sabios los de mucha edad, ni los ancianos entienden el derecho. Por tanto, yo dije: Escuchadme; declararé yo también mi sabiduría. He aquí yo he esperado a vuestras razones, he escuchado vuestros argumentos, en tanto que buscabais palabras. Os he prestado atención, y he aquí que no hay de vosotros quien redarguya a Job, y responda a sus razones. Para que no digáis: Nosotros hemos hallado sabiduría; lo vence Dios, no el hombre. Ahora bien, Job no dirigió contra mí sus palabras, ni yo le responderé con vuestras razones. Se espantaron, no respondieron más; se les fueron los razona-

mientos” (v. 9-15). La experiencia, la tradición y el legalismo son barridos fuera de la plataforma para dejar lugar al “soplo del Omnipotente”; al ministerio poderoso y directo del Espíritu de Dios.

El ministerio de Eliú penetra el alma con una fuerza y una profundidad extraordinarias. Se halla en vívido contraste con el incompleto y tremendamente defectuoso ministerio de los tres amigos. Era el remedio para poner fin a una controversia que parecía interminable; una controversia entre un férreo egotismo de parte de Job y una fluctuante experiencia, una voluble tradición y un presuntuoso legalismo de parte de sus amigos; una controversia que no servía de nada, al menos para Job, y que terminaría dejando a las partes mucho más enfrentadas de lo que lo estaban al principio.

No obstante, dicha controversia no deja de tener su valor e interés para nosotros. La clara enseñanza que nos deja es esta: dos partes en disputa jamás podrán llegar a entenderse a menos que haya, de una u otra parte, cierto grado de quebrantamiento y avasallamiento del corazón. Esta es una valiosa lección a la que todos debemos prestar atención. No solo en el mundo, sino también en la Iglesia encontramos mucha obstinación y orgullo; un gran número de actividades en donde el «yo» desempeña un papel protagónico; una fuerte dosis de «yo, yo, yo» para todo; y eso, además, prevalece donde menos lo esperaríamos, a saber, en las cosas que se relacionan con el santo servicio para Cristo. ¡Cuán repugnante! Podemos afirmar con total seguridad que nunca el egotismo es más detestable que cuando se manifiesta en el servicio para nuestro bendito Señor que se despojó a sí mismo, de quien toda la vida fue un completo renunciamiento propio, y quien nunca buscó su propia gloria ni sus propios intereses como tampoco agradarse a sí mismo.

¡Ay!, a pesar de todo esto, ¿no hay, querido lector, un largo y tendido despliegue de este *yo* aborrecible y no subyugado en el terreno de la profesión cristiana y del ministerio cristiano? ¿Quién podría negarlo? Si examinamos el relato de la notable discusión entre Job y sus amigos, descubrimos con sorpresa que solo en lo que va de los capítulos 29 a 31, Job se menciona a sí mismo alrededor de cien veces. En resumidas cuentas, todo es «yo», «mi», «me», etc. a lo largo de todos esos capítulos.

Pero dirijamos nuestras miradas a nosotros mismos. Juzguemos nuestro propio corazón en sus actividades más íntimas y profundas. Revisemos nuestros caminos a la luz de la presencia divina. Pongamos todas nuestras obras y servicios sobre la santa balanza del santuario de Dios. Entonces descubriremos cuánto este detestable *yo* ha penetrado en todo el tejido de nuestra vida



cristiana y nuestro servicio cristiano, tiñéndolo de negro y manchándolo. ¿A qué se debe, por ejemplo, que siempre que nos tocan el *yo*, aunque sea en lo mínimo, estemos tan dispuestos a asumir una actitud orgullosa y arrogante? ¿Por qué nos ofendemos con tanta facilidad y nos irritamos tanto ante las reprimendas, por más delicado y dulce que sea el tono de estas? ¿Por qué esa tan fuerte tendencia a ofenderse ante el menor menosprecio que nos hagan? ¿Por qué, en fin, nuestras simpatías, nuestro respeto y nuestras preferencias se dirigen con tanta energía hacia aquellos que tienen un buen concepto de nosotros, que aprecian nuestro ministerio, que están de acuerdo con nuestras opiniones y que aceptan nuestras ideas?

Todas estas cosas, ¿no nos dicen nada? ¿Acaso no nos llaman a despojarnos primeramente de nuestro gran egotismo antes de condenar el del antiguo patriarca? Seguramente que él no procedió bien; pero nosotros estamos mucho más enredados en el mal. El hecho de que un hombre que vivía en el ensombrecido crepúsculo de las lejanas épocas patriarcales se viera enredado en la trampa del orgullo, debería asombrarnos muchísimo menos que el de un santo en igual situación pero que se halla bajo la plena luz del cristianismo. Cristo aún no había venido. Ninguna voz profética había llegado todavía a oídos de los hombres. Ni siquiera la misma ley había sido dada cuando Job vivía, hablaba y pensaba. Podemos formarnos una muy somera idea, por cierto, del tan tenue rayo de luz que alumbraba la senda de los hombres en los tiempos de Job. Pero nosotros tenemos el elevado privilegio y la santa responsabilidad de andar en la luz cenital de un cristianismo cumplido. Cristo vino. Vivió, murió, resucitó y ascendió al cielo. Él envió al Espíritu Santo para morar en nuestros corazones, como testigo de Su gloria, como el sello de la redención cumplida y como las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida. El canon de la Escritura está cerrado. El círculo de la revelación está completo. La Palabra de Dios está concluida. Tenemos ante nosotros la historia divina de Aquel que se despojó a sí mismo y que iba de lugar en lugar haciendo el bien; el maravilloso relato de lo que hacía y de cómo lo hacía; de lo que decía y de cómo lo decía; de quién era y de lo que era. Sabemos que él murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; que condenó el pecado y lo quitó de en medio; que nuestra vieja naturaleza –esa odiosa cosa llamada el *yo*, el «pecado», la carne– ha sido crucificada y enterrada a los ojos de Dios; que se puso fin a su poder sobre nosotros para siempre. Sabemos, además, que somos partícipes de la naturaleza divina; que tenemos el Espíritu Santo que mora en nosotros; que somos miembros del cuerpo de Cristo, de su carne y de sus huesos; que somos llamados a andar así como él anduvo; que somos herederos de su gloria, herederos de Dios y coherederos con Cristo.

Ahora bien, ¿qué sabía Job de todo esto? Nada. ¿Cómo podía saber lo que no fue revelado hasta quince siglos después de él? La medida del conocimiento de Job se pone de manifiesto al leer sus vehementes y conmovedoras palabras al final del capítulo 19: “¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribiesen en un libro; que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre! Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mi mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí” (v. 23-27).

Este era el conocimiento de Job –su credo–. En un sentido, su conocimiento era grande; pero, en comparación con el extenso y prominente círculo de verdades en medio del cual tenemos el privilegio de ser introducidos, es muy pequeño. Job miraba adelante, a través de un débil crepúsculo, hacia algo que habría de cumplirse en un porvenir lejano. Nosotros, en cambio, desde el tope de las aguas de la revelación divina, miramos atrás, hacia algo consumado. Job pudo decir de su Redentor que “al fin se *levantará* sobre el polvo” (v. 25). Nosotros sabemos que nuestro Redentor, después de haber vivido, trabajado y muerto en la tierra, se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos (Hebreos 8:1).

En resumidas cuentas, la medida de luz y privilegios de Job no admite comparación con lo que nosotros gozamos; y por eso nosotros tenemos menos excusas para entregarnos a las diversas formas de egotismo o de amor propio que se manifiestan en nosotros. Nuestro renunciamiento propio debe ir en proporción a la medida de nuestros privilegios espirituales. Lamentablemente, no siempre es así. Profesamos las más elevadas verdades; pero ellas no forman nuestro carácter ni gobiernan nuestra conducta. Hablamos de nuestra vocación celestial; pero nuestros caminos son terrenales, a menudo carnales o todavía peores. Nos vanagloriamos de la más alta posición; pero nuestro estado práctico no está a tono con ella. Nuestra verdadera condición –nuestra conducta– no responde a la relación que profesamos tener con Dios. Somos presumidos, susceptibles, caprichosos y fácilmente irritables. Somos a menudo tan propensos como nuestro patriarca Job a dejarnos llevar por todo tipo de esfuerzos para justificarnos.

Por otro lado, cuando nos sentimos llamados a dirigirnos a alguien en actitud y tono de repreensión, ¡con qué rudeza, tosquedad y aspereza desempeñamos esta necesaria labor! ¡Qué poco tacto y qué poca suavidad en el tono! ¡Cuánta falta de dulzura y ternura! ¡Qué poca bondad, qué poco de ese “bálsamo excelente” (Salmo 141:5)! ¡Qué difícil es hallar entre nosotros corazones quebrantados y ojos llorosos! ¡Qué miserable capacidad para guiar a nuestro hermano extraviado a agachar la cabeza y a humillarse! ¿A qué se debe? Simplemente a que nosotros mismos no

cultivamos el hábito de agachar la cabeza y humillarnos (véase Gálatas 6:1-2). Si, como Job, permitimos dar rienda suelta a nuestro egotismo y a nuestra propia justificación, seremos tan incapaces como sus amigos de provocar en nuestro hermano el juicio de sí mismo. ¡Cuán a menudo hacemos gala de nuestra experiencia, como Elifaz, o gustamos de un espíritu legal, como Zofar, o introducimos la autoridad humana, como Bildad! ¡Cuán poco se ve en nosotros el espíritu y la mente de Cristo! ¡Cuán poco se ve el poder del Espíritu Santo o la autoridad de la Palabra de Dios!

No es nada agradable escribir estas cosas. Todo lo contrario. Pero sentimos que es nuestro deber hacerlo. Nos aflige sobremanera ver –y ello con la mayor solemnidad– la creciente frivolidad e indiferencia de la época en que vivimos. Nada es más aterrador que la desproporción entre nuestra profesión y nuestra práctica. Se profesan las más elevadas verdades en relación inmediata con una mundanidad y una licencia groseras. En algunos casos, pareciera que cuanto más elevada es la profesión doctrinal, más bajo es el andar práctico. Vemos en medio de nosotros una extensa difusión de la verdad; pero, ¿dónde está su poder formativo? Torrentes de luz se derraman en la inteligencia, pero ¿dónde están los profundos ejercicios de corazón y conciencia en la presencia de Dios? La regla de presentar la verdad en forma precisa y exacta se cumple con extremo rigor; pero, ¿dónde están los resultados prácticos? Se desarrolla la sana doctrina según la letra; pero, ¿dónde está el espíritu? Vemos la forma de las palabras; pero, ¿dónde está la representación viviente?

¿Queremos decir con esto que no apreciamos la sana doctrina y la exposición correcta de verdades? ¿Queremos decir que subestimamos la amplia difusión de las preciosas verdades de la Palabra en sus formas más elevadas? ¡Lejos está de nosotros ese pensamiento! El lenguaje humano sería insuficiente para expresar nuestra estima de estas cosas. Que Dios nos guarde de escribir una sola línea que pudiera de alguna manera hacer mermar en la mente del lector el inefable valor y la importancia de mantener una elevadísima –en rigor, la más elevada– norma de verdad, al igual que la sana doctrina. Estamos plenamente persuadidos de que jamás mejoraremos nuestra conducta rebajando –aun si fuese el ancho de un cabello– la medida de los principios de Dios.

Pero, querido lector, le preguntamos con amor y solemnidad: ¿No le aflige el hecho de que en medio de nosotros haya tan trágica ausencia de conciencias delicadas y de corazones ejercitados? ¿Marcha pareja nuestra piedad práctica con la profesión de nuestros principios o con los principios que profesamos? ¿Está la medida de nuestra conducta práctica a la misma altura de la

doctrina que profesamos? ¡Ay, prevemos la respuesta del lector serio y reflexivo! Sabemos muy bien los términos en que ella habrá de expresarse. Salta a la vista que la verdad no actúa en nuestras conciencias como sería de esperar, que la doctrina no brilla en nuestra vida, y que la práctica no está a tono con la profesión.

Hablamos según los sentimientos de nuestro corazón. Dios es testigo de que escribimos estas líneas en un espíritu de juicio propio y bajo su misma mirada, con el ardiente deseo de que el filo de la verdad penetre en nuestra propia alma y llegue hasta las raíces más ocultas de las cosas. El Señor sabe lo mucho que es preferible dar un hachazo a la raíz del *yo* y dejar que haga su trabajo. Sentimos que tenemos un sagrado deber que cumplir hacia cada lector como también hacia la Iglesia de Dios; pero también sentimos que no podríamos cumplir plenamente ese deber si solo presentáramos la verdad en toda su preciosidad y hermosura. Estamos convencidos de que Dios no solo quiere que la voz de advertencia haga mella en nuestros propios corazones y conciencias, sino también que procuremos ejercitar los corazones y las conciencias de todos aquellos con quienes nos relacionamos.

Por más que se apele a la razón, se hable, se escriba o se argumente en contra de la mundanidad, la carnalidad y la satisfacción de sí mismo en todas sus formas –en el guardarropa, la biblioteca, el equipaje, la mesa, etc.–, en contra de la moda y el estilo de vestir, la vanidad y la insensatez, el orgullo de clase, el orgullo intelectual y de opulencia, podemos estar seguros de que, con eso, no se logrará ningún cambio de fondo. Estas cosas solo pueden ser desplazadas si apelamos a la conciencia: solo Cristo en el corazón puede reemplazarlas y producir un cambio radical. ¡Oh, que la voz de la santa exhortación alcance los oídos y la conciencia de todos nosotros! ¿Cómo podríamos tolerar en nuestro corazón y en nuestra conciencia la relajación, la indiferencia, la tibieza laodiceana, todas las cosas que preparan el camino hacia la más grosera incredulidad, el escepticismo universal y el ateísmo práctico, y querer, a la vez, despertar a otros de su sueño? ¡Dios nos guarde de ello! Sin duda, el camino más elevado y excelente es que el mal sea expulsado por el bien, la carne subyugada por el Espíritu, el *yo* desplazado por Cristo y el amor del mundo reemplazado por el amor del Padre. Todo esto lo sentimos vivamente; pero no debemos solamente sentirlo y admitirlo como una verdad, sino que debemos también urgir en nuestras propias conciencias y en la del lector la necesidad de someternos, en el secreto de la presencia de Dios, a un solemne y escrutador examen de corazón, a un profundo juicio de nosotros mismos con respecto a toda nuestra carrera. ¡Bendito sea Dios, podemos llevar a cabo estos ejercicios delante del trono de la gracia, delante del precioso propiciatorio! “La gracia reina” (Romanos 5:21).

¡Qué preciosa y consoladora verdad! ¿Podría ella debilitar el valor del juicio de nosotros mismos? ¡De ninguna manera! El sentimiento de la gracia solo puede dar a este necesario ejercicio de alma el tono y carácter correctos. Nosotros tenemos que ver con la gracia triunfante; y esto es precisamente lo que nos enseña a no dar rienda suelta a nuestro *yo*, sino a mortificarlo enteramente.

¡Que el Señor nos haga realmente humildes, serios, celosos y devotos! Que la expresión íntima de nuestro corazón sea: «Señor, soy tuyo, tuyo solamente, todo tuyo, tuyo por siempre».

Esto puede parecer a algunos una digresión de nuestro tema principal; pero confiamos que esta pequeña digresión que nos hemos permitido no será en vano, sino que, por la gracia de Dios, dejará algún provecho al corazón y a la conciencia del escritor y del lector; y así estaremos mejor preparados para entender y apreciar el poderoso ministerio de Eliú, hacia el cual dirigiremos ahora nuestra atención confiándonos a la guía de Dios.

El lector no puede dejar de advertir el doble efecto de este notable ministerio: su efecto *sobre nuestro patriarca* y su efecto *sobre sus amigos*. Eliú, como ya lo hicimos notar, había escuchado pacientemente los argumentos esgrimidos por ambas partes. Había dejado, por así decirlo, que hablaran hasta el cansancio, que dijeran todo lo que tenían para decirse: “Y Eliú había esperado a Job en la disputa, porque los otros eran más viejos que él” (v. 4). Esto está en un hermoso orden moral. Con toda certeza, era el camino del Espíritu de Dios. La modestia es un ornamento que sienta bien a un joven. ¡Ojalá abunde más entre nosotros! No hay nada más atractivo en un joven que un espíritu calmo y discreto. Cuando un verdadero mérito se oculta debajo de un exterior humilde y modesto, seguramente atraerá los corazones con una fuerza irresistible. Por el contrario, nada es más repulsivo que la temeraria confianza en sí mismo, la audacia y la presunción de muchos jóvenes de hoy día. Bueno sería que estos jóvenes consideraran las palabras introductorias de Eliú e imitaran su ejemplo.

“Y respondió Eliú hijo de Baraquel buzita, y dijo: Yo soy joven, y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión. Yo decía: Los días hablarán, y la muchedumbre de años declarará sabiduría” (cap. 32:6-7). Este es el orden natural. Presuponemos que la sabiduría está en la cabeza de los hombres en la misma medida que sus canas; es, pues, razonable y conveniente que los jóvenes sean prontos para oír y tardos para hablar en presencia de sus mayores. Podemos sentar, como un principio casi invariable, que un joven impetuoso no es conducido por el Espíritu de Dios, que jamás se ha medido en la presencia divina y que nunca ha quebrantado su corazón delante de Dios.

No cabe duda de que, como sucedió con Job y sus amigos, muchas veces hombres mayores proferen muchas cosas sin sentido. Los cabellos encanecidos y la sabiduría no siempre marchan parejos; y también es un hecho no poco frecuente que hombres de edad, apoyándose meramente en el número de sus años, se arrojan un lugar para el cual no tienen ningún poder moral, intelectual ni espiritual. Todo esto que decimos es perfectamente cierto y digno de la consideración de aquellos que pudieran sentirse identificados con estas cosas. Pero todas estas miserias no empañan en lo más mínimo el delicado sentimiento moral que se echa de ver en las primeras palabras de Eliú: “Yo soy joven, y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión”. Esto siempre estará bien. Siempre es hermoso y agradable que un joven tema declarar su opinión. Podemos estar seguros de que un hombre que posee fuerza moral interior –uno que, como decimos, *«la lleva adentro»*– jamás se apresurará por tomar la delantera; sino, al contrario, cuando se pone adelante, está seguro de que va a ser escuchado con respeto y atención. La modestia en combinación con la fuerza moral comunica un irresistible atractivo al carácter de uno; en tanto que los talentos más espléndidos pierden su brillo a causa de una personalidad confiada en sí misma.

“Ciertamente –sigue diciendo Eliú– espíritu hay en el hombre y el soplo del Omnipotente le hace que entienda” (v. 8). Aquí se introduce un elemento completamente diferente. Desde el momento que el Espíritu de Dios entra en escena, ya no se trata de una cuestión de juventud ni de vejez, pues Él, para hablar, puede servirse de un joven o de un hombre mayor. “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6). Esto rige siempre. Fue verdadero para los patriarcas, verdadero para los profetas, verdadero para los apóstoles y es verdadero para nosotros y para todos. No se trata aquí de la fuerza ni del poder humano, sino del Espíritu eterno.

En esto estriba el secreto del calmo poder de Eliú. Él estaba lleno del Espíritu; y entonces, olvidamos su juventud para prestar oídos a las palabras de peso espiritual y sabiduría celestial que brotan de sus labios; y ello nos hace recordar a Aquel que hablaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Hay una notable diferencia entre un hombre que habla como los oráculos de Dios y otro que habla meramente de forma rutinaria y oficial; entre uno que habla desde el corazón, con la santa unción del Espíritu, y otro que habla desde el intelecto con la autoridad humana. ¿Quién podría estimar debidamente la diferencia entre estas dos cosas? Nadie excepto aquellos que poseen y ejercitan la mente de Cristo.

Pero volvamos a las palabras de Eliú: “No son los sabios” –nos dice él– “los de mucha edad, ni los ancianos entienden el derecho [¡gran verdad!]. Por tanto, yo dije: Escuchadme; declararé yo también mi sabiduría. He aquí yo he esperado a vuestras razones, he escuchado a vuestros argumentos, en tanto que buscabais palabras. Os he prestado atención, y he aquí que no hay de vosotros quien redarguya a Job, y responda a sus razones” (v. 9-12).

Notemos particularmente esto: “No hay de vosotros quien redarguya a Job”. Esto era claramente suficiente. Job, al final de la discusión, estaba tan lejos de haber sido redargüido como lo estaba al comienzo de la misma. Y podemos decir, en efecto, que cada nuevo argumento extraído del tesoro de la experiencia, de la tradición y del legalismo sirvieron solo para provocar nuevas y más profundas manifestaciones de la naturaleza no juzgada, no subyugada y no mortificada de Job. Esta es una gran verdad moral puesta en evidencia en cada página del libro que tenemos ante nosotros.

Pero, ¡cuán instructiva es la razón de todo esto!: “Para que no digáis: Nosotros hemos hallado sabiduría; lo vence Dios, no el hombre” (v. 13). Ninguna carne se gloriará en la presencia de Dios. La carne puede jactarse fuera de esta presencia. Puede elevar sus pretensiones, gloriarse de sus recursos y enorgullecerse de sus proyectos y actividades, mientras que Dios no es tenido en consideración. Pero, lector, al introducir a Dios, toda altanería, jactancia y vanagloria, toda ilusión presuntuosa, todo engreimiento y arrogancia se disipa en un abrir y cerrar de ojos. Recordemos esto. “La jactancia queda excluida” (Romanos 3:27). Sí, toda jactancia; la jactancia de Job y la de sus amigos. Si Job hubiese logrado establecer sus pretensiones, se habría jactado. Si, por otro lado, sus amigos hubieran conseguido taponarle la boca, ellos se habrían jactado. Pero no, “lo vence Dios, no el hombre”.

Así fue, así es y así ha de ser siempre. Dios sabe cómo humillar un corazón orgulloso y avasallar una voluntad inflexible. De nada sirve que uno se enaltezca a sí mismo; pues podemos estar seguros de que todo aquel que se enaltezca, tarde o temprano será humillado. El gobierno moral de Dios ha dictaminado que todo lo que se eleve y se ensalce deba ser derribado hasta el polvo. Esta es una verdad saludable para todos nosotros; pero especialmente para los jóvenes entusiastas y para los ambiciosos. Bueno es mantenernos en la sombra, pues es la mejor manera de disfrutar de los rayos del sol. Esto parece una paradoja, pero es claro para la fe. La senda humilde, recatada y oculta es, incuestionablemente, la mejor, la más segura y dichosa. ¡Ojalá podamos seguirla siempre, hasta que alcancemos esa escena brillante y bendita, donde el orgullo y la ambición son cosas desconocidas!

Las palabras iniciales de Eliú produjeron un efecto sorprendente en los tres amigos de Job: “Se espantaron, no respondieron más; se les fueron los razonamientos. Yo, pues, he esperado, pero no hablaban; más bien callaron y no respondieron más. Por eso yo también responderé mi parte; también yo declararé mi juicio”. Y, seguidamente, para que nadie vaya a suponer que él estaba hablando sus propias palabras, agrega: “Porque lleno estoy de palabras, y me apremia el espíritu dentro de mí” (Job 32:15-18). Es necesario que la fuente y el poder de todo ministerio en todas las épocas sea «la inspiración» o “el soplo del Omnipotente”, si no, todo es en vano.

Lo repetimos, esta es la verdadera fuente del ministerio en todos los tiempos y en todos los lugares. Y, al decir esto, no debemos olvidar que cuando nuestro Señor Jesucristo ascendió al cielo y se sentó a la diestra de Dios en virtud de una redención cumplida, tuvo lugar un gran cambio. En otras oportunidades, ya nos hemos referido muchas veces a esta gloriosa verdad, por lo que no abundaremos en detalles al respecto. La mencionamos aquí meramente para que el lector no vaya a suponer que cuando hablamos de la verdadera fuente del ministerio en todas las épocas, estamos olvidando lo que es característico y distintivo de la Iglesia de Dios en la presente dispensación, como consecuencia de la muerte y resurrección de Cristo y de la presencia y morada del Espíritu Santo tanto en el creyente individual como en la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo en la tierra. ¡Nada más lejos de nuestros pensamientos! Gracias a Dios tenemos un sentido demasiado profundo del valor, importancia y alcance práctico de esa grande y gloriosa verdad como para perderla de vista por un momento. De hecho, es precisamente este sentido profundo –junto con el recuerdo de los incesantes esfuerzos de Satanás por desconocer la verdad de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia– lo que nos conduce a escribir este párrafo admonitorio.

No obstante, el principio de Eliú tiene vigor en todos los tiempos. Todo aquel que tenga que hablar con fuerza y eficacia, deberá ser capaz de decir, en alguna medida: “Porque lleno estoy de palabras, y me apremia el espíritu dentro de mí. De cierto mi corazón está como el vino que no tiene respiradero, y se rompe como odres nuevos. Hablaré, pues, y respiraré; abriré mis labios, y responderé” (v. 18-20). Así ha de ser siempre, al menos en alguna medida, entre aquellos que quieran hablar con verdadera fuerza y eficacia al corazón y a la conciencia de sus semejantes.

Al leer las ardientes palabras de Eliú nos viene forzosamente al pensamiento ese memorable pasaje del capítulo 7 de Juan: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (v. 38). Es cierto que Eliú no conocía la gloriosa verdad declarada aquí por nuestro Señor, ya que ella tuvo su cumplimiento quince siglos más tarde. Pero sí conocía entonces el principio; poseía el germen de lo que, siglos más tarde, alcanzaría una plena florescencia y ma-



durez. Sabía que para hablar de una manera decidida, incisiva y poderosa, debía hacerlo con el “soplo del Omnipotente”. Había escuchado hasta el hartazgo a hombres que dijeron un montón de cosas infructuosas; que dijeron algunas perogrulladas extraídas de su experiencia o de las mustias bodegas de la tradición humana. A Eliú casi se le había agotado la paciencia con todo esto, y entonces se levanta con la energía del Espíritu para dirigirse a sus oyentes como uno que era apto para hablar como oráculo de Dios.

En esto estriba el gran secreto de la fuerza y del éxito de todo verdadero ministerio. Pedro dice:

Si alguno habla, sea como los oráculos de Dios

“ (1 Pedro 4:11, V. M.).

No se trata simplemente –nótese con cuidado– de hablar *conforme a* las Escrituras: algo, seguramente, esencialmente necesario. Pero es más que eso. Un hombre puede levantarse y hablar en público durante una hora, sin pronunciar, a lo largo de todo su discurso, una sola palabra que sea antiescrituraria; y, sin embargo, todo ese tiempo pudo no haber sido *oráculo de Dios*; pudo no haber sido el portavoz de Dios ni el expositor presente de Sus pensamientos para las almas que lo hayan estado escuchando.

Esto es particularmente importante y solemne para todos aquellos que son llamados a abrir sus labios en medio del pueblo de Dios. Uno puede exponer claramente cierto número de verdades destacadas, pero es algo totalmente diferente ser el vehículo de comunicación viviente entre el mismísimo corazón de Dios y las almas de Su pueblo. Esto último –y ello solamente– es lo que constituye la esencia del verdadero ministerio. Uno que habla conforme a este principio, tocará de tal manera el corazón y la conciencia de sus oyentes que cada uno se verá tentado a creer que alguno de ellos le reveló sus sentimientos íntimos al que habla. El que habla como oráculo de Dios llevará la conciencia de sus oyentes a la misma luz de la presencia divina, a tal punto que cada rincón del corazón quedará descubierto, y cada móvil moral tocado. Este es el verdadero ministerio. Y todo ministerio que no sea así carecerá de fuerza, valor y fruto. Nada es más fatigoso y humillante que tener que escuchar a un hombre que, haciendo claramente uso de sus pobres recursos, nos ofrece, por así decirlo, verdades ajenas o repetitivas y pensamientos que «tomó prestados», como si se tratase de mercadería en la feria. Lo mejor que pueden hacer estos hermanos es guardarse en silencio, tanto por respeto a sus oyentes como por sí mismos. Pero hay otro punto todavía: A menudo oímos a hermanos que exponen ante sus semejantes lo que meditaron en privado con mucho interés y provecho para su propia alma. Pueden decir verda-

des, y verdades importantes, pero no *la* verdad que necesitan las almas de los santos *en ese momento*. Puede ser que el hermano haya hablado todo el tiempo conforme a las Escrituras, cuando presentó su meditación; pero no habló como oráculo de Dios.

Todos, pues, podemos aprender una importante lección de la actuación de Eliú; una lección, sin duda, muy necesaria. Puede que esta sea una palabra dura para algunos, una lección difícil de aprender. Pero si vivimos en la presencia de Dios, en el sentimiento de que no somos nada y de que él es plenamente suficiente para todo, aprenderemos a conocer el precioso secreto de un ministerio eficaz. Sabremos entonces apoyarnos en Dios solamente, para ser, en el buen sentido, independientes de los hombres; comprenderemos el significado y la fuerza de las siguientes palabras de Eliú: “No haré ahora acepción de personas, ni usaré con nadie de títulos lisonjeros. Porque no sé hablar lisonjas; de otra manera, en breve mi Hacedor me consumiría” (v. 21-22).

## **Caracteres del ministerio de Eliú**

En el ministerio de Eliú hallamos dos grandes elementos: “La *gracia* y la *verdad*”. Ambos eran esenciales para tratar con Job; y, en consecuencia, los dos se presentan con extraordinario poder. Eliú le dice a Job y a sus tres amigos muy claramente que no sabe hablar lisonjas, que no sabe dar títulos lisonjeros a los hombres. La voz de la “*verdad*” llega con gran claridad a los oídos. La verdad pone a cada uno en su propio lugar; y, precisamente por eso, no puede otorgar títulos lisonjeros a un pobre mortal culpable, por más complacido que se muestre por ellos. El hombre debe ser llevado a conocerse a sí mismo, a ver su verdadero estado y a confesar lo que realmente es. Esto era precisamente lo que necesitaba Job. Él no se conocía a sí mismo, y sus amigos no pudieron darle este conocimiento. Era necesario que pasara por los lugares profundos; pero sus amigos no pudieron conducirlo allí. Necesitaba juzgarse a sí mismo; pero sus amigos fueron totalmente incapaces de provocar este ejercicio en él.

Eliú comienza, pues, anunciando a Job la verdad. Presenta a Dios en su verdadero carácter. Esto es precisamente lo que no habían hecho los tres amigos. Es cierto que ellos habían aludido a Dios; pero sus alusiones eran oscuras, inexactas y falsas. Esto lo vemos claramente al leer en el capítulo 42:7-8, estas palabras: “Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque *no habéis hablado de mí lo recto*, como mi siervo Job. Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuan-

to no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job”. Su falta consistió en que ellos no habían presentado a Dios ante el alma de su amigo, lo que hizo imposible que Job se juzgara a sí mismo.

Pero Eliú no cometió ese error, sino que siguió un criterio totalmente diferente. Hizo que la luz de la “*verdad*” actuase sobre la conciencia de Job; pero, al mismo tiempo, derramó el precioso bálsamo de la “*gracia*” en su corazón cuando dijo: “Por tanto, Job, oye ahora mis razones, y escucha todas mis palabras. He aquí yo abriré ahora mi boca, y mi lengua hablará en mi garganta. Mis razones declararán la rectitud de mi corazón, y lo que saben mis labios, lo hablarán con sinceridad. El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida. Respóndeme si puedes; ordena tus palabras, ponte en pie. Heme aquí a mí en lugar de Dios, conforme a tu dicho; de barro fui yo también formado. He aquí, mi terror no te espantará, ni mi mano se agravará sobre ti” (cap. 33:1-7).

Con estos acentos, el ministerio de la “*gracia*” se revela de forma grata y poderosa al corazón de Job. El ministerio de los tres amigos carecía por completo de este excelentísimo ingrediente. Ellos solo se mostraban dispuestos a tratar al pobre Job con mano dura. Eran jueces implacables, severos censores y falsos intérpretes. Podían ver con ojos enjutos, impasibles, las heridas de su afligido amigo, y, asombrados, preguntarse cómo llegaron allí. Consideraban las ruinas de su casa, y sacaban la dura conclusión de que ello no era sino consecuencia de su mala conducta. Contemplaban su desvanecida fortuna y, con inexorable severidad, sacaban la conclusión de que la pérdida de sus bienes se debió a sus faltas. No demostraron ser jueces totalmente imparciales. No comprendieron en absoluto los designios de Dios, ni percibieron toda la fuerza moral de estas importantes palabras: “*Jehová prueba al justo*” (Salmo 11:5). En una palabra, se extraviaron totalmente. Su punto de vista era falso, y, por ende, su juicio imperfecto. En su ministerio no había “*gracia*” ni “*verdad*”, y, por consiguiente, no pudieron redargüir a Job. Lo condenaron –eso sí– pero sin redargüirlo; cuando lo que tendrían que haber hecho era redargüirlo a fin de que se juzgara a sí mismo.

El proceder de Eliú presenta aquí un vívido contraste con el de ellos. Anunció a Job la verdad; pero no «agravó su mano» sobre él. Eliú había aprendido a conocer el misterioso poder del “silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:12); conocía la virtud de la gracia que subyuga el alma y derrite el corazón. Job había proferido un montón de falsas nociones acerca de sí mismo, y esas nociones habían brotado de una raíz a la cual era preciso aplicar la afilada hacha de la “*verdad*”. “De cierto –dice Eliú– tú dijiste a oídos míos, y yo oí la voz de tus palabras que decían: Yo soy limpio y sin

defecto; soy inocente, y no hay maldad en mí” (Job 33:8-9). ¡Qué palabras temerarias para un pobre mortal pecador! Seguramente, aunque aquella “luz verdadera” en la que andamos todavía no había alumbrado el alma de este patriarca, bien podemos maravillarnos de tal lenguaje. Pero, ¿qué sigue después? Aun cuando Job era, a sus ojos, tan limpio, inocente y libre de maldad, dice de Dios: “He aquí que él buscó reproches contra mí, y me tiene por su enemigo; puso mis pies en el cepo, y vigiló todas mis sendas” (v. 10-11). He aquí una palpable discrepancia. ¿Cómo podía un Ser santo, justo y recto considerar como su enemigo a un hombre puro e inocente? O bien Job se engañaba a sí mismo o bien Dios era injusto. Sin embargo, Eliú, como ministro de la verdad, no es lento para pronunciar su juicio y decirnos quién tiene razón:

“ He aquí, en esto no has hablado justamente; yo te responderé que mayor es Dios que el hombre (v. 12).

¡Qué verdad simple! A pesar de ello, ¡qué poco comprendida! Si Dios es mayor que el hombre, es obvio entonces que Él –y no el hombre– debe ser el Juez que declara lo que es justo. El corazón incrédulo no admite esto, y de ahí viene su continua tendencia a juzgar las obras, los caminos y la Palabra de Dios; a juzgar a Dios mismo. El hombre, en su impía e infiel insensatez, toma entre manos pronunciar su juicio acerca de lo que es digno de Dios y de lo que no lo es; osa decidir lo que Dios debe decir o hacer. Da muestras de total ignorancia acerca de esa tan simple, evidente y necesaria verdad, a saber, que “mayor es Dios que el hombre”. ¡Qué presunción!

Ahora bien, cuando nuestro corazón se inclina bajo el peso de esta verdad de que mayor es Dios que el hombre, somos entonces capaces de discernir el objeto de los designios de Dios respecto a nosotros. Seguramente que él habrá de tener la preeminencia. “¿Por qué contiendes contra él? Porque él no da cuenta de ninguna de sus razones. Sin embargo, en una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende. Por sueño, en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se adormecen sobre el lecho, entonces revela al oído de los hombres, y les señala su consejo, *para quitar al hombre de su obra, y apartar del varón la soberbia. Detendrá su alma del sepulcro, y su vida de que perezca a espada*” (v. 13-18).

El verdadero secreto de todos los falsos razonamientos de Job radicaba en el hecho de que no reconoció el carácter de Dios ni el objeto de todos Sus caminos. No vio que Dios lo estaba probando, que Él estaba detrás de la escena y que se servía de diversos agentes para el cumplimiento de Sus sabios propósitos de gracia. Satanás mismo era un mero instrumento en las manos de Dios; y no podía traspasar siquiera el ancho de un cabello el límite divinamente prescripto. Es más,

una vez que llevó a cabo la tarea que se le había asignado, fue despedido, y no oímos hablar más de él en el resto del libro. Dios llevaba adelante sus designios con Job. Lo probaba para instruirlo, para apartarlo de sus propósitos e intenciones y para quebrantar el orgullo de su corazón. Si Job hubiese discernido este importante punto, habría evitado infinidad de altercados y contiendas. En vez de enfadarse con los hombres y con las cosas –con los individuos y con las influencias–, se habría juzgado a sí mismo e inclinado delante del Señor en humildad y en una verdadera contrición y quebrantamiento de corazón.

## La disciplina de Dios

Esto es de inmensa importancia para todos nosotros. Somos muy propensos a olvidar el prominente hecho de que “Jehová prueba al justo”. “No apartará de los justos sus ojos” (Salmo 11:5; Job 36:7). Estamos de continuo en Sus manos y bajo Su mirada. Somos los objetos de Su amor profundo, tierno e invariable, pero somos también los objetos de Su sabio gobierno moral. Sus designios para con nosotros son diversos. Unas veces son preventivos, otras correctivos, pero siempre son instructivos. A veces nos empeñamos en seguir nuestros propios caminos, el fin de los cuales será nuestra ruina moral. Entonces Dios irrumpe en nuestra marcha y nos disuade de nuestras intenciones. Hace trizas nuestros castillos de ilusiones, disipa nuestros sueños dorados y frustra muchos planes queridos que apasionan nuestro corazón, pero que de haberlos llevado a cabo, habrían provocado nuestra destrucción.

“ He aquí, todas estas cosas hace Dios dos y tres veces con el hombre, para apartar su alma del sepulcro, y *para iluminarlo con la luz de los vivos* (v. 29-30).

En Hebreos 12:3-12, hallaremos muchas instrucciones preciosas acerca del tema de los caminos de Dios con su pueblo. No es nuestra intención detenernos en este pasaje, sino simplemente señalar que podemos recibir el castigo de la mano de nuestro Padre de tres diferentes maneras. En primer lugar, podemos «*menospreciar*» la disciplina, tomándola como si la mano y la voz del Padre no interviniesen en el asunto. En segundo lugar, podemos «*desmayar*» bajo esta disciplina, como si fuese algo intolerable y no el precioso fruto del amor de Dios. Y por último, podemos ser «*ejercitados*» por medio de ella, y recoger, en su tiempo, los “apacibles frutos de justicia”.

Ahora bien, si nuestro patriarca tan solo hubiera comprendido el hecho de que Dios estaba llevando a cabo Sus designios para con él; que lo estaba probando para su provecho ulterior; que empleaba las circunstancias, los hombres, los sabeos y al mismo Satanás como instrumentos

en Sus manos; si hubiera comprendido que todas sus pruebas, la pérdida de todo lo que poseía, sus desgracias y padecimientos, no eran otra cosa que las operaciones maravillosas de Dios para llevar a cabo sus sabios y misericordiosos designios, y que Él quería seguramente perfeccionar cosas que consideraba necesarias en su querido y muy amado siervo, porque para siempre es su misericordia; en una palabra, si Job tan solo hubiese apartado de su vista todas las circunstancias y causas secundarias, y hubiese fijado sus pensamientos nada más que en el Dios vivo y aceptado todo como proveniente de Su benévola mano, habría ciertamente obtenido más rápidamente la divina solución de todas sus dificultades.

Este es precisamente el gran escollo contra el que de ordinario nos estrellamos. Todo en nuestra mente gira en torno a los hombres y a las circunstancias. No vemos más que ello y su incidencia sobre nosotros. No caminamos con Dios a través —o, más bien, por encima de— las circunstancias, sino que más bien permitimos que ellas nos dominen. En vez de ver a Dios entre nosotros y las circunstancias, dejamos que ellas se interpongan entre Dios y nosotros, velándolo así de nuestros ojos. De este modo perdemos el sentido de Su presencia, la luz de Su faz y la santa tranquilidad de estar en Sus amantes manos y bajo Su paternal mirada. Nos volvemos gruñones, impacientes, irritables y criticones. Nos alejamos cada vez más de Dios, de la comunión con él; caemos en todo tipo de errores, juzgamos a los demás, menos a nosotros mismos, hasta que, finalmente, Dios nos toma de la mano y, mediante su directo y poderoso ministerio, nos trae de nuevo a él en una verdadera contrición de corazón y humildad de mente. Este es “el fin del Señor”.

Debemos concluir este artículo. Con mucho gusto nos extenderíamos más sobre el bendito ministerio de Eliú. Con placer y provecho podríamos citar sus demás apelaciones al corazón y a la conciencia de Job, sus tajantes argumentos y sus incisivas preguntas. Pero debemos dejar que el lector medite por sí solo los capítulos restantes. Cuando lo hayamos hecho, veremos que tan pronto como Eliú termina su ministerio, Dios mismo comienza a tratar directamente con el alma de Su siervo (cap. 38-41). A fin de hacer sentir a Job su propia insignificancia, Dios apela a las obras de la Creación que hacen ver su poder y sabiduría. No es nuestra intención aquí citar fragmentos de una de las partes más sublimes y magníficas del inspirado canon. Estos pasajes deben ser leídos en su conjunto. No necesitan ninguna explicación. Lo único que podría hacer el dedo del hombre es empañar su lustre. Su claridad solo puede igualarse a su grandeza moral. Todo lo que queremos hacer es simplemente dirigir la atención hacia el poderoso efecto producido en el corazón de Job a través del ministerio más maravilloso que pudo haber escuchado jamás un mortal, a saber, el ministerio directo del mismo Dios viviente.

Este efecto fue triple. Hacía referencia a Dios, a Job mismo y a sus amigos; tres puntos en los que precisamente estaba tan completamente errado. En cuanto a Dios, Eliú había señalado el error de Job en estas palabras: “Que Job no habla con sabiduría y que sus palabras no son con entendimiento. Deseo yo que Job sea probado ampliamente, a causa de sus respuestas semejantes a las de los hombres inicuos. Porque a su pecado añadió rebeldía; bate palmas contra nosotros, y contra Dios multiplica sus palabras... ¿Piensas que es cosa recta lo que has dicho: Más justo soy yo que Dios?” (cap. 34:35-37; 45:2). Nótese el cambio aquí. Préstese oídos a los suspiros de un espíritu verdaderamente arrepentido, a las expresiones escuetas –aunque completas– de un juicio rectificado:

“ Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; *mas ahora mis ojos te ven* (cap. 42:1-5).

## **Retracción de Job**

Aquí comienza la *retractación* de Job. Todas sus anteriores declaraciones acerca de Dios y Sus caminos él las señala ahora como «palabras sin entendimiento». ¡Qué confesión! ¡Qué momento en la vida de un hombre cuando este descubre que había estado sumido completamente en el error! ¡Qué notable vuelco! ¡Qué profunda humillación! Nos hace recordar a Jacob cuando fue tocado en el sitio del encaje de su muslo, y tuvo que aprender así su absoluta debilidad e insignificancia (véase Génesis 32:25). Estos son momentos transcendentales en la historia de las almas; épocas espléndidas, que dejan, en todo el ser moral y en el carácter, una huella indeleble. Cuando uno empieza a tener pensamientos correctos acerca de Dios, entonces empieza a juzgar correctamente todas las cosas. Si mis juicios acerca de Dios son inexactos, también lo serán los que tenga acerca de mí, acerca de mis semejantes y acerca de todo.

En esto estribaba el problema de Job. Sus nuevos pensamientos acerca de Dios generaron de inmediato en él nuevos pensamientos acerca de sí mismo. La defensa tan elaborada de sí mismo, su apasionado egotismo, su vehemente satisfacción y regocijo de sí mismo, los espaciosos argumentos en favor de sí mismo, todo fue hecho a un lado; todo quedó eclipsado por el brillo de

estas tres lacónicas palabras: “*Yo soy vil*” (cap. 40:4). ¿Y qué debía hacerse con este *yo vil*? ¿Hablar acerca de él? ¿Ensalzarlo? ¿Ocuparnos en él? ¿Deliberar sobre él? ¿Proveer a sus deseos? De ninguna manera: “*Me aborrezco*” (v. 6).

Este es el verdadero terreno en que todos nosotros debemos guardarnos. A Job le costó mucho tiempo alcanzarlo, y lo mismo puede costarnos a muchos de nosotros. Muchos de entre nosotros se figuran haber acabado con el *yo* cuando dieron un asentimiento nominal a la doctrina de la depravación humana o juzgaron algunas trazas de ella que se manifestaban en su conducta exterior. Pero, ¡ay!, es de temerse que poquísimos de entre nosotros conozcamos realmente la plena verdad acerca de nosotros mismos. Una cosa es decir: «*Nosotros* somos viles», y muy otra, exclamar con humillación, desde lo profundo del corazón: «*Yo soy vil*». Esto último solo puede ser conocido y experimentado de forma habitual en la inmediata presencia de Dios. Las palabras: “Ahora mis ojos *te ven*” y “por tanto *me aborrezco*”, siempre van juntas. Cuando la luz de lo que Dios es ilumina mi entendimiento acerca de lo que yo soy, me aborrezco a mí mismo; el horror de mí mismo es entonces una cosa real. No es de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Se manifestará en una vida de renunciamiento propio, en un espíritu humilde, en una mente sumisa y en un andar en gracia a través de la escena por la que somos llamados a transitar. De poco vale profesar pensamientos viles acerca del *yo* cuando, al mismo tiempo, somos prontos a resentirnos de cualquier ofensa que nos hagan; a ofendernos ante cualquier insulto imaginado, ante cualquier menosprecio o detracción. El verdadero secreto de un corazón quebrantado y contrito consiste en permanecer en la presencia de Dios, y entonces seremos capaces de conducirnos rectamente para con todos aquellos con quienes nos relacionamos.

Luego vemos que tan pronto como Job enderezó sus pensamientos acerca de Dios y de sí mismo, también hizo lo mismo acerca de sus amigos, pues aprendió a orar por ellos. Sí, él pudo orar por los “consoladores molestos” y por los “médicos nulos” (cap. 13:4); por los mismos hombres con quienes había sostenido tan largas disputas con tanta entereza y vehemencia. “Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos” (v. 10).

Esto es de una gran belleza moral. Es perfecto. Es el fruto singular y exquisito de la primorosa labor divina. Nada puede ser más conmovedor que ver a los tres amigos de Job cambiando su experiencia, su tradición y su legalismo por un precioso “holocausto”, y ver a nuestro querido patriarca cambiando sus amargas invectivas por una grata oración de amor. En resumidas cuentas, tenemos ante nosotros una escena que apabulla por completo al alma. Todo está cambiado;



los contendientes están como en el polvo delante de Dios y en los brazos los unos de los otros. La contienda llegó a su fin; la guerra de palabras terminó; y, en su lugar, tenemos las lágrimas del arrepentimiento, el grato olor del holocausto y el abrazo del amor.

¡Qué magnífica escena! ¡Qué fruto precioso del ministerio divino! ¿Qué falta aún? ¿Qué más podemos agregar? Nada, si la mano misma de Dios colocó la última piedra de este precioso edificio. Y vemos también que no hay carencias de ninguna naturaleza, pues leemos:

[Jehová] aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job.

“

Pero, ¿cómo se logró esto? ¿Con qué recursos? ¿Fue acaso por la propia laboriosidad independiente de Job y por su hábil administración? No; todo está cambiado. Job se halla moralmente en un nuevo terreno. Él tiene nuevos pensamientos acerca de Dios, de sí mismo, de sus amigos y de todas sus circunstancias; en una palabra, *todas las cosas son hechas nuevas*. “Y vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y se condolieron de él, y le consolaron de todo aquel mal que Jehová había traído sobre él; y *cada uno de ellos le dio una pieza de dinero y un anillo de oro*. Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero... Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y murió Job viejo y lleno de días” (v. 11-17).

## **Daniel - El discípulo en un tiempo malo**

Los tres primeros capítulos del libro de Daniel nos ofrecen una lección muy importante y oportuna para el tiempo en que vivimos, en el cual el discípulo de Cristo está en grave peligro de ceder a las influencias que lo rodean –rebajando el nivel de su testimonio y debilitando su carácter de discípulo– a fin de amoldarse a las circunstancias del momento.

### **Motivos de desaliento en el pueblo de Dios**

Desde el principio del capítulo 1, encontramos un cuadro muy desalentador del estado de cosas en lo que respecta al testimonio exterior rendido a Dios en la tierra. “En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; y los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios” (Daniel 1:1-2).

El estado que se nos describe en estos versículos, considerado desde un punto de vista humano, es más que suficiente para producir el desaliento en el corazón, entristecer el espíritu y paralizar las energías. Ante una Jerusalén en ruinas, el templo profanado, los utensilios del Señor colocados en la casa de un falso dios, y Judá llevado cautivo, seguramente el corazón no puede sino sentirse dispuesto a decir que no tiene ningún sentido procurar permanecer más tiempo en el carácter de discípulo y perseverar en una marcha piadosa y fiel. El valor falta, el corazón desfallece y las manos se vuelven flojas, cuando la situación del pueblo de Dios es tan deplorable. Solo la más abominable presunción podría hacer que un hijo de la casa de Judá tomase el lugar de un verdadero nazareo en semejantes circunstancias.

### **La actitud del hombre de fe es superior a las circunstancias**

Así puede razonar la naturaleza; pero no es ese el lenguaje de la fe. ¡Bendito sea Dios! existe siempre una esfera bastante extensa para que pueda desplegarse un espíritu de verdadera devoción; siempre hay también un camino que el verdadero discípulo puede recorrer, aun cuando deba hacerlo en la soledad.

Cualquiera que sea el estado de las circunstancias exteriores, la fe no se enfoca en ellas; su privilegio es depender de Dios, nutrirse de Cristo y respirar la atmósfera del cielo, tan plenamente como si todo estuviese en una armonía y un orden perfectos.

¡Qué gracia inefable tenemos allí para el corazón fiel! Todos los que desean marchar fielmente, encontrarán siempre una senda por la cual andar; mientras que los que ven en las circunstancias exteriores un pretexto para menguar las energías, no obrarán nunca con fidelidad y decisión, aun cuando se encuentren en la situación más favorable.

Si alguna vez hubo un tiempo en que la debilidad del testimonio habría podido tener un buen pretexto, fue, incuestionablemente, durante la cautividad de Babilonia. Todo el edificio del judaísmo había sido derribado; el poder real había pasado de manos del sucesor de David a manos de Nabucodonosor; la gloria se había retirado de Israel; en una palabra, todo parecía haberse marchitado y desaparecido para siempre. Nada les quedaba a los hijos de Judá en su exilio, excepto colgar sus arpas sobre los sauces y sentarse “junto a los ríos de Babilonia”, para derramar sus lágrimas por la gloria traspasada (1 Samuel 4:22), el brillo empañado y su grandeza perdida (véase Salmo 137).

Tal podría ser el lenguaje de la ciega incredulidad; pero –¡bendito sea Dios!–, cuando todo parece haber llegado al estado más miserable, la fe se eleva para obtener un triunfo glorioso: y la fe, lo sabemos, es la única base real en la cual el discípulo puede apoyarse para actuar. No busca ningún apoyo en los hombres ni en las circunstancias exteriores: *todos* sus recursos están en Dios. Por eso la fe jamás brilla con un resplandor tan vivo como cuando todo es tinieblas alrededor de ella. Cuando el horizonte se halla cargado de las más oscuras nubes, la fe se calienta al sol de la gracia y la fidelidad divinas.

Por ello Daniel y sus compañeros fueron capaces de superar las dificultades particulares de su tiempo. Estimaron que nada en Babilonia debía impedirles gozar de un nazareato tan elevado como nunca antes se había visto en Jerusalén, en el tiempo que estuvo; y su apreciación era justa. Juzgaron como juzga siempre una fe pura y bien fundada. Actuaron según el mismo juicio con que un Barac, un Gedeón, un Jefte y un Sansón actuaron en la antigüedad. El mismo juicio que expresó Jonatán cuando dijo:

“ Porque para con Jehová no hay estorbo en salvar por muchos o por pocos  
(1 Samuel 14:6, V. M.).

Así juzgó también David cuando, en el valle de Ela, denominó al pobre ejército tembloroso de Israel “los escuadrones del Dios viviente” (1 Samuel 17:26). Fue el juicio de Elías cuando construyó un altar sobre el monte Carmelo con “doce piedras, conforme al número de las tribus de los hi-

jos de Jacob” (1 Reyes 18:31). Fue el juicio del mismo Daniel cuando, en una etapa más avanzada de su historia, abrió su ventana y oró vuelto hacia Jerusalén (Daniel 6:10). Fue el juicio de Pablo cuando, en vista de la avasalladora corriente de apostasía y corrupción que estaba por llegar, exhorta a su hijo Timoteo en estos términos: “Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste” (2 Timoteo 1:13). Fue el juicio de Pedro cuando, previendo la disolución de todas las cosas, anima a los creyentes a procurar “con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz” (2 Pedro 3:14). Fue el juicio de Juan cuando, en medio del desborde de las pretensiones eclesíásticas, exhorta a su amado Gayo a no imitar “lo malo, sino lo bueno” (3 Juan 11). Fue, por fin, el juicio de Judas cuando, en presencia de la más abominable impiedad, anima a un amado remanente con estas palabras: “Edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Judas 20-21). En una palabra, era el juicio del Espíritu Santo, y por esta razón era el de la fe.

Todo eso confiere inmenso valor e interés a la determinación tomada por Daniel, tal como se expresa en el primer capítulo de este libro: “Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse” (v. 8). Habría podido decirse a sí mismo naturalmente: «¿De qué serviría que un pobre y débil cautivo buscara guardar un lugar de separación? Todo está destruido. Es imposible conservar un verdadero espíritu de nazareo en medio de una ruina tan completa y de semejante decadencia: será mejor que me conforme al estilo de vida y a las costumbres del país donde resido».

Pero no; Daniel se colocaba sobre un terreno más elevado. Sabía que su privilegio era vivir en tal intimidad con Dios en medio del palacio de Nabucodonosor como si estuviera dentro del mismo recinto de Jerusalén. Sabía que cualquiera que pudiese ser la condición exterior del pueblo de Dios, había una senda de devoción y fidelidad abierta individualmente a cada santo, y que puede recorrer a pesar de todo.

Y ¿no podemos añadir que el nazareato de Babilonia posee encantos tan atractivos y eficaces como el nazareato de Canaán? Sin ninguna duda. Es inefablemente precioso y espléndido encontrar uno de los cautivos en Babilonia, anhelando fervientemente una separación tan austera, e incluso haciéndola realidad. Hay allí, a la vez, una gran lección para todos los siglos, un ejem-

plo muy adecuado para animar y conmover a los creyentes en todas las dispensaciones, y una bendita demostración de que, en medio de las más espesas tinieblas, un corazón devoto puede gozar de una senda soleada que ninguna nube podrá oscurecer.

Pero esto no podría ser así, si Jesucristo no fuese “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Las dispensaciones cambian y desaparecen. Las instituciones eclesíásticas se derrumban y se hacen polvo. Los sistemas humanos se tambalean y finalmente caen; pero el nombre de Jehová permanece *para siempre*, y su memoria *de generación en generación* (Salmo 135:13; 102:12). Sobre este elevado terreno santo se emplaza la fe. Se eleva sobre todas las vicisitudes, para gustar de una dulce conversación con la eterna e inmutable Fuente de todo bien verdadero.

Es así como, en el tiempo de los Jueces, la fe obtuvo más gloriosos triunfos que todos los que se conocieron en los días de Josué. Por ello el altar de Elías sobre el monte Carmelo estuvo rodeado de una gloria tan brillante como la que coronaba el altar de Salomón. Esto es verdaderamente alentador. ¡El pobre corazón es tan propenso a debilitarse y a dejarse abatir al contemplar las caídas y la infidelidad del hombre, en vez de detenerse a considerar la fidelidad de Dios que nunca falla!

“ Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo (2 Timoteo 2:19).

¿Qué poder podría menoscabar jamás esta verdad inmutable? Ninguno seguramente. Y nada, por lo tanto, puede menoscabar la fe que echa mano de ella, ni el edificio de devoción práctica que se erige sobre el fundamento de esta fe.

## Resultados de la fidelidad

Consideremos ahora los gloriosos efectos de la devoción y la separación de Daniel. En los tres primeros capítulos observamos tres cosas distintas que resultan de la posición asumida por Daniel y sus compañeros en lo que respecta a “la comida del rey”:

1. El secreto referente al *sueño del rey* les fue revelado.
2. Resistieron a las seducciones de “*la estatua que había levantado el rey*”.
3. Cruzaron sin sufrir el menor daño, *el horno de fuego ardiente* encendido por orden del rey.

### 1. El secreto de Jehová es para los que le temen

“El secreto de Jehová es para los que le temen” (Salmo 25:14, RV 1909). Este pasaje es admirablemente confirmado en el caso que tenemos ante nosotros. Los “magos, astrólogos, encantadores y caldeos” (cap. 2:2), que respiraban la atmósfera de la presencia real, estaban todos en una completa ignorancia en cuanto al sueño del rey. “Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey” (cap. 2:10). Era indudablemente así; pero había un Dios en el cielo que conocía todo eso, y que, además, podía revelar el asunto a los que tenían suficiente fe, devoción y renunciamiento de sí mismos para separarse de las contaminaciones de Babilonia, aun cuando estuviesen cautivos en esta ciudad. Lo que para el hombre es solo un enigma, un laberinto o una cosa misteriosa, es perfectamente conocido para Dios; y Él puede, y hasta quiere, revelarlo a todos aquellos que andan con él en la santidad de su presencia. Los nazareos de Dios pueden ver más lejos en las circunstancias humanas que los más profundos filósofos de este mundo. Y ¿por qué medio? ¿Cómo pueden descubrir tan fácilmente los misterios de este mundo? Porque se emplazan sobre los vapores o tinieblas que lo envuelven; no participan de sus contaminaciones; ocupan un lugar de separación, dependencia y comunión. “Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber lo que había a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio” (cap. 2:17-18). Vemos ahora la fuente de donde ellos obtenían fuerza e inteligencia. Solo tenían que volver la mirada al cielo para obtener un claro entendimiento de todos los destinos de este mundo.

¡Cuánta verdad y simplicidad hay en todo esto! “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Juan 1:5). Por lo tanto, si deseamos luz, no podemos hallarla sino en Su presencia; y solo podremos conocer realmente el poder de Su presencia cuando llevemos a la práctica nuestra separación de todas las impurezas de la tierra.

## *2. Superioridad del hombre de fe sobre el mundo*

Observemos otro resultado de la santa separación de Daniel. “Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso” (cap. 2:46). Aquí vemos al más orgulloso y poderoso monarca de la tierra a los pies de un cautivo. ¡Magnífico fruto de la fidelidad! ¡Preciosa demostración de esta verdad: que Dios honrará siempre la fe que puede, en alguna medida, elevarse a la altura de Sus pensamientos! Jamás deshonrará a aquellos que con plena confianza echen mano de sus inagotables tesoros. En esta memorable ocasión, Daniel experimentó por sí mismo, tan plenamente como nunca antes nadie lo había hecho, esta antigua promesa de Dios: “Y verán todos los pueblos de la tierra que el nom-

bre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán... Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo” (Deuteronomio 28:10-13). Seguramente, en la escena representada más arriba, Daniel se hallaba a “la cabeza” y Nabucodonosor a “la cola”, al menos si lo consideramos desde el punto de vista divino. Veamos todavía el mantenimiento de este nazareato en presencia del impío Belsasar (Daniel 5:17-29). ¿No tenemos aquí un testimonio tanto más magnífico de la preeminencia a la cual estaba destinada la simiente de Abraham, que cuando los capitanes de Josué ponían los pies sobre el cuello de los reyes de Canaán, o que cuando “toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón” (Josué 10:24; 1 Reyes 10:24)? Sin ninguna duda; y, hasta cierto punto, el testimonio es más magnífico aún. Es natural esperar una escena similar en la historia de Josué o en la de Salomón; pero, hallar a un orgulloso rey de Babilonia a los pies de uno de sus cautivos, es algo que excede con mucho todo lo que el hombre puede concebir.

### *3. El poder de la fe, a pesar de la ruina*

Sin embargo, esto se nos presenta aquí como una prueba sorprendente del poder que tiene la fe para triunfar sobre todo tipo de dificultades, y para producir los más maravillosos resultados. El poder de la fe sigue siendo el mismo, ya sea que actúe en las llanuras de Palestina, sobre el monte Carmelo, junto a los ríos de Babilonia o entre las ruinas de la Iglesia profesante. No hay cadenas que la puedan retener, ni persecución que la pueda enfriar, ni ningún cambio que la pueda alcanzar. Siempre se eleva al objeto que le es propio, y este objeto es Dios mismo, y su eterna revelación. Las dispensaciones cambian, los siglos siguen su curso, las ruedas del tiempo siguen girando y aplastando bajo su enorme peso las más caras esperanzas del pobre corazón humano; pero la fe permanece inmovible: esta realidad inmortal, divina y eterna que bebe de la fuente de la pura verdad, y que encuentra todos sus recursos en Cristo, quien es “el camino, y la verdad, y la vida”.

Por esta fe preciosa actuó Daniel cuando “propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey” (cap. 1:8). Es cierto que ya no le era posible volver a la santa casa donde sus padres habían adorado. La ciudad santa había sido hollada por el rudo pie de un enemigo extranjero; el fuego había dejado de arder sobre el altar del Dios de Israel; el candelero de oro, con sus siete lámparas, no alumbraba más el lugar santo; pero la fe se encontraba en el corazón de Daniel, y esa fe lo transportó más allá de la influencia que pudieran ejercer las circunstancias que lo rodeaban, y le permitió apropiarse de “todas las promesas de Dios”, que son «Sí y amén en Jesucristo» (2 Corintios 1:20), y actuar según su eficacia. La fe no se ve afectada por templos

en ruinas, por ciudades destruidas, por lumbreras apagadas ni por glorias extintas. Y ¿por qué? Porque Dios mismo no se ve afectado por ninguna de esas cosas. Dios siempre puede ser hallado, y la fe posee siempre la certeza de poder hallarlo.

#### *4. Ponerse del lado de Dios y no dejarse impresionar por el hombre*

Pero la misma fe que volvió a estos santos hombres de la antigüedad capaces de rechazar la comida del rey, les hizo también despreciar la estatua del rey. Se habían separado de toda contaminación con el fin de gozar de una comunión más íntima con el verdadero Dios; y, por lo tanto, no podían prosternarse ante una estatua de oro, por más alta que fuere. Sabían que Dios no es una estatua; sabían que es una realidad; no podían presentar su adoración sino solo a Dios, pues él solamente es el verdadero objeto de la adoración.

Poco les importaba que todo el mundo estuviese contra ellos: solo tenían que vivir para Dios. Podía acusárselos de creerse más sabios que sus vecinos; quizá cuando fueron contra la corriente de la opinión pública su conducta fue tildada de presunción; quizá alguien incluso les pudo haber preguntado si se creían los dueños de la verdad. ¿Acaso todos “los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias” estaban en las tinieblas y en la ignorancia? ¿Era acaso posible que tantos hombres de alto rango, inteligencia y saber estuviesen en el error, y que solo unos pocos extranjeros cautivos estuvieran en lo correcto?

Nuestros nazareos no tenían que preocuparse en absoluto de semejantes cuestiones. Su camino estaba claramente trazado ante ellos. ¿Debían inclinarse ante una estatua y adorarla, para no dar la impresión de que se está condenando a la multitud? Ciertamente no. Y, sin embargo, ¡cuán a menudo aquellos que desean “tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios”, son acusados de erigirse en jueces y condenar a los demás! Sin duda Lutero fue condenado por muchos por haberse opuesto a los doctores, a los cardenales y al papa. ¿Debería acaso haber vivido y muerto en el error para evitar tal condena? ¡Quién podría pensarlo!

«Ah, pero» –quizá diga alguno– «Lutero se encontraba frente a un error palpable». Es lo que pensaba Lutero; pero miles de hombres instruidos y eminentes pensaban de una manera muy diferente. “Sadrac, Mesac y Abed-nego” también tuvieron que enfrentarse con una idolatría manifiesta; pero el mundo entero era de una opinión contraria. ¿Qué se debía hacer entonces? “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Que los demás actúen como



les parezca, “pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Si hubiese que permanecer en el error y persistir en hacer lo que uno al menos siente que está mal, para evitar la impresión de estar juzgando a los demás, ¿dónde estaríamos?

¡Oh, mi querido lector! Procure mantener con perseverancia la marcha firme, adelante, y dirigida hacia el cielo, de un verdadero discípulo. No tiene que considerar si, al actuar así, condena al mundo. “Dejad de hacer lo malo” (Isaías 1:16). Es lo primero que el verdadero discípulo debe hacer. Luego, cuando haya obedecido este precepto, podrá esperar aprender “a hacer el bien”. “Si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz” (Isaías 1:17; Mateo 6:22, V. M.). Cuando Dios habla, no tengo que volverme hacia mis vecinos para saber qué efecto producirá sobre ellos mi obediencia a Su voz, o para considerar lo que pensarán de mí. Cuando la voz de Jesús resucitado y glorificado cayó sobre el oído de Saulo de Tarso, no empezó a averiguar qué podrían pensar de él los principales sacerdotes y los fariseos, si obedecía. Seguramente que no. “No consulté *en seguida* con carne y sangre” (Gálatas 1:16). “Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial” (Hechos 26:19). Tal es el espíritu y el verdadero principio según los cuales debe marchar un discípulo. “Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad” (Jeremías 13:16). Nada puede ser más peligroso que vacilar cuando la luz divina resplandece sobre el camino. Si usted no actúa según la luz, cuando la posee, seguramente se verá envuelto en densas tinieblas. Y como otro lo dijo en otra parte: «No vayas nunca más allá de tu fe, ni te quedes detrás de tu conciencia».

##### *5. La fe probada al extremo: la fe que ve al Invisible*

Pero, como lo dijimos, si bien nuestros nazareos rehusaron inclinarse ante la estatua del rey, tuvieron que soportar la ira del rey y el horno de fuego que este había hecho encender. Por la gracia de Dios, estaban preparados para todo eso: su nazareato era algo real; estaban dispuestos a sufrir la pérdida de todas las cosas, incluso la misma vida, para defender el verdadero culto del Dios de Israel. Servían y adoraban a su Dios, no solo bajo la apacible sombra de las vides y las higueras en la tierra de Canaán, sino también en presencia del “horno de fuego ardiente”. Confesaban a Jehová no solo en medio de una congregación de verdaderos adoradores, sino también en presencia de un mundo enemigo. Ellos verdaderamente habían vencido como discípulos en un tiempo malo. Amaban al Señor, y, por amor a él, rechazaron los bienes del rey, resistieron su ira y soportaron el horno de fuego que dispuso para ellos. “Rey Nabucodonosor..., no es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos libraré. Y si no, sepas, oh rey, que no servire-

mos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (cap. 3:16-18). Tal era el lenguaje de hombres que sabían a quién pertenecían, y dónde se encontraban; de hombres que habían calculado el costo con calma y decisión; de hombres para los cuales el Señor era todo y el mundo nada. Todo lo que el mundo podía ofrecer, y su vida misma, estaba en juego; pero ¿qué les importaba? Lo soportaron todo “como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27). La gloria eterna se presentaba ante ellos, y estaban perfectamente preparados para alcanzarla pasando a través de las llamas. Dios podía conducir a sus siervos al cielo en un carro de fuego, o a través de un horno ardiente, como bien le pareciere. Cualquiera que sea el modo de ir, es bueno estar allí.

Pero, ¿acaso el Señor no habría podido impedir que sus amados siervos fuesen arrojados al horno ardiente? Sin ninguna duda; eso habría sido fácil para Él. Sin embargo, no lo hizo. Era su voluntad que la fe de sus siervos fuese puesta a prueba en el horno de fuego, que pasara por el crisol más ardiente, a fin de que “sea hallada en alabanza, gloria y honra” (1 Pedro 1:7). Si el refinador hace pasar el lingote de oro por el horno, ¿será porque no tiene ningún valor para él? ¡No, precisamente lo contrario!; y como alguien bien lo ha señalado: «Su objetivo no es solamente eliminar las impurezas del metal, sino también hacer que resplandezca con más brillo».

Es evidente que si, por un acto de *poder*, el Señor hubiese impedido que se lanzara a sus siervos al horno de fuego, habría resultado en menos gloria para él, y, por consecuencia, en menos bendición para ellos. Fue infinitamente mejor que gozaran de Su presencia y simpatía en el horno, que si Su poder los hubiese guardado de ser arrojados en él. ¡Qué gloria resultó para él, y qué inmenso privilegio para ellos! El Señor había descendido para andar con sus nazareos en el horno adonde fueron arrojados por su fidelidad. Habían andado con Dios en el palacio del rey, y Dios anduvo con ellos en el horno del rey. Fue el momento más bendecido de la carrera entera de Sadrac, Mesac y Abed-nego. ¡Qué poco imaginaba el rey la elevada posición en la que estaba poniendo a los objetos de su ira y furia! Todos los ojos se habían vuelto de la gran estatua de oro para contemplar con asombro a los tres cautivos. ¿Qué quería decir eso? “¡Tres varones *atados!*”. “¡Cuatro varones *sueltos!*”. ¿Podía ser esto real? ¿Era real el horno? ¡Lamentablemente, los “hombres más poderosos” del ejército del rey, habían probado que era real!, como lo habría hecho la estatua de Nabucodonosor si hubiese sido lanzada en él. No había ningún elemento del que hubiese podido agarrarse un escéptico o un incrédulo. Era un verdadero horno, una verdadera llama, y estos tres “varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos”. Todo era realidad.

Pero había una realidad aún mayor: *Dios estaba allí*, y Su presencia cambiaba todas las cosas; ella cambió “el edicto del rey”, transformó el horno en un lugar de elevada y santa comunión, e hizo de los hombres atados por Nabucodonosor, hombres sueltos por Dios.

*¡Dios estaba allí!*; allí, en su poder soberano, para hacer ver toda la vanidad de la oposición del hombre; allí, en toda su profunda y tierna compasión para con sus siervos probados y fieles; allí, en Su gracia incomparable para poner en libertad a los cautivos y para atraer los corazones de sus nazareos a esa íntima comunión con él de la que tan ardiente sed tenían.

## **Los tiempos de la paciencia de Dios**

Pues bien, querido lector, ¿no vale la pena pasar a través de un horno de fuego si es para gozar aún más de la presencia de Cristo, y de la simpatía de su amante corazón? ¿No es preferible estar lleno de cadenas junto a Cristo, que poseer, sin él, un sinnúmero de preciosas joyas? Un horno con él ¿no es un lugar más deseable que un palacio donde él no vive? La naturaleza responderá «¡No!», pero la fe dirá: «¡Sí!».

Conviene recordar que el tiempo en que estamos no es el tiempo del *poder* de Cristo, sino el de su *simpatía*. Al atravesar las aguas profundas de la aflicción, el corazón puede a veces sentirse dispuesto a exclamar: «¿Por qué el Señor no actúa con poder para librarme?». La respuesta es que no es aún “el día de su poder”. Podría prevenir esta enfermedad, hacer desaparecer tal o cual dificultad, aligerar las cargas, impedir esta catástrofe o preservar de la muerte a este ser querido. Pero, en vez de desplegar su poder, deja que las cosas sigan su curso, y derrama su dulce simpatía en el corazón oprimido y quebrantado, de tal manera que no dudamos en reconocer que no quisiéramos que se nos dejase sin esta prueba por nada del mundo, debido a la abundancia de la consolación.

Esta, querido lector, es la manera en que nuestro Jesús actúa ahora. Dentro de poco desplegará su poder, aparecerá como el Jinete del caballo blanco, desenvainará su espada, desnudará el brazo de su santidad, vengará a su pueblo y le hará justicia para siempre; pero, por el momento, su espada está en la vaina y su brazo está aún cubierto. Ahora es el tiempo, para él, de dar a conocer el profundo amor de su corazón y no el poder de su brazo ni el filo de su espada. ¿Está usted satisfecho de que sea así? ¿Es suficiente la simpatía de Cristo para su corazón, incluso en medio de las más profundas angustias y de la más viva aflicción? Nuestro corazón inquieto, la impaciencia de nuestro espíritu y nuestra voluntad no quebrantada, nos inducirían siempre a desear escapar de las pruebas, las dificultades o las cargas que nos agobian; pero no puede ser así, ya que im-

plicaría una pérdida incalculable para nosotros. Debemos pasar por cada una de las clases de la escuela; pero el Amo nos acompaña y la luz de Su rostro, la tierna simpatía de Su corazón nos sostienen cuando pasamos por los ejercicios más penosos.

## Los tiempos de la gloria

¡Y vemos también qué gloria redunda en el nombre del Señor cuando, por su gracia, su pueblo es hecho capaz de cruzar victoriosamente una prueba! Lea Daniel 3:26-28, y diga dónde se podrían encontrar frutos más abundantes y más bellos de una marcha fiel. El rey y los nobles de su reino, que, un momento antes, estaban tan absortos en las ceremonias de un falso culto y embelesados con una bulliciosa música, están ahora todos ocupados con el sorprendente hecho de que el fuego, que había matado a hombres fuertes y valientes, no había tenido sobre los adoradores del verdadero Dios otro efecto que el de consumir sus cadenas, permitiéndoles así marchar, en libertad, en compañía del Hijo de Dios. “Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, *siervos del Dios Altísimo*, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían” (v. 26-27).

Aquí tenemos, pues, un glorioso testimonio, testimonio que nunca hubiera sido rendido si, por un acto de poder, el Señor habría impedido que sus siervos fuesen lanzados en el horno. Nabucodonosor acababa de aprender por una sorprendente prueba que “los siervos del Dios Altísimo” no debían temer más su horno como tampoco adorar su estatua. En una palabra, el enemigo fue confundido, Dios glorificado, y sus queridos siervos puestos fuera “del horno de fuego ardiente” sin sufrir ningún daño. ¡Preciosos frutos de un nazareato fiel!

Nótese ahora el honor conferido a nuestros nazareos. “Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea *el Dios... de Sadrac, Mesac y Abed-nego*” (v. 28). Sus nombres son estrechamente vinculados con el Dios de Israel. ¡Qué honor! Se habían identificado con el verdadero Dios cuando se trataba nada menos que de su vida, y por eso el verdadero Dios se identificó con ellos para conducirlos a un terreno rico y bendito. Estableció sus pies sobre una roca y ensalzó sus cabezas sobre todos sus enemigos en derredor de ellos (Salmo 27:6). ¡Qué realidad en este pasaje:

Yo honraré a los que me honran.



Pero es igualmente cierto que: “Los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Samuel 2:30).

Querido lector, ¿ha hallado en la obra perfecta del Señor Jesucristo una paz segura y divina para su conciencia culpable? ¿Creyó a Dios simplemente en su palabra? ¿Ha dado por cierto con su sello “que Dios es veraz”? Si es así, entonces usted es un hijo de Dios. Sus pecados han sido todos perdonados y ha sido aceptado en Cristo como justo; el cielo, con todas sus glorias inefables, está ante usted, y usted está tan seguro de estar en la gloria como Cristo mismo, por el simple hecho de estar unido a él.

Así pues, Dios tiene ya todo dispuesto para usted, así para el tiempo como para la eternidad, según el más profundo deseo de su corazón: Sus necesidades han sido satisfechas, su culpa borrada, su paz establecida y su título asegurado. No tiene nada que hacer usted: todo está divinamente terminado.

¿Qué es lo que resta? Simplemente esto: *¡Vivir para Cristo!* Somos dejados aquí por “un poco”, para ocuparnos de él, y para aguardar su venida. ¡Oh, procuremos ser fieles a nuestro bendito Señor! No nos desanimemos por el estado de ruina de todo lo que nos rodea. Que el ejemplo de Daniel y sus honorables compañeros animen nuestro corazón para procurar una marcha más elevada aquí abajo. Es nuestro privilegio gozar del compañerismo con el bendito Señor Jesús, tanto como si estuviésemos en los gloriosos días del testimonio apostólico.

¡Quiera el Espíritu Santo hacer que tanto el escritor como el lector de estas líneas se empapen del espíritu de Cristo, anden en Sus pisadas, manifiesten Sus gracias y aguarden Su venida!